


BRISA NOVAS PASSO

*Todos tenemos demonios
internos, como también
un ángel oculto.*

CORAZÓN — DE — CRISTAL

SAGA «CRISTAL» I

 Nova Casa Editorial



CORAZÓN
DE
CRISTAL



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2019, **Brisa Novas Passo**

© 2019, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

Angel Blue

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Revisión

Virna Köhle

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-17589-66-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

BRISA NOVAS PASSO



CORAZÓN DE CRISTAL



SAGA «CRISTAL» I



Nova Casa Editorial

Para Agustín,
el ángel que tengo en el cielo.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Extra](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Estaba destrozado; hacía mucho que la desolación no lo invadía de esa forma: se sentía tan perdido y olvidado, como un cielo sin estrellas que lo acompañasen. Lo rompía en mil pedazos el simple hecho de que ella, la chica que primero odió como a un enemigo pero terminó amando, ignorara por completo su existencia cuando antes habían sido tan cercanos.

¿Lo peor? No fue elección de ninguno. Ellos no deseaban que lo suyo fuera olvidado, no querían que terminara lo poco que habían logrado construir en el medio de tanto caos. Sin embargo, no tuvieron opción, parecía que el mismo destino estuviera en contra de ambos.

Rememorarla se había convertido en un suplicio, pero sabía que, a su vez, aquello podía volverse un milagro: podía recordar por los dos y tratar de recuperar lo perdido. Se encontraba decidido: «debía» hacer algo.

—Sé exactamente qué estás pensando. Déjalo ya, hermano. Ella no puede conocer nada de nosotros ahora; entiende que eso la lastimaría y estropearía mi plan. —Le había señalado quien destrozó su sonrisa.

Pero él no iba a escuchar: no le importaba todo lo que los demás dijeran. Quería protegerla y estaba convencido de que no la lastimaría. Además, le había prometido regresar, había puesto las cartas sobre la mesa desde un primer momento y jamás fallaba a una promesa.

Extendió sus alas blancas con decisión antes de partir. Sabía que iba a lograrlo, incluso aunque eso le costara la vida.

CAPÍTULO



Después de desempacar mis maletas, poner para lavar la ropa y ayudar a mamá a acomodar un par de cosas de tocador, me recuesto sobre la cama algo confundida y apago la última luz en la habitación. Estoy exhausta y con la mente en un montón de sitios. Supuestamente debo relajarme, pero me parece imposible hacer algo como eso justo ahora.

Fueron unas extrañas últimas semanas, sobre todo después de mi accidente, que terminó con las vacaciones familiares de la forma más abrupta: pasamos de estar en la piscina a ir de un médico a otro para descubrir qué había ocurrido conmigo. Por supuesto, no pude cooperar demasiado explicando cómo había sido mi incidente: no recordaba nada, salvo que me había caído y que mi cabeza dolía como si hubiese pequeños alfileres en ella.

Sí, una sensación no muy encantadora.

Los médicos no encontraron nada físico en mí que pudiera relacionarse con un golpe, tampoco hallaron ninguna disfunción neuronal. Hablaron de estrés, aunque ¿quién puede estresarse en vacaciones? Es algo casi ilógico.

Así que aparentemente estoy normal, sin inconvenientes en mí, pero no me siento de esa forma. De alguna manera, estoy obsesionada por recuperar aquellos recuerdos que perdí, que fueron casi todos los de las vacaciones. Puedo acordarme de varios almuerzos y algunas salidas familiares, pero todo desenchaja cuando intento recordar qué hice todas las tardes allí. Para decirlo de una manera más drástica: me siento vacía y no puedo encontrar la pieza que me complete. Tengo miedo de estar volviéndome loca o de padecer alguno de esos casos de histeria que describe Freud.

—Los médicos no dijeron eso. —Me digo a mí misma en un intento de convencerme de que todo irá bien. Llevo las manos hacia mi rostro y trato de despejar mi mente, oyendo el silencio de la noche. Es probable que Mateo y mis padres ya estén dormidos, descansando después de tantas idas y vueltas.

Pero a mí me cuesta dormir, la pérdida de la memoria, unida a que ya casi es el comienzo de clases, mi último año de instituto, jugó una muy mala pasada en mí. Ambos hechos me ponen de los nervios, pero solo me queda afrontarlos.

Antes de cerrar mis ojos por enésima vez, tomo mi móvil y les envío un texto a mis amigas para contarles que ya estoy en mi casa. Celina, mi mejor amiga, es la primera en contestar: el móvil para ella es como su tercera mano, pierna, ojo y oído.

«Genial, en el colegio me cuentas TODO, ¿OK?»

Sonrío ante su familiar energía y, sin esperar que lleguen los otros mensajes, apago el móvil. Realmente necesito descansar y dejar de ser tan perseguida; es fácil decirlo.

Realizarlo es el problema.

En tres días voy a empezar el colegio otra vez. ¿Lo bueno del instituto? Veré a mis amigas. ¿Lo malo? Volver significa entrar a la monotonía de tarea, tarea y más tarea, y ni hablar de lo demás.

Sacudo la cabeza para mí misma; pensando así, no podré llegar con una sonrisa a mi primer día. Tengo que preparar mis cuadernos y carpetas nuevas, ¡mucho por hacer!

¿Quién sabe? Quizás este año pueda sorprenderme. Después de todo, la esperanza es lo último que se pierde, ¿verdad?

Me doy la vuelta en el colchón, bostezo y dejo que el sueño me lleve hacia un mundo de fantasía.



—¿Estás segura de que no te duele nada? —pregunta mamá, con los ojos clavados en mí como si fuera a desaparecer si llegase a pestañear.

—Muy segura —le respondo sin vacilar.

El médico también estudia mis reacciones, pero callado y frunciendo el ceño. No parece algo muy positivo. ¿Qué clase de esperanza se puede tener si te miran de esa forma? Casi creo que oiré algo así como «lo siento, te saldrá un tercer brazo y tendrás serpientes en el cabello en dos minutos».

—También puedo recordar lo que creía haber olvidado. —Decido mentir. Convivir con los rostros preocupados de mi familia, su obsesión por mi seguridad y las mil visitas a distintos médicos ya es arduo por distintos motivos. No quiero que se alarmen por mí, sobre todo por un caso que parece no tener solución. Sinceramente, tampoco me gusta que el hospital se convierta en una segunda casa. Lo cierto es que estos días pude recordar que estuve varias tardes leyendo muy cerca del lago que enfrentaba al hotel o incluso algunas mañanas en las que se me ocurrió salir a caminar, así que mi mentira es parcial. No recuerdo todo, pero sí algo—. No recuerdo qué me hizo olvidar, pero sí lo demás.

El doctor parece no creerme, ya que vuelve a revisarme con esa maldita luz molesta y hace chasquear su lengua al terminar. Acto seguido se saca los anteojos para limpiarlos con una gasa que lleva en su bata blanquecina. Cuando se los pone, vuelve a colocar las radiografías —las que me hice hace un rato y también las de Córdoba— para compararlas y hace un gesto de negación. Luego se gira sobre sí y camina hacia mí; toca mi cabeza al llegar.

—¿Te duele? —pregunta con su voz gruesa y cansada.

—No.

Al escucharme decir eso, decide desistir de seguir buscando algo invisible en mi cabeza. Nervioso, se rasca el cabello.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento bien. Veo a la perfección, mis reflejos son buenos y realmente ya no me olvidé de nada más. ¿Las placas están bien?

—Están normales. Ambas. Ese es el problema, Emma —me dice el médico—. En realidad, más que decir problema, es extraño.

Asiento. El médico parece estar esperando alguna mueca de mi parte, pero al ver que no siento nada, vuelve a fruncir el ceño.

—Bien, parece estar en buen estado, así que te dejaré ir. Si notas algo, avísale rápido a un mayor. —Dicho eso, se vuelve hacia mi madre—. Señora, si ve algo extraño, venga de inmediato con ella, ¿sí?

—Por supuesto, doctor. Puede contar con ello —asegura mamá—. Entonces asumo que está bien que ella comience las clases con normalidad, ¿verdad?

—Puede hacer vida normal, pero no la pierdan de vista.

—Gracias —digo al mismo tiempo que mi madre—, que tenga un buen día — agregó.

—Igualmente —sonríe apesadumbrado mientras mira el ordenador para fijarse cuál es el siguiente turno de los tantos que lo esperan fuera.

Al salir del consultorio nos reciben un montón de rostros desconocidos y apagados. Busco entre las personas a mi papá y a Mateo, y no resulta difícil encontrarlos: papá se pone de pie de su asiento y camina hacia nosotras con aspecto agotado y Mati aparece detrás de él, usando el móvil para jugar. Deja de mirarlo y sus ojos brillantes me observan, con una gran sonrisa que me hace querer revolverle su cabello rubio.

—¡Emma! ¡Ya saliste! —exclama él y corre a abrazarme.

—¿Y bien? —En la voz de papá se vislumbra su preocupación.

Mati rompe el abrazo y da dos pasos atrás para observarme con curiosidad.

—¡No hay nada de qué preocuparse! —comento fuerte y, tal vez, demasiado enérgica. Es obvio que quiero irme a casa lo más pronto y si sigo así, creerán que finjo que estoy bien.

—No, no es así. Siguen sin encontrarle nada, pero como su estado físico está normal, el médico dejó que se fuera —replica mamá, mirándome con el entrecejo fruncido—. Sin embargo, debemos vigilarla. Emma dijo que recuerda...

—Ya, ma, entiendo. —Pongo mis ojos en blanco—. Parece como si fuera a escaparme de una cárcel o algo así. ¡Estoy bien! Avisaré si me siento mal.

—Emma, no es una gracia lo que te pasó. —«Nunca dije que lo fuera». Papá cruza los brazos sobre su pecho. Alguien pasa al lado de nosotros y

una nena casi le tose en la cara a mi hermano—. Mejor vayámonos, estamos estorbando el paso.

Al salir del hospital siento cómo todo el ambiente pesado y caluroso del verano pega en mi cuerpo. De pronto comienzo a extrañar el ambiente del hospital, por el aire acondicionado, claramente. Pongo una sonrisa en mi rostro, pensando que ya no tendré que volver por un buen tiempo allí; de esa forma, me dirijo junto con mi familia hacia nuestro coche, pero justo en ese mismo instante mi respiración parece cortarse ante la sensación extraña que se apodera de mí. De repente comienzo a sentirme como si estuviese en el blanco de un francotirador y con una luz roja en mi frente, como si alguien me observara con intensidad, casi como si el mismísimo Superman usara su visión láser contra mí.

Intento no hacer caso a lo que siento, pero no puedo negar la punzada que parece atravesar mi frente. Pego un respingo cuando noto que hay un chico de ojos verdes que clava su mirada en mí desde varios metros de distancia. Se encuentra sentado en una de las mesas del exterior de un bar que está justo enfrente de nuestro auto; su ropa es casual, pero toda oscura, y la barba insípida en su rostro le termina de dar aquella fachada de chico malo. Se ve relajado, pero su mirada es de asesino, lo cual no me da ningún buen rollo.

Cuando nota que nuestras miradas coinciden, levanta una taza hacia mí, como un saludo, y bebe de ella. Enseguida aparto la vista lejos de él y me introduzco lo más pronto posible en el coche.

El rostro de aquel chico me es familiar, pero no puedo saber de dónde. Eso sí, mi desconcierto no impide que me descubra a mí misma temblando como si estuviera frente a un peligro. Miro a mis padres con prisa con miedo de que se den cuenta de mi temblor y que me manden otra vez al hospital, pero agradezco que no lo hayan visto.

Cuando me doy vuelta otra vez, el tipo sigue con la mirada sobre mí.

CAPÍTULO



Suelto un suspiro cuando comprendo que otra vez estoy aquí, metida en el autobús y apretujada como sardina en lata. Todavía me encuentro algo somnolienta mientras trato de arreglar el desastre que es mi cabello. Haberlo peinado una y otra vez a la mañana fue en vano: las ondulaciones doradas parecen tener vida propia... y, oportunamente, estilo propio también.

Si bien no hay mucho para hacer con él, soy persistente. No porque me importe su apariencia, sino porque en verdad quiero distraerme, buscar otra cosa en qué pensar. En general, no suelo sentirme demasiado cómoda en las multitudes, menos cuando las personas a mi alrededor no dejan de empujarme de un lado a otro ni de observarme como si fuese alguna especie de bicho. Es probable que eso último sea producto de imaginaciones mías, quizás la gente se siente igual de incómoda y molesta que yo, y por eso crispero el rostro cuando cruzamos miradas, como una forma de comunicar «oye, esto apesta».

Aunque, a decir verdad, seguro luzco peor que un zombi con dos litros de cafeína encima. La noche anterior no pude dormir muy bien: los nervios me consumían por dentro y, además, era como si una extraña emoción hubiera embriagado mi cuerpo.

¡Como si comenzar el último año del colegio fuera una experiencia sumamente excitante para sentirse así!

Aprieto mi mandíbula al pensar en el instituto. O, mejor dicho, en algunas de las personas que se encuentran en él. El colegio no solo me enseña el contenido de las asignaturas, sino que me empuja a aprender que

el mundo no es tan amistoso como alguna vez pensé que lo era. Ahí aprendí que en la vida existen personas que quieren lo mejor para mí, pero también comprendí que puedo toparme con las que harán lo posible para destruirme tanto como ellos lo están por dentro.

Es duro tropezarme con la maldad de la gente cuando no estoy preparada para sentirla chocar contra mi piel. Incluso es mucho peor no saber qué ocasiona esas reacciones. Cielos, ¡ni siquiera ellos están al corriente sobre cómo responder esa pregunta! Parece que simplemente odian, hieren porque sí. Así que cada año no me queda otra opción que unir todas las fuerzas que puedo tener y seguir adelante a pesar de las circunstancias.

Pero no todo es malo en el instituto: tengo a mi grupo de amigas que siempre me sacan sonrisas, incluso en los días más grises. Soy una chica aplicada, nunca suspendí ninguna asignatura. Las cosas este año no tienen por qué salir mal, tal vez incluso mejoran. ¿Por qué no? Tengo pensado disfrutar de él tanto como pueda hacerlo.

Sonrío para mí misma cuando, paradas después, puedo sentarme en un lugar que se ha desocupado. Coloco mi mochila encima de mis piernas, la abrazo y apoyo la cabeza sobre ella para descansar. El viaje al colegio no es tan largo, pero todavía me quedan alrededor de veinte minutos de camino.

Sin meditarlo demasiado, dejo que mis ojos se cierren por lo que me parece una eternidad.

Intento ver a través de la brumosa neblina, pero no puedo percibir nada.

Floto en el mismísimo abismo de lo desconocido, sin nada tangible a mi alrededor, solo niebla que ni siquiera parece real: de alguna forma, esta tiene luz propia.

Esa extraña luminosidad no me parece encantadora, sino agobiante. Siento que el peso del mundo recae sobre mis hombros, como si tuviera que hacer fuerza incluso para poder respirar o moverme. Necesito salir de allí, pero ¿cómo? No hay puertas, ni ventanas. Cielos, no hay espacio.

Estoy encerrada.

Y aterrada, eso también.

De pronto, un ruido ensordecedor parece llenar la nada. Es como una voz que suena lejana, como si hubiera sido reproducida hasta llegar a mí gracias al eco. Tapo mis oídos para intentar acallarla, pero inevitablemente cala profunda en mí.

A pesar de la distorsión, puedo entender a la perfección qué está diciendo:

«Cuidado».

Me despierto sobresaltada, sintiendo que una mano se posiciona sobre mi hombro. Incluso antes de abrir los ojos, mi cuerpo adopta una actitud defensiva, se endereza y se aleja de quien sea que me toque, aunque solo logro chocarme de forma torpe con alguien más.

Abro mis ojos con prisa para encontrarme con un chico de mirada verde y labios curvos que parecen divertirse a costa de la situación que me ha hecho vivir. Lo reconozco de inmediato; es Steven, un tío bastante popular en mi colegio.

—No quería asustarte, pero ya casi bajamos, Emma —me avisa, articulando una de esas sonrisas que rompen varios corazones por día—. Te ibas a pasar de parada.

Steven no me cae mal; de hecho, me demostró que es amable y simpático las pocas veces que, años anteriores, intercambiábamos un par de palabras en los pasillos o cuando nos cruzábamos en el viaje en bus. No es burlón ni arrogante, sino todo lo contrario, suele ser agradable con las personas y eso no es algo que el colegio desconociera. Es un chico tan amado como codiciado por la población femenina del instituto, incluso por parte de la masculina también.

En cambio, yo parezco una especie de repelente humano.

—Gracias, Steven —respondo con voz rasposa, lo que produce que me aclare la garganta para volver a hablar—. No sé cuándo me quedé dormida.

Él asiente y deja de sostenerse del bus para pasar la mano por su cabello castaño. Intento no mirarlo y, en lugar de eso, noto que varias personas lo observan. No las culpo; es un chico que sin duda puede participar en una de esas películas de adolescentes como actor principal. Es innegablemente guapo.

Dirijo mi vista hacia la ventana del bus y puedo advertir que Steven tiene razón: la próxima parada ya es la nuestra, así que me pongo de pie tan rápido como mi asiento es ocupado al quedar libre. Camino haciendo equilibrio con mi mochila en brazos y pasando entre las personas que el vehículo público lleva en él, hasta llegar a la salida. Es absurdo, pero mi corazón palpita con fuerza cuando las puertas del bus se abren de par en par ante mí.

Ya casi estoy ahí, mi último año de colegio a la vuelta de la esquina. Salto del bus y empiezo a anudar los metros que debo recorrer para llegar al instituto.



El cartel que reza «Colegio Manuel Belgrano» parece haber sido retocado con pintura nueva, al igual que las pequeñas rejas en las ventanas que antes eran de color rojo y ahora están verdes. La primera mitad de la pared se encuentra adornada con ladrillos bordó, y el resto lleva un suave color beige. Debo admitir que empezar el último año del instituto sí es raro; no dejo de decirme que esta será la última vez que lo pisaré como estudiante. Es la despedida de una etapa que duró muchos años, luego vendrá la universidad, el empleo, la vida adulta...

Sacudo mi cabeza.

«Debes ir poco a poco», me digo y observo a mi alrededor, mientras me apoyo sobre la pared del instituto. «Ya estoy acá, un año más. Tengo que sobrevivir a esto. Puedo hacerlo».

Poco a poco los estudiantes llegan. Nadie se voltea, nadie saluda, ni siquiera las personas con las que alguna vez compartí alguna conversación.

No obstante, a decir verdad, es posible que sea mejor de ese modo. Prefiero mantener cierta distancia de la gente para evitar lo que me sucedió en el primer año de instituto. Antes iba a otro colegio, uno de Arte, donde todo terminó muy mal. Ir a clases se había convertido en una completa pesadilla, una hecha realidad. Cada día volvía llorando a casa, sin ganas de nada. Me llamaban de muchas formas, me empujaban y pegaban cosas en mi cabello si se daba la oportunidad de hacerlo.

Esa etapa de mi vida me había vuelto bastante desconfiada de las personas. Ciertamente, una vez que pasas por una situación así, es inevitable que un armazón comience a formarse alrededor de ti.

A pesar de todo, no puedo evitar ser optimista. Necesito serlo y creer que todo tomará su curso algún día, así como cuando me cambié de colegio y todo pareció ir mejor, sobre todo cuando mis amigas también pidieron el pase y volvimos a ser compañeras, como lo habíamos sido en la Primaria[1].

El día apunta a ser soleado y el calor del verano todavía se siente en el aire. Falta poco para que lleguemos al otoño, pero todavía no sentimos aquella transición. Sé que mis jeans azules me darán calor, pero son lo que tengo para llevar, ya que al colegio no puedo entrar con shorts. En cambio, la camiseta gris que me puse parece haber sido una buena elección para usar hoy.

Tomo mi mochila para sacar los auriculares y escuchar un poco de música antes de que abran las puertas del colegio, pero una voz melodiosa me interrumpe.

—¡Emma! —grita mi amiga de la infancia al abalanzarse hacia mí y abrazarme con fuerza. Es gracioso cómo su diminuto cuerpo me hace tambalear—. ¡Ay, te extrañé! ¡Es la última vez que te vas por tanto tiempo en vacaciones, nena!

—También te extrañé, Celi —contesto, devolviéndole el abrazo.

Mi familia y yo hemos pasado casi tres meses fuera de casa este verano, lo que provocó que faltara a todas las salidas que habíamos organizado con mis amigas antes de comenzar las vacaciones. Por eso hoy es nuestro reencuentro.

—¡Es que hay muchísimo para contar, Emms! —comenta ella, codeándome con complicidad—. Cielos, ¡estás guapísima! Me imagino que aprovechaste que había piscina allí.

Celina es mi amiga desde los 6 años; es una chica muy dulce, con la cual comparto muchísimas cosas, como el amor por la lectura. Tiene rasgos muy delicados y es baja de estatura. Su cabello oscuro cae lacio, incluso le pasa la cintura, y su mirada café se encuentra despierta y brillante.

¡Ojalá hubiera podido decir lo mismo de la mía!

—Totalmente, nadé y leí un montón. Allá es muy tranquilo; a ti te encantaría, Cel —le cuento. En realidad, no quiero pensar demasiado en ese viaje.

—¡Ay! ¡La próxima vez que vayas me invitas! —exclama ella, con entusiasmo auténtico.

Entonces, a su lado, aparecen Belén y Gala, que son como el aceite y el agua, pero se llevan genial. Mientras que Belén hace un gesto con la mano y sonríe con timidez, Gala casi me salta encima chillando de la emoción, a la par que sus rulos rebotan con cada movimiento que hace.

—¡Hola, perdida! Pensé que no volvería a verte —bromea Gala, dando un paso atrás. Sus ojos celestes están delineados y resaltan por el contraste de su piel morena.

—Ya te íbamos a ir a buscar a Córdoba —agrega Belén, con la voz apenas audible. Ella también tiene rulos, pero a diferencia de Gala, suele llevar el cabello atado. Sus ojos son de color avellana y parecen observar el mundo con precaución.

—Y a encontrar algún chico, obvio —suma otra vez Gala, lo que provoca que las cuatro estallemos en risas y nos demos un abrazo grupal.

Gala, Belén, Celina y yo tenemos nuestras diferencias, pero eso no significa que no podamos tener una buena amistad. Para mí, ellas logran hacer que la estadía en el colegio sea mejor, menos monótona. Al parecer, mi repelente personal no funciona con ellas, y eso me gusta muchísimo.

—¡Qué bueno es verlas de nuevo! —les digo—. ¿Cómo están?

—¡Perfectamente! —contesta Celina.

—Quiero ver si tenemos un compañero lindo este año —expone Belén, sonrojada.

—¡Ah, no! Que sean cuatro compañeros, uno para cada una, chicas —la corrige Gala con picardía—. ¿Y tú, Emma?

—Yo... tengo sueño —cuento, como si fuera algo que ellas no supieran—. Me quedé escribiendo hasta las dos de la mañana; ¡no podía dormirme! Los nervios y eso, ya saben.

Celina suelta una risotada.

—¡Muy raro en ti! También estaba nerviosa; no quería que las vacaciones terminaran. ¡No quería empezar nuestro último año! —se

apresura a decir—. Con las chicas estábamos pensando en salir a festejar el inicio de clases. ¿Te apuntas?

¿Desde cuándo «festejar» e «inicio de clases» están relacionados?

—Eh, no nos mires así —sigue ella—. ¡Es nuestro último año juntas!

—Dije de festejar nuestra reunión, no el principio de clases. Puaj —Gala replica con su estruendosa voz.

—¡Vamos, por favor! —dice Cel, dando pequeños brincos.

—Nunca dije que no, Celi. ¡Claro que me apunto! —acepto con una sonrisa—, aunque no «festejaría» que comienzan las clases.

—¡Oh, vamos, Emma! ¡Dentro de unos años querrás haberlos festejado todos! — me regaña ella—. ¿No es así, Belu?

Belén simplemente asiente con la cabeza; no es una chica de demasiadas palabras, aunque eso no quiere decir que no tenga sus momentos.

—Claro, hay que salir —señala.

—¡Entonces ya está dicho! —determina Celina.

—¡Yo elijo el lugar al que iremos! —impone Gala con anticipación al sonar la campana que indica que debemos ingresar al colegio.

Mientras que las chicas se regocijan por la emoción que les da la próxima salida, me repito a mí misma la frase «Bienvenidos a los Juegos del Hambre» y entro al campo de batalla.

[1] **Primaria:** Nivel escolar desde los 6 hasta los 11 años.

CAPÍTULO



Formamos en el patio para elevar la bandera y luego vamos a nuestra aula, que se encuentra al lado de la escalera que nos lleva al segundo piso. El salón es espacioso y lo suficientemente luminoso, aunque hace mucho calor dentro, ya que los ventiladores funcionan a uno por hora. El cristal de la puerta permite ver en el pasillo un movimiento constante y, claro, no estamos aislados de los ruidos del exterior.

Leo el horario que escribieron en la pizarra verde y hago una mueca. Lunes: primera y segunda horas, Matemáticas. Estupendo, en serio, ¿qué otras formas crueles tienen de tortura, además de los polinomios matutinos? Tercera y cuarta, Inglés, «¡una buena!». Quinta hora de Geografía, con la profesora que aterriza a medio colegio.

Eso es lo que me espera.

Celina y yo nos sentamos en el primer banco; Belén, detrás, junto a Gala. Algunas compañeras nos saludan, pero otras se limitan a mirarnos; uno de los tres chicos que hay en el curso grita algo cuando me ve, pero no llego a escuchar con claridad qué, así que me limito a ignorarlo. Entra la preceptora —la señora que está encargada de nuestro curso, ya sea de tomar lista como de llamar a algún adulto en caso de emergencias—, junto a la profesora, y nos ponemos todos de pie para recibirla.

Cuando volvemos a nuestros asientos, Celina me toma del brazo y pregunta cómo han ido mis vacaciones.

Formo una sonrisa antes de responder.

—Pues ya sabes, lo normal: viajar por el espacio, al pasado y al futuro. Ver magos en acción, descubrir alienígenas que vuelan rodeados de fuego y

conocer a chicos muy guapos.

—¿Estuviste leyendo, verdad?

—Así es. —Ambas reímos.

—Yo igual. Fui a Santiago del Estero, con mi familia. La pasé bien. Normal. ¿Y tú en Córdoba?

—Hermoso, como siempre —le digo; suelo ir todos los años allí y es demasiado tranquilo, jamás pasa nada; bueno, esta vez fue la excepción—. No tengo demasiado qué contar; fue un verano apacible —comento, formando una sonrisa—. Escribí y leí mucho. Salí con mis padres y mi hermanito al cine varias veces, comimos mucho helado. Por cierto, la comida del hotel de Córdoba estaba riquísima ¡y la piscina ni te cuento!

—¡Suertuda! ¡Yo me morí de calor en el pueblo! Aunque había chicos lindos...

—¡Ajá! —Curvo las comisuras de mi boca—. ¡Cuéntame sobre ello!

—Casas, Celina. —La voz de la preceptora hace que ambas saltemos. Ha comenzado a tomar lista; será mejor que preste atención si no quiero tener un «ausente» erróneo el primer día.

—Acá... Acá estoy, ¡presente! —Celina parece aún algo desconcertada y avergonzada por haber sido descubierta hablando, pero se le pasa al segundo y vuelve hacia mí con una sonrisa, mientras que la preceptora nos mira de reojo y baja la vista hacia su planilla para completarla mientras murmura algo como «adolescentes». — Bien. Se llama Nicolás y es muy lindo. Pero ya sabes, ninguno de los dos cree en el amor a la distancia.

—¿Algún día los destinos los cruzarán? —pregunto en broma, sonriéndole cómplice. Pero luego, al notar que está seria, borro el gesto bromista de mi cara y le pregunto: —¿Estás enamorada de él?

—*Nah* —contesta como sin darle importancia—. Sería soñar mucho con algo imposible, eso te lo dejo a ti y a tus personajes de libros. —Me empuja y me río. Sí, es cierto—. Diego está en mi mente en este instante.

Hago una mueca. Diego no me cae bien.

—¡Ese chico no es para ti, Cel! Ya has llorado por él y...

—¡Ey! No es su culpa. Él es tan... No sé, ¡me encanta! Cuéntame tú, ¿algún chico? ¿Ligue de verano? —comienza a darme golpecitos en el brazo.

—*Nop*. Lo que sí pasó fue que perdí la memoria —le cuento cómo fue y qué me dijeron. Celina se queda como en shock.

—¡¿Quééééééééé?! —exclama.

—Ya estoy bien, no pasó nada grave.

—¡Háblame cuando pasa algo así! ¿Qué importa que no sea nada grave?

—¿Qué pasa, chicas? —inquire con tono suave Belén, guardando bajo el banco su carpeta.

—Sí, eso. ¿De qué hablan mientras nos ignoran? —pregunta Gala.

—Cusnier, Emma —se escucha otra vez la voz de la señora.

—Presente —contesto fingiendo mucha atención. Una vez que la vista de aquella mujer baja a la hoja, me vuelvo hacia mis amigas para contestarle a Bel, pero Celina me gana de mano.

—Estuvo internada —contesta.

—¿Internada? —pregunta Gala, confundida. Luego, con una expresión atemorizante, se vuelve directo hacia mí—. ¡¿No nos avisaste?! ¡¿Qué rayos pasa por tu cabeza para no avisarnos, Emma?! ¿Qué te pasó?

Belén simplemente observa con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí... bueno... No internada-internada, pero sí fui a muchos médicos. No quise preocuparlas. —Eso es cierto. Lo que menos pensaba era en enviar mensajes de texto—. Solo estuve en revisión y lo de la memoria fue solo un susto. —O eso quiero pensar.

—¡¿Qué carajos?! ¿Internada? ¿Memoria? —Belén está blanca—. ¡Menos mal que escuché, si no, nadie me decía nada!

—No fue tanto, chicas —digo, alzando mis hombros—. Me quedé en revisión, pero estaba en perfecto estado y ahora ya recuerdo todo.

—¿De veras? —preguntan las tres.

—Totalmente —les sonrío queriendo dejar el tema de lado—. No se preocupen; está todo bien. ¿Sus vacaciones cómo fueron?

—Uh —dice Belén dudando antes de hablar—. Estuve en el campamento. Estaba mi prima con Pablo. Ellos... empezaron a salir, así como... juntos. En una relación.

—Inasso, Belén.

—Yo... Aquí, eh, ¿presente? —Su voz es baja, casi imperceptible.

—¿El que te gustaba?! —gritamos. Esto hace que la profesora nos vea con el ceño fruncido y un par de compañeros se sientan de golpe interesados en nuestra conversación.

Belén se muerde el labio; su piel sube varios tonos: —Sí. Gustaba. Da igual, chicas, vendrán tiempos mejores. ¿Cómo te ha ido, Gala?

—¡Oh, me quedé en mi casa mirando series!

—¿Chicos de verano? —le pregunta Celina alzando una ceja.

—Si tuviese un chico en la mente, ya se hubieran enterado todos los del curso. Nada de chicos, por ahora... —contesta justo antes de que la preceptora pronuncie su nombre, «Romero, Gala», y ella diga «presente».

Justo en ese momento suena la puerta del salón, lo que provoca que todos queden en silencio. De repente el aire parece tensarse, como si eso fuera posible. Parpadeo varias veces sin poder creer lo que ven mis ojos... Al parecer, no soy la única chica afectada por esa presencia. Escucho varios murmullos y comentarios coquetos de mis compañeras —incluso a Gala y Belén, que son las que más se oyen— al notar al apuesto nuevo integrante.

¿Un compañero nuevo? Definitivamente, un compañero nuevo.

Un chico se asoma por la puerta con decisión. Los murmullos de mis compañeras no cesan, sino que se incrementan a medida que este camina en dirección a la preceptora, adentrándose en el aula. Es alto, sus piernas largas se encuentran cubiertas por un jean negro que parece haber sido diseñado para él. Sus brazos, los cuales están cubiertos por una camiseta azul oscura, parecen ser fuertes. Lleva una sonrisa arrogante que luce muy bien con su aspecto de «vengo de un set de modelaje». Podría jurar que sus ojos son de un azul zafiro intenso, impresionantes.

—¿Owen Liv?

—Yo mismo —dice y su mirada vaga por el curso. Pierdo el aire cuando creo que se detiene unos segundos en mí.

Owen (un nombre que parece quedarle a la perfección) se balancea sobre sus piernas. Si no fuese por la seguridad que muestra, hasta diría que está nervioso, aunque supongo que tener todas las miradas de veintiún desconocidos no es tan fácil de llevar.

Qué va, debe estar acostumbrado; es difícil dejar de observarlo.

—Bien, ya estás en la lista. No te olvides de comprar el cuaderno de comunicados en la fotocopidora ni de firmar el acuerdo de convivencia, ¿sí? Eso es todo —dice la preceptora, intentando parecer seria; luego, nos mira a nosotros—: Chicos, este es Owen Liv. Será su nuevo compañero de clase. Por favor, no lo atosiguen. —Sonríe con eso último, ya que sabe que el chico será acosado por medio colegio y, sin decir otra palabra, sale del aula.

—Bueno —dice la profesora—. Te pido que busques un asiento libre para comenzar la clase. Bienvenidos a su primer día, chicos. Quería comentarles que...

Ahí dejo de escuchar. En general, suelo prestar mucha atención en clase, pero la presencia de Owen me inquieta, más al notar que al lado de nuestro banco, además de los del fondo, hay un asiento vacío. El nuevo se sienta en este; queda a un metro de distancia de mí. Suspira y abre su carpeta para sacar una hoja y comenzar a garabatear en ella.

Mi mirada lo recorre sin piedad. Parece tan ensimismado en lo que sea que está haciendo allí que no se da cuenta de que lo observo sin tapujos.

O eso me hace creer.

—¿Vas a seguir mirándome así el resto del año? —pregunta con una sonrisa divertida.

Mi rostro se prende fuego en el momento en que esas palabras salen de su boca. Sus ojos de color zafiro me observan con curiosidad y sus labios se curvan en una de esas medias sonrisas que perfectamente podrían encajar en Hollywood. Tengo que parpadear un par de veces para volver a la realidad.

Hasta su voz aterciopelada acompaña toda su presencia.

—No te miraba —le digo y aparto mi vista de él. Escucho una risa ronca mientras me muerdo el labio de los nervios y la vergüenza. A partir de ese momento, durante lo que restan de las horas, no vuelvo a mirarlo.

Salimos al patio en horario de recreo. Los niños de primer año corren como si aún estuvieran en la Primaria y las preceptoras van detrás de ellos para intentar detenerlos. Siempre hay mucho ruido en los descansos, pero hoy es mucho peor.

—Me está mirando, Emma. ¡Me mira Diego! —El tono de emoción y los saltitos que da Celina cuando habla de él me resultan algo irritante. No

soporto a Diego, no es buena persona y odio que quiera jugar con ella... ella deja que juegue—. Ay, ¡me sonrió!

—Sabes cómo es él... No es...

—¡Es hermoso!

—No sé qué le ves, Cel; tiene cara de ardilla —comenta entre risas, Belén la hace enojar siempre cuando dice eso, al menos ella piensa lo mismo que yo de ese chico.

—No es taaaaaan feo —comenta Gala mientras muerde un sándwich—. Pero el chico que vi hoy entrando al aula era mucho mejor.

—¿Dónde está el nuevo? —Belén pone su mano derecha sobre la frente para examinar a las personas.

—No lo sé... No lo he visto aquí. —Frunce el ceño—. ¡Vamos a buscar...! —Toca el timbre del recreo que anuncia su finalización—. ¡Mejor lo dejamos para otra vez! Ya lo veremos; de cualquier forma, es nuestro compañero. Lamento anunciarles que escuché a las preceptoras hablar sobre un acto.

—¿Acto? ¿Ahora? —inquire Celina.

—Acto. Ahora —responde Gala poniendo sus ojos en blanco.

Los actos del cole, después de tantos años de verlos, son aburridos. Siempre repiten lo mismo cada ciclo lectivo. Muchas veces hago de cuenta de que presto atención mientras pienso en otras cosas. Una vez, recuerdo, quise llevar mis auriculares, pero temía que me los quitaran e hicieran una escena delante de todos. Como no me gustan los problemas, no los saqué.

El discurso comienza como cada año: dan la bienvenida, pasan los símbolos patrios, hablan de cómo será el manejo de los alumnos en el colegio, las reglas de convivencia y más del tipo. Algo que se repite siempre. La voz de la muchacha sale algo distorsionada por los parlantes, incluso hay momentos en los cuales las palabras no se entienden y, cada tanto, el micrófono hace sonido de acople. De alguna forma, me desconecto del discurso y comienzo a buscar entre los alumnos caras nuevas.

En las últimas filas de sillas, localizo a Steven que, cuando cruzamos miradas, me saluda con la mano de manera amistosa. Inevitablemente, le sonrío porque, vamos, es imposible que esa sonrisa no contagie.

—¿Qué onda con Steven? —suelta por lo bajo Celina, tirándome del codo hacia ella para que solo nosotras dos compartamos la conversación—. Siempre veo que cruzan miraditas y...

Me encojo de hombros.

—Es amable conmigo, supongo —respondo, desestimando la situación. Celina no me cree y comienza a hacerme cosquillas, lo que provoca que una profesora se aproxime a nosotras para acallarnos—. No pasa nada, Celi. De verdad —le aseguro, al recuperarme de las risas.

—Eso ya está por verse, Emma —señala mi amiga, soltando una pequeña risa antes de volver a ser regañadas por una profesora. Niego con la cabeza y vuelvo a buscar rostros conocidos entre las personas; me encuentro con varios compañeros y profesores; caigo en la cuenta de que no hay rastro del chico de ojos de zafiro.

CAPÍTULO



Cuarto día.

Reviso el horario de mala gana para saber qué materias tendré hoy: Literatura, Sociología e Inglés. Suelto un suspiro de alivio cuando descubro que son asignaturas que me gustan, no como Química o Matemática. Sonrío para mí misma y tiro de las correas de mi mochila para ajustarla a mi espalda mientras camino junto a Gala y Belén al aula. Ellas platican acerca de esos programas adolescentes de chismes y concursos que siempre ven; prácticamente chillan de la emoción, porque su equipo favorito ha ganado. A decir verdad, gritan casi todo el tiempo, rompiendo el silencio en todo momento y provocan que me voltee hacia ellas para recordarles que tienen que bajar un poco el volumen de la voz.

Al ingresar al aula descubro a Owen, mi compañero nuevo, sentado al lado de mi banco. Gala y Belén le echan unas miradas con risas nerviosas y se van hacia su pupitre conjunto. El chico las saluda, asintiendo con la cabeza y sus ojos vuelan rápido hacia los míos. Son de un azul que jamás he visto, incluso que habría creído imposibles si alguien hubiera intentado describirlos. Son demasiado intensos, tanto que me ocasiona preguntar si por casualidad usa lentillas.

Él no ha hablado demasiado estos días de clase, ni tampoco les prestó atención a las chicas que se le acercaron a coquetearle o, mínimamente, a saber más sobre él. Al parecer es uno de esos chicos solitarios y de pocas palabras que, de no ser guapo, seguro que habría recibido las peores burlas en el cole.

Owen menea un poco la cabeza y se señala a sí mismo cuando me quedo viéndolo otra vez. Mis mejillas se tornan rojas al instante al recordar la pregunta que me hizo el primer día de clases. En ese mismo instante, me regala una sonrisa burlona, sube las comisuras de su boca y forma una sonrisa arrogante que, de pronto, me dan ganas de borrar. ¡Hasta tiene hoyuelos! Y vaya que le quedan bien...

Cielos, ¿qué acabo de decir?

Me quedo apoyada en el marco de la puerta, soportando la mirada de Owen sobre mí. Por un momento me imagino que cambio de asiento para estar lejos de él, pero luego meneo la cabeza: todos los años me he sentado en ese lugar y no lo cambiaré por un chico, por más extrañeza y magnetismo que este tenga.

—¡Vamos, muévete! ¿Estás tonta o qué? ¡Deja pasar! —gruñe Carla, una de las compañeras más insoportables que alguna vez tuve. Es de baja estatura y lleva su cabello castaño con ese estilo californiano que estuvo muy de moda en el verano y que resalta muy bien con su piel bronceada. Ella misma parece salida de un set de fotografía por todo el maquillaje que lleva en su rostro.

Si Carla no fuera tan mala, me habría gustado preguntarle sobre algún consejo para mejorar lo poco que sé sobre maquillaje, pero ella puede ser bien bruja con los demás y, cuando digo los demás, hablo mayormente de mí. En general, suelo ser su blanco la mayor parte del tiempo. Eso apesta.

—Parece que te despertaste de buen humor —le comento con voz irónica, sin hacerme a un lado. No sé cuándo ella va a entender que no puede tratarme como si fuese un trapo para pisotear.

Carla me muestra una de sus sonrisas más falsas.

—Ya veo, Emma boba. Intentas llamar la atención del nuevo. —La malicia vuelve a brillar en sus pupilas como tantas veces lo ha hecho. Arrugo la nariz ante la mención de Owen. Lo que quiero es enfrentarlo, no atraerlo, pero Carla parece pensar cualquier otra cosa. De hecho, su rostro se compunge cuando descubre que la mirada de Owen está plantada en mí. ¡¿Y él que hace mirándome tanto?! ¿Acaso soy una especie de Gran Hermano para él? No estoy haciendo nada divertido, pero noto que suelta una carcajada, como si le hubieran contado el mejor de los chistes. Carla

parece no tolerarlo—. ¡Oye, tú, nuevo! ¡Aléjate de ella, que te contagia lo imbécil!

Owen deja de sonreír y, en lugar de ello, parece fulminar con los ojos a Carla. En el fondo no puedo culparlo, yo quiero cerrarle la puerta del aula en la cara.

—Vete a la mierda —mascullo en su lugar, camino hacia mi asiento y dejo la mochila con, quizás, demasiada fuerza. Pienso en lo poco que me queda por finalizar el colegio y trato de tranquilizar mi enojo. Después de todo, he vivido tiempos peores que este; es uno más de esos malos recuerdos que en el futuro van a caer en el olvido.

Gala y Belén me preguntan qué me dijo Carla antes y hacen un par de comentarios acerca de lo tonta que es y que no tengo que hacerle caso, pero de pronto hacen silencio al mismo momento en el que siento una mano sobre mi hombro derecho, justo viene del lado de mi compañero nuevo. Sus ojos azules se ven impacientes cuando chocan con los míos.

De pronto me doy cuenta de que tengo la boca abierta, así que la cierro de golpe. Las dos chicas de atrás parecen entablar una nueva conversación, pero sé que se encuentran muy atentas a lo que pasa. Owen aparentemente toma cuenta de ello, así que se inclina hacia mí para ganar un poco más de privacidad.

—¿No le dirás nada más para defenderte? —pregunta con incredulidad.

—¿Qué puedo decirle? —le retruco observándolo con furia. Lo último que falta es que se meta en mi vida privada.

—¡Oye! No te he hecho nada para que me mires así —advierte, levantando sus manos en el aire con aspecto de inocente mientras que su sonrisa se amplía con superioridad—. Opino que no puedes dejar que te pasen por encima. No les demuestres que eres débil a los lobos si no quieres que te coman.

—Ella no me pasa por encima —aclaro, algo molesta. No sé quién es para aconsejarme sobre cómo comportarme con los demás, aunque bueno, sí tiene un punto a pesar de que también tengo el mío—. Verás, llega un momento en el que, después de tanto, te acostumbras a sus actos de crueldad y ya comienzan a darte lo mismo. Yo sé lo que valgo y que ellos no tienen razón.

—Pero no está bien naturalizar las cosas. Lo sabes, ¿no? —comenta y su mirada deja la mía; así corta nuestra breve charla.

Sí, lo sé.

Pero cuando ya has intentado todo, desde ir a hablar con la directora hasta contestarle de frente y pedirle que pare, ¿qué más se puede hacer? ¿Cambiar de colegio? ¿Ser como ella y atacarla como ella lo hace?

La primera opción ya la he vivido y, aunque en el anterior colegio era peor, no ha servido de mucho. Además, ¿por qué debo ser yo la que deba cambiarse y no la persona que tiene problemas de conducta?

Con la segunda opción me fallaría a mí misma: no podría ser así, no podría rebajarme al nivel de Carla.

En general, las personas suelen evitar los temas de conversación complicados. Es normal que busquen las soluciones más fáciles e imprecisas posibles, como todas las veces que me pidieron «hacer oídos sordos» hacia los comentarios de las personas que intentaban herirme. Eso básicamente se convierte en negar la realidad con la que convivo día a día, en fingir que lo que me dicen en verdad no lastima. ¿Cómo, si ella grita toda esa alcantarilla dirigida a mí, no podría escucharla? Los oídos no pueden cerrarse cuando ellos quieren y el corazón tampoco puede ser de piedra. Al menos, no el mío.

Tal vez la única solución es el criterio y la personalidad. Es importante saber quién eres para que los comentarios no tengan el efecto esperado en ti, a pesar de que siempre algo puedan llegar a golpear. Es triste, pero también es una realidad y debo aprender a convivir con ella. La crueldad está y el mundo no es tal y como lo queremos. A veces solo queda enfrentar los problemas de la forma que el paraguas encara la lluvia: si bien no puede evitarla, sí se escuda de ella para que no modifique su interior.

Escucho a Owen decir algo en voz baja, parecido a una maldición, aunque no me observa a mí ahora, parece pensar en voz alta. Aparto la vista y aprieto mis labios, pensando en por qué rayos me habló. ¿Acaso le parecí débil? Tal vez sí, tal vez doy esa imagen.

—¡Él se interesó en ti! —chilla Gala cuando vuelvo a girarme sobre mí misma.

—¡*Shh!* —la callo, con el calor que sube por mis mejillas. ¡El chico está solo a un metro y monedas de nosotras! Me inclino hacia ellas para susurrar una negativa: —No es cierto, no tendría motivos.

—¿Qué dijo Carla? No escuché nada; veía un video que me quería mostrar Gala —admite Belén—. Lo siento, Emma.

Hago un gesto con mi mano para demostrar que le resto importancia al asunto. No es nada nuevo, nada que no haya pasado antes, así que tampoco hace falta volver a revivir el asunto.

—No les hagas caso a sus malos comentarios —agrega Gala, finalizando el tema y volviendo hacia el celular junto con Belén.

Celina llega de prisa, antes de que Amelia, la profesora de Literatura, una mujer joven y de cabello oscuro y rizado, entre por la puerta del salón. Ella pide silencio luego de acomodar sus cosas sobre el escritorio y nos propone crear un escrito (un cuento o una poesía) con tema libre; nos solicita usar nuestra imaginación. Escucho varias quejas y un par de «no sé cómo hacerlo, profe», pero por mi parte me quedo encantada con la tarea. «¡Creo que amaré los jueves de este año!», me digo.

Celina busca sus auriculares y se pierde en la música mientras garabatea palabras en su carpeta. Belén y Gala, por su parte, comienzan a discutir sobre qué escribirán y comentan que no saben por dónde comenzar ni qué crear.

Tomo una hoja borrador que tiene cálculos de matemática, una mancha de tinta y un par de garabatos, y comienzo a escribir una poesía sin saber hacia dónde me voy a dirigir; solo me dejo llevar por la inspiración del momento.

Ensoñación atesorada.

¡Oh, alma amada!

Mi vida, mi espíritu y mi ser han sido alcanzados

por tus ojos de fuego. Aunque el cielo se derrumbe, en tu mirada permanecerá.

Contemplo mi poesía por unos instantes, busco algo para corregir o agregar, aunque termina gustándome tal y como está; luego la paso en

limpio y agrego mi nombre en el margen de la hoja que voy a entregarle a la profesora.

«Listo», digo para mí misma y sonrío cuando vuelvo a leer la poesía.

—Lindo poema —comenta una voz aterciopelada muy cerca de mi oído. Un olor a colonia masculina llega a mí y atenta sin piedad contra mi cordura—. ¿Está dedicado para alguien?

Noto que Owen Liv, mi misterioso compañero de clase, se encuentra inclinado, a tal punto de que es probable que haya leído el poema más de una vez. Enseguida tapo lo escrito con mis brazos, poniéndome a la defensiva a pesar de que no dijo nada malo. No esperaba que alguien que no fuera la profesora lo leyera y por algún motivo me incomoda que sea él la persona que lo hiciera.

«Quizás porque en el poema se mencionan unos ojos muy parecidos a los de él», dice una vocecita burlona dentro de mí, lo que vuelve mis mejillas coloradas por la vergüenza. No había caído en ese detalle. *Ups*.

—Gracias —musito sin levantar la vista para no toparme con sus vertiginosos ojos azules—. No es para nadie —finalizo, determinada en aclarar aquello.

Que parezca que es para él es algo completamente distinto. Owen se posiciona frente a mí con la confianza de un felino.

—¿Me lo dedicas entonces? Me siento identificado. —Sus labios se amplían.

Cuesta descubrir si habla en broma o si va en serio, aunque cuando suelta una carcajada, voy más por lo primero. Pronto me doy cuenta de que me gusta el sonido de su risa, cómo la deja escapar tan libre de él mismo, sin que le importe si los demás voltean a mirarlo. De alguna forma, es agradable escucharlo, incluso contagioso.

Niego con la cabeza cuando me doy cuenta de que estoy por sonreírle como una boba. Entonces me cruzo de brazos y me relajo contra el respaldo de mi asiento.

—No.

—*Auch*. Eso duele aquí —declara frotándose el corazón. Owen se inclina un poco más hacia mí y vuelve a tomar mi hoja con la poesía antes

de que pueda impedirselo—. ¿Dónde aprendiste a escribir así? Está buenísimo.

—No lo sé... solo escribo. Me gusta leer, tal vez eso influya bastante —le explico. Por un momento pienso que Owen va perder pronto el interés en la conversación, dudo de que le interese, pero sonrío.

—Vaya, así que eres una lectora. —Su dedo índice golpea una comisura de su boca y no puedo evitar que mis ojos caigan en sus labios rellenos por un breve y glorioso instante—. Dicen que las personas que escriben lo hacen porque quieren escapar de su realidad. ¿Cuál es tu realidad, Emma Cusnier? ¿De qué escapas? —Me sorprendo al escuchar mi nombre de sus labios. ¿Desde cuándo lo sabe?

«No es para tanto, Emma», me digo a mí misma. Quizás lo escuchó cuando leían la lista. No hay demasiada ciencia en eso.

—No entiendo qué me preguntas —le informo, alzando una de mis cejas.

¿Siempre hará preguntas tan extrañas?

Owen apoya su codo sobre mi mesa.

—¿De qué escapas? Todos solemos huir de algo.

—¡Ay, no me sale el estúpido...! —comienza a decir Celina mientras se quita los auriculares, pero al notar la presencia de Owen calla y casi queda con la boca abierta. Luego le da una sonrisa coqueta y, con la dulzura que antes no ha utilizado, le habla batiendo las pestañas largas y espesas: —Hola, soy Celina.

—Hola, soy Owen.

Owen sonrío de forma seductora y a mí me da un pinchazo de celos, porque, de pronto, la atención que recibía para mí sola ahora es compartida. Pero ¿qué puedo decir? Él solo intentaba ser sociable conmigo, nada más. En general, todos los chicos adoran a Celina, todos los chicos la siguen. De hecho, ella dice que no es cierto, pero Belén, Gala y yo sabemos que no es así: cuando caminamos por los pasillos del colegio, es a ella a la que siempre saludan.

Quiero golpearme ante la sensación de celos. «No son buenos. No es bueno sentir eso», me repito.

Él arquea una ceja, observando primero a Celina y luego a mí.

—Bueno, debo terminar ese escrito. Con su permiso —anuncia Owen y camina hacia su banco.

Celina suelta un suspiro y habla bajo para que la pueda escuchar.

—¡Ay, Dios mío! Es hermoso, ¿verdad? —Como no contesto lo que dice, me codea con diversión—. ¡Además te comía con la mirada! Lo siento, los interrumpí. Yo... lo vi y quedé boba. Perdón.

—Celi, se fijó en ti.

—Pero, ¿qué dices, chica?! ¡Si las miradas hablasen...!

—¿Por qué haría eso?

—No sé, no tengo todas las respuestas. Pero incluso ahora te observa... —Intento darme vuelta para mirarlo, pero Celina me retiene, regañándome por lo bajo—. ¡No lo mires! ¡Joder, Emma! Estás en graves líos. ¡Se está riendo! ¡Y encima te ruborizas! ¡Te atraparon, amiga! Bueno, ahora disimulemos y ayúdame un poco con este trabajo, ¿quieres? —Asiento y comienzo a revisar qué tiene hasta ahora de su cuento.

Al cabo de unos minutos, la profesora nos retira los escritos (otra vez se escuchan quejas) y nos entrega, a cambio, una fotocopia con un poema de Edgar Allan Poe. Me extraña aquello. Sabía sobre sus tan maravillosos (y terroríficos) cuentos, pero no tenía idea de que hubiese escrito poesías, aunque, a decir verdad, debí suponerlo: su escritura es maravillosa.

—¿Quién quiere leerlo? —pregunta la profesora cuando termina de repartir los poemas.

—¡Yo no! —grita un compañero; esto hace que varios le sigan la broma y el curso estalle en voces.

—¡Emma quiere! —exclama Carla—. A ella siempre le gusta leer, porque no tiene vida social. Que lea ella.

—¡Cállate, Carla! —me defiende Celina.

—Al menos no soy la chica que busca algo que criticar en los demás todo el tiempo para sentirse bien con ella misma —contesto, aunque otra vez muy bajo para que me escuche. Sin embargo, lo hace.

—¿Qué dijiste? Ah, ¡qué importa! No lo niegues, ¡si eres una tragalibros! —Carla sonrío triunfante y casi todo el curso estalla en risas.

—Con gusto. —«Como si ese fuera un insulto para mí».

—¡Ocúpate de tu vida! —se une Gala.

—¡Silencio, chicos! —pide la profesora. Todos enmudecen, menos alguien. Puedo escuchar esa risa que nunca antes había oído hasta hoy, ese sonido que de alguna forma cala hondo dentro de mí viene desde mi derecha. «Es el chico nuevo». Lo fulmino con la mirada y deja de reír. «¿Acaso tiene problemas de personalidades múltiples?». La profesora dirige su atención a él: —¿Owen, cierto? Ya que encuentras graciosa la charla, ¿puedes leer, por favor?

Owen se aclara la garganta.

—Claro. —Su voz al contestar suena suave y elegante, como un canto angelical, como si no se hubiese reído de la burla.

*¿Deseas que te amen? No pierdas, pues,
el rumbo de tu corazón.
Solo aquello que eres has de ser y aquello que no eres, no.
Así, en el mundo, tu modo sutil, tu gracia, tu bellissimo ser serán
objeto de elogio sin fin
y el amor... un sencillo deber.*

El silencio se prolonga en el salón, como si todos hubiéramos entrado en un bucle mágico de fantasía temporal. Oigo a chicas suspirar y... creo que también a la profesora Amelia. Las palabras en la boca de Owen son gotas dulces y frescas de rocío. Lo observo cuando termina de hablar y parece pronunciar un mudo «para ti» con sus labios, que pronto intento desestimar: no es lo que creo que vi, aunque, de todas formas, mi rostro logra ruborizarse con facilidad y lo odio por eso.

«¿Qué rayos? ¿Desde cuándo hay gotas de rocío en una voz? ¿Desde cuándo me ruborizo por un chico con tanta rapidez?».

Veo hacia el pizarrón con nerviosismo y trago saliva. No sé si me gusta demasiado lo que Owen logra hacer en mí, lo ansiosa que me pone y todo lo que me hace sentir. Él, definitivamente, parece ser uno de esos chicos bonitos y problemáticos, uno de esos rompecorazones.

No quiero preocuparme por tener el corazón roto ni necesito que mis sentimientos se involucren con alguien. No creo que el rubor, las miradas y

todo eso sean buenas señales, así que trato de alzar un muro para separar mi corazón de mis hormonas revolucionadas y me digo que es mejor así.

Tomo mi carpeta de debajo del banco para sacar una hoja nueva y, de ella, cae una nota. La levanto enseguida antes de que alguien también se dé cuenta de su existencia.

¿Será de Celina? ¿O una broma de Carla? Es probable que sea la segunda opción, aunque no puedo saber cuándo la puso ahí en realidad. Observo a mi alrededor para buscar señales de alguien que se encuentre esperando que abra la nota o algo así, pero nadie parece prestar atención, lo que logra que la curiosidad me encierre en su burbuja.

Al fin, decido abrirla.

«¿Eres real? Pareces un sueño que quisiera tener cada noche eternamente.» Mejor dicho: parezco dormida.

Dejo la nota en mi carpeta y la guardo en la mochila. No conozco la letra, pero debe ser una broma, ya que no soy de recibir ese tipo de notas.

La hora de Sociología es dinámica y el profesor es bromista... y raro. No hay quejas, definitivamente los jueves me encantarán.

Al sonar la campana, Owen se levanta primero de su banco y antes de salir, me guiña un ojo. Tropiezo al intentar pararme y escucho la risa de Carla por sobre la de los demás. Hago caso omiso a ellos y salgo del aula junto a mis amigas sin decir una palabra.



Las chicas y yo caminamos hasta la peatonal, la calle central libre de autos, donde se encuentran todos los comercios. Nos detenemos en un lugar de comida rápida y almorzamos ahí. «Maldita cadena que te hace desear comer más y más», pienso para mis adentros mientras saboreo mi balde de papas fritas. No soy una de esas personas que se preocupan mucho por su figura (de hecho, amo comer). Por suerte puedo decir que «como y no engordo», aunque tampoco soy tan flaca; mi figura es relativamente normal.

—¿Qué opinan del chico nuevo... ese Owen hermoso? —pregunta Celina.

—¡Ese chico está como un camión! No hablé con él, pero ¡está re bueno! Le mordería sus labios y... bueno, lo que sea.

Todas nos reímos. Gala y su personalidad son un gran espectáculo.

—Emma, creo que te miraba mucho —Belén toma un refresco y sonrío al decir eso—. Lo he notado: hablaron en clase y no dejaba de verte.

—¡Ahí lo tienes! —exclama Celina sin pudor a ser escuchada—. ¡Yo le dije eso mismo hoy!

—No. Lo miraba, así que se sentía observado y...

—No seas ciega, Cusnier —grita Gala.

Celina toma unas papas y las moja en ketchup.

—Él me suena a algo prohibido, es muy sexy. No sé... su forma de ser, parece algo arrogante...

—A mí me suena a líos —espeto.

—A mí me parece que te agrada, Emms. —La voz de Celina es baja—. Vamos, te conozco desde hace diez años y sé cuándo miras a un chico de esa manera.

—No es verdad. —Me muerdo el labio.

—Estás mintiendo. Siempre que mientes te muerdes el labio. —Belén habla entre risas tímidas y, al notar que no me siento cómoda con la conversación, decide cambiar de tema: —¡Qué pesada estaba Carla hoy!

—No se puede esperar nada de esa arpía.

Gala toma un hielo del refresco y me lo arroja.

—Vamos, es obvio que se puso mal porque la atención del chico nuevo, nombrado como «Owen extremadamente sexy», se fijaba en Emma. ¡No me lo robes! ¡Eh! ¡De alguna forma él será mío!

Uf, otra vez con el tema.

—Dejémoslo ya, chicas. No quiero ilusionarme ni nada parecido. Vayamos a ver alguna tienda, ¿qué tal?

—¡Hay que organizar para ir a bailar a Verano! Que sea en dos semanas. ¿Sí? ¿Sí? Así compramos ropa —suplica Gala, como una niña pequeña que hace un capricho—. ¡Quiero ir al menos una vez a bailar con ustedes! ¡Tal vez conozca a algún chico y deje a Owen libre para Emma!

Las chicas ríen y yo no puedo más con el rojo en el rostro. ¿Ahora todo lo de Owen lo asociarán conmigo?

Nunca fui a bailar e ir me da vértigo. Será una nueva experiencia, supongo. Sí, lo sé, es extraño: tengo 16 y un noventa por ciento de la población de mi edad sí salió, al menos, una vez, aunque en realidad esa estadística no es gran cosa: simplemente ir a una discoteca no es algo que me interese.

Pero una vez tengo que intentarlo, supongo.

—Dentro de poco tendré la última muestra de canto, para la que me preparé el año pasado. En unos cuantos días tengo que ensayar y me da miedo de que algo salga mal —suelto—. Una cosa es cantar en un coro, con las demás voces que te hagan de apoyo... sola es diferente —admito.

Por cinco años participé en el coro municipal de mi distrito, era un grupo hermoso, pero llegó un momento en el que todo cambió, el grupo se dividió, empezaron los celos entre las parejas y la competencia entre participantes; nada volvió a ser lo mismo. El año pasado decidí tomar clases particulares, y esta sería la primera vez que canto en público, la primera vez que no habrá nadie más conmigo en el escenario. Ni hablar del ensayo, donde las probabilidades de que salga mal aumentan.

—No deberías estar nerviosa, es un ensayo. —La sonrisa de Celina se ensancha—. ¡Quiero ir a la muestra, eh!

—Y yo, ¡sobre todo si hay comida gratis! —exclama Gala—. Dime que la hay, por favor...

—Irán todas, lo prometo. —Les sonrío—. Quiero hacerlo bien en frente de todos. La muestra me tiene sin ganas...

—¡Lo harás bien! —dice Belén.

—No respondiste mi pregunta —reclama Gala; sus rulos rebotan por el movimiento efusivo de su cuerpo—. ¿Habrá comida gratis?

—¡Claro! —Me río—. Tendrán las mejores butacas y les traerán comida gratis.

—¡¿En serio?! —gritan las tres, haciendo que uno de los comensales cercanos a nosotras frunza el entrecejo y nos diga *shh*.

Levanto una comisura de mi boca: —Ya quisieran.

—¡No debes ilusionar a las personas, Emma! —me regaña Celina—. Con la comida no se juega...



Paso un rato muy bueno con mis amigas. Con ellas puedo ser casi yo misma y me siento aceptada, al igual que con mi familia. Compramos objetos (como pulseras de la amistad) en un comercio, caminamos sin descansar mientras hacemos retos y organizamos una salida próxima, inclusive paramos en una heladería para comprarnos un kilo de helado entre todas y luchar por obtener las mejores cucharadas.

Durante el rato que paso con ellas olvido lo diferente que me tratan los demás y los dolores no me pesan, pero el acontecimiento de mi compañero nuevo me persigue.

Owen tiene un encanto, una atracción, y no puedo evitar pensar que estoy dejando pasar algo por alto. No puedo negar que el chico es magnético, que en los pocos días que estuve sentada junto a él supo exactamente cómo captar mi atención, pero es eso lo que más me asusta. ¿Y si es peligroso para mi corazón? ¿Cómo es que puede lograr eso en mí con los pocos intercambios que ambos tuvimos? Es una locura.

Ya son casi las cinco de la tarde. Acompaño a cada una a la parada de sus buses y luego me encamino hacia la mía, que para mi disgusto se encuentra solitaria, aunque, de alguna forma, me siento observada.

No, no me siento... definitivamente, hay alguien que me mira.

No es una sensación cómoda ni que desee demasiado, así que busco mis auriculares; espero que el bus llegue a tiempo antes de empezar a estar todavía más paranoica. Tardo en encontrarlos, porque mi mochila parece un verdadero caos. Me lamento de manera interna por ello.

Entonces, cuando al final los puedo alcanzar, una voz logra que vuelva a perderlos dentro de mi bolso. Me asusto y los suelto, solo para darme vuelta veloz para enfrentar al chico de ojos de zafiro y sonrisa con hoyuelo burlón.

—No es seguro que te quedes esperando sola en esta parada, Emma — comenta, como si dijera algo tan mundano como hablar sobre el clima, no como si hubiera aparecido de la nada delante de mí.

Entrecierro los ojos hacia él y hago lo posible para no demostrarle que he comenzado a temblar del susto que me provocó. Owen parece contener la risa, lo cual me da más rabia.

El chico camina más cerca de mí y no puedo evitar fijarme en su cabello revuelto y en su camiseta azul que resalta sus ojos de zafiro. Su piel parece haber sido besada por el sol en el verano y sus jeans quedan perfectamente en sus...

—Mis ojos están aquí —aclara, señalando su cara con un gesto bromista de aparente superioridad.

¿Qué clase de frase es esa?

«Emma, concéntrate. Ya», me digo en forma mental.

—¿Me sigues? —Ladeo la cabeza y los ojos al hacer la pregunta. ¿Qué hace acá después de tantas horas de terminar el colegio? ¿Será que fue pura casualidad el que nos encontremos?

—Sí —contesta con mucha sinceridad. Sin darme cuenta, retrocedo dos pasos.

«¿Qué mierda?»

—¿Por qué me seguías a mí?

—Porque eres diferente —responde sin más.

—¿«Diferente»? No comprendo. ¿Qué quieres decir con eso?

Tuerce un poco los labios.

—Quiero decir que me intrigas, que no te logro entender del todo, pero quiero hacerlo.

—Eh... Lo siento, Owen, pero no soy «diferente» o como sea. Digo, no quiero desilusionarte, pero puedes encontrar muchas chicas como yo —aclaro, todavía sobresaltada; mi corazón late demasiado fuerte, tanto que temo que lo pueda escuchar, incluso mis palabras salen atropelladas, sin ser pensadas antes—. ¿Por qué...?

—Lo eres —me interrumpe, observándome con atención—. Se nota que sientes que no encajas con los demás. Suele pasarte, ¿no?

—Tú... ¿te sientes así?

—En general, sí. Me he sentido así por bastante tiempo. ¿No encajar? Obvio que lo sé. No todos los seres somos iguales, ¿o sí? —Da un paso más cerca de mí y yo retrocedo—. No te voy a lastimar. —Su sonrisa se torna más profunda.

Uh. Problemas.

—No te conozco; es el cuarto día que te veo. ¿Crees que voy a confiar en ti solo porque eres mi compañero? Podrías ser un psicópata asesino. — Hago mi más grande esfuerzo para que mi voz suene lo bastante fuerte.

—Juro que soy todo menos eso. —Hace un puchero que en los demás chicos se vería muy mal, pero en él es increíblemente sexy y provocador.

«Maldeciré a mis hormonas por eso».

—¿Desconfías de mí, Emma? —pregunta Owen.

—De todo el mundo.

—No te haría daño, lo sabes, ¿no?

—En realidad, no lo sé. Lo repito: no te conozco.

—Bueno, entonces me ganaré tu confianza. Te aseguro que será interesante conocerme y seré alguien extremadamente irresistible para ti. Voto de confianza. Incluso tal vez te enamores de mí. —Ahí es cuando pierde sus puntos, si es que alguna vez los tuvo.

—Por lo que veo... bastante arrogante.

—¡Sabía que lo pensabas! No negaste lo que dije antes. —Guiña otra vez el ojo—. Causo ese efecto.

—Solo no te presté atención. No me afectas en absoluto. —Me muerdo el labio.

—Mientes, te muerdes el labio. —Un hoyuelo le aparece en su sonrisa torcida. «¿Cómo sabe lo del labio?»—. Apuesto a que pensarás en mí y que, de hecho, soñarás conmigo.

—¿Una pesadilla? No, gracias —miento otra vez.

—Una pesadilla sería si no me soñarás. —Mira lejos de mí. Quiero protestar por su comentario, decirle que no me siga más, pero antes de que salgan las palabras me gana de mano—. Ya viene el bus. Te veo mañana. — Sonríe con su hoyuelo que se asoma y se despide con la mano.

En efecto, el transporte está a unos metros de mí. Lo freno y subo al bus con aire acondicionado. Cuando quiero voltear a ver a Owen, ya no está.

CAPÍTULO



El viaje a casa me resulta muy extraño, inundado de preguntas y enigmas. No puedo borrar de mi mente la intensa mirada de Owen, como si él estuviese ahí, conmigo. Realmente raro. Pero es algo que siempre pasa: en general, las chicas tendemos a ver a un chico que nos resulta atractivo y a imaginarnos cosas que nunca pasarán. ¿Cierto? Por eso me conviene mantenerme alejada.

Quiero escuchar música, pero eso solo aumenta mis nervios crecientes. El aire me sofoca y posee mis venas, las calienta, como si no hubiera acondicionado. Mi corazón late apresurado y el instinto me dice que corra, que salte del bus. Obvio, eso haría un número y no quiero hacer ninguna escena en este momento.

Después del viaje eterno, camino en silencio a casa. No ha oscurecido aún porque es verano y, por suerte, puedo contar con mi vista.

Las casas de mi barrio varían: hay muchas sencillas, otras pintorescas y algunas no mucho. Lo malo de vivir aquí es que está a media hora alejado del centro y, de mis amigas, soy la que vive más lejos.

No tengo amigos cerca de mi casa; la mayoría de las personas es muy grande o muy chica, y los pocos adolescentes con los que me podría juntar a charlar me prefieren lejos de ellos. No me molesta sinceramente: están en un mundo muy diferente al mío; en general, suelo verlos en la calle bebiendo o consumiendo no quiero saber qué. Y yo tengo bien en claro lo que quiero y lo que no; sé quién soy y hacia dónde voy, es algo que no voy a cambiar por nada. No quiero meterme en problemas solo para ser parte de un grupo de personas; eso sería fallarme a mí misma.

De regreso a casa paso por la puerta de un parque al que voy a leer, correr o nadar un poco de vez en cuando. Es un lugar donde suelo tener bastante privacidad y puedo pasarla bien las horas que estoy dentro. El guardavidia de la piscina me conoce como «la chica solitaria».

Sí, esa tenía que ser yo.

A pesar de que sin dudas debe notarse que estoy sola allí, disfruto de aquellos momentos de tranquilidad y encuentro conmigo misma. Incluso a pesar de que hay de esas chicas que te miran y se ríen en tu cara si la ropa no les gusta o chicos que bromean con el peso de cada persona que pase por el frente de ellos, sea delgada o no. Me parece horrible. No tienen derecho de reírse del otro, no está bien. Uno nunca sabe la historia de la persona. Digo, por ahí la chica flaca es así, porque no tiene nada de comer en la casa. Y en la casa de la chica rellenita los padres discuten todo el tiempo y come para ocultar su dolor. Por ahí no, y ojalá que sean felices con sus cuerpos, porque cada cuerpo es hermoso y único. Pero las palabras duelen como cuchillas y, si de algo sé, es cómo fingir estar bien por fuera, pero destrozada por dentro.

El tema es que no quiero pertenecer a un grupo por el simple hecho de estar en él. No digo que me gustaría ser un poco más aceptada y disfrutar como los demás, como cualquier adolescente, si es que existe algo como eso. Pero eso no es lo que quiero. No quiero que mis horarios dependan de un grupo; quiero nadar y sentir el agua que me recorre, fresca y transparente. Quiero pasear bajo los verdes árboles y recostarme en el pasto a leer. Quiero escribir mientras escucho el sonido de los pájaros. Realmente prefiero ser así antes que alguien superficial como ellos, aunque no digo que todos sean así.

De momento no quiero ni necesito nada más que eso.

Llego a la puerta de madera antigua de mi casa, después de pasar por las rejas verdes, y entro mientras arrojo mi mochila al sofá que hay en la entrada. Dentro hay olor a hogar y a flores. Suspiro. La normalidad me invade para mi alivio.

Todo lo ocurrido hace un rato no parece más que un torpe sueño.

Mi madre se asoma de la cocina al escuchar la puerta cerrarse. Ella es más baja que yo y, aunque su cabello es como el mío, sus ojos son verdes y

su nariz, más respingada y pequeña.

—Lleva eso a tu cuarto. Tienes tu té hecho.

Tomo mi pesada mochila y la llevo a mi habitación. Mi cama está armada y mi portátil, por fortuna, indica que ya está cargado. Escucho a mamá llamarme y me dirijo a la cocina, donde me invita con la mano a agarrar el té.

—¿Cómo te fue con las chicas? —pregunta.

—*Uhm*, bien. Compramos cosas y hablamos bastante. Fuimos a una cadena de comida rápida...

—¿No era que no querías ir más a las «cadenas que promueven la alimentación de chatarra»?

—No. Me gusta el sabor a pesar de eso, no es que haya cambiado de opinión. Además, mis amigas me matarían, porque en la mayoría de nuestras salidas vamos a comer allí. Me llevarían a la fuerza de todos modos. No hay muchos lugares.

Mamá suelta una carcajada.

—Está bien. Me parece bien que lo disfrutes mientras. ¿Y el colegio bien?

Ugh, el colegio.

«Owen. Owen. Owen».

El nombre que tanto quiero olvidar.

«Actúa normal, Emma. Normal».

«Diferente», se repite la voz de Owen en mi mente.

—Como siempre, algo aburrido. —Levanto mis hombros para restarle importancia—. Discutí con Carla...

—Tengo que hablar para que hagan algo, hija. No puedes estar otro año... —suena muy preocupada.

—No pasa nada, ma. Todo está perfectamente, incluso con sus burlas. No es nada de lo que no esté acostumbrada. —Me las arreglo para decir.

—¿Y hay algún chico interesante este año?

—¡Mamá! —grito. Justo el tema que no quería hablar con nadie, lo saca ella—. No, nadie. Nadie que me interese. —Digo con énfasis la última frase.

—*Mmm*, a mí me parece que por cómo reaccionaste que sí...

—Ningún chico, mamá. Me voy a escribir —la interrumpo—. ¿Dónde está Mateo?

—Se fue con tu papá a comprar. Ya volverán. Ve, pero no creas que no me daré cuenta. ¡Soy tu madre!

Cuando logro huir de ella y entrar en mi habitación, cierro la puerta tras de mí, me siento sobre mi silla de escritorio y abro con cuidado mi preciado portátil plateado, donde busco el archivo con mis poemas y comienzo a escribir.

*Sombra que me envuelve,
silencio que habla callado.
Tus labios, calientes, susurrando.
No puedo quererte a mi lado,
pero quiero que estés aquí.
No quiero que rompas
lo último que queda
intacto en mí.
Eres un desconocido,
pero hay algo indescifrable.
¿Qué hice para ganar tu atención?
Después de todo,
yo no soy nadie
para quien no me conozca.
Apareces cuando quieres,
luego te vas.
No aparezcas en mi vida
si después te marcharás.*

Cierro mi portátil con fuerza y luego me arrepiento del golpe que le podría haber causado algún daño, la cuido mucho y odio cuando se golpea.

Mi regla es «no borrar poemas», pero admito tener ganas de eliminar ese especialmente. Un chico no puede tener ese poder en mí.

Todo ese poema, de alguna forma, me grita «¡Owen!» y me deja sentimientos que no logro explicar ni comprender. No hay lógica en eso. No hay lógica en que esté pensando en él. No hay nada de lógica en lo irresistiblemente perfecto que puede parecer su físico.

No hay lógica en que me sienta tan atraída hacia él.

Abro mi carpeta y busco la información que nos dejó de tarea el profesor de Sociología y termino de analizar el poema de Poe para intentar despejar mi mente.

Durante la cena, papá cuenta sobre su trabajo y sus primeros encuentros con los «temibles» alumnos, mamá habla sobre varias cosas que ocurrieron en la oficina y Mateo, sobre sus juegos preferidos y, por supuesto, su triunfo en una partida en línea.

Después de lavar los platos y cepillarme los dientes, me dirijo hacia mi cuarto. De forma habitual, una noche cualquiera sin colegio me quedaría leyendo hasta la madrugada (e incluso más). Pero ahora, con el instituto, no tengo demasiado tiempo para eso. Doy vueltas en la cama por una hora hasta conciliar el sueño. En él, unos brazos me mecen mientras que unos ojos azules de zafiro parecen invadir mi mundo.

CAPÍTULO



Casi dos semanas han pasado desde el primer día de clases.

Hoy, sábado, me encuentro completamente nerviosa. Me espera un largo (y agotador) día. Voy a estar en el club hasta las 15:00 horas, supongo que nadaré un poco y correré también, ya que serán mis últimos días como socia del lugar. Volveré a casa para bañarme y, a las 18:00, con las chicas, nos reuniremos en la casa de Belén para prepararnos para ir a bailar a Verano. Eso último me tiene fuera de mis casillas: no sé cómo será y tampoco es de mi estilo el ir a bailar a una discoteca, aunque tampoco me he dado la posibilidad de intentarlo. Un colegio está juntando dinero para hacer la fiesta de egresados en el lugar y, gracias a un boleto que nos dieron, podemos entrar con 16 años.

Durante la semana previa a la salida, Gala habla todo el tiempo del chico ideal que encontrará en pleno baile (como le pasó a su mamá), Celina está algo preocupada, porque teme que no la dejen ir y Belén repite todo el tiempo la frase «¡ya quiero que sea el momento!».

Me siento un poco mal, porque soy la única que no tiene ganas de ir. Tal vez sea el miedo. Es parte del mundo al que nunca crucé.

Tengo una prima que me dice que soy una aburrida. Es muy distinta a mí, a ella le gustan las fiestas, besarse con cualquiera y el alcohol; sale siempre que puede, incluso si no es fin de semana. Nuestra abuela nos dice que somos como el agua y el aceite; supongo que tiene razón a pesar de que pocas veces la he visto. Ella vive en España, como la mayor parte de mi familia. Solo en un par de ocasiones pudieron venir a la Argentina a visitarnos, pero no siempre eso es posible. Estos días no he hablado con

ellos ni he podido escribirles nada. El colegio me mantiene bastante ocupada; las materias que tengo este año son algo pesadas, sobre todo Matemática y Economía Política. Tengo solo dos días sin contraturno, y nos mandan bastante tarea de investigación y comprensión lectora.

Owen tampoco sale de mi cabeza, aunque luego de ese extraño episodio en la parada del bus, a duras penas pude intercambiar diálogo con él. De hecho, durante cuatro días seguidos faltó al colegio. Cuando la preceptora le preguntó los motivos, respondió que estaba enfermo. Supongo que eso puede pasarle a cualquiera. No lo he encontrado otra vez fuera del instituto; es como si desapareciera al tocar la campana.

Él es un misterio.

Es temprano aún, son las diez de la mañana. Mi madre está despierta tomando mate mientras organiza unos documentos del trabajo; papá, por su parte, sigue dormido, aprovechando el fin de semana.

—Buenos días, Emma —dice Eliana, mi madre, al verme—. ¿Qué haces despierta a esta hora?

—Quería ir al club —le respondo sin más.

—Ah, está bien. ¿Comerás allá? ¿Te sientes bien? —cuestiona, levantando la mirada del montón de papeles para observarme. Sus ojos parecen inspeccionar señales de debilidad o dolencia, todavía preocupados por lo que sucedió en el verano, a pesar de todas las veces que le repetí que ya estoy bien.

—Sí a las dos cosas. Ahora mismo voy a preparar todo. —Sonrío para darle más fuerza a lo que acabo de decir y me alegro cuando ella también me responde con una sonrisa antes de volver a su trabajo.

Tomo mi bolso blanco y negro, y meto dentro de él un toallón^[2], un gorro azul para la piscina (que tenemos que usar para meternos al agua), un desodorante, el libro que actualmente leo y un perfume (esto último por las dudas). Luego, camino hacia el baño y me pongo mi bikini preferida: un conjunto celeste arriba y negro abajo. Para finalizar, me paso el bloqueador solar por el cuerpo. Odio esa cosa pegajosa y la sensación que te queda en las manos después de colocártelo, pero es algo que no puedo dejar de utilizar si no quiero arder en rojo como Marte.

Busco un short cómodo de jean en mi armario, una camiseta básica y unas modestas ojotas negras que me sirven para entrar a la piscina. A pesar de que ya casi estamos en otoño los días continúan calurosos.

Listo. No necesito más que eso.

Tomo un poco de dinero de mis ahorros y me encamino fuera de casa.

El cielo está despejado y el sol golpea con intensidad sobre mi piel. Tengo ganas de llegar pronto, antes de que me derrita en la vereda. Veo a la gente pasar, algunos van tranquilos y otros, como locos, apurados tocan bocina quién sabe por qué. De pronto pienso en cuántas historias de vida nos cruzamos por la calle sin saber que están ahí. Son tantas voces que no alcanza una sola existencia para poder conocerlas y escucharlas. Estamos todos en un mismo sitio, pero sin darnos cuenta de que formamos parte de un mismo paisaje, que somos como una pieza de un puzle que mayormente se encuentra aislada.

Es ahí, al encontrarte rodeada de gente ocupada con sus asuntos, cuando recuerdas que cada individuo es una vida, que cada vida es un mundo y que tú solo eres uno entre millones.

La palabra que utilizó Owen para describirme, «diferente», aún resuena en mi cabeza. ¿En qué soy diferente? Hay millones de personas. Más bonitas, más inteligentes, más interesantes. No es que yo no lo sea, pero, en verdad, no entiendo lo que dijo. Inclusive esto que debo sentir no es único, seguro muchos chicos se sienten de la misma manera, sobre todo al transitar la adolescencia, sin negar además que, ciertamente, todos somos distintos.

El club es tranquilo a esta hora, los árboles verdes brillan bajo el sol y se mueven al compás de la brisa que corre sigilosa. Hay varias personas que trotan o entrenan, y otras toman un café en el comedor. El lugar es gigantesco: inmenso a lo largo y a lo ancho. En todo el tiempo que tuve no pude llegar a recorrerlo por completo; además, casi siempre me dirijo a la piscina o a la zona de pícnic para leer.

Entrego el carné para ingresar a la piscina y la señora que está allí todas las mañanas me pasa una medalla redondeada con el número en el cual guardo mi documento para ir a buscarlo luego. Es una mujer amable y muchas veces me quedo un minuto hablando con ella. Es la encargada de revisar que todos los que entren sean socios y tengan todo en orden.

Unas personas nadan y otras observan a un chico de short negro que está por saltar del cuarto trampolín. Solo salté dos veces del primero, el de menor intensidad. Fue genial, pero no fui más lejos. Primero, porque fue el último día de colonia de hace cinco años atrás. Segundo, no me tiraría ahora, porque quedaría desnuda en el medio de la piscina y eso no es algo que quiera exactamente.

Más lejos de donde estoy hay un grupo de chicos y chicas, donde puedo reconocer a vario a simple vista.

Carla y su clan.

¡Joder! ¿Qué hace Carla aquí? ¡Nunca nos habíamos encontrado! ¿Por qué, de todos los clubes que existen en mi localidad, debía venir justo a este?

Genial, ahora mi lugar tranquilo se echa a perder gracias a Carla. Tal vez pueda irme y pasar inadvertida. Lo que menos quiero escuchar son sus comentarios que atentan contra mi persona. Intento escabullirme detrás de una columna, pero es demasiado tarde: ya me vio.

«¡Mier...!»

Sus ojos pardos se posan en mí. Desde donde estoy, puedo ver sus infinitas pecas. Intento fingir que no la miraba, pero se encamina hacia mí con rapidez sin dejarme oportunidades de escape.

—¿Qué haces aquí? —Las palabras salen escupidas de sus labios finos mientras acomoda su platinado cabello detrás de la oreja.

—Soy socia y vine a pasar un buen rato. No sabía que vinieras también, jamás te vi —respondo con tranquilidad para intentar comenzar las cosas de la mejor manera.

Ella ignora por completo mi intención, se acerca unos pasos más y me responde con brusquedad innecesaria. Al parecer ella no tiene las mismas intenciones que yo; no le importa estar de buenas.

—Bueno, ve a buscar otro club y mueve tu culo de mi lugar. Estoy celebrando con mis amigos, pagué por ellos y los invité especialmente para que no se juntaran con escoria como tú.

—¿Desde cuándo es «tu lugar»? —Respiro una vez intentando calmarme. No quiero que las cosas se salgan de control—. No estoy aquí para molestarte ni nada, te pido que hagas lo mismo —aclaro, apretando la

mandíbula. Hago demasiada fuerza por no caer en la tentación de enseñarle mi dedo corazón.

—Mi padre es amigo del dueño, un simple llamado con una mentira piadosa y estás fuera. —Sonríe con cinismo ante su ocurrencia, luego vuelve a jugar con su mechón de cabello—. Estás sola, ¿verdad? —comenta distraída, mirando hacia ambos lados—. Siempre tan aburrida. ¿O no, chicas?

Sus amigas, que están a unos metros de nosotras, comienzan a reír y a asentir. Cómo no, las personas así siempre necesitan un séquito de seguidoras que las avalen. Aprieto mis manos como puños para contener mis ganas de golpear algo.

—No necesito estar con otras personas para sentirme bien conmigo misma, ¿sabes? Te vendría bien algo de eso.

Listo.

Mi intento de amabilidad se pierde en este mismo instante.

—Zorra —escupe ella.

—No caeré en ese juego de insultos, Carla. ¿Por qué me molestas tanto? ¿Qué te hice?

Carla se acerca a mí abruptamente y lanza un puño para golpearme. Este queda marcado en mi mandíbula, que comienza a escocer, y hace que cierre los ojos, no por el dolor, sino por la sorpresa. Pequeños índices de lágrimas comienzan a asomarse de mis ojos y son las deladoras que hacen reír a Carla, llamándome «llorona» mientras se burla de mí junto a sus amigas. Presiono con mi mano sobre la zona que comienza a inflamarse un poco y suelto un resoplido.

«Tal vez no debí venir, en primer lugar».

—¡Ah, al fin has recibido lo que mereces, zorra! ¿Qué dicen, chicas? ¿Le damos entre todas al bicho raro?

«¡¿Qué?!»

—¿Qué pasa acá? —habla una voz agitada, porque, al parecer, venía corriendo. La reconozco con facilidad. «Es Steven». El chico por el que desfallecen casi todas en el instituto. «¿Será que todo el colegio quiso venir aquí hoy?» Sus ojos verdes, a la luz natural, tienen el mismo color vivo que las hojas de los árboles. Su pelo castaño es un poco más corto a los costados

y lleva un jopo que resalta su fuerte mandíbula junto a su piel bronceada. A Carla le gusta alardear diciendo que ellos «tienen algo», aunque en verdad Steven no parece muy convencido de que eso sea así.

Cuando Steven me ve, me muestra una de sus tan preciosas sonrisas. A esta altura del partido no me sorprende mucho la extraña amabilidad que tiene conmigo, ni tampoco me interesa tener la mandíbula hinchada frente a él, la verdad. Con todas las veces que nos cruzamos en el colectivo a la mañana ya no tengo nada que ocultar, me ha visto con las peores ojeras del mundo. Sin embargo, los ojos esmeraldas de Steven caen directo hacia la zona que me duele y frunce el ceño; luego se vuelve sin demasiado cuidado hacia Carla.

Ella, entonces, comienza a chillar.

—¡Me atacó y debí defenderme! ¡Es una maldita! ¡Es un fenómeno violento! ¡Ayúdame, Stev! —Carla cubre su rostro con ambas manos, como protegiéndose del monstruo que supuestamente soy. Si pudiera estallar en una carcajada en este momento, lo haría. Todo está tan retorcido que parece un mal chiste.

Steven, siendo allegado a ella o no, no parece creerle. Camina hasta posicionarse entre nosotras y su mirada revela preocupación cuando choca con la mía. Mi atención se dirige hacia su boca cuando él formula un mudo «¿estás bien?», que respondo asintiendo de forma leve con la cabeza. Espero que Carla no note nuestra charla privada, porque es lo último que falta para que monte otro número peor.

—No me mientas, Carla. Vi que fuiste tú la que la golpeó y ni hablar de lo que escuché después. Conozco a Emma, no podría matar ni siquiera a una hormiga —me defiende, con verdadera convicción—. ¿Verdad, Emma? ¿O tú sí hiciste algo?

—No, no hice nada. Carla me vino a molestar sin motivo, solo por estar aquí —le comento y noto que Steven formula una pequeña sonrisa que solo me da más aliento—. Solo pido que me deje en paz y listo. Que vaya a cuidar su «territorio» a otra parte —«como un perro guardián con rabia», pienso—. No puede ir por la vida golpeando a las personas.

A Steven esa respuesta le parece suficiente, porque le da una de esas miradas escépticas a mi atacante y luego niega con desaprobación.

—Tienes que pedirle disculpas, Carla. Es lo mínimo que puedes hacer —sugiere él, con una paciencia que no tengo idea de dónde la saca, pero ahí está.

—¡No siento nada por ese bicho! —La repugnancia en sus palabras es notoria. Grita ocultándose detrás de Steven, como una niña que hace una rabieta—. ¡Eres una pobre infeliz!

Steven vuelve la vista hacia mí, con una mueca de dolor.

—No le hagas caso, Emma —me aconseja, para luego dirigirse hacia ella—. Carla, debes marcharte.

Me parece surrealista que ese chico me proteja de las personas que insisten en hacerme imposible los días en el colegio, sobre todo cuando Carla refunfuña con furia y Steven estira los brazos con precaución para sostenerla y empujarla suave hacia atrás para alejarla de mí. Ella patatea un poco y me regala una cara de odio infinito que solo yo puedo ver.

—¡Ella me hace sentir muy incómoda! ¡No quiero que esté aquí! —se queja Carla, separándose de Steven por un momento. Me sorprende cuando noto que en su gesto hay una verdadera súplica, casi con dolencia, como si de verdad fuera sincera por un momento.

Ahora soy yo la que comienza a sentirse incómoda, así que empiezo a apartarme del grupo de chicas que parecen estar muy interesadas en el espectáculo. Algunas de ellas me sonríen forzosamente y me pregunto qué pasará por sus mentes, pero no me detengo mucho en ello. Sé que es mejor apartarme lo más rápido posible. El problema es que, cuando empiezo a caminar para alejarme, una mano se posiciona sobre mi hombro y me frena.

Me vuelvo hacia Steven con algo de recelo. ¿Por qué volvió? Enseguida busco con la vista a Carla y la descubro charlando con algunas chicas de su grupo a varios metros seguros de distancia de mí. No parece muy feliz, pero tampoco puede alcanzarme desde aquí.

—¿Segura que te encuentras bien? Eso está bastante colorado...

—Sí, de verdad que estoy bien, Steven. Gracias por ayudarme —le expreso con gratitud, intentando formar una sonrisa. En realidad, lo que menos me duele en este momento es el golpe. Quiero salir de aquí lo más pronto posible, irme hacia otra parte donde pueda pasar el día tranquilo que había planificado.

El chico de ojos verdes no parece muy de acuerdo conmigo, ya que estira su mano con sumo cuidado hasta llegar a la zona del golpe. Por unos instantes retengo el aliento, hipnotizada por el suave movimiento de Steven y la calma de su rostro. Olvido que estamos en el club, borro el mal momento que pasé y todo es remplazado por esa sensación de paz que parece colmarme cada vez más.

Es la primera vez que estoy tan cerca de Steven y no estoy muy segura de que sea una proximidad normal. Sin embargo, no me quejo mientras que los pocos segundos transcurren. Me gusta pensar que existen personas como él, que ven más allá del estatus que pone la sociedad, que no temen contagiarse una enfermedad invisible o ser tildados de alguna manera peyorativa solo por estar con alguien que fue marcado de esa forma. Desde el primer día que nos cruzamos en el bus Steven ha sido atento conmigo. Por un momento creí que simplemente no sabía quién era yo en el cole, pero ahora descubro que no.

—Estoy bien, de verdad —aclaro otra vez, apartándome un poco a pesar de que parte de mí no quiere que ese momento termine.

—Siento lo de Carla —se disculpa él—. No es que la trate mucho, pero sé que puede ser complicada.

Me encojo de hombros, restándole importancia. Por cierto, no quiero que Carla se convierta en una especie de tema de conversación extraño.

—Todos somos complicados de alguna forma —señalo para aligerar el ambiente, no para justificar a la chica, porque «complicada» es una palabra que le queda corta.

—Sí, pero algunos se pasan —declara él, levantando una de las comisuras de su boca. No puedo evitar soltar una risa al darme cuenta de que Steven y yo coincidimos en ese pensamiento, al parecer nos encontramos en la misma sintonía—. Oye, me gustaría salir contigo algún día.

—¿Salir conmigo? —inquiero con sorpresa. Acaba de decir algo que no hubiera esperado jamás. De tener buena relación cada vez que nos cruzamos a salir hay un trecho, ¿verdad?

Mi rostro debe ser un poema, porque es el turno de reír para Steven. Por unos pocos segundos pienso que solo bromea, pero esa idea desaparece ni

bien Steven abre la boca otra vez.

—Claro, ¿tan raro parece? Hace rato que quiero pedírtelo.

Pestaño un par de veces y hasta me aseguro de no tener la boca abierta. Nunca me invitó a salir nadie que no fueran mis amigas o algún familiar, pero no voy a decirle eso a Steven, que parece disfrutar de mi reacción.

—Vale —respondo, sintiendo un leve calor subir por mis mejillas, una calidez que no tiene nada que ver con el golpe de Carla—, algún día quizás.

—Genial. —Steven expande su sonrisa y hace caso omiso de la chica enfurecida que se acerca refunfuñando detrás de él. Ella camina mientras le grita que la fiesta se va para otro lado, pero el chico no la encara. En su lugar, aprovecha el tiempo para dirigirme un asentimiento con la cabeza—. Espero que te recuperes rápido —habla él, señalando la zona golpeada que, milagrosamente, ya no parece molestarme—. Sé que pronto podremos hablar mejor —finaliza rápido tras echar una mirada hacia atrás.

—Nos vemos, Steven —respondo.

Me saluda con la mano como despedida antes de que Carla nos logre alcanzar. Da pasos tranquilos hasta llegar a la chica de cabello platinado. Entonces, noto que ella le dice algo al oído, y Steven parece negar y señalar la dirección hacia el grupo de adolescentes que observan chismosos. Luego, cuando estoy a punto de girarme para alejarme de ellos, descubro que Carla ha logrado escapar de Steven y que vuelve a caminar como furia andante hacia donde estoy.

Quiere que el circo continúe.

¡Pero a mí no me gustan estas payasadas!

—Detente, Carla. No quiero que esta pelea absurda siga —pido, antes de que ella pueda llegar a mí. Por un momento creo que he logrado convencerla, ya que se detiene. Steven llega con prisa y se coloca muy cerca de ella con gesto alerta.

Por un instante Carla parece pensarse la idea de no montar más escándalo y hacer las paces, pero al parecer no la convence, ya que se echa a reír, como si alguien le hubiera contado el chiste del año. Aprieto mis labios con fuerza y me preparo mentalmente por si tengo que defenderme.

—Solo para que lo sepas: nadie te quiere cerca, así que aléjate de todos nosotros, no tienes nada que hacer aquí —farfulla y no puedo evitar pensar

que ese comentario lo hace por Steven. Carla sonríe con veneno en la boca y fuego en los ojos, como si con una mirada pudiera tener el control de clavar mil cuchillas—. Est s sola y lo mejor para todos es que sigas así.

—No estoy sola —le digo, con firmeza.

Carla tuerce el gesto, demostrando suficiencia.

—Ah, bueno.  Y dónde están los demás?  En tu imaginación?

—Ella no est  sola. Está conmigo.

[2] Se trata de una especie de toalla que se utiliza para secar el cuerpo después de bañarse o ducharse; la diferencia radica en el tamaño.

CAPÍTULO



Observo que Steven abre la boca para hablar, pero no es de él que sale la voz que los tres escuchamos y lo tengo bien claro. No podría confundirme aquel sonido con el de nadie más en el mundo. Mi piel se eriza al instante y mi corazón parece no solo latir con más velocidad, sino también sacudirse en un extraño baile de alegría.

Sé que Owen Liv está a mi lado, mi cuerpo quema solo por su cercanía. Quiero voltearme hacia él, pero por un momento me siento incapaz de hacerlo. Estoy aturdida y emocionada a la vez. No sé de dónde salen tantas emociones, pero no puedo negar que ahí están, conmigo, haciéndome difícil respirar.

El rostro de Carla parece un meme de Internet: destila cólera e incredulidad a la vez. Steven, por otro lado, después de pasar el desconcierto, frunce el ceño, como si lo que ve no le gustara nada.

—Déjala en paz —continúa él. Habla con tranquilidad, como si razonara con una niña pequeña que se ha comportado mal. Es gracioso, porque Carla misma se encoje ahí mismo, frente a mi nariz, y por primera vez la veo intimidada y no intimidando—. Deberías sentirte avergonzada por tratar a alguien de ese modo. No me imagino cómo sería para ti que alguien te dijera todo lo que le dices a Emma.

Entonces sí volteo la vista para observarlo y me llevo una gran (y grata) sorpresa.

¡Oh, cielo santo! Owen se encuentra de pie a mi lado. Su short negro es la única prenda que lleva puesta y su pelo de noche brilla a la luz del sol...

¡Un Owen semidesnudo está aquí! ¡Un Owen semidesnudo está en el mismo club que yo, en el mismo lugar que yo, respira el mismo aire que yo!

Sus ojos, en lugar de mirar a Carla, están puestos en Steven, que tuerce el gesto para demostrar explícito disgusto. Ambos parecen observarse con desdén unos segundos, olvidando nuestro conflicto y preparando el suyo, una guerra que ni Carla ni yo parecemos entender.

Cuando Carla deja de estar con la boca abierta, pasa la mirada hacia mí, todavía con incredulidad. Claro, el chico nuevo que no le correspondió ahora supuestamente está conmigo y muestra su abdomen bien definido, para variar.

—¿Qué hace aquí y contigo el nuevo?

—¿Por qué no podría estar aquí y yo, con él? —pregunto, tratando de imitar la tranquilidad de Owen al hablar. Ni de cerca llego a sonar tan segura, pero, de alguna forma, me alegra cuando el rostro de Carla se ensombrece todavía más.

Obvio que ella no piensa dejarme de pie.

—Ven con nosotros, nuevo. Ella no es muy divertida —lo invita, mientras le enseña una de sus miradas coquetas y empasta un poco la voz—. Yo sí lo soy.

Por un momento temo que Owen finalmente decida marcharse con los demás, pero el corazón vuelve a brincarme cuando niega con la cabeza.

—No, gracias. No eres mi tipo, mucho menos con esa actitud hacia ella, Carla. — Su nombre en la boca de Owen suena ácido, y me sorprende cuando llega a mí un sentimiento de placer—. Ve con Steven a divertirte y deja a Emma tranquila.

«¡Toma eso!»

La cara fanfarrona e inexpresiva de Carla cambia a dañada. Owen la ha rechazado otra vez, y encima por mí. Esto es guerra para ella, pero no se arriesga a decir nada: solo da media vuelta y se va como si esto jamás hubiese pasado. Steven, en cambio, se queda unos segundos más frente a nosotros.

—Ambos sabemos quién no es el bienvenido aquí. —Menciona el chico de ojos verdes con una voz que jamás le escuché. Es frío, casi de piedra. Steven pierde por completo su sonrisa antes de darse la vuelta y caminar

lejos de nosotros dos, algo que me parece muy extraño. ¿Acaso hablaba de mí? ¿O de él? Si es así, ¿cómo se conocen ellos dos?

Una punzada llega a mi estómago. La pregunta principal es qué hace Owen aquí.

—Escuché que ella iba a hacer algo aquí y quería conocer el lugar por pura curiosidad —me explica cuando los dos quedamos solos, sin la necesidad de que le pregunte nada; tal vez precisa decirme que no es una especie de acosador, como me imagino en este momento—. De hecho, invitó a todo el curso, salvo a tus amigas y a ti... —menciona como si adivinara mis pensamientos, mientras una sonrisa aparece en su rostro; se aclara la garganta—. Así que, a pesar de que Buenos Aires es muy grande, y nuestro municipio también, te encuentro aquí. Es el destino, ¿no crees?

—Es la mala suerte. Deja de seguirme —le digo, aunque en realidad hablo en broma. Formulo una sonrisa para ayudar a descubrir que estoy de coña, pero frunce el ceño.

No tarda en enviar sus dedos hacia la zona que Carla golpeó en mi mandíbula y su tacto es gentil sobre mí, incluso mucho más suave de lo que Steven fue.

Owen presiona sus labios, formando con ellos una línea recta. Intento alejar mis ojos de esa zona peligrosa, pero estos parecen querer escaparse a otros lugares mucho peores. Su cuerpo está húmedo, como si hubiera nadado momentos atrás, y no tardo en recordar al chico que se lanzó del último trampolín. Era él. Cómo no, la precisión de ese salto no podía ser de otra persona.

—Emma, ¿te sientes bien? El golpe...

—Sí, ya no me duele —le confieso y aparta su mano de mi rostro. Sin embargo, Owen no luce muy feliz, mucho menos cuando le lanza una mirada asesina al grupo de adolescentes que parece alejarse de nosotros dos.

—Vale, pero si llega a dolerte o algo, me avisas —puntualiza él, inspeccionándome otra vez con aquellos orbes de zafiro que tiene en sus ojos. Owen cruza sus brazos sobre su pecho y le da una última mirada al grupo de chicos; luego, se vuelve hacia mí con aire más animado—. Entonces, ya que estoy contigo, ¿qué podemos hacer?

—¿Entonces no seguirás tirándote del trampolín?

Owen hace aparecer el pequeño hoyuelo en su mejilla.

—Así que me observabas, ¿quién acosa a quién ahora? —bromea, sonriéndome, lo que provoca que unas mariposas intrépidas aparezcan en mi estómago.

¿Y esas desde cuándo están?

Tener a Owen mojado y casi desnudo frente de mí no me ayuda en lo más mínimo. Es como si uno de esos modelos de revista saliera de las páginas para sonreírte. O, mucho mejor, que un personaje literario pudiera escapar del libro donde está encapsulado solo para personificarse delante de ti.

Intento borrar esos pensamientos de mí.

—Para empezar, vengo aquí desde hace tiempo —aclaro, siguiéndole el juego.

—Oh, pero hoy llegué primero que tú —refuta él—. Encima, te aprovechaste de que estaba distraído para observar mi cuerpo.

—¿Me aproveché? —Pongo una mano en mi pecho y agrego un gesto de sorpresa a mi rostro. De alguna manera me siento mucho más relajada que todas las veces que hablamos en el colegio, así descubro que, al parecer, no es muy difícil bromear con Owen Liv—. Yo solo vi a un chico saltar, bastante torcido, de hecho.

En realidad, su salto fue una pasada.

—Ah, tal vez puedas enseñarme cómo hacerlo bien —sugiere él, con una sonrisa compradora. Su pequeño hoyuelo vuelve a asomarse con total seguridad y, por un momento, me imagino pasando mi mano por su mejilla. Enseguida borro esa imagen de mi cabeza. ¡Apenas lo conozco!

—Algún día, cuando dejes de ser tan principiante —indico, sintiendo las repentinas ganas de sacarle la lengua.

—Si te sientes bien, ¿qué tal si nos echamos unas carreras en la piscina olímpica? Te puedo demostrar que soy muy bueno al ganarte.

Me río. Owen no sabe a quién se enfrenta.

—Bueno.



La piscina olímpica es la más grande de todas las que están en el club. Siempre que nado lo hago en ella, ya que es perfecta para entrenar. Owen parece estar en forma (quiero decir, muy bien en forma, realmente espectacular). Nunca había visto unos abdominales tan definidos y unos brazos...

—¿En qué estás pensando? —pregunta Owen.

¡Si supiera lo que pasa por mi mente!

La comisura izquierda de la boca del chico se eleva, otorgándole una pizca de picardía a su gesto, mientras se prepara en el borde de la gran piscina. Me posiciono al lado, en el otro andarivel, y me preparo para dar el salto que inicie la competencia.

—En nada —miento, a la par que me muerdo el labio.

Como sea, a pesar de que él es un chico y parece estar en forma, yo tengo más posibilidad de ganarle. He entrenado mucho y sé que puedo vencerlo, ya que siempre he sido muy buena nadando.

—No podrás derrotarme, Emma —anuncia Owen desde un metro.

—Podemos apostar que sí puedo —le contesto riendo. Me sorprende cómo se me da bien charlar con él, sin tanto cuidado, como tengo con otras personas. Me gusta eso, tener la posibilidad de ser yo misma y que alguien no se aleje de mí por no sé qué.

—Apostemos entonces —me reta, con aire arrogante, perdiendo la postura de salto e inclinándose hacia mí. Yo, en cambio, trato de no desconcentrarme por la cercanía del chico.

—¿En serio? —inquiero y, de pronto, ya no me siento tan segura de que apostar sea muy buena idea.

—Sí, ¿algún problema? —cuestiona, alzando una de sus cejas cuando giro mi rostro para mirarlo.

—Para nada. —«Depende de qué», pienso en mi interior—. ¿Qué apostamos?

—*Mmm*. —Hace un gesto pensativo, mirando para arriba y tocándose la barbilla—. Si gano y tú pierdes, me siento de tu lado en la escuela hasta cuando yo quiera.

—Pero ya te sientas al lado —le cuestiono.

—Al lado de tu banco sí, pero no al lado de tu asiento.

A Celina no le gustará eso.

—¿Y si gano yo?

—No me preocuparía por eso —me guiña el ojo—. Pero si llegases a ganar...

—Respondes cada pregunta que te haga —suelto de inmediato, pensando en la vez que nos encontramos en la calle y en el encuentro reciente con Steven.

—Está bien. De todas formas, te voy a vencer.

«Voy a ganar yo, cara bonita», pienso al momento que él suelta una carcajada.

Contamos ambos hasta tres y, entonces, ahí comienza la carrera.

Salto y mi cuerpo entra limpio al agua, donde soy enviada hasta el fondo por el impulso. Cuando logro salir a la superficie, me limito a nadar en estilo crol: boca abajo, moviendo las piernas sin parar, haciendo que mis brazos entren al agua uno detrás del otro.

Me concentro en mi camino. Nadar es parte de mí, desde pequeña que sé y me siento libre cuando lo hago, casi como si pudiera volar y los problemas ya no fueran un peso importante. La sensación del agua que se desliza a través del cuerpo y las burbujas en cada brazada es realmente increíble. Es fresca y rejuvenecedora.

Cuando estoy a punto de llegar a la primera pared, antes de finalizar el primer largo, me atrevo a mirar hacia el costado. Una sensación gratificante me recorre cuando noto que no hay ninguna señal de Owen. En verdad, voy a ganarle.

Me apresuro aún más y me impulso con la pared cuando llego a ella. «Prepárate para mis preguntas, Owen».

De pronto, como si alguien hablara a mi oído, oigo nítida la risa de Owen, lo cual provoca que me detenga por breves segundos debido la impresión que me causa. ¡Se sintió casi como si lo tuviera dentro de mi mente!

Inevitablemente trago agua, pero, ni bien puedo recuperarme, continúo con la intención de ganar la ventaja que perdí. No sé qué ha sido eso, pero no tengo dudas de que sí me ha asustado. ¿Me estaré volviendo loca?

No puedo salir del agua y de pronto preguntarle si se ha reído de mí en mi mente. Es por poco una demencia. Sin embargo, parte de mí quiere y necesita una respuesta para darle coherencia a la situación. ¿Acaso se habrá reído fuerte y justo yo sacaba la cabeza? ¿Habrá llegado ya a la meta y se burlaba de mí? No suena tan improbable, la verdad. Es más realista que creer que Owen estableció la primera comunicación telepática de la historia. Es raro, sí, pero tampoco es que tenga superpoderes. Los *X-Men* son solo de Marvel y existen en cómics y películas, no en la vida real.

Me apresuro para llegar a la pared final, que termina con el segundo largo. Quiero salir del agua y preguntarle algo, casual, pero al menos tratar de obtener alguna respuesta que me sirva para tranquilizar mis nervios.

Cuando logro llegar y tocar la pared, el alivio invade mi cuerpo, sobre todo cuando miro hacia el costado, donde Owen debería encontrarse y no lo hallo. Es una cosa menos.

El problema es que unas manos tocan mi hombro mojado y, cuando alzo la cabeza, un Owen sonriente por su triunfo me saluda.

—No es que seas una tortuga, pero creo que he ganado, compañera de banco — me comenta, como si fuera la mejor noticia que podría darme. Maldito. Owen está sentado en el borde y me observa desde arriba solo para demostrarme que no solo ha llegado primero, sino que se ha tomado la molestia de salir de la piscina. Estúpido y sensual tramposo.

Tal vez sí sea un *X-Men*.

—A mi compañera de banco no le va a gustar —le digo, lanzándole agua en la cara.

—Puedo solucionarlo; es mi culpa por ganarte, ¿no? Igual no será por tantos días, te lo prometo —comenta todavía risueño—. Pero no eres tan buena como dices, hasta te detuviste por cansancio.

Si bien debería sentirme ofendida, porque no me considera buena nadando, casi no le hago caso a esa parte de la oración. Casi me ha dejado el tema abierto para que le pregunte; algo que mentalmente le agradezco.

—¡Te reíste de mí! —le reprocho, tratando de descubrir todos los movimientos que él cometa ante mi acusación, lo cual no es muy difícil, porque Owen se echa a reír justo ahí, otra vez.

—¡Culpable! Así que escuchaste que me reía y eso te ha fastidiado la carrera, ¿eh? Ahora sí que frunzo el ceño.

—¡Sí! ¡Fue trampa!

—Pero ya había salido —me cuenta, desmintiendo mi denuncia—. Eres rápida, Emma, pero yo lo soy más.

Me limito a negar con la cabeza cuando veo que no me queda más que darle la razón. Siempre he sido muy veloz al nadar, pero, tal y como dicen, siempre va a haber alguien que pueda hacerlo mejor.

Nado hacia la salida sin demostrarme vencida y tratando de asimilar la idea de que me sentaré con ese chico en clases. ¡Celina me va a matar!

Subo por la escalera y me tiende la mano. Trato de no prestarle atención a la idea de que estoy con el traje de baño todo empapado frente a él. Aunque Owen no está muy diferente a mí y, de hecho, el estar en bikini frente a un chico no tendría que importarme. Pero lo hace y eso es extraño.

Cuando termino por subir y suelto la mano de Owen, casi de manera involuntaria mis ojos se desvían hacia su figura irreal. Entonces toma mi barbilla con una caricia suave y se acerca a mí, hasta invadir mi espacio privado. Su boca se dirige exactamente hacia mi oreja, lo que corta mi respiración por un instante.

—Emma, ¿cuántas veces lo voy a decir? —murmura con suavidad. Su aliento cálido golpea mi piel fría por el agua, lo que provoca en mí un estremecimiento que aturde mis sentidos. Entonces Owen se aleja de mí con las comisuras de sus labios rellenos, levantadas; noto que lleva sus manos a su rostro, mientras se apunta con los dedos índices—. Mis ojos están aquí. —Su mirada reluce tan intensamente que me puedo perder en ella con facilidad, y tampoco es como si me importara encontrar una salida. No sé qué tiene, pero es como si Owen fuera mi propio campo magnético de atracción, como si hubiera una cuestión de piel contraria a mi razón.

Mi mirada, en ese instante de atracción peligroso, recae en los labios del chico, como un kamikaze hacia su objetivo mortal. Tiene ese tipo de boca que pide a gritos ser besada y la cercanía con su cuerpo no me ayuda en lo más mínimo, sobre todo cuando Owen parece acercarse hacia mí y sus ojos de zafiro también recaen en mis labios.

Quizás también se sienta como yo, tal vez seamos como polos contrarios que se atraen a pesar de que no deberían hacerlo. Apenas nos conocemos, recién hoy pudimos tener una conversación normal; por lo tanto, no se supone que debería sentirme así. No sé qué me sucede, desde cuándo me dejo guiar tanto por mis hormonas, pero piense lo que piense, aunque mi cabeza me grite una cosa, mi piel no parece estar de acuerdo.

Entonces comenzamos a inclinarnos, sin romper el contacto visual ni físico, pero se aparta. Quiero gritar, patalear y salir corriendo por hacerme sentir esas cosas que no debería, por caer a los pies de una tentación que jamás había tenido.

A pesar de ello, con tan solo ver su sonrisa, sé que no podría. De alguna forma, siento cosas por él; no puedo negarlo cuando mi corazón se acelera cada vez que nuestras miradas coinciden.

—Yo... —comienzo a decir, aunque mi mente está completamente en blanco.

¡Un poco más y nos besábamos!

—Oye, ¿quieres ir a comer algo? —me interrumpe, ahorrándome todo el discurso incómodo y la sensación de ahogo que comenzaba a sentir—. Podemos tirar una toalla en el suelo y hacer un pícnic.

Todavía con el nudo puesto en mi garganta me cuesta pronunciar alguna palabra. Así que solo asiento, agradeciendo su pronta intervención y esperando no haberlo espantado, aunque, vamos, él no parecía tener intenciones contrarias. ¿O acaso imaginé que también se inclinaba?

Ambos buscamos nuestros bolsos para poder secarnos y encaminarnos hacia el patio de comidas. Para mi mala suerte, nos sumergimos en un silencio que me hubiera gustado no conocer, al menos no luego del «casi beso». Tomo de mi pequeña mochila el toallón, porque, además, ya comienzo a sentir frío, pero antes de que pueda envolverme, Owen me lo quita para colocárselo en los hombros.

—¡Oye! ¡Devuélveme eso! —le grito, pero sale corriendo antes de que pueda sacárselo.

—¡Entonces atrápame! —me desafía, frenando a unos metros de mí con mi toalla en sus manos. Le muestro mi dedo corazón y corro hacia él con

esfuerzo, ya que también parece ser muy veloz en la carrera—. ¡Vamos, Emma!

Trato de perseguirlo y en varias oportunidades creo alcanzarlo, pero él termina por escapar, lo que me causa una divertida exasperación.

Owen me guía hacia una zona donde hay juegos y árboles, así que aprovecho a esconderme detrás del tronco de un ombú sin que se dé cuenta. Tal vez pueda ganarme en velocidad, pero quizá consiga vencerlo con estrategia, así que aguardo ahí, en silencio, a la espera de que decida volverse a buscarme. Correr a Owen y la luz fuerte del sol hace que pierda el frío que sentía, así que solo me queda la adrenalina del juego.

—¡Emma! ¿Dónde estás? —escucho que dice Owen a lo lejos y trato de tragarme la risa.

Oigo unos pasos que se aproximan, así que me preparo para saltar. Eso hago, pero mi sangre se convierte en hielo cuando descubro que mi pie se ha trabado con una de las raíces del árbol. Casi caigo de bruces al suelo, pero no llego a golpearme, ya que Owen me ataja unos segundos antes. Ahogo un grito cuando la sensación de la caída me invade y, sin darme cuenta, aferro mis brazos al cuerpo cálido del chico y escondo mi cara en su pecho. Por un momento creo que no solo me caeré yo, sino que ambos lo haremos, pero Owen puede sostener el peso de ambos sin problemas, incluso mientras se ríe un poco de mí.

Al pasar los segundos sus brazos parecen envolverse en un gesto protector, casi como si fuese una especie de abrazo. Una luz en mi mente se enciende antes de que las ideas se me nublen por su cercanía y, gracias a ello, logro sacarle el toallón de sus manos.

—Se supone que tenías que atraparme, Emma —bufa, regañándome en broma sin romper el contacto de su piel desnuda con la mía.

—Y lo hice, mira —respondo, sonriendo con aparente inocencia y mostrándole el pedazo de tela que me robó.

Owen me suelta con una sonrisa de rendición y, en ese mismo momento, el calor corporal que nos une se desvanece, pero no todos los sentimientos que deja en mí: sensaciones que van mucho más allá de lo que debería sentir, como si fuera un atisbo de un sueño que alguna vez tuve y hoy se concretara, un eco que ahora es voz nítida.

—Por cierto, bonitas piernas —comenta con voz seductora, mientras echa un vistazo que rompo al colocar el toallón sobre mi cuerpo.

—Oh, vamos, galán. En marcha —logro articular, con una emoción en la voz que jamás me había escuchado.



Owen insiste en pagar mi comida, pero al final termino ganando yo. Para convencerlo de que no es necesario, le hago la promesa de que habrá una próxima vez y eso parece satisfacerlo. Además, debo decir, a mí esa idea me parece genial.

Comparamos sándwiches que, si bien no son demasiado elaborados, lucen apetecibles (al menos para mí), ya que me muero de hambre. Caminamos hacia el pequeño bosque dentro del club, cerca del lugar donde antes me caí, y nos sentamos en una de las mesas de madera que se encuentran ahí. No hay nadie y el cielo se ve precioso entre las hojas que danzan junto a la brisa curiosa. Este es el lugar al que siempre vengo a leer, donde tengo la suficiente tranquilidad para pasar horas sin que nadie me distraiga. Es perfecto.

Aunque hoy sí que seré distraída por alguien. Owen se sienta a mi lado y es el primero que desenvuelve el sándwich.

—No necesitamos mantel —bromea él, luego de darle un mordisco al pan. Luego, cuando termina de masticar mientras desenvuelvo mi comida, señala mi mochila—. Entonces, ¿qué libro tienes ahí? —Su pregunta me toma por sorpresa. No le dije nada sobre libros.

—¿Cómo sabes que tengo un libro en mi bolso?

—Porque vienes a este lugar por varias horas y sé que te gusta leer, estoy seguro de que al menos tienes un e-book —señala—. Incluso puede que ahora te quite tiempo de lectura, ¿verdad?

—No pasa nada, no es como si me viniera mal un cambio de rutina. Me parece genial que estés aquí —confieso y el rubor sube a mis mejillas—. Digo, hasta hace un rato pensé que...

—¿Qué? —inquire, levantando una de sus cejas con perspicacia—. ¿Pensaste que solo era un par de buenos ojos e impresionantes músculos?

—¡Ey! Ni que fueras así de increíble, Liv —le palmeo el hombro con ganas de reír por el descaro de su arrogancia.

—¿Entonces que solo era un chico demasiado sexy y...?

—¡Owen! ¡Para! —rompo en carcajadas junto a él.

Otra vez viene hacia mí el pensamiento de un lugar perdido otra vez encontrado, como si hubiera hallado el punto exacto donde puedo ser yo junto a alguien nuevo sin la necesidad de intentar siquiera encajar. Aunque ese mismo sentimiento tendría que sentirlo también con Steven, pero no es algo que suceda. Con el chico de ojos verdes me siento cómoda, siempre ha sido así, pero con Owen me siento aceptada.

Me quedo pensando en ello mientras ambos nos limitamos a dar unos cuantos bocados a nuestros sándwiches en silencio, mientras escucho el murmullo de los árboles y los sonidos que vienen desde la piscina.

—¿Qué clase de libros te gustan? —pregunta, volviendo al tema con el que inició la conversación.

—Me gusta leer de todo un poco, la verdad. Pero los libros que más me gustan son los juveniles, ¡pero los que contienen fantasía!

Owen achina un poco los ojos en un gesto pensativo: —Así que eres una de esas chicas a las que le gustan los libros en los que la protagonista se enamora de un ser sobrenatural. —Sus palabras suenan más como una pregunta que como una afirmación.

—En realidad, no en todos sucede eso —menciono—. Pero sí, me encantan esos libros con relaciones sobrenaturales; me hacen pensar que el amor no conoce barreras, que las diferencias no impiden nada.

Su sonrisa reaparece junto al hoyuelo más brillante que nunca. Tal vez piensa que soy una cursi sin remedio, demasiado niña y romántica, pero sinceramente no me importa.

—¿Puedo ver el libro que traes? —me pregunta, señalando mi mochila.

—Claro —respondo. Tomando mi bolso, saco el libro, se lo dejo con cuidado en sus manos, y comienza a hojear las páginas con calma y abstracción, tanta que me hace pensar en él como una escultura que cobró vida y está por congelarse otra vez.

Owen resulta ser alguien que yo no esperaba. Es irresistible por fuera, pero por dentro aún más. ¿Puede ser eso posible? Lo cierto es que no puedo

desaprovechar el tiempo con él a mi lado; no sé nada acerca de Owen y tengo demasiadas preguntas sin contestar. ¿De qué escuela viene? ¿Y sus padres? ¿Cuál es su color preferido? ¿Dónde aprendió a nadar así? ¿Qué ocurrió con Steven? ¿De verdad quería besarme?

Aprovecho este momento para terminar de comer el sándwich y tomar un poco de jugo. El silencio con él ahora es cómodo, no tengo que llenarlo forzando una conversación o algo así.

Trato de evitar el rostro de concentración de Owen. Me concentro en las hojas verdes de los árboles, en un par de pájaros que revolotean de unas ramas a otras, en niños que pasan a lo lejos corriendo por la zona de juegos, en el chapoteo constante del agua, en mi respiración. Me esfuerzo tanto en ignorarlo que, al final, no puedo sostener más mi plan.

Entonces lo veo.

Lee con atención, pero levanta la mirada justo cuando decido espiarlo. Su sonrisa es hermosa, una de las más bellas que vi. Baja la vista una vez más, pero el hoyuelo sigue ahí. Luce feliz por algún motivo y me pregunto si le gustará ese libro. Aunque no quiera admitirlo y sea una romántica sin causa, creo que me vuelvo adicta a verlo sonreír.

Sé que hay algo más en él. Lo siento en mis huesos y en mi alma. Necesito descubrir qué es. Estoy dispuesta a conocerlo. Quiero derribar los muros que él pone para separarme del mundo zafiro que esconde detrás de sus labios.

Busco en mi bolso mi agenda y comienzo a escribir, inspirada por el momento.

*Un muro invisible
quieres imponer entre nosotros,
pero no puedes contenerlo,
es frágil porque no lo quieres ahí.
Hemos caído juntos.
Y pronto saldremos.
Sé que lo haremos, veremos el sol.
No te conozco,*

*pero por algún motivo te quiero.
Me conoces y no lo entiendo.
Me pierdo en tu perfección infinita.
El peligro que emanas
me llena de vida.*

—¿Qué es eso? —pregunta Owen entrecerrando los ojos mientras intenta leer las primeras frases. Cometo la misma acción que en el colegio y le tapo la visión de mi escrito. Eso sí, antes de que pueda ganar ventaja y robármelo, lo escondo en mi mochila.

¿Desde cuándo dejó de leer el libro? Escribía tan concentrada que tengo que tomar un respiro para hablar.

—Es mi libro de poesía —le explico, sin ninguna intención de que Owen lo inspeccione, así que niego terminante con la cabeza cuando me pide para leerlo—. *Nop*, compañero de banco —le digo—. Es muy personal, ¿sabes?

—Me gusta eso.

—¿El qué?

—Vamos a ser compañeros, Emma —responde como si fuese lo más obvio del mundo.

—No sé cómo convencerás a Celina...

—Yo tampoco, pero lo haré. Después de todo, fue una apuesta —determina.

Los ojos de Owen vuelven a repetir la misma acción que a la salida de la piscina y caen directo hacia mi boca. Humedezco mis labios por reflejo y trato de poner mi mente en otra parte, pero es complicado, casi como si el tiempo fuera más lento cuando intento evitarlo.

«¡El tiempo!»

¡Ay, no! Dentro de un rato debo marcharme a casa ¡y no quiero irme! Si antes no tenía ganas de ir a bailar, ahora mi emoción es nula. Quiero quedarme en el club e intentar hacer de este día uno de los más largos. Estoy pasando un buen rato y la idea de despedirme no me sienta muy bien.

Seguro he puesto algún tipo de cara, porque Owen frunce el ceño: —
¿Qué pasa?

—Tengo que llegar a mi casa a las tres, hoy quedé con las chicas...
vamos a ir a bailar.

—Oh, ¿de veras? Nunca he ido.

—¿Bromeas, cierto? —Me sorprende que jamás haya ido a alguna
discoteca, digo... ¡solo mírenlo!

—No bromeo, ¿tú fuiste?

—No, va a ser la primera vez que vaya. Igual no es la gran cosa.

Owen arruga la nariz.

—¿Adónde van a ir?

Si fuera por mí, me quedaría aquí toda la tarde. Quiero pasar más
tiempo con él, conocerlo un poco más. ¿Quedaría mal que lo invite a la
discoteca?

—A Verano. No conozco el lugar.

El chico de ojos azules parece apuntar mentalmente ese nombre.

—Seguro sería complicado que yo fuera a bailar, Emma. Todas las
chicas me mirarían.

—¿Volvió el Owen arrogante? —pregunto, meneando la cabeza. Tenía
que arruinarlo todo justo ahora.

Asiente riendo, pero entonces comenta: —No quiero que me miren
todas, no necesito eso. Solo de una quiero la mirada. —Mi corazón se
acelera otra vez; eso parece una declaración. Su mirada es firme, decidida,
pero dulce a la vez. Por un momento me ilusiono, pero es obvio que esas
palabras no son para mí.

—¿Solo la mirada de una chica? —pregunto curiosa. ¿Será del cole?

—Sí. Pero ella es demasiado para mí. Lo peor es que ella no sabe lo que
vale en realidad y mucho menos se imagina lo que siento. No tiene idea. No
tiene ni idea de nada. Emma, ¿cómo puedo...?

—Yo... Deberías decirle.

«¡Qué afortunada esa chica!»

—Oh, ya lo hice.

—¿Qué te dijo?

—Ella no entiende, ni yo comprendo... —Suelta un suspiro—. Ya debería irme, además no quiero agobiarte con mis problemas. No sé tú, pero yo creo que me cruzaré contigo en ese lugar adonde irán. ¿Qué dices?

Le sonrío sincera: —Creo que sería genial.

—Oh, Emma, siento mucho esto. Bueno, en realidad, no.

Pestañeo, algo confundida.

—¿Qué? ¿Por qué?

Se acerca a mí en un rápido movimiento y posa sus labios suaves sobre los míos, mientras me toma del mentón. Me besa suavemente antes de marcharse sin anunciar ninguna palabra.

Y dejándome muda a mí también.

CAPÍTULO



No me siento cómoda con la idea de ir a bailar, por mucho que intente verle el lado positivo. No creo que sea lo mío. Ni siquiera me gusta la sensación de estar apretujada entre tantas personas, o el sonido tan fuerte e imperturbable de la música (música que tampoco estoy acostumbrada a oír). Para variar, no puedo pensar en nada más que en el beso que Owen me dio.

Eso solo me confirmó algo: puede que esté loco o que quiera volverme loca a mí.

¿Realmente habrá una pequeña posibilidad de verlo allí? ¿Significará algo el beso? Cierro con fuerza los ojos al sentir el agua del regador de la bañera caer sobre mi cara para librarme de los últimos rastros de crema de enjuague. Suelto un suspiro, salgo de la ducha una vez que estoy lista y me prometo no pensar más en ese pequeño instante con el chico de ojos azules y hoyuelo divertido.

Volviendo al tema de la disco, lo único que me permite continuar con la idea es el pasarla bien con mis amigas. Supongo que, al estar ellas, el rato será mejor. Además, juzgo todo antes de tiempo y, estando allá, no tengo por qué hacer cosas que no me gusten. Sea lo que sea.

Tal vez es un momento para ponerme a prueba.

Me pongo una camiseta que me compré en la última salida con mis amigas. Es completamente translúcida, aunque debajo tengo un top que cubre lo suficiente; es de color negro y tiene una inscripción en inglés que reza «sé siempre tú mismo». Me gustó el mensaje; fue por eso que la quise: es el lema de mi vida. He escogido un short azul que me compraron para mi

cumpleaños el año pasado, al cual le agrego un cinturón con tachas junto a unas plataformas que combinan con él.

Me plancho el revoltoso pelo y agrego a mis ojos de color miel un poco de delineador y rímel, también un color rojo para mis labios que me resulta bastante extraño, ya que pocas veces me he maquillado. Sin embargo (y para ser sincera), me gusta cómo queda, porque no parece demasiado cargado.

Papá, al ver la ropa, no dice nada en absoluto, solo pregunta la hora que acordamos para salir. Supongo que esa es una buena señal. Espero. Mamá, por su parte, me abraza y dice «¡oh, Emma, deja de crecer, cielo!» con lágrimas de emoción en los ojos.

Eso solo aumenta mis nervios. Estoy nerviosa. Y no soy la única: el grupo nuestro de WhatsApp (BECEGAE, que es la unión de la primera sílaba de nuestros nombres) está saturado de mensajes.

—Eres nuestro ángel, Emma. Nuestra niña pequeña... —dice papá durante el viaje en coche a la casa de Belén.

—¡Ay, papá! No digas así que me voy a poner sensible —protesto, poniéndome colorada.

—Pero sé que estás grande y te debo soltar.

—¡Basta, me harás llorar! —le reprocho otra vez; lo abrazo un poco cuando detiene el auto en la puerta de la casa de Belén.

Después de desearme buena suerte, me dice que tenga cuidado, que no tome nada de un vaso ajeno, que no permita que nadie se sobrepase conmigo y que llame a su móvil por cualquier cosa que pase; se despide de mí algo dubitativo.

—¡Te quiero, Emma! —me grita desde el auto cuando enciende el motor y espera a que entre al hogar de mi amiga.

Dentro de la casa, Celina casi se abalanza sobre mí, luego Gala y Belén se nos unen en un gran abrazo. Todas empezamos a saltar de la emoción y un vértigo me recorre todo el cuerpo.

—¡Ay! ¡Estoy nerviosa, chicas! —exclamo cuando terminamos el abrazo grupal. Es cierto. Tengo miedo. Emoción. Adrenalina por vivir el momento. Preguntas, muchas preguntas. Incluso puedo decir qué expectativas quiero que se cumplan a lo largo de la noche.

—¡Va a ser genial! —comenta eufórica Gala; es la más emocionada por salir.

—¡Chicas, va a estar estupendo! —grita también Belén.

«Tal vez todo salga bien y me termine gustando», pienso queriendo que así sea. Siento cómo poco a poco la energía de ellas me contagia y se acumula como una aventura grupal que todas quieren que pase.

—¡Hay que sacarnos fotos! —chilla Celina, saca su móvil y comienza a posar para una selfi.

No dejamos de repetir cosas como esas en todo el viaje hasta Verano. Celina se ha puesto una camisa roja con una falda negra que le llega hasta los muslos y unas plataformas en esa misma gama que la hacen ver unos centímetros más arriba de lo normal; Belén y Gala, en cambio, tienen una camiseta suelta y un short de tiro alto, con unas zapatillas planas. Se han retocado el maquillaje antes de salir y confirman que no se olvidan de nada.

Me doy cuenta de que hacer la fila antes de entrar a la disco definitivamente es una de mis cosas menos preferidas de ese tipo de salidas. Nos quedamos esperando fuera por bastante tiempo y nos cruzamos con algunas personas del colegio que nos miran algo raro, porque nos encontramos allí o hacen comentarios justo por el mismo tema.

Cuando por fin ingresamos, la mezcla de olores choca contra mi nariz, lo que me provoca ganas de salir y tomar una bocanada de aire fresco. La música, por otra parte, retumba en mis oídos: pasan cantantes de música pop, algo que me sorprende por completo. Pero, como era de esperarse, las personas no bailan esas canciones (que yo puedo pasar por horas interpretando frente al espejo), sino que charlan y se reúnen en pequeños grupos en el sector de sillones, la pista y la barra de bebidas. Veo a algunos con bebida alcohólica en la mano, mucho antes de comenzar la fiesta.

«Espero que ese no sea un problema luego», pienso, insegura, recordando los casos de peleas violentas dentro de este tipo de lugares. Luego de otros veinte minutos de espera, los láseres comienzan a intervenir y cambia radicalmente el tipo de música.

«Prefería el pop», me digo, pero de igual forma tomo las manos de Celina y comenzamos a bailar lo que el *DJ* decide poner dentro de su repertorio.

El entorno se convierte en una enredadera de cuerpos sudorosos, de encuentros entre desconocidos que unen sus labios de una forma muy íntima, que deja el beso que me dio Owen como un simple y minúsculo roce inocente.

De tanto en tanto pasan por los ruidosos parlantes alguna canción que conocemos, de esas que no puedes no escuchar, que siempre suenan en algún lado, así que nosotras la cantamos a todo pulmón mientras nos sacudimos sin que nos importe el alrededor.

Pasado un buen rato de bastantes canciones y esquivar a hombres borrachos, entre la multitud puedo distinguir un rostro conocido. Es Steven. El chico de mi colegio que se acerca. ¿En serio también vino aquí? ¿Estará Carla también?

Steven se detiene a medio metro de mí, para luego acercar su cabeza y hablarme al oído, haciéndolo cosquillar. No me sorprende que se aproxime tanto, ya que de no hacer algo como eso no podría escucharlo.

—¿Bailamos? —pregunta.

—*Uhm*, yo estoy... —observo a Celina en busca de ayuda, pero ella mira con los ojos abiertos a Steven, sin poder creer que está frente a nosotras. Es probable que no entienda por qué me habla aquí, lo que refuerza su teoría de que algo pasa entre nosotros dos.

—Un baile no le hace daño a nadie, ¿verdad?

—Estás con Carla, ¿no es así? Vi cómo te miraba y cómo se fueron juntos... Steven niega con la cabeza.

—No estoy ni salgo con ella, Emma. Además, te pido bailar, no matrimonio ni que nos besemos —bromea.

Espero que mi vista me haya engañado, pero creo que me guiña un ojo.

—¡Vamos, Emmy! ¡Baila con él! —grita Gala.

—¡Sí! —chilla Belén—. ¡Es Steven! *Wow. Wow.*

—¡Ya no puedes negar que algo pasa! —menciona Celina.

Meneo la cabeza hacia ellas y al final termino asintiéndole a Steven. Bailar con él no hará daño, sé por experiencia que puede ser majo. Por las dudas activo mi sistema de alerta, aunque dudo de que deba usar lo poco que aprendí en las clases de taekwondo, ya que el chico de ojos verdes no parece ser la clase de persona que se aproveche.

Steven me saca a bailar al centro de la pista de baile (lejos de las chicas) y, para mi suerte, la música cambia y el ritmo no conlleva nada de bailar pegados, pero mantengo mi distancia.

—Sabes, no esperaba que vinieras acá —comienza a hablar, se acerca a mí a una distancia donde pueda escucharlo, pero mantiene nuestros cuerpos lejos para respetar mi espacio—, pero me alegra haberte encontrado, sobre todo después de la despedida de hoy. —Me hace dar una vuelta y me sostiene al terminarla, luego sonrío—. ¿Estás con el chico del club? Se los veía muy juntos. ¿Qué tanto se conocen? —pregunta interesado.

—Se llama Owen y creo que lo sabes. —Lo corrijo un poco incómoda con sus preguntas. Recuerdo muy bien las miradas que se dieron en el club y no eran nada amigables—. No estoy con él, somos amigos, aunque tampoco te interesa, Steven.

—Ah, entonces no hay nada ahí. Genial. Sabes que no tienes que confiar en personas que recién conoces, ¿no? —advierte, frunciendo el ceño—. Antes de que lo digas, también puedo incluirme en la lista, porque tampoco es que nos conozcamos mucho, pero yo no soy como él.

¿Que no es como él? ¿Qué rayos dice? De golpe se me van las ganas de estar ahí con Steven. No debería importarle con quién estoy, incluso aunque esté «preocupado por mí»; todavía no estamos ni en la categoría de amigos.

Por otro lado, no puedo evitar que resuene en mi mente la advertencia que hace sobre Owen. ¿Qué clase de conflicto tendrán ellos dos? Al pensar esa pregunta, una especie de escalofrío parece recorrerme el cuerpo a la par que Steven mueve la cabeza hacia un lado, perdido en la pista.

—No sé qué puede tener de peligroso Owen —espeto, casi con ganas de defender al chico de ojos de zafiro—. Tampoco es que te deba importar con quiénes hablo, Steven.

—Es peligroso y punto, Emma. Si pudiera decirte por qué, te lo diría —responde, arrugando la nariz—. Y sí me importa. Debes alejarte de Owen Liv y mejor que lo hagas antes de que sea tarde. —Habla dejando otra advertencia en la última frase.

—¿Tarde? ¿Cómo? Si no me dices qué lo hace tan peligroso, entonces no puedo creerte —menciono con suspicacia.

Steven parece soltar un suspiro que no llego a oír por la música. Se aproxima más a mí, con gesto de rendición en el rostro y cautela en la mirada o, al menos, es lo que el parpadeo de las luces me permite ver.

—Emma, ¿tú lees esos libros sobre personajes que no existen? Bueno, imagínate que existiesen —me pide—. ¿Confiarías en ellos?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué clase de personajes? —Una pizca de temor recorre mi cuerpo, lo que hace que las palabras salgan de mi boca sin fuerza, perdiéndose entre la música.

Steven ladea la cabeza.

—Owen no es bueno para ti. —Susurra tan bajo que podría perderse entre los ruidos, pero para mi sorpresa logro escucharlo. Las luces empiezan a parpadear y logran un efecto que cansa la vista—. Debo irme —sigue él—, así que espero que escuches lo que te digo. No querrás desatar una tormenta. No lo conoces, no sabes cómo es y, por lo tanto, no puedes confiar en él.

Las luces de la discoteca vuelven a parpadear, pero ahora son más intensas y enceguecedoras. Cuando estas vuelven a la normalidad, Steven ya no está en mi radar.

Siento en mi cabeza retumbar la música: más fuerte, más sofocante. Cierro mis ojos un segundo sin creer lo que ha hablado y, cuando los abro, Owen me saluda de pie a unos metros frente a mí. Lleva unos pantalones negros y una camisa azul, lo suficientemente oscura.

Bajo las luces parece un vampiro.

La conversación con Steven sigue latente en mi cabeza y, por ende, la idea de que Owen sea un chupasangre no me agrada demasiado. Seguro que Steven bromeaba o inventaba cosas...

No puede ser real lo que dijo, sonaba disparatado. No quiero que sea real.

Él se fija en mis ojos y da una media sonrisa, pero luce preocupado: tiene sus labios apretados, los dos juntos, formando una línea recta. Si hay algo que tengo que rescatar de la extraña charla con Steven, si existe un punto donde tiene razón, es en decir que a Owen no lo conozco lo suficiente.

Ahí es donde aparece la duda.

—¿Qué quería? —pregunta.

Levanto mis hombros para luego bajarlos, haciéndole entender al chico de los ojos azules que no tengo idea de ello; algo es cierto: no sé si Steven con sus palabras quería asustarme o, en realidad, alertarme de algo. Quizás ambas cosas.

Owen, al notar mi falta de respuesta, anuda la distancia que nos separa. Llega a mi lado, y se aventura a tocar mi mejilla y pronunciar un suave «hola».

—Hola —le contesto con una sonrisa, aunque algo tensa.

Se aparta con precaución y toma mi mano para llevarme lejos del centro de la pista. Nos dirigimos hacia una de las paredes espejadas del lugar y, por las dudas, verifico que Owen aparezca en su reflejo.

Al menos, y si llegara a creer lo de Steven, queda descartado el vampiro.

Suelto un suspiro que es ahogado por la música del lugar. Esta noche es más rara de lo que antes había imaginado que sería.

—¿Estás bien? —cuestiona Owen con gesto de preocupación, para luego mirar nuestro alrededor. No sé si estoy siendo muy perseguida, pero no está igual de distendido que hoy al mediodía.

¿Será por el beso?

—Estoy bien, solo que Steven me mareó un poco —le cuento, mientras me toco la cabeza por la sensación de abatimiento. Cuando Owen frunce todavía más el entrecejo, trato de bromearle para que deje de estar tan serio. Su estado de ánimo extraño me pega fuerte, sobre todo después de lo que escuché—. Eres humano, ¿verdad?

Owen reluce sus dientes blancos (definitivamente, no tienen forma de colmillos de vampiro) y suelta una risotada mientras achica sus ojos.

—Hasta donde sé luzco como uno, ¿no? Y uno bien guapo, de hecho —se mofa, despeinándose un poco el cabello azabache—. Sé que estás preocupada por lo que sea que te haya dicho Steven, pero no le creas ni le des importancia —comenta y siento que vivo alguna especie de *déjà vu* pero a la inversa. ¿Pero qué les pasa a los dos? ¿Qué clase de mal rollo tienen? Ladeo la cabeza para buscar al chico de ojos verdes por la zona,

pero no lo encuentro. Todavía sigo algo aturdida por la manera en la que se fue, segundos antes de que Owen apareciera.

Los labios de Owen parecen curvarse en una secuencia de imágenes debido a las luces del lugar que ya comienzan a molestarme. Me gustaría poder observar todo más nítido, tal vez así me confundiría menos de lo que ya estoy.

—¿Qué pasa entre Steven y tú? —le pregunto a Owen.

—Para empezar, creo que le gusta la misma chica que a mí —comenta, haciéndose el coqueto. Me cruzo de brazos y suelta una carcajada que puedo escuchar sin problemas a pesar de la música—. ¿Quieres bailar?

«¿Qué rayos?»

Intento no pensar en qué significará que les gusta la misma chica. Por un momento la pequeña ilusión acumulada pincha mi pecho, pero trato de no prestarle atención. No tengo tiempo para asuntos del corazón ahora: quiero respuestas, ¡no ser una especie de balón que se pasan entre ellos, porque resulta que no puedo confiar en ninguno!

—Hablo en serio, Owen —lanzo con seriedad.

—Yo también. Me gustas, Emma.

No puedo evitar dejar de respirar por un milisegundo en el que muchas preguntas pasan por mi mente. ¿Habré escuchado mal? ¿Será una broma? En todo caso, ¿cómo es que puedo gustarle? ¡Si apenas nos conocemos! Aunque, bueno, no puedo negar que también siento algo por él, porque ahí está: ese cosquilleo en mi estómago cada vez que estamos juntos o ese revoloteo acelerado en el corazón cuando escucho su voz.

Me da pánico la idea de que puede que le guste a alguien, «mucho más si ese alguien es él». Nunca le gusté a nadie que yo sepa, incluso he perdido la pretensión de que algo así sucediera conmigo, porque me acostumbré al constante rechazo.

Owen clava su mirada en mí, en mis labios y no dice ninguna palabra; me deja procesar toda la información mientras trato de recomponerme para mi interrogatorio.

¡No es justo que haga esto! ¡Que genere todas esas cosas en mí!

—Recién nos conocemos —le recuerdo, con un poco de timidez y titubeo en la voz.

—En realidad, ya llevamos semanas. El tiempo es relativo, Emma. No hay un manual escrito sobre cuánto tarda alguien en sentirse atraído por otra persona.

Cielos, no puedo no darle la razón a eso que dijo, porque sé muy bien que el tiempo es tan subjetivo, así también como el corazón no conoce de normas. Puedo afirmarlo en este preciso instante, justamente porque el mío salta en un millón de emociones distintas debido a las declaraciones de Owen. Sus ojos de zafiro, que antes estaban turbados, ahora lucen adorables, casi tan suaves como las nubes esponjosas que aparecen en un día soleado.

De pronto, es como si la música del lugar no existiera, ni tampoco la gente que nos rodea, como si las luces se detuvieran en ese preciso instante en el que mi corazón pisa a tope el acelerador.

Owen en verdad se siente atraído por mí y eso me provoca una sensación que jamás había experimentado, así como todo lo novedoso que ese chico trajo a mi vida con tanta naturalidad y despreocupación, como si de pronto pudiera conocer una parte de mí que jamás había descubierto. No sabía cómo se sentía la atracción a pesar de haberla leído una y otra vez en las novelas, y puedo afirmar que es una sensación de vértigo que justo ahora no quiero soltar. No, cuando tengo a ese chico frente a mí, que espera una respuesta lógica con una sonrisa tentadora, plantada en el rostro junto a sus pequeños hoyuelos.

Cuando estoy por abrir la boca, escucho una voz que sin dudas reconozco. Por un lado, me frustró por no haberle podido decir a Owen cómo me siento, pero a la vez agradezco la interrupción de mi amiga: en realidad, no sabía cómo responder sin parecer una gelatina andante.

—¡Oh, Emma! ¡Estás aquí! ¡Te estábamos bus...! ¡¿Owen?! ¡Hola! — Celina aparece entre nosotros y se dibuja una perfecta expresión de asombro en su rostro, equiparable por completo al *emoji* sorprendido—. ¿Qué haces...?

—Hola, Celina. Estaba aquí, charlando con Emma. —Celina me da una mirada fulminante de «tenemos que hablar» para luego sonreír a Owen, aunque sus ojos demuestran otra cosa.

—Lamento interrumpirlos, quería buscarte para saber si estabas bien — explica, mientras me apunta con el dedo—. Te pierdes nuestra «noche de chicas», aunque veo que estás muy entretenida, Emma. Ven cuando puedas —expone, diciendo mi nombre con énfasis. Después se aleja sin saludar, llena de cosas nuevas para contarles a las chicas que también querrán matarme por «ocultar información».

Vaya, no voy a sobrevivir a esta noche.

—Volvamos al asunto de que me gustas, entonces. —Owen retoma la conversación, levanta las comisuras de su boca y me regala una mirada burlona. Es como si supiera que me pone de los nervios con esa conversación y se aprovechara de eso—. Fue por eso lo del beso; no pude resistirme. De hecho, desearía repetirlo.

Definitivamente, no voy a sobrevivir a esta noche.

—¿Sabes que pierdes toda tu imagen de chico malo al preguntarme por el beso?—cuestiono, sin saber si siento más ganas de cavar un hoyo y meterme ahí o ir directo hacia los labios del chico que tengo enfrente.

Owen asiente, llevando una de sus manos otra vez hacia su cabello. ¿Será un gesto asociado a algo?

—Perder esa imagen contigo me parece genial. No soy el chico malo.

Así lo que dijo Steven parece disipar incluso más puntos y deja sus palabras por el suelo, pisoteadas como chicle en la calle. Si bien Owen Liv tiene un aura misteriosa y que, en un primer momento, me gritaba «cuidado», ahora reconozco que incluso me llego a sentir cómoda a su lado.

—¿Por qué yo, Owen?

No me considero fea en absoluto, pero Owen es el tipo de chico que podría tener a cualquiera, de cualquier orientación sexual, sin tener que buscar con demasiado esfuerzo. Tiene confianza, modales y sabe muy bien cómo usar su físico a su favor; es de esas personas a las cuales destacar les resulta tan sencillo como respirar.

—Ya te dije: tienes algo especial y me intrigas, Emma. Realmente quiero saber de ti y me interesas como algo más. —Mira a la dirección donde se fue Celina y ahí están todas mis amigas, asomadas a unos metros de nosotros, mirándome y charlando entre ellas—. Ve a bailar con tus amigas, no quiero robarte este momento.

—¿Y tú? ¿No era que me pedirías bailar?

—Esperaré la parte de lentos.

Me río por su comentario. ¿Lentos? Incluso yo sé que aquí no suelen pasar ese tipo de música.

—No pasan lentos —advierto.

Owen me guiña su ojo izquierdo.

—Oh, muñeca, los tendremos.



Cuando llego al lugar donde están mis amigas, todas me observan con gestos de sorpresa y acusación. No necesito escucharlas para saber qué piensan ni qué teorías erradas formularon en sus mentes.

—A ver, Emma, decídetete —presiona Gala, con un dejo de reproche—. Deja libre a alguno de los chicos.

—¿Te gusta Steven o te gusta Owen? —cuestiona Belén, en un tono monocorde. Niego con la cabeza, sin responderles nada en realidad.

—No pasa nada con ninguno de los dos —miento y trato de evitar el tonto tic de mordirme el labio para no ser descubierta. Tal vez con Steven no pase nada, pero con Owen la historia es muy distinta. Aun así, necesito guardarme eso para mí. El simple hecho de contarles lo de Owen a mis amigas solo causaría que mis ilusiones fueran guiadas hasta las estrellas y más allá, y no preciso eso en este momento—. Solo nos llevamos bien. Los vi hoy en el club, eso es todo.

—¡Tienes conversaciones privadas con los chicos más lindos del cole! —grita Gala, como si quisiera que nuestro alrededor se enterara de esa novedad.

—¡Oye! ¡Que Diego también es lindo! —protesta Celina y recibe una negativa de las tres.

—Solo dejemos el tema por ahora, ¿vale? Hay tiempo para charlarlo. ¡Ahora bailemos! —les digo para convencerlas por completo y que las tres salgamos a la pista.



Las horas dentro de la discoteca parecen licuarse de forma proporcional al cansancio de mis piernas por tanto saltar y bailar a lo loco sin que nos importe mucho qué dirán. El hecho de que esté todo oscuro ayuda a que las tres no tengamos problemas en hacer caras locas y movimientos graciosos mientras las canciones pasan.

Descubro que, si bien bailar definitivamente no es lo mío, tampoco está tan mal. Claro, quitándole al sitio el olor que tiene a cigarrillo y la gente que ya está borracha.

Pero entonces, cuando la estoy pasando bien, ocurre algo que quiebra mi sonrisa en solo un vistazo, cuando me doy vuelta hacia la zona del bar. Es casi como si mi atención recayera de forma automática en la pareja que conversa en uno de los sillones acolchonados. Mi sangre se congela cuando descubro que ese chico es Owen, al notar la misma ropa y aquel hoyuelo que me vuelve loca. Conversa con una castaña que parece algo mayor para estar aquí. Ellos se acercan y comienzan a besarse sin preocupación, a tocarse como si no estuviesen en un lugar repleto de personas.

No puede ser verdad después de todo lo que dijo.

Pero cuando cierro mis ojos y vuelvo a abrirlos, siguen ahí, con su manoseo constante.

La repugnancia y el asco invaden mi boca y todo mi cuerpo. Me siento como una tonta niña enamoradiza que se sintió atraída por promesas baratas de telenovela.

«Tonta, Emma», me reto a mí misma, disgustada.

¡Yo misma lo pensé hoy! Es un chico extremadamente guapo; es probable que esté acostumbrado a hacer y conseguir lo que quiere. Yo no soy nada más que otra conquista, porque todo lo que me dijo no tiene nada que ver con lo que hace ahora con esa mujer.

—Quiero salir de aquí, chicas. Voy a vomitar —logro decir, sin explicar demasiado qué me ocurre.

De inmediato Celina toma mi mano y tira de mí hacia el baño.

—Voy al baño con Emma —anuncia Celina, algo alarmada. Como si pudiera entender a la perfección la situación, mira hacia donde está Owen y su cara toma un color violeta. No sé si por las luces o porque ella estaba pensando en ir allá y arrancarle los ojos—. Vamos, Emms.

Llegamos al baño sin decir una palabra. No sé por qué me afecta tanto haberlo visto con esa chica, ya que, al fin y al cabo, no somos nada, pero parte de mí se siente timada, como si todo lo dulce que fue conmigo hubiese sido lanzado a la cañería en un pestañeo. Me observo en el espejo del baño y mis labios se transforman en una línea recta: el maquillaje se ha corrido por el sudor del baile.

Abro la canilla e intento limpiar el desastre que tengo en la cara. De paso, así el agua fría ayuda para aclarar mi mente: tengo que salir de aquí con la cabeza en alto, como si no hubiera pegado en mi orgullo lo que vi. Estúpido Owen y sus palabras bonitas; no debo volver a confiar en él.

—Emma, ¿qué ocurre?

—Owen ocurre.

Celina parpadea un par de veces.

—¿Te afectó ver que se besaba con una chica? ¿Te gusta?

«Tal vez».

—Me afectó porque un rato antes me había dicho que gustaba de mí. Y porque hoy me besó. —Parezco una niña pequeña con un berrinche, pero no puedo evitar soltar mi bronca.

—¿Me puedes explicar qué...? ¿Se besaron?

—Bueno... Él me besó en el club, pero fue corto, casi un roce.

—¿Pero qué...? —parece sorprendida—. ¡¿Cómo que se besaron?! O sea, no debería asombrarme, hay algo entre ustedes, pero vaya...

—Sí... —siento un nudo en la garganta que antes no tenía y que no me gusta en lo más mínimo. Unas chicas necesitan usar el lavamanos, así que me hago a un lado para dejarlas pasar. Celina, mientras tanto, permanece con la mirada perdida y pensativa.

—Lo comprendo, Emma, pero debes entender que para muchos chicos un beso no significa nada. Además, pueden ser charlatanes. Ya sabes, muchas palabras y poca acción. —Asiento ante sus palabras; no es algo de lo que no esté enterada—. Bien, solo falta una hora para que esto termine y las chicas ya se quieren volver, ¿quieres que te acompañe a tu casa y me quede a dormir?

—No —digo—. No es algo grave, solo que me da rabia.

—Está bien, yo me sentiría igual.

Al encontrarnos con las chicas, no dicen mucho ni insisten en saber qué ha pasado: lo primero que les comento es que no quiero hablar del tema, así que parecen respetarlo. Como el padre de Belén ya nos espera afuera, las cuatro emprendemos la marcha para salir del lugar y comenzamos a empujar a algunas personas pasadas de alcohol o enrolladas para dirigirnos a la puerta.

Sin embargo, algo me hace detener y perder a las chicas entre la multitud. Parezco hechizada, incluso como si me hubieran congelado ahí mismo. Para mi sorpresa, empieza a sonar un lento a todo volumen en el lugar, aunque las personas continúan con ese baile sensual de choques de cuerpos, como si ellos no escuchasen que la música ha cambiado.

Celina aparece de entre la gente para buscarme y tirar de mi brazo hacia la salida. Me observa con extrañeza por unos breves instantes y no la culpo: también estoy estupefacta por la situación. ¿Acaso la gente no toma conciencia de lo que pasa el *DJ*?

—Parece que hubieras visto un fantasma —comenta Celina, achinando sus ojos hacia mí—. ¿Estás bien?

Vuelvo mi rostro hacia mi amiga. ¿Ella no escucha lo mismo que yo? ¿No está sorprendida por las canciones?

—¿Oyes la música, Celina? Son lentos —le digo.

Celina me observa como si me hubiera salido un tercer ojo en el mentón, ni siquiera en la frente.

—Emma, en serio te sientes mal —determina con verdadera seriedad—. Desvarías, están pasando reguetón y no del viejo.

Ugh. Tal vez sí me estoy volviendo loca después de todo; ya son demasiadas cosas raras que me pasan en tan poco tiempo. ¡Me da miedo de solo pensarlo! Perder la mente es básicamente como perderte a ti mismo, ya no poder confiar ni en tu sombra.

Y sé muy bien que no quiero eso.

Intento no prestar atención a la cara que me pone Celina y tomo su mano para salir rápido de aquel lugar. Tanta discordancia entre la canción que creo que suena y los bailes de las demás personas me marea, ¡solo logra frustrarme más!

—¡Emma! ¿Emma? ¿Qué haces? —Freno en seco cuando escucho la voz de Owen y giro hacia él para enfrentarlo luego de soltar el brazo de Celina. El dejo de confusión en la expresión del chico me confunde, casi como si fuera un gran actor que simula aparente inocencia—. ¿Te vas? Están pasando la música que te dije. ¿Qué ocurrió?

Owen trata de alcanzarme, pero me aparto.

—Solo que no puedes jugar conmigo, Owen —espeto.

—¿Emma? —Su boca se frunce—. ¿Qué pasa?

¿Qué pasa? ¡Se besó con una mujer frente a mis narices! No puede esperar que ahora quiera bailar toda feliz con él.

—Owen, ¿no te parece que has hecho mucho ya? —dice Celina.

—No. No hice nada en todo este tiempo que ustedes estuvieron juntas. Estuve esperándola. —Me observa, casi con súplica en su mirada—. Emma...

—Me dijiste muchas cosas bellas, pero luego demostrarte lo poco que sentías por ellas. Te vi besándote con alguien y está bien —aclaro con firmeza—, pero no soy de esas chicas que dejan que juegues con su corazón a la ligera.

Observo brevemente el lugar donde antes Owen se besuqueaba con la castaña. Ahora ella se encuentra morro con morro con otro chico, tocándose todavía con más intensidad entre ellos.

Suelto un suspiro de resignación.

—Yo no... —Sus ojos expresan tantos sentimientos juntos que no puedo distinguirlos. Parece tener rabia y preocupación, como si quisiera abrazarme y salir corriendo lejos de mí al mismo tiempo—. Emma, por favor, no te enojés conmigo. Yo no haría eso, cuando digo algo es porque en verdad...

—Vamos —le digo a Celina, ya que no tengo ganas de escuchar excusas. Ahora solo quiero dormir; fue un día largo, demasiado para mi gusto. Así que dejo a Owen con las palabras en su garganta y ambas nos marchamos junto a Gala y Belén.

¿Quién se cree qué es? ¿Acaso piensa que voy a dejar que me haga promesas para luego verlo marcharse a otros brazos? Está bien, puede tener una cara hermosa, unos ojos azulados, preciosos que nunca había visto en

mi vida. También su nariz recta, perfecta o su cabello oscuro como la noche. Su cuerpo...

«¡Basta!».

¿Quiero dejar que me lastime? Para nada. No me tragaré piropos baratos ni coqueteos traviosos, no importa de dónde vengan. Entregarle el corazón a alguien es aceptar que esa persona tiene gran efecto sobre mí, y si me permito sentir algo por Owen Liv, podría terminar con el mío hecho trizas.

Realmente no quiero eso. No vale la pena acabar de ese modo, con el corazón destruido como si fuera de cristal, si desde un primer momento se sabe que hay algo que no anda bien. No voy a aceptar ser su juguete por mucho que pueda gustarme.

Al salir de la discoteca escucho los lentos desvanecerse, como también siento el aire fresco de la madrugada chocar contra mi rostro. Con las chicas nos subimos al coche del padre de Belén con rapidez, casi como si las tres quisiéramos escapar de ahí, aunque, en realidad, la única que no quiere volver a una disco por mucho tiempo soy yo.

Son las seis de la mañana y aún no puedo dormir. Tengo miedo de que él aparezca en mis sueños, como ya otras noches intrépidas hizo. No quiero verlo, de alguna manera puedo volver a sentir ese rechazo hacia él, esa cautela hacia su personalidad enigmática, y todo porque en realidad no tengo ganas de sentir nada por el chico.

Aunque, en verdad, es tarde para eso.

Busco en mi bolso del club mi agenda, donde escribo mis poemas, pero la última hoja (el poema que escribí estando con Owen) no se encuentra. Entonces el pánico aflora en mí.

¿Él la habrá tomado sin que me diera cuenta? ¿Por qué?

El domingo no hago nada más que leer y escuchar música que solo logra aumentar mi desgano de vivir. O, al menos, siendo menos dramática, el de ir el lunes a clase.

No quiero ver a Owen. No deseo toparme con su hoyuelo ni su sonrisa divertida. No necesito caer en la tentación de perderme en sus ojos de océano. ¡Menos ahora que seremos compañeros de banco! Quizás no sea mala persona, pero debo protegerme. ¿Por qué? Porque simplemente no

puedo permitirme confiar en alguien tan rápido. Y porque, estando con Owen, me es imposible recordar aquello.

CAPÍTULO



Es lunes y son las 4 de la mañana. No puedo volver a dormirme por mucho que lo intente, no cuando mi cuerpo tiembla de solo pensar en que voy a toparme con los ojos de color zafiro en clase. Solo dormí tres horas. ¡Tres malditas horas! No solo voy a ir al cole con fastidio, sino que voy a parecer salida de una película de terror.

Incluso me da miedo el momento en el que Celina descubra que le han usurpado su asiento. No se pondrá feliz, menos con lo que pasó en la discoteca. Y gran parte es mi culpa, jamás tendría que haber dejado que se quedara con ese lugar.

Maldito y encantador Owen Liv.

La mañana ocurre como todas: hago el desayuno después de despertarme. Mi hermano tiene los ojos entrecerrados mientras espera su bus escolar con la *tablet* en mano, aprendiendo de *youtubers* cómo jugar uno de esos tantos videojuegos que le gustan. Mi madre lo ayuda a cambiarse y luego se prepara para la oficina. En cambio, papá enciende el auto para salir hacia el primer colegio que tiene hoy.

Me siento pesada, como si me costara incluso moverme; encuentro cada pisada como un esfuerzo de energía extra. Una pizca de temor recorre mi cuerpo cada vez que el reloj marca un minuto más. Uno más para verlo.

Odio sentirme así. Por él. Por un chico enigmático que entró en mi vida tan veloz como el correr de una gacela.

Mis deseos van desde que el bus deje de funcionar hasta que, de repente, no haya clases. Incluso más simple, que no podamos pasar por la calle debido a un gran atascamiento de varias horas. Lo que sea con tal de

no encontrármelo. Pero no, todo es tan normal que me da mala espina, tan normal que llego hasta el instituto sin ninguna dificultad.

Al tocar el asfalto, cuando bajo del bus, me dan ganas de vomitar.



No veo a Steven con el grupo con el que siempre se junta; es decir, no lo veo por ninguna parte. Es obvio que sabe algo sobre Owen, errado o no; se nota que se conocían desde antes con solo ver sus intercambios de miradas. Cualquier información sobre Owen puede servirme, sobre todo si es algo que me grite «aléjate de él»; es más fácil dejar atrás a una persona cuando tienes pruebas reales que avalen la acción, sobre todo cuando los sentimientos están en juego.

Tengo pensado atacarlo con preguntas cuando lo vea; no se salvará de mí.

Las chicas me encuentran en el lugar de reunión de todos los días antes de entrar al colegio.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Belén.

—Estupenda —respondo seca—. ¿Y si me voy antes de entrar?

—No seas tonta. —No puede ser otra que Celina y su forma directa de opinar—. ¡No voy a permitir que por él no entres al instituto! Además, nos tienes a nosotras. Todo irá bien.

—¡Voy a romperle su cara bonita! —anuncia Gala, llamando a nuestras risas.

—Gracias, chicas.

Ellas saben hacerme sonreír.

—¡Amigas antes que chicos! —grita Celina y pone la mano en el centro de todas nosotras para que nos unamos. Ese es nuestro dicho y tratamos de que sea una promesa que podamos mantener. Fue desde el último corazón roto en el grupo que lo decimos.

—¡Amigas antes que chicos! —repetimos todas a la vez, uniendo nuestras manos para luego elevarlas en el aire. Segundos después el timbre de entrada retumba en nuestros oídos. Entramos sin decir una palabra.

Ya no hay marcha atrás cuando pongo un pie dentro de la escuela. Espero que Gala no vaya en serio con pegarle un puñetazo.

Cuando ingreso al aula antes que las chicas, que se han quedado charlando con alumnos de otros cursos, descubro que Owen se encuentra sentado muy tranquilo en mi banco, en el asiento de mi lado. Me molesta que quiera seguirla, incluso sabiendo cómo terminó la noche de la discoteca. Lo obvio hubiera sido que desistiera de la idea de ser compañeros de banco, pero al parecer no es así.

«¿Hasta dónde querrá llegar?»

—Hola, Emma —saluda con tranquilidad, pero puedo ver un atisbo de incertidumbre, de nerviosismo—. Sobre lo que pasó, yo...

—No puedes quedarte aquí, te pido que te retires —largo, aunque no parece querer escucharme. Su mirada está fija en la mía, estudiándome. Después de unos instantes, pierdo la paciencia—. ¡Basta con esto, Owen! ¡Sal de aquí! ¡Ese es el asiento de Celina!

—¡Joder! ¿Ese es tu carácter por la mañana? —Sebastián, un compañero molesto, se detiene a mi lado, burlón—. Mejor aléjate de ella, nuevo, que se te contagiara lo nerd y esa onda podrida. Créeme, no quieres eso.

—Cállate, Sebastián —espeto.

—Déjala en paz, imbécil —gruñe Owen por lo bajo—. Ojalá se me contagiara algo de ella, como su fuerza para aguantar pegarle a tu feo rostro, porque ¿sabes? quiero golpearte ahora mismo. Yo, en tu lugar, me iría de aquí.

—Eh, tranquilo, amigo. No le diré nada más. —El miedo se escurre en su voz, delatándolo.

—Te conviene —dice Owen, con voz muy baja e intimidante.

Sebastián se marcha rápido y me deja sola con Owen. La amenaza que le lanzó a mi mal compañero me hace tiritar. Eso, más la alerta de Steven, solo parece indicarme que debo salir de aquí. De su lado.

Lo que acaba de pasar entre los dos chicos me vuelve a sorprender. Es la segunda vez que Owen me defiende. ¿Acaso cree que estoy indefensa? Sacudo mi cabeza para quitar esa idea de él, que se comporta amable conmigo.

No debo fiarme de Owen Liv.

Él continúa observándome, pero su expresión es casi de derrota.

—Lo siento, quizá me pasé con él. Pero me cansa que te molesten, y...

—¿Por qué incluso te molestas en defenderme? ¿Y por qué te sientas aquí? —No es que no esté agradecida por esa buena intención suya, simplemente no quiero tenerlo a mi lado.

—La apuesta ¿recuerdas? Gané yo. —La sonrisa no llega a sus ojos y no hay hoyuelo tampoco. Sabe que algo anda mal, pero actúa como si todo estuviera de maravilla, lo que solo me molesta más.

—Sí —digo cortante—. Pero eso revocó cuando te besaste con la mujer. ¡Sal de aquí! Celina no se pondrá contenta si te ve a ti sentado en su lugar.

—Ahora es mío. Mi asiento. Y no me besé con ninguna mujer.

Su mirada vuelve a ensombrecerse.

—Entonces explícame —hablo lento, con precaución, ya que no sé qué tan segura estoy a su lado. De hecho, los sucesos más extraños comenzaron a rondarme con él cerca, lo cual evidentemente debe generarme una señal de alerta roja—. ¿Por qué te besaste con alguien luego de haberme dicho lo que dijiste en la fiesta? Y si no te besaste, ¿por qué yo te vi?

—Hay cosas que no te puedo decir. No ahora.

Luce incómodo.

El calor que hace dentro del aula no ayuda en nada.

Mucho menos cooperan con la situación las miradas curiosas.

—¿Qué haces ahí? ¡Vete, Owen! —El grito de Celina hace que todo el mundo se gire a vernos. Genial. Una estúpida escena de telenovela.

—Celina, fue un trato que hicimos Emma y yo. Necesito hablar con ella —plantea con tranquilidad Owen, casi como si el diálogo lo tuviera estudiado a la perfección y no se dejara conmover por la mirada asesina de mi amiga.

—¿Emma? —pregunta Celina, irritada—. ¿Apostaste nuestro asiento?

—¡Sí, porque pensé que iba a ganar!

—Celina, solo pido un rato aquí —anuncia Owen—. Después vuelven a la normalidad, ¿sí? —termina él, con tono amable.

Celina, por más extraño que resulta, termina accediendo y se dirige al asiento que pertenecía a Owen, sin mirarme siquiera un segundo. Temo que se haya enojado conmigo, sobre todo porque tendría razón si así fuera. Básicamente falté a nuestro lema.

—¡Cel, no le hagas caso! —Owen me mira, expectante—. ¿Qué le has hecho?

—Nada, solo le dije la verdad... Emma, quiero hablar contigo.

—Y yo no quiero oírte. Ni hablarte. No quiero tener nada que ver contigo.

—Mientes —murmura dolido.

—No, no lo hago. ¿Me muerdo el labio, Owen?

—No. —Mantiene la calma al responder ello, pero luego su máscara decae y explota—. ¡Necesito que me escuches! Por favor, Emma. He cometido errores. Muchos. Pero tú no eres uno. No sabes ni recuerdas lo importante que...

—¡Cállate!

Dice cosas hermosas y ese es el problema. No quiero sentir nada por él. No puedo permitirle que me haga sentir cosas nunca más.

—No intentes hacerme olvidar lo que vi con palabras bonitas y planas.

—Emma...

Owen lleva las manos a su cabello por un breve instante, despeinándose un poco.

—Escucha, no estoy de ánimo para hablar, y menos contigo —le lanzo, sintiendo verdadera irritación—. Y te conviene que no vuelvas a hacerle eso a una de mis amigas nunca más.

—¿Qué le hice? —me cuestiona divertido.

—¡Convencerla no sé cómo! ¡Ella no habría accedido tan fácil!

—Te equivocas. No hice nada, solo entendió que necesitaba hablar contigo. ¿Crees que podría entrar a la mente de alguien y modificar sus intenciones? Eso es de libro, Emma. —Lleva su dedo índice a sus labios y me mira pensativo—. ¿Tienes miedo de mí? —pregunta finalmente.

—No —pero es obvio que sí le tengo. Y sé que él lo sabe. Una sonrisa aparece en su cara, lo que logra que yo frunza el ceño—. Saca esa boba sonrisa, eres insoportable.

—¿Insoportable? Puede ser. Pero debes admitir que soy genial. Y que te gusta... como tú a mí.

—Eres arrogante, irritante y encima juegas con los sentimientos de los demás.

«Y me gustas, pero recién te conozco y ya estamos mal».

—Eso no es cierto —dice él—. Además, nunca jugaría con tus sentimientos.

—Las palabras son solo palabras, no dicen nada si no haces lo que predicas. — Ahora sí estoy realmente enojada con él. ¡Es hipócrita!, porque sí jugó con mis sentimientos—. No digas «nunca lo haría» si después lo harás.

—¿No hay forma de que podamos hablar sin sacar ese tema, que encima no tiene nada que ver conmigo? —Su voz es ronca en este momento. Su cara toma un efecto diferente; también parece enfadado.

¿Está enojado conmigo? Irónico.

Bueno, también me siento así con él. La diferencia es que yo tengo una razón.

—No.



Owen permanece en silencio durante las otras clases. Una pequeña parte de mí quiere escuchar su voz, que diga las cosas que yo querría creerle. Pero sé que debo odiarlo, alejarlo de mis sentimientos.

No me parece normal, es como si un aura supernatural lo rodeara y provocara que pasen cosas extrañas a su alrededor, o que las provoque él mismo, ¿quién sabe? Lo más probable es que sí sea él. Hasta llego a preguntarme cosas como: «¿Y si no es humano?». ¡Qué locura!, aunque una combinación como la de Owen (extremadamente sexy, arrogante, misterioso y peligroso) no parece de este mundo.

Pienso en la vez que escuché su risa en mi cabeza, tan nítida como si Owen se hubiera metido ahí mismo, ¡ni de cerca yo habría podido oírla tan definida si todo se hubiera dado como él contó! También es extraño que aparezca siempre por donde estoy o que alguien me intente advertir sobre él.

¿Y si es un mafioso o un pandillero? No, no lo veo a Owen como uno.

Ahora sí que me siento como una de esas protagonistas de los libros que leo. Está mal, porque no estoy en un libro: esta es la vida real. No sea que

me convierta en una especie de versión femenina de Alonso Quijano en la época contemporánea.

Necesito respuestas, pero también preciso recuperar mi orgullo, así que opto por no preguntarle nada.



—Cariño, ¿no quieres comer? —Mi madre pregunta preocupada en la cena—. ¿Qué sucede?

—Nada. No tengo hambre, mamá.

—¿Es por un chico? ¿O te peleaste con una amiga?

—No.

—¿Segura, hija? —La mirada de papá ahora está sobre mí. Escuchar la palabra «chico» es como si fuera una especie de alerta para él.

—Absolutamente.

—La otra vez vi un poema de amor en su libreta —comenta mi hermanito—. ¡Emma está enamorada!

Mis padres me miran acusadores y Mateo luce satisfecho.

¡Qué mal hermano!

—¿Un chico? —Alza las cejas mi madre—. ¿De dónde?

—Según creo es del club. —Matt habla fingiendo inocencia. ¡Se comporta como un pequeño demonio! Recordaré no ayudarlo con su tarea la próxima vez—. Por la cara que tenía cuando llegó de allí el sábado, y antes de eso no tenía su poema escrito.

—¿Desde cuándo revisas mis cosas, pequeño enano?! —le grito, sintiendo la sangre helarse dentro de mí.

—¿Emma? ¿De verdad te gusta alguien? —cuestiona papá, frunciendo el ceño.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo—. ¡No todo lo que escriba tiene que ser sobre algo que me haya pasado!

—Emma —dice mamá—, te conozco, cielo. Ahora cuéntanos ¿o nos ocultas algo? —Parece divertida ante la situación. ¡Qué horror!—. ¿Por él estás mal? ¿Qué pasó? —Mamá parece interesada y papá no deja de mandarme rayos láser invisibles con la mirada—. ¿Cómo se llama?

—No estoy mal por nadie, mamá. Estoy sin apetito, eso es todo.

Mi voz se oye firme y convencida. Ojalá estuviese así en mi interior.

—¿No comerás, cierto?

—Me voy a dormir, mamá.

Me despido de los dos con un beso en la mejilla y de mi hermano con un tirón de pelo que me cuesta una regañada de mamá. Enano maldito.

Solo quiero estar sola, tirarme dentro de las sábanas y dormir. No porque tenga sueño, sino porque no quiero pensar más qué quiere él de mí. El miedo hacia Owen es inevitable, pero la atracción es igual de fuerte.

Mi cuarto está algo revuelto, pero no importa. Mi cama se siente fría cuando me muevo bajo las sábanas. Aliviana mi mente, pero solo por un pequeño instante. Nada puede realmente eliminar las cosas que revolotean en ella y las preguntas que se generan.

Las situaciones mundanas parecen lejanas. No me importa demasiado qué comenten Carla o los demás, porque siento que eso ni siquiera es un problema. Hay inconvenientes mayores que aún no entiendo, pero los siento venir.

Tengo que dormirme, así que cierro los ojos con lentitud. Mi cabeza va a estallar.

—No debes temerme —susurra una voz masculina, muy cercana a mí.

—No lo hago, lo prometo.

—Sí. Pero tu mente es la que me teme, no tu corazón. —Unos suaves labios tocan los míos con dulzura, luego pasan a mi cuello. Un sonido gutural masculino llega hacia mí en ese preciso momento—. Nunca pensé que sería así; quiero esto por siempre.

—Es peligroso —murmuro contra su piel.

—Y está prohibido, ¿pero sabes? No lo cambiaría por nada.

—¿Estarás conmigo?

—Por siempre.

Un hormigueo recorre mi piel cuando me despierto con un único pensamiento: tuve un sueño extraño en el que podía ver qué pasaba, pero sí parecía que reconocía los sonidos sin problemas, como si estuviera

familiarizada con ellos. Entonces descubro que estoy empapada de sudor, trato de moverme, pero enseguida noto lo pesado que está mi cuerpo.

Pesado y ardiente.

Veo el reloj y son las 5:58.

La alarma, como si hubiera sido invocada, comienza a sonar después de unos minutos de estar despierta. La apago ni bien escucho salir de ella la música; siento una jaqueca horrible. Desde el cuarto de mis padres, sus móviles cobran vida también.

Camino por los fríos pisos de mi casa hacia el armario donde están las cosas médicas y busco un termómetro que me coloco en mi axila izquierda una vez que vuelvo a la cama. Es incómodo tenerlo bajo el brazo y procurar no moverlo, pero al sonar el pitido que anuncia que ya tomó la temperatura, observo que el aparato anuncia que estoy a los 38° de temperatura.

Tengo fiebre y un dolor de cabeza impresionante.

Bueno, si quiero verle el lado positivo, la buena noticia es que hoy no iré al colegio. Traducción: que hoy no veré a Owen. Con suerte (¿o mala suerte por estar enferma?), tampoco en la semana.

La mala noticia es que es probable que deba ir al médico también; algo que no está en mi lista de cosas favoritas por hacer.

CAPÍTULO



Quererlo es poco. Decir que simplemente lo necesito en estos momentos, quedarme corta. Es más que querer, pero no sé si sea amar. A pesar de eso, sé que él es todo lo que preciso. Nos protegeremos el uno al otro. Juntos somos fuertes, pase lo que pase. Nuestra elección está tomada.

Sus brazos me rodean despacio y me aprietan más contra él. Su aliento fresco en mi cuello me hace estremecer de placer. Todavía seguimos con el pelo húmedo por la llovizna, y él huele a árboles y a lluvia fresca. Debo dormirme también, pero la idea de despertar y no saber qué pasará con nosotros es una tortura.

Nunca veré un día nublado de la misma manera. Nunca olvidaré este momento, tan horrible y hermoso a la vez.



Mis ojos se abren despacio y la claridad comienza a entrar en mí. Otro sueño de esos y juro que me pondré a escribirlos. No sé por qué, pero, al soñarlos, una sensación de tranquilidad me invade y, al despertarme, se convierte en frustración.

Realmente no entiendo. Como sucede con los sueños comunes que suelo tener, no tan cargados de sentimientos y sensaciones que luego perduran, no los recuerdo muy bien después de un rato. Culpo a la fiebre por ellos; me digo que son un efecto colateral de todo lo que pasa.

Pero luego recuerdo que, en realidad, puede que ya los tuviera desde antes, solo que menos intensos. De todas formas, al soñarlos soy feliz; es

como si olvidara por completo los poemas, y me sumergiera en un mundo cómodo y acogedor, donde estoy protegida de todos los males del mundo.

Mi madre se asoma a la puerta de mi habitación y, al ver que estoy despierta, viene hacia mí y se inclina cuando está cerca. También parece haberse despertado recién de una siesta, porque lleva aquel pijama azul que tiene pequeños lunares morados.

—Ya te ves mejor —comenta al tocarme la frente. Pasaron varios días desde que comenzó la fiebre (cuatro para ser exacta). Ya me siento mucho mejor, sí. De hecho, desde ayer la fiebre se fue, pero volver al colegio me aterra.

Primero por Owen y, en parte, también por Steven; es obvio que ambos se conocen; lo dejaron claro cuando trataron de tirarse piedras entre ellos y acuchillarse con los ojos. ¿Qué mal pudieron hacer para que los dos me pidieran que me alejara?

Segundo punto por el cual no quiero regresar: montones de tarea sin hacer. Eso también me asusta, sobre todo por el cúmulo de trabajos prácticos que Kalakas seguro dejó, además de los que no pude finalizar.

No terminaré nunca.

Admito que, por un lado, es lindo estar tranquila en casa por unos días: las chicas me vinieron a visitar ayer y dijeron, entre todas las cosas que hablamos, que Owen no fue en la semana tampoco. ¿Tendrá lo mismo que yo? Digo, por el beso. «¿Nos habremos contagiado algo?»

Celina, por el otro lado, no está enojada conmigo por suerte: me contó que le pareció bien que Owen quisiera hablar conmigo, que yo pudiese charlar con él, aunque sí admitió que le molestó que apostara nuestro asiento, así que le prometí no volver a hacerlo.

Lo malo fue que, además de estar en cama por cuatro días sin poder hacer mucho, me vino la regla. Ahí pude recordar cuán odioso es tener que preocuparse por ello. En cierto modo, envidio a los hombres, porque no pasan por ello cada mes ni tienen cambios de humor radicales regalados por «Andrés, el que viene cada mes».

Durante estos días la temperatura parecía no descender, y me dejaba nuevas y más fuertes alucinaciones a su paso cada vez que me dormía. Oía voces.

Voces enamoradas.

Voces llenas de promesas.

Y, sobre todo, voces familiares.

Estoy tan débil que creo que un simple viento me podría tirar al suelo.

Mañana es sábado, quiere decir que tengo el ensayo para la muestra. Lo haremos en un teatro, sobre todo para probar sonido, algo que me entusiasmaba en un primer momento, pero ahora ya no. En verdad, no tengo ganas de ir; además, falté a la clase de canto de la semana, pero, de todas formas, estar en la muestra es una responsabilidad que asumí y que debo cumplir.

Solo espero encontrarme bien de salud.

Pensar en el incumplimiento de promesas me lleva hacia Owen Liv, que me dijo que jamás me lastimaría y falló a sus palabras horas después. ¿Es normal que, a pesar de eso, esté preocupada por él? ¿Y si de verdad se enfermó feo también? ¿Si fue por eso que faltó al colegio? ¿Cómo será su familia? ¿Lo habrán cuidado como a mí?

—Sí, mamá. Estoy algo mejor —respondo, recordando la presencia de Eliana frente a mí. En parte eso es cierto, ya no tengo fiebre desde hace más de doce horas.

Ella sonrío.

Sábado.

Una mezcla de nervios e incertidumbre se percibe en el aire. Estoy en un teatro casi vacío, frente a personas que nunca vi, ya que mis clases de canto son personales. Tengo un micrófono en la mano y la letra de una canción en mi cabeza. Los versos parecen querer huir de mi memoria segundo a segundo. El micrófono está encendido para amplificar inclusive cada respiro.

—Habla para ver cómo escuchas tu voz —me dice la profesora y sonrío para darme seguridad.

—Hola —murmuro en el micrófono y me siento un poco extrañada al escuchar mi voz que suena fuerte en cada parlante del lugar—. Uno, dos tres... —comienzo a decir, creyendo que debo mejorar mi originalidad.

Observo a mis compañeros desconocidos de canto y noto que algunos se rieron cuando dije eso. No me imagino qué pasaría si llegara a desafinar

alguna nota. Las personas pueden ser crueles al juzgar sin remordimiento ni empatías y eso suele ser duro. Sé que la perfección no existe, pero soy tan exigente conmigo misma que siempre debo intentar llegar a lo más parecido. Ese es mi gran defecto. En cierto modo, puedo llegar a ser mi propia enemiga.

Quiero que las cosas me salgan bien; no me gusta equivocarme.

Aunque de los errores se aprende, claro. Tanto de la observación que uno pueda hacer sobre sí mismo como de lo que pueda tomarse de lo propuesto por los demás. Eso sí, hay que observar la intención de los comentarios: si bien hay quienes nos los hacen para que aprendamos, nos fortalezcamos y sigamos adelante, existen otras personas quienes utilizan las críticas para hacer sentir mal, para destruir, y a ellos no hay que darles importancia alguna. Esas segundas críticas tienen el poder de calar hondo; dejarlas entrar es prácticamente aceptar una mutilación. Si bien uno decide si hay que darle importancia o no, de todas formas, una opinión impacta al menos por un momento en la persona; tenga mucha personalidad o no, siempre hay algo que queda latente.

En fin, no sé qué clase de personas haya aquí. Si estudian canto, deben saber si alguien se equivoca, así que tengo que dar lo mejor de mí.

—Perfecto —vuelve a hablar la profesora levantando el pulgar de la mano y haciéndole, además, un gesto al pianista—. Comencemos.

Estoy a punto de cantar. La música comienza a sonar. Trago con dificultad.

Y empiezo suave, tratando de ocultar mis nervios:

Como un libro...

*Que no sabes el final,
y te asusta lo que lees.*

Así la vida es.

Owen me asusta, de veras. No sé quién es, ni por qué apareció en mi vida. Me siento atrapada en un libro.

*Cuando naces...
Ya te expones al dolor,
y de a poco y con valor
logras crecer.
Y como un libro el corazón,
nos enseña que hay temor;
que hay fracasos y maldad,
que hay batallas que ganar.*

¿Temor, fracasos y maldad? Sí, obvio que los hay. Vivo esas cosas por culpa de Owen en estos... ¿últimos días? ¿Por qué los siento como si fuese hace mucho?

*Y en cada página el amor
nos convierte en luchador;
y descubres lo común:
no hay un héroe como...*

Ahí mi voz se quiebra. Dejo de cantar.
Oh, Dios, por alguna razón pienso en Owen.
¿Qué me pasa?

Las personas comienzan a aplaudir para animarme, pero eso no ayuda a sacarme esos ojos de zafiro de mi cabeza.

Tengo que seguir; la rabia me consume. Esta canción no es para Owen. De todas las millones y millones de personas que existen en este mundo, ¿por qué él?

Canto la otra parte, pero mi cabeza está en otro lado.

La canción habla de que hay que luchar, que hay que avanzar, convertirse en tu propio héroe. ¿Por qué pienso en él? Se besó con la primera chica que le coqueteó, eso no es luchar por algo, es arruinar algo que ni siquiera había comenzado.

Entro a la realidad, la música finaliza y mis ojos amenazan con lágrimas. Las personas aplauden a pesar de mis fallas; mi voz tembló y en un momento dejé de cantar. No fue maravilloso, lo sé. Soy consciente de que ellos aplauden para animarme y que mis errores seguro los atribuyen a los nervios, algo que, en parte, no es muy equivocado. Pero yo sé la verdad: Owen causa ese efecto en mí. Me sofoca y no puedo pensar en nada más. Me invade. Así lo hizo durante los pasados días.

Camino a mi asiento aún debatiendo por qué Owen no sale de mi mente.

Pero algo me distrae; alguien continúa aplaudiendo detrás de mí apoyado en el respaldo de mi butaca. Me giro hacia él.

—Hola, Emma —dice.

CAPÍTULO



Steven.

Su verde mirada es dulce, no severa como la anterior vez que nos encontramos; su cabello está algo alborotado y parece más relajado que de costumbre. Lleva puesta una camiseta blanca que resalta su piel bronceada y una gran sonrisa acompaña su rostro.

No puedo evitar pensar que es guapo, aunque no tanto como Owen.

«¿Por qué rayos he pensado en eso?»

—Hola, Steven. ¿Qué haces aquí?

—Oh, bueno. Tengo que acompañar a mi prima luego de... esto. Pensé que me aburriría, pero vaya... —Curva una de las comisuras de sus labios—. Parece que no. Así que quiero hablar contigo —comenta después, poniéndose serio.

—¿Conmigo? —pregunto—. ¿Qué? ¿Algo de lo que dijiste la noche del baile?

Me mira algo confundido, pero luego en sus ojos brilla la comprensión.

Sacude la cabeza.

—No, no. Solo hablar. —Su voz es grave—. Recuerda que me debes la salida que prometiste cuando estábamos en el club.

—¿De verdad que Carla y tú no salen? No quiero generar problemas, Steven —le recuerdo—. Una de mis amigas me comentó que Carla presume que habían quedado.

—De verdad. Sí, hemos salido en ocasiones, pero no somos nada en realidad y ella lo sabe muy bien. ¿Te cuento un secreto? —Observa hacia

ambos lados con histrionismo—. Lo poco que pudo haber entre ella y yo terminó cuando vi cómo te trataba. Siento eso.

—No tenías que hacerlo —expongo, arrugando la nariz. Eso no me alivianará los problemas en el cole, mucho menos si Carla me ve hablando con Steven ahí.

Mierda.

—Sí, tenía que hacerlo, Emma. Lo que vi rebasó el vaso que ya venía llenándose —me cuenta, cruzándose de brazos y ladeando un poco la cabeza al hablar—. Es una de esas personas con las que jamás puedes sentirte acompañado. —Steven calla durante unos segundos, para luego solo encogerse de hombros con algo de frustración en su gesto—. En realidad, no sé por qué te cuento, pero —sus manos se apoyan en el marco de la puerta— no quiero que pienses que soy un idiota.

—Bueno, el que uses a Carla, por más monstruo que sea, te convierte en idiota.

—Buen punto.

Alzo una ceja.

—A mí me sucede seguido eso de estar acompañada y sentirme sola.

—Si tenemos en cuenta cuántas personas existen en el mundo, nadie debería sentirse solo, Emma. Pero sí, lo hacemos. Yo también me siento así, linda —explica, sonriéndome con amabilidad—; estoy rodeado de personas que quieren estar conmigo por mi popularidad en el colegio o por mi físico, que de todas formas es lo mismo en mi caso. ¿Qué me deja eso? Nada. Los únicos que me quieren realmente de todas las personas que conozco son algunos de mis familiares.

Abro mis ojos como platos ante la verborrea de Steven. Nunca pensé que podría tener una conversación tan profunda con él, el chico de mi colegio, el que atrae casi todas las miradas y corazones. Por un momento aparecen en mí las ganas de abrazarlo, pero hago la fuerza suficiente como para retener mis brazos en el lugar correcto: entrecruzados detrás de mi espalda para no intentar nada extraño.

Las personas pueden sorprenderte cuando menos lo esperas, y aquellas sorpresas gratas y menos esperadas son las que, al final, más emocionan. El problema es que vivimos clasificando, definiendo a la gente; la mayor parte

del tiempo las etiquetas nos limitan a actuar de una determinada forma. Básicamente, nacemos con esas etiquetas y es importante poder ver a través de ellas, tal y como la supervisión de Superman.

—No es algo que me hubiera imaginado que podrías decir tú, Steven — admito.

—Porque no me conoces del todo, Emma. Creí que tal vez podríamos ser amigos —expone, tomándome otra vez por sorpresa.

Como si mi mente hiciera clic, la idea de que podría obtener información y respuestas si soy su amiga me invade. Claro, Steven no me parece mala persona y me gustaría tener una amistad con él, aunque no me hago la idea de ello.

—*Mmm*, podríamos serlo, pero antes necesito hacerte algunas preguntas.

Steven asiente: —Trataré de responder lo que necesites.

«Tengo que hacerlo. Ahora o nunca.»

—¿Qué ocurrió en el baile contigo? ¿Dónde fuiste luego? ¿Por qué dijiste eso sobre Owen?

Sus ojos se amplían y una sonrisa humorística aparece en sus labios.

—Dije de ser amigos, ¡no hacer una escena de novios celosos! Pero bueno, no tendría problema sobre eso...

—¡Oye! —le digo, codeándolo—. Hablo en serio: hay cosas que no me cuadran y no podemos ser amigos si no me explicas.

—Bueno... bien. Fui a casa de mi padre, porque precisaba ayuda; siento haberte dicho esas cosas extrañas. Pero es cierto: no sabría si confiar o no en ese chico.

—¿Por qué? ¿Lo conoces?

—No sabría explicártelo, es... un ¿presentimiento? Además, creo que tu profe hace gestos para que nos callemos. —Anuncia, señalando a la profesora de canto que nos observa con el dedo índice en sus labios. Acto siguiente una señora mayor comienza a cantar y Steven hace un gesto de dolor de oídos—. Escucha, vayámonos a otro sitio, ¿sí? Te invito un helado o algo así.

—Tengo que quedarme.

—Ven conmigo y luego te traigo sana y salva —dice—. Igual, vendré por mi prima. ¿Vamos?

Un helado sería algo muy inocente. Pero, ¿salir con él? ¿Después de que Owen me pidió que no lo hiciera?

«Qué va, olvídate de Owen, Emma.»

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Eso lo decides tú, Emma. Pero mis intenciones no son malas, lo prometo.

—Bien, vamos —respondo, pensando cómo encarar las preguntas. Si sabe algo de Owen, lo descubriré.



Al salir del ensayo, Steven se dirige hacia una motocicleta. Mis cejas se alzan diciendo «¿en serio?». ¡Mis padres me matarán si me descubren! Steven me alcanza un casco gris ceniza, y me regala una amplia y brillante sonrisa que lo hace lucir aún más atractivo, casi como uno de esos chicos malos de las pelis.

—¿Tu licencia? —pregunto cautelosa, ya que él va al instituto. No voy a subirme ahí sin comprobar que sabe lo que hace.

Me mira, riéndose y saca un par de documentos de su bolsillo. Cuando me muestra la licencia, no puedo no caer en la foto que lo acompaña. ¡No es justo que salga bien en esas fotos! ¡Es casi imposible que eso suceda! En la mía parezco como si recién me hubiera levantado de la cama.

—Como ves, está todo cubierto. Tengo 19 años.

Ahora es mi turno de ampliar mis ojos.

—¿Diecinueve? ¿Repetiste dos años del colegio? No quiero ser grosera, solo que no pareces del tipo que se lleva mal con los profes.

—Oh, no. No repetí nunca. —Deja escapar otra risa—. Pero tuve unas complicaciones hace cuatro años y falté al insti. —Lo observo sorprendida, luego a la moto y no puedo negar que me da vértigo la idea de viajar con Steven ahí—. No te preocupes, Emma. Es seguro, no dejaré que nada te suceda, ¿bien?

Me ayuda con el casco y, acto seguido, me subo (con algo de ayuda y torpeza) a la moto. Casi temblando, por cierto.

—Puedes pasar tus manos por mis caderas o por debajo del asiento para ayudarte a sostenerte. No iré fuerte.

Antes de comenzar a andar y alcanzar velocidad, me aferro con verdadero miedo del asiento esperando algún tipo de latigazo, pero el andar del vehículo es ligero y tranquilo. A pesar de ello, el frío golpea mi cara y mi corazón se acelera cada vez que Steven debe doblar en alguna esquina.

Al llegar, escucho una pequeña risa proveniente de él al bajarnos de la moto frente a una heladería. Me quito el casco sin que me importe demasiado el desorden de mi cabello y él hace una especie de reverencia real al tomarlo, como si le estuviera pasando la mismísima corona monárquica.

—Después de ti —habla caballerosamente, abriéndome la puerta del local.

Puedo ver cómo la rubia con puntas teñidas de fucsia que trabaja en la heladería sonríe con demasiado entusiasmo a Steven, quien no parece notarla. En lugar de ello, me observa a mí y me busca cualquier tipo de conversación *random* mientras somos atendidos. Seguro que está acostumbrado a la atención de ese tipo. En cambio, cuando la mirada de la chica corre de él hasta llegar a donde estoy, su faceta amigable pasa a algo lleno de odio.

Ella escupiría en mi helado si tuviese oportunidad, lo sé.

Pedimos *sundaes*. Quiero pagar, pero es más rápido y me gana. La chica le entrega el tique con un papel más pequeño que tiene números. ¡Su teléfono! Empiezo a reírme con disimulo por la situación. Steven, que comienza a ruborizarse por mi risa, le sonríe, pero es una sonrisa sin compromiso alguno.

¿Este es el verdadero Steven? Bueno, realmente me cae bien.

—¿Te dio su teléfono? —pregunto aún riendo.

—Así es —responde mientras toma una primera cucharada de su helado.

—¿La llamarás?

—¿Por qué? —pregunta curvando los labios—. No. Y si te preguntas, muy pocos tienen mi teléfono.

—Tú... Tú eres uno de los chicos más perseguidos del colegio.

—Bueno, sí. Pero, ¿crees que eso me define?

—Steven, eres diferente a lo que pensé que eras.

Se encoje de hombros.

—Nada nuevo. No doy una imagen clara de mí a los demás.

El silencio se propaga entre nosotros. Sus ojos verdes están sobre mis labios y luego en mis ojos: —¿Tus ojos son miel, cierto?

—Ajá. Pero parecen más oscuros de lejos.

—Son como si fueran de miel con chocolate en los bordes.

Me río.

—Son bastante comunes.

Metó la cucharada en el helado de dulce de leche granizado, un sabor muy aclamado en la Argentina y cierro mis ojos por un instante mientras la dulzura fresca invade mi boca.

—En el colegio siempre te veo pasar, pero tu mirada dice «Steven, ni te acerques». —Se ríe, pero sé que hay una pregunta en el fondo: «¿Por qué me evitas?».

—No es algo contra ti, pero no me fío de chicos populares. Tienen fama de romper corazones y eso.

Se remueve en el asiento y lo acerca más hacia donde estoy.

—¿Sales con ese chico?

Me sorprende: —¿Quién?

—Owen.

¡Esto es una posibilidad para saber si sabe algo!

—No. No salgo con él. ¿Por qué piensas que puede ser peligroso?

—Porque cuando me lo crucé en el club, me dijo de una forma poco cordial que me mantuviera alejado de ti. Y, Emma, tú recién lo conoces, es como si yo le dijera a cualquier chico que te hablara que no te dirija la palabra jamás. Extraño, ¿no lo crees? —Suspira—. ¿Sabes? Se los veía unidos. Te iba a preguntar de venir con nosotros, pero... bueno, me ganó de mano. —Parece incómodo por algo—. Y vi... vi que se besaban. —Sus labios se crispan y su rostro toma un gesto dolido.

—Fue un error. —Las lágrimas acuden a mis ojos, pero no dejo que salgan de donde están—. El mismo día se besó con una chica. Pero igual no estuve bien. No debí haber dejado que me besara... —Comienzo a hablar

más atropelladamente, sin saber por qué le comento esto. ¡La idea era sacarle información, no darle la mía!—. No sé qué me pasó, qué me pasa. Es como si sintiera algo especial cada vez que hablo con él...

—¿Qué... te gusta? ¿Así como cosquillas? —cuestiona Steven, mordiendo su helado.

Niego con la cabeza.

—No, algo más intenso. Como una conexión, aunque quizás sí me gusta, porque cuando vi que se besaba con la chica de cabello castaño, y yo... Me dolió ¿sabes? —Mi voz se quiebra—. Fui una tonta.

—¿Qué... imbécil! —refunfuña maldiciendo como para sí, aunque duda al hablar—. Te mereces alguien que te respete.

—Fui estúpida, Steven —espeto—. Creí lo que me dijo.

—¿Tú? No. No eres nada de eso. Eres un ángel. No tienes... No tienes la culpa. Eh, yo... lo siento, Emma, lamento lo que pasó. Solo no digas eso de ti.

Un rubor llega a mis mejillas y estas arden. La sonrisa de Steven reaparece y se hace enorme, mostrando todos sus perfectos dientes que relucen blancos y resaltan con su piel bronceada.

—Gracias —suelto bajo.

—A ti. Por aceptar salir a tomar un helado conmigo. —Sus ojos son suaves, no eléctricos. Son dulzura y suavidad—. Hay algo de Owen que no... En fin, no es nada. ¿Cambiamos de tema?

—El otro día me hablaste de algo sobre él; no llegaste a terminar. ¿Recuerdas?

—Emma, me gustaría poder decirlo, pero pienso que es mejor que esa vieja rivalidad quede entre él y yo. —Frunce el ceño bajando la cabeza para luego suspirar con resignación—. Sin embargo, no creo que sus propósitos sean malos, aunque sus errores pueden ser fatales. ¿Me creerías si te digo que envidio algo que él tiene?

Pestañeo con confusión.

—¿Qué?

«¿Hacia dónde vamos con esta conversación?»

—Tu atención. Te gusta, Emma. No lo puedes negar. —Se encoje de hombros, perpetuando el mismo atisbo de renuncia que distinguí en el

suspiro—. De hecho, no creo que él bese a una chica luego de besarte a ti. Vi cómo te miraba, Emma. Owen te quiere. —Hace una pausa—. ¿Sabes si realmente era él? En el baile, pudo haber sido otro chico que dio a confusión. Y si fue, le partiré la mandíbula por herirte. —Parece triste, pero maldita sea, ¡Steven tiene razón! En todo momento estuve segura de que ese chico era Owen, ¡nunca dejé lugar a la duda! ¡Qué boba!—. En cualquier caso, tienes mi apoyo. —Me sonrío, pero su sonrisa no le llega a la mirada—. Lo siento. Por tu dolor.

Sin pensarlo, le doy el abrazo que antes quise reservarme. No me parece que Steven sea una mala persona; de hecho, me demostró ser bastante razonable. Sí, me lastima verlo así de triste. Me resulta extraño procesar que ese chico, de alguna forma, está interesado en mí, cuando los momentos que compartimos de conversaciones que rebasaran los monosílabos son contados con las manos.

Valoro que Steven, a pesar de sentir algo, prefiera decirme que Owen me quiere, que incluso me abra una ventana que jamás me dispuse a utilizar. Podría haberse aprovechado de la situación y convencerme de que el chico de ojos de color zafiro es malo para mí, pero no lo hizo.

—Sí —le digo—. ¡Gracias, Steven! Por todo. Eres genial.

—No hay de qué, Emms. ¡Ah! —recuerda, levantando su dedo índice—. Otra cosa más, si bien a Owen le gustas, quiero advertirte de algo: llega a meterte en problemas o a hacerte daño, y no dudaré en quedarme a tu lado para protegerte.

—Gracias, guardián —agradezco, con una pequeña sonrisa.

Lágrimas pequeñas brotan involuntariamente de mis ojos. Steven acerca su mano con suavidad y toca mi piel para secarla con delicadeza como si me fuese a romper bajo su toque. Su mano demora un poco de tiempo en mi mejilla, pero sin ser grosero. De hecho, ese gesto es tierno.

Un suspiro sale de su pecho mientras me contempla.

—Ojalá fuese Owen. Más le vale que no lo estropee. —Su vista se vuelve a fijar en mis labios. Sacude la cabeza, como negando—. Ven, vamos. Hay que volver.

Y ni bien terminamos el helado, nos marchamos.

CAPÍTULO



Steven me quitó cualquier opinión negativa que pude haber tenido antes sobre él. Es agradable, tierno y parece ser realmente sincero. Me refiero, cuando se abre con alguien, mostrando quién realmente es. Es un chico que vale de verdad.

«Ojalá fuese Owen».

Esas palabras taladran mi mente. En mi interior deseo que no sienta nada de eso por mí, que sea una especie de atracción momentánea. Sé muy bien que podríamos ser buenos amigos, eso me ha demostrado, pero nada más que eso, porque no quiero herirlo. Steven no me hace sentir estampidas de elefantes en mi estómago; no tiene ese efecto arrollador que Owen consigue en mí ni ese escalofrío que me recorre el cuerpo cada vez que escucho su voz en la cercanía.

Sin dudas, haga lo que haga, quiera pensar lo que quiera pensar, mi mente no deja de estar enlazada con aquel chico de ojos de zafiro y hoyuelo encantador.

Luego otras palabras de Steven me atropellan con lentitud:

«De hecho, no creo que él bese a una chica luego de besarte a ti. Vi cómo te miraba, Emma. Owen te quiere».

En el momento en que fue tierno conmigo, no supe qué decir. Tampoco era necesario que lo hiciera, ya que el chico de ojos verdes parece tener claro que, igual, mi corazón se acelera por otra persona, de una forma muy distinta al aceleramiento que tuvo cuando estábamos en la motocicleta.

¿Por qué no me gusta Steven? ¿Por qué Owen sí? ¿Y por qué si Steven siente algo por mí, me ayuda en la relación con Owen? ¡Después dicen que las chicas somos complicadas!

Steven es bonito conmigo, pero no me gusta de esa manera por más guapo que pueda ser. Solo espero que encuentre lo que necesita.

«Owen te quiere», dijo Steven para impulsarme y debo admitir que yo por él también siento algo como eso. También lo quiero, aunque todavía no deseo asumirlo en voz alta. No hasta que saldemos nuestras cuentas pendientes y Owen deje de ser un misterio para mí.



El lunes Owen no va al colegio. Ni el martes. Ni el miércoles. Ni el jueves. Hoy, que es viernes, tampoco lo veo. ¿Se habrá enfermado? ¿Será grave? ¿Estará enojado conmigo? Me desilusiona entrar al aula y ver cómo esta se llena, pero que su asiento sigue vacío. Supongo que Celina me ha preguntado a lo largo de la semana si me sentía bien por esto, porque, por mi parte, casi no he hablado.

Todos los días que pasaron de la semana parecieron ser un lunes. Aburridos. Monótonos.

—¿Segura que estás bien? —pregunta Celina. Asiento, respondiendo de forma muda su pregunta—. Pues... cuéntale a tu cara, parece que no se entera.

—¿Tan transparente luzco?

—Sí. Por suerte aún tu carne y huesos no se notan. ¿Es por Owen? —Su voz es baja para asegurarse de que nadie escuche.

—No. —Muerdo mi labio inferior.

—Emma... —dice Celina, como un regaño.

Me rindo: —Sí.

—¡Lo sabía! Le pegaré, te juro que lo haré... y no... —Ahora comienza a chillar, así que me apresuro a hablar para silenciarla antes de que pueda escucharnos toda el aula.

—Celina, calma. No... No es su culpa. —Mi voz tiembla y me mira cómo si hubiese enloquecido.

—¿No recuerdas verlo en labios de esa castaña?! Porque yo sí, ¡y qué bien que la pasaba! —Ahora ella está molesta. No sé si conmigo o con Owen.

—¿Estás segura de que se trataba de él? —pregunto más bajo aún, como un susurro.

Se pone rígida. Parece pensarlo y su cara toma una mueca madura.

—En verdad, como segura... Pudo haber sido. ¡Estaba vestido igual! ¡Era casi idéntico! Al menos cuando lo observabas casi de espaldas.

¿Y si culpé de forma injusta a Owen después de todo? La cagué. La cagué hasta el fondo.

Bueno, quizás no tanto, pero sí cometí un error.

La culpa llega a mí como una lanza que parece atravesar mi garganta, que provoca un nudo en ella. ¡Qué bronca! ¿Qué pasa conmigo?

—No te culpes, Emma. Él seguro volverá. Además, todavía no podemos determinar su inocencia. No sabemos si realmente se besó o no y...

—Me va a odiar, ¿verdad?

Ella no contesta. Genial.

«Owen, lo siento», digo en mis pensamientos. Quiero llegar a casa, enterrar la cara en la almohada y ahogar gritos.

Oculto el semblante para que nadie me vea, sin éxito.

—¿Qué sucede, Cusnier? —pregunta el profesor, acercándose a mí. Es un hombre alto, con cabello escueto y canoso; suele cortar sus clases de Biología siempre que lo crea necesario y, al parecer, así cree que es esta vez.

Toda el aula se gira a vernos... mejor dicho: a verme. Mierda. Intento encontrar mi voz, pero no puedo. Observo a Celina en busca de ayuda, pero cuando iba a abrir la boca para hablar, Carla y su timbre irritante salen a la luz.

—Tiene síndrome premenstrual. Es claro. —Truenan risas en todo el salón. Mi cara estalla en carmesí.

—¿Pue-puedo, i-ir al b-baño? —pregunto temblando de rabia y de tristeza.

—Sí, claro. Casas, acompáñela. Pero intenten volver pronto; las espero.

Mi deseo de salir del salón se incrementa a cada paso que doy hasta llegar a la puerta. Oigo más risas detrás de mí, mientras el profesor intenta acallarlas. Los pasillos están húmedos y huelen a producto de limpieza; no hay casi nadie caminando por allí, ya que es la quinta hora de clase, la última de la jornada de la mañana en mi instituto. Una chica de segundo año, de cabello largo negro, me observa curiosa mientras masca un chicle, pero pierde rápido su interés y vuelve al móvil.

Llegamos al salón de preceptoras para pedir las llaves del baño, ya que, en general, los mantienen cerrados por seguridad. Una de las mujeres del pequeño salón, al verme, se acerca sin vacilar.

—¿Qué pasó, cariño? —pregunta Isabel, mi primera preceptora en ese colegio. Es una persona genial, querida por todos. Seguro llega a sus sesenta y muchos años, pero sigue trabajando siempre con una sonrisa. ¿La verdad? Admiro a Isabel. Es una persona fuerte y cariñosa. La quiero.

Ahí es cuando sucede. Las demás preceptoras se giran a mirarme, todas curiosas. No quiero llamar la atención, no cuando estoy llorando.

—Me siento algo mal... y hubo un...

Celina da un paso al frente.

—Carla está muy pesada con ella, y Emma además no tiene una buena semana. Carla se aprovechó de eso. —Corta, sin dar más información—. Queremos las llaves del baño, por favor.

—Sí, aquí tienen —dice Isabel mientras nos entrega las llaves—. ¿Quieres que te compre algo, cariño? ¿Un alfajor o algo dulce para pasar la amargura?

—No —contesto—. Gracias, Isa —artículo lo más firme que puedo, dando una pequeña sonrisa a la amable preceptora.

Me da un fuerte abrazo.

—Cualquier cosa, me dices, ¿bueno?

Asiento y le devuelvo el gesto afectivo: —Gracias.

Celina no puede abrir la puerta del baño y me pide que lo haga. Después de hacerlo (con esfuerzo) entramos sin una palabra y recién ahí vuelvo a explotar en lágrimas. Celina me abraza con fuerza y me dice que todo irá bien. El día está nublado por completo y la luz blanquecina se filtra por las

pequeñas ventanas del baño, que es casi todo gris, lo que le da una apariencia todavía más apagada a la situación.

—Bueno, piénsalo así: siempre quisiste estar en un libro; creo que esto es lo más parecido, ¿cierto?

—Supongo...

—Tu personaje preferido será mío si no dejas de llorar —suelta haciéndome reír.

—Nooooo, ¿qué dices?

—Que tu personaje literario ahora es completa y únicamente mío.

Mi risa aumenta. De repente me veo tan rara llorando y riendo como una histérica.

Al mirarme al espejo, mis ojos están rojos e hinchados, pero al menos ya no lloro. En cambio, nos reímos con Celina. Ella devuelve las llaves a Isabel y tomamos el camino más largo para llegar a nuestra aula, a través del patio del recreo.

—¡Oye, Emma! ¡Hola! —Nos sobresaltamos las dos. Es Steven que sonrío detrás de nosotras.

—Hola, Steven —digo con alegría verdadera—. Ella se llama Celina.

Celina me mira de reojo. Claro que sí. Me olvidé de contarle de la salida con Steven.

—Hola, Cel. —La observa sonriendo con cordialidad—. Un gusto conocerte de manera oficial.

—Ho-hola. —Se da vuelta hacia mí—. Me volveré al aula. Diré que te quedaste un rato más. Pero debes contarme toooodo.

Se da media vuelta después de saludar y va caminando sin mirar atrás.

—¿Qué ocurre? —pregunta con dulzura, colocando un mechón de mi cabello suelto detrás de mi oreja.

—Estoy... —«¿Cómo decirlo?»—. Me siento culpable por haberle echado la culpa... a Owen.

Su mirada toma un brillo de reconocimiento.

—No te preocupes —dice suave—. Un corazón enamorado puede ser pisoteado, pero va a estar dispuesto a perdonar y darle una oportunidad a la

persona que ame. Muchos se convierten en idiotas por perdonar a personas que no valen la pena. Pero él sería un imbécil si no te perdonara.

—Pero lo herí... Y además no está enamorado de mí... No sé si lo está.

—Te perdonaré. No le hiciste nada malo.

—¿Cusnier? ¿Qué hace? —pregunta la voz de mi profesor desde el otro extremo del patio—. ¡No la dejé salir para hablar con su novio!

Ahí es cuando me doy cuenta de lo cerca que estoy de Steven. Oh. Me río por lo bajo, ¿mi novio? Bueno, cualquiera que nos viera a esta distancia lo pensaría. Nos apartamos al mismo tiempo. Yo, colorada y él se aclara la garganta.

—¡No soy su novio! ¡Soy su amigo, señor! —grita Steven, haciéndome reír más.

El profesor hace una mueca.

—Nos vemos, Steven —digo alejándome.

—¿Nos vemos en el club? —responde él, también con un grito.

—¡Bien! —contesto y murmuro un «lo siento» al pasar por al lado de mi profesor de Biología.

Hoy veré a Steven en el club. Con suerte, tengo una pequeña posibilidad de ver a Owen. Quizás no es una buena combinación, pero conviene que esté alerta.



Al entrar al aula tengo todas las miradas puestas en mí, atónitas. Me doy cuenta de qué es: escucharon el grito de Steven y, por supuesto, reconocieron su voz. Oh, lo que me faltaba. Carla está roja, me mira fijo. ¿Ahora qué? No voy a pararme y dar explicaciones; además, es muy tarde para detener especulaciones de algún tipo. Ya las han hecho.

Y como debía ser, Carla da su primer grito hacia mí.

—¿Steven ahora te habla a ti? Claro, como no te conocía hasta que me vio hablando contigo en el club, lo utilizaste para que te muestre el colegio diciendo que eres nueva. ¿Verdad?

Sus pensamientos son retorcidos y vacíos, como su cabeza. Incluso me da lástima.

—No —contesto sabiendo que todos, incluyendo mis amigas, esperan una respuesta de por qué hablé con él—. Somos amigos. Es primo de una compañera de canto —menciono como excusa, para no tener que dar tantas explicaciones; luego recuerdo que no sé si vi a su prima entre todas las chicas que estaban en la muestra, porque Steven tampoco me dijo quién era.

—¿Amigos? —escupe Carla, casi como una maldición.

—¿Engañas a Owen, Emma? —pregunta Sebastián con malicia—. Eso está mal. Le diré.

—No salgo con Steven ni con Owen.

Mis amigas me observan queriendo decir algo. Intentan acallar a los demás, pero no hay caso. El griterío es más potente que sus voces, incluso que la de Gala.

—Sales con los dos, porque eres una zorra —argumenta Rebeca, la amiga de Carla.

—No. Ella no llega a eso, Rebe. —Se le curva una sonrisa en su boca de labios finos. Carla va a sacar lo peor de mí. En cualquier momento—. Es como una servilleta: la usas, la ensucias, la tiras y coges otra.

—¡Nadie me usó! ¡No salgo con los chicos! —grito a todos. El profesor no ha entrado aún. Justo cuando lo necesito, por más que nos fuera a explicar algo aburrido otra vez. Como sea, ¡adiós, Emma tranquila! Hoy diré todo lo que pienso sin remordimiento. Es ahí, con ese pensamiento, cuando exploto en frente de la clase—. ¡Tú eres la estúpida servilleta que usan todos! —le escupo verbalmente a Carla—. Lo peor es tu actitud de mierda. ¿Te alimenta molestar a los demás, Carla? ¡Eres un asco! —Todos quedan en silencio—. No le tengo que dar explicaciones a nadie, menos a ti. —Me acerco a ella, para ponerme cara a cara—. Me das pena. Ojalá encuentres tu camino y que sea lejos del mío, si es posible. ¡Así que déjame en paz de una maldita vez!

—¿Quién habla de pena? —Arquea una ceja—. ¡Vamos, escúpelo! Querrías ser yo. Te odias a ti misma y a tu rareza. —Mira a cada lado, pero nadie le sigue su broma.

—Yo hablo de la pena que siento y no es por mí, Carla. En serio, ¡mírate! ¡Estás sola! Ni en diez mil vidas, ¿qué digo?, billones de vidas,

nunca, querría ser como tú. — El silencio sigue, todos nos miran, nadie la defiende—. ¿Dónde están tus amigos defendiéndote, Carla?

Gala pega un grito diciendo «¡toma eso!» y Celina exclama «¡tiene razón!» junto con Belén, que asiste con la cabeza. A ellas, se une gran parte del curso: «¡al fin alguien se lo dice!», «¡pienso eso!», «¡por perra, Carla!, ¡te lo mereces!», «¡vamos, Emma!» son algunas de las frases que logro distinguir.

Algo que nunca pensé, ¿en verdad, pasa?

¿Ellos, en esto, están de mi lado?

¿Por qué ahora no le siguen el juego? ¿Por qué no hicieron esto cuando ella me maltrataba?

—¿Qué ocurre? ¿Tus amigos no son realmente amigos? —Bueno, sí, eso es cruel, pero la verdad, ¡a la mierda! Tenía que decirlo—. ¿Te gusta pasar por esto? ¿Sabes lo que se siente que siempre me lo hagan?

—¡Hablen! —chilla ella—. ¿Se van a quedar callados? ¡Vamos!

Risas resuenan en el aula. Es reconfortante la situación de no ser el objetivo de burla. Pero... no soy Carla. No me alimento del sufrimiento de los demás.

Así que tomo un respiro.

—No le hagas más lo que me hiciste a mí todo este tiempo ¡a nadie!

Me perfora con la vista, pero su voz, que siempre resuena en cada clase, no se oye. Nadie se ríe de mí otra vez. Me sonrían, cómplices por algún motivo. Eso hasta el final de la clase. El profesor está irritado por los gritos que escuchó desde el pasillo, pero nadie me mandó al frente.

—Eres grandiosa, Emma —me comenta Ana, alcanzándome en el corredor. Es una de las risas que siempre escuchaba cada vez que Carla decía algo sobre mí—. Lo siento... por todo. Yo... no te conocía. Lo siento, de veras.

—¡Sí! —habla Lía. A diferencia de Ana, ella sí ha recibido burlas de Carla por ser tan callada y tener acné, aunque, a pesar de las burlas, pertenece al grupo que le hacía (hasta hoy) de séquito a la abeja reina—. Hiciste lo que nadie se animó. Tienes agallas.

Una sonrisa se forma en sus semblantes antes de irse caminando, yo correspondo con otra. Pero... no quiero ser la heroína de nadie al lograr que

me quieran a costa de otra persona, por más mala o frívola que sea. No quiero convertirme en ella.

Nunca.

—Debo decir que fue increíble —comenta Gala emocionada a mi lado, una vez que las dos chicas se van—. Creo que Carla va a quedarse callada... por un buen tiempo.

—No me siento orgullosa... pero tampoco me arrepiento, porque me defendí. Me cansé —me encuentro diciendo—. No me gusta hacer que los demás se rían de alguien.

—¡Hablamos de Carla, Emma! —La voz de Belén también tiene un toque que suena extasiado. Obvio, nadie nunca había enfrentado así a Carla. Eso es novedad—. Se lo merecía.

—¡Emms! Eso fue darle algo de su propia medicina. Pero tú no eres Carla. Nunca lo serás. Así que descuida. Fue genial —dice amable Celina.

—¡Y lo volvería a hacer!



En el camino a mi parada las chicas no paran de hablar del tema. De cada, cada, ¡cada! detalle. Incluso cuando intento cambiar de tema. Y pasa lo que debe pasar, claro: Steven.

—¿Sales con Steven? —pregunta curiosa Belén.

—Ya lo dije, somos amigos. No se lo ocultaría a ustedes si fuera de otra forma.

—No, Emma. Nos ocultaste a Owen —me echa en cara Gala.

—¡Bueno! Sí. —Suspiro. ¿Dónde estará?—. Pero no era mi novio. Y ese día había pasado el beso... y... ¡Ahí viene mi bus!

Saludo a las chicas y corro al colectivo. Llego sin aire y coloco mi tarjeta SUBE[3] para sacar el boleto estudiantil. Hoy viajaré parada a casa, el vehículo está repleto. Mis amigas tendrán preguntas para más tarde. Pero hoy es viernes. Aunque para que me pregunten existen Facebook, WhatsApp, Twitter...

Lo que ocurre es que ellas esperan que les cuente de un beso con Steven, que él me rescató de Owen para salvarme la vida. Cosas irreales,

que no pasaron. La realidad es que no hay mucho para contar, porque hay mucho que no sé.

Busco mi celular en el bolsillo de mi buzo y, al sacarlo, cae al suelo una nota escrita con letra impecable. La recojo y mi corazón comienza a galopar desbocado:

Nos vemos en el club a las 5:00 pm, detrás de las canchas, donde está la arboleda. ¿Quieres respuestas? Te espero.

O.

Mis manos tiemblan.

Mejor dicho: tiemblo por completo.

El día no está para piscina. El cielo se encuentra cubierto por un espeso velo oscuro, el viento azota sin piedad y hace bailar mi cabello a su son. El aspecto del día cambió de manera muy drástica, ya que a la mañana solo estaba nublado y ahora parece que se avecina una tormenta.

No importa. Sé que veré a Owen allí.

El asunto de la carta me da escalofríos. ¿Cómo la encontré allí? No importa. Ya tendría la respuesta.

Esta vez sí o sí.

[3] Sistema Único de Boleto Electrónico: es un sistema implementado en la Argentina que permite al usuario, mediante una tarjeta, abonar los viajes en los diferentes tipos de transportes públicos.

CAPÍTULO



El club está extrañamente vacío. Veo gente del personal y cada tanto, grupos de personas. Tal y como era de esperarse, no hay nadie en la piscina. Muchos se encuentran tomando café en el comedor del lugar o devorando un emparedado. El aire está muy fresco y el cielo amenaza con caer de un estallido.

Son las 4:54 pm y estoy ansiosa.

Camino tomando el recorrido más largo para pensar. ¿Qué diría? ¿Voy a poder hacer preguntas? Me detengo en el comedor para comprar una gaseosa.

Voy a verlo al fin. A Owen, digo.

Le podré pedir mis disculpas... bueno, después de un interrogatorio, claro.

Mis pasos hacen crujir las secas hojas anaranjadas de los árboles. Al llegar a la zona que se encuentra detrás de todas las canchas (digamos que es el lugar del club al que nadie va, el extremo más lejano), me quedo expectante, de pie allí.

Escucho un trueno a lo lejos.

Uf. Ojalá llegue antes que la lluvia. No quiero estar con ropa mojada, menos frente a él.

Tengo miles de preguntas y debo decir que le temo a las respuestas que me pueda llegar a dar sobre lo que le cuestione. No puedo permitirme ni pestañear. Compruebo mi móvil, ya son las 4:59 pm, 5:00 pm en punto.

Oigo unos pasos detrás de mí. Me giro esperando ver sus alucinantes ojos azules. Pero no los veo.

En su lugar, unos ojos verdes oscuros chocan conmigo.

—Entonces, dime... ¿Por qué las humanas no son todas como tú? Justo a tiempo, preciosura.

Tirito fuerte y una sensación de muerte me invade. Su voz desconocida retumba en todos mis miedos y salen a la luz. Ese claramente no es Owen.

—¿Quién eres tú? —Tomo mi pequeño bolso para arrojárselo y salir corriendo en ese preciso momento—. ¿Dónde está Owen?

—Eres ingenua y confiada, Emma. —Su voz es profunda y ronca, con una pizca de ironía al insultarme. ¿Confiada? ¿Ingenua? ¿Quién es ese tipo? —. Soy Oraclel. — Asiente con la cabeza mientras se presenta, un gesto que parece sacado de las películas antiquísimas. Un nombre no dice nada sobre quién es él. Quería ver a Owen y con más razón ahora—. Un gusto, o tal vez no tanto, conocer a la pequeña débil que trae tantos problemas. Además, ¡mira la información que me diste! Ahora no solo regresaré a mi mundo una vez que te capture, ¡sino que tendré a un traidor para inculpar!

¿Capturarme y regresar a su mundo? ¿Traidor para inculpar?

¡¿Qué clase de ser es ese y qué carajo pasa acá?!

—¿Qué quieres? —Comienzo a retroceder para alejarme de ese hombre, si es que se le puede llamar así.

Oraclel viste con una camiseta negra y un jean roto. Su edad debe estar cerca de los veinti... y algo, aunque su mirada parece mucho más vieja, incluso oxidada. Tiene el rostro cubierto por una barba de algunos días sin cortar y sus ojos son verdes, muy, muy oscuros. Puedo ver con claridad algo maligno en él. El miedo se funde con mi alma y mi corazón pierde su latido habitual. Él es una amenaza. Me tendió una trampa.

Y es obvio que Owen no está aquí.

—Sabía que vendrías, así que, a fin de cuentas, Owen Liv sí tuvo que ver contigo y lo lenta que es tu captura. ¡Qué bajo cayó el chico! No digo que no seas atractiva, pero ¡vamos! ¿Justo tú? —Se ríe, divirtiéndose de una broma privada—. Ellos no creían en los rumores de los caídos sobre Owen que los traicionaba; van a estar felices de tenerte y me van a recompensar. Owen no cumplirá, por supuesto; espero que lo hagan sufrir —escupe—. Lo has hecho débil.

—¿Dónde. Está. Owen? —pregunto cansada de oír su cháchara. Ya grité lo suficiente hoy, pero lo haría otra vez y más si es de vida o muerte. Al lado de esto, la situación de Carla es papilla.

—¿Crees que lo sé? —Se acerca a mí, empujándome. Me sobresalto y caigo al suelo. Luego de otro segundo, él me levanta. Estoy tomada de la garganta. ¡No puedo respirar!—. ¿Crees que te lo diría?

Oh, voy a morir. ¡¡¡Voy a morir aquí!!!

Mi voz suena baja; es estúpido que gaste el aliento en la pregunta, pero quiero saber por qué voy a morir.

—¿Qué es... lo que... son?

Oraclel presiona aún más mi garganta.

—¿No lo sabes ya? ¿No es obvio? Owen te lo ha dicho, no hay otra forma. No juegues conmigo, humana.

Y me suelta la garganta; el aire llega a mi cabeza como si estuviese volando y...

¡No me soltó! ¡Me arrojó contra un árbol! El golpe manda punzadas de dolor a cada parte de mi cuerpo y veo un líquido rojo esparcirse por mis manos magulladas: sangre.

Mi mente da vueltas sin parar. El dolor me hace desear morir. Pero si hay algo que sé, Oraclel no lo hará rápido nunca; disfrutaría de ver morir en sus manos a cualquiera.

Me debo dejar ir, no hay escapatoria, ¿cierto? El pasto verde ahora tiene manchas escarlatas oscuras y mi ropa parece salida de una película de terror... solo que esto no es una ficción, es real. Moriré. Veo el cielo oscurecido por las nubes por última vez, intento pararme, pero sus gruesas manos toman mi cuello otra vez contra el árbol.

Ugh. Puntos aparecen en mi visión. ¡Me voy a quedar inconsciente y no he luchado todavía! Intento golpearlo, pero cualquier porrazo no es suficiente. Él no se inmuta. Gruñe algo por lo bajo y aprisiona más mi garganta.

—Me encantará ver la expresión de Owen, ¿sabes? Y me encantará la recompensa que obtenga por tu destrucción. —Su cara se acerca a la mía. Su aliento me repugna—. ¿Un consejo? El rojo te queda bien. Ayudaré un

poco más a tu *look*, ¿bien? No diré que no dolerá. —Su sonrisa de superioridad se incrementa—. Dolerá mucho, me encargaré de ello.

La sangre ahora es hielo en mis venas, como si ya no circulara. Me sofoca. De pronto veo la cara de Oraclel.

Owen está parado frente a mí. Su ropa. Su hoyuelo. Su pelo. Sus... ¿sus ojos? No. Sus ojos tienen otro brillo. No son los expresivos ojos azules de Owen, para nada.

¿Oraclel tiene poder sobre mi mente? Porque Owen no es el que está parado frente a mí, tomándome del cuello.

Sé que no es él. La sensación con Owen es otra justamente. Owen no me haría esto. Una punzada llega a mí: A Owen no lo conozco, pero dijo que no me lastimaría.

¿Verdad?

La explicación de que, de alguna forma, mi mente es manipulada y tengo que distinguir la realidad de lo que no lo es parece lo más lógico cuando el mundo comienza a distorsionarse y el cielo toma un matiz tan rojo como mi sangre. Lo real son las punzadas de dolor que recorren todo mi cuerpo. Owen no me hace daño. Es Oraclel que me quiere engañar.

El rostro y el cuerpo de Oraclel vuelven a la horrible normalidad, pero esta vez está atónito. Sorprendido.

—¿Cómo lo has hecho? Oh... ¡Así que la chiquilla débil no es tan debilucha! ¡Pudiste sacarme! Felicidades, ratita.

En realidad, no entiendo sus palabras (de hecho, no entiendo casi nada de lo que me dijo), pero sé que no es nada bueno, porque presiona más fuerte.

¿Cómo enfrentarme a algo que desconozco y que, particularmente, no es humano? Siento como si una caldera con agua que hierve estuviese dentro de mi cabeza. Como una explosión súbita de un volcán. La falta de oxígeno.

La adrenalina convierte el ardor de mi garganta en una leve punzada. Oh, no. ¡Me estoy abandonando! Mi vista se nubla por segundos, no tengo fuerzas para luchar. Cedo. Sus dedos que se cierran en mi tráquea pasan a segundo plano. Pienso en mi familia, no puedo abandonarlos sin respuestas de nada, ¡nada! Ni siquiera yo sé lo que pasa. Mis amigas esperarán un

mensaje que nunca recibirán. ¿Qué fue lo último que le dije a mamá antes de salir para venir hacia aquí? Ah, sí. «Sé cuidar de mí, no te preocupes». Lo siento tanto. ¡Tanto! Ojalá puedan ser fuertes sin mí.

¿En qué lío se convirtió mi vida? ¿Cuándo?

Para eso sí que tengo una respuesta: desde que llegó Owen y me perdí en sus ojos.

No quiero morir. Mi gran miedo es la muerte. Siempre que pienso en eso no puedo dormir, me quita el sueño. Miles de veces lloré al pensar que no sabría qué pasaría conmigo.

Ahora estoy a punto de descubrirlo.

Soy débil. Soy vulnerable. Tengo miedo. No quiero esto.

Quiero retroceder el maldito tiempo hasta antes de Owen. Antes de sus ojos. Antes de que su hoyuelo robara todo lo normal en mi vida.

Sabía lo peligroso que era él o lo sentía, pero no me hice caso. Quise probar ese peligro. Idiota.

Un sentimiento cálido me invade. Al principio creo que son las manos de la muerte que me mecen. Pero no, la voz de Owen resuena en mi cabeza. Clara y definida.

«No dejaré que nada te suceda, Emma. Sabes mi secreto. Eres mi todo. No me dejes. No lo hagas, por favor. No mereces que te hagan esto. Resiste. Resiste por los que quieres. Resiste por mí. Llegaré por ti».

¿¿Qué fue eso?! ¿Un recuerdo? ¿Otra alucinación? Es la voz que tanto anhelaba escuchar. A Owen.

«Sé fuerte, Emma. Ya llego», dice la voz de Owen en mi cabeza algo alterada. Hay una respuesta para esto: La sangre se va de mi cerebro, alucino. «¿Dónde estás?».

¿O no...?

«¡Emma! ¡Joder! ¿Dónde estás? Contesta... ¡Ahora, maldita sea! ¡Emma!».

Es Owen, definitivamente. En mi cabeza. ¡Seguro así se rio!

«¡Owen! ¡Ayúdame! ¡Estoy detrás de las canchas!»., pienso sin saber realmente cómo responder. No creo que me escuche, pero al menos lo intento. No puedo hablarles a las mentes de las personas, ni siquiera sabía

que había alguien en nuestro mundo que sí pudiese, así que no tengo otra opción que intentar.

«Mírame» dice. «Emma, estoy arriba. Resiste. Debes correr cuando te diga. ¿Me has escuchado?».

«Sí» respondo. ¿Cómo correré si aún tiene las manos sobre mí ese tipo? ¿Y cómo que Owen está arriba?... ¡Oh, por dios! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¿Estoy delirando, cierto? ¡Carajos! ¡Mier... Santa! ¡Owen vuela! ¡Owen tiene... ¡alas?!

Me retuerzo bajo el agarre de Oracle. Las miradas de él y Owen se cruzan. Luego sus ojos se posan en mí y su semblante cambia por completo, preocupado y... ¿asustado?

—¡Maldito! —grita Oracle—. Llegas a tiempo para ver a esta niña morir.

—¡Aleja tus sucias manos de mi chica! —responde Owen en un tono que nunca escuché. Su voz es dolida y desesperada. Ha dicho «mi chica». ¿Me ve de esa forma? ¿No me odia? ¿Desde cuándo soy su chica? No creo que sea el mejor momento para preguntar, ya que las manos de Oracle siguen alrededor de mi cuello y debo concentrarme en escapar.

Owen baja en picada hacia nosotros y Oracle me suelta, arrojándome contra otro pino, lo que envía más punzadas de dolor a mi cuerpo.

Tomo bocanadas de aire precipitadamente. Quema dentro de mi garganta. Arde como magma. Pero no importa. No importa el dolor. Sigo viva. Me hace sentir viva.

«Corre, Emma. Es ahora. ¡Ya!».

La voz de Owen me devuelve a la realidad. Mi instinto le hace caso y comienzo a escaparme de allí, pero no puedo dejarlo a Owen solo. Me detengo. «¿Qué haces? ¡Vamos! ¡Por favor, déjame! ¡Sálvate! Emma, escúchame. Es un suicidio si no corres. Eres importante para mí, no quiero que te haga más daño. ¡Corre! ¡Ahora! ¡Emma!».

Camino otra vez hacia ellos. Si le hago caso a Owen, yo podría sobrevivir, pero él, no. Está atrapado bajo Oracle y este intenta arrancarle las alas.

Mierda.

Ahora es cuando el reconocimiento me invade: Owen no es un vampiro, un superhéroe, un extraterrestre o un bravucón. ¡Menos un pandillero!

Owen es un ángel.

Owen parece ser varios años más pequeño de edad, pero de altura lo iguala. No va a poder salir de esta situación sin ayuda y no podré vivir con la idea de que no lo ayudé. Owen es magnífico, hermoso e irreal. Parece una de esas pinturas de ángeles antiguas. Sus alas son blancas, parecen tan frágiles y vulnerables bajo la fuerza del malvado hombre que es probable que sea otro ángel.

«Estaré bien —me miente—. Vete, Emma».

«Quiero ayudarte», pienso, sin saber muy bien cómo funciona lo de proyectar mi pensamiento hacia él.

«¡No puedes!».

«¡Te arrancará las alas!»., le grito y Owen suelta un grito de dolor mientras que Oracle se burla.

—¡Cuando termine contigo, volveré por ella! —Amenaza la voz podrida de Oracle. Owen gime y murmura algo que no llego a entender mientras que Oracle se ríe de él—. No importa cuánto la protejas, ya está marcada. —Sentencia sin dejarme entender nada de lo que dice. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando agrega: —¡Ya está muerta!

Trato de no pensar en lo que el tipo loco ha dicho y una luz se enciende en mí como si hubiera sido un eco inspirador. Owen le arranca la camiseta a Oracle y deja a la vista dos marcas enormes en su espalda. Así compruebo que es un ángel caído.

¿Cómo puedo ser tan ilusa y no haberme dado cuenta?! ¡Tiene cicatrices que se ven bastante frescas! Si la ley natural aplica a todos, un golpe en una herida que no cura del todo es más doloroso. ¡Como las lastimaduras eternas de sus alas arrancadas!

Al menos eso espero que suceda.

Corro hacia ellos y Owen enloquece al percatarse de mi acción: «¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Sal, Emma! ¡Dios! ¿Puedes dejar de ser tan terca hoy, por favor? ¡No vengas por mí! ¡Joder! No quiero que veas esto, no quiero que pases por esto. ¡¿Qué no me escuchas?! ¡Es una locura!».

«¿Un golpe en las cicatrices lo puede aturdir?», cuestiono, tratando de quitar sus súplicas que piden que me marche.

«¡Ni se te ocurra acercarte! ¡Sería un buen plan si no estuvieras en completa desventaja!».

«Lo voy a tomar como un sí. ¡Distráelo, Owen! Sé cómo ayudar. Solo te pido eso», digo a su mente. A mi lado, hay una mesa vieja de pícnic con una tabla salida. Tomo un tablón a maltraer y me preparo internamente para algo muy aterrador y peligroso.

—Eh, cabrón —dice Owen distrayéndolo entre alaridos provocados por el desprendimiento de las alas—. ¡Joder! ¡Vamos, hombre! Pensé que querías una lucha antes de hacer esto. Eres una gallina, idiota. —Uf, así solo Owen conseguirá que Oracler acelere su trabajo.

—¡Eres un traidor! ¡Cuando Theodel se entere de tu traición, acabará contigo!

Owen le muerde un brazo y le pega una patada en su entepierna. Oracler responde brusco y más feroz; Owen da un grito ahogado por la intensidad de la fuerza del caído en sus alas.

No sabe que estoy detrás. No sabe que conseguí un tablón con clavos. No sabe que se lo pienso clavar en la espalda.

Aprovecho el grito de Owen para clavarle el pedazo de madera en la espalda. Oracler suelta un gemido suplicante. Luego profundizo la herida, y el calvario es notorio en su aullido.

—«T-Tú, estú-pid-da» —gruñe escupiendo sangre.

Entonces ocurre algo muy extraño, como si algo se apoderara de mí. Inconscientemente, coloco mis manos en su espalda desfigurada. No sé qué me pasa, no tengo control de mí misma. Mis dedos y palmas se llenan de sangre, pero no me importa. Una luz ilumina mi cuerpo y el suyo se llena de oscuridad hasta desaparecer del lugar.

Recobro mi cuerpo al instante, mientras me tambaleo en el sitio y caigo al suelo. De inmediato, Owen me toma en sus brazos antes de tocar tierra; sus ojos parecen hechos de miedo y su rostro está crispado. Llevo mi mano hacia su mejilla, creyendo que aquel ángel que me sostiene es un sueño, algo irreal que pronto desaparecerá.

—Quédate conmigo, Emma. No te vayas. Quédate, por favor, Honey — dice suave en un susurro. Veo sus enormes alas blancas y sonrío.

Al final, Owen no es humano.

El cansancio me invade; sin embargo, articulo con mucho esfuerzo las siguientes palabras, observando a Owen y sus ojos bien abiertos, pasmados sobre los míos.

—Eres un ángel.

El mundo comienza a dar vueltas, pero ahora no importa si duermo. Estoy a salvo con Owen. Lo siento en mi corazón. Tengo tantas preguntas... pero ahora solo quiero dormir. Descansar mucho, aunque no eternamente.

Mis piernas no responden más y cedo. Caigo como un peso muerto, pero Owen me sostiene y me dedica una gran sonrisa antes de cerrar los ojos.

—Eres muy perceptiva —dice usando su familiar ironía.

No sé si fue mi imaginación o mi mente cansada, pero creo que yo también formo una sonrisa y me quedo dormida ahí. En sus brazos.

Owen es un ángel.

Un ángel.

CAPÍTULO



Abro los ojos con lentitud, pero no consigo aclarar la vista. Alguien se remueve a mi lado. Eso me resulta extraño; ¿será mi gato? ¿Dónde estoy? Intento moverme, pero una mano me lo impide y mi cuerpo comienza a doler horrorosamente. Punzadas de dolor: miles de agujas clavadas en mi piel. Quiero gritar, pero no encuentro mi voz.

Mi visión se aclara y un suspiro de alivio pasa por mí. Estoy en mi cuarto. En mi cama, tapada con las sábanas.

Pero no estoy sola.

Un brazo me rodea desde atrás.

Pego un grito al darme vuelta, pero Owen me calla.

—*Shh*, despertarás a tus padres.

Parpadeo, pensando que estoy durmiendo. Pero a medida que mis ideas se aclaran, también lo hacen los recuerdos del encuentro con Oraclel, de que casi muero, de que Owen es un ángel.

Me estremezco.

—Dormiste desde que llegaste aquí hasta ahora, que es la madrugada —susurra—. Tus padres pensaron que estabas cansada y no vinieron a hablarte. Te traje cuando ellos se fueron de compras, así no tendrían que verte con esos... moretones. ¿Cómo te encuentras?

Cierro los ojos con fuerza. No puede ser un ángel. No pude haber... desaparecido a un hombre. Owen no tendría que estar en mi cuarto... mucho menos en mi cama.

—¿Qué haces en mi cuarto? —Quise decirle «en mi cama», pero no me salió y parte de mí no quería, temiendo que lo tomara como un acto

despectivo y decidiera marcharse.

—¿Quieres que me vaya?

—Oh, ¡no! —El rubor sube a mis mejillas—. Solo qué... ¿Entonces, eres un...?

—Un ángel sexy, sí... Bueno, la idea era que no te enteraras, pero ya es demasiado tarde y no pienso hacer nada para cambiarlo. —Levanta una de las comisuras de sus labios para formar una media sonrisa encantadora, más de lo que recordaba que era—. Además, ya era hora de que lo supieras.

—Ya vuelvo —le digo.

Me levanto de la cama intentando ignorar el dolor en mi cuerpo y me dirijo hacia el baño. Me cepillo los dientes, lavo mi cara e inspecciono señales de golpes. Luego mi mirada se dirige al cuerpo y caigo en que estoy solo con mis ropas interiores. ¿Owen me quitó la ropa?! Tengo varias marcas, raspaduras y moretones, además de que me siento extremadamente débil. Es horrible. En verdad, me veo muy mal. Y Owen está aquí. En mi casa... mejor dicho en mi cama. Y me vio en ropa interior; no cabe duda de que también me desnudó él. ¿Quién más sino?

Vuelvo al cuarto, donde Owen me espera en la misma postura que antes: despreocupado, pero listo para una batalla si debe hacerlo. Sus músculos se dibujan debajo de su camiseta negra ajustada al cuerpo y sus piernas se definen bajo sus jeans oscuros. Al menos él no está desnudo.

Me cruzo de brazos: —¿Tú me desnudaste?

—Sí —contesta, estudiándome con mirada divertida—. Pero me porté bien, te lo aseguro. No iba a dejarte con toda la ropa puesta, llena de sangre, Emma. Además, así tengo una buena vista, ¿verdad?

El rubor aparece en mis mejillas y busco un camisón para ponerme al menos. Me meto en la cama junto a Owen. Sí, sé que es una locura, pero es mi cama y estoy muy cansada para protestar por ello.

Suelto lo primero que se me ocurre.

—¿Me quieres matar?

Uh, qué adorable ocurrencia. «¡Hermosa!», pienso con ironía. La mejor pregunta, con un desconocido metido en tu cama, que ni siquiera es humano, cuando todos duermen y yo estoy lo suficientemente débil como

para no poder caminar hasta el teléfono de mi casa. Me pongo de espaldas a él, alejada lo suficiente para que nuestros cuerpos no se rocen.

No puedo verle el rostro. No quiero saber qué pasa por él. Es complicado. Mis sentimientos son una mezcla de emociones. Nunca estuve tan confundida. Me hago pequeña, temiendo lo peor.

Pero ocurre lo que nunca pensé que ocurriría. Suelta una carcajada.

—No. ¿Cómo voy a querer matarte? Eso sería lo peor que jamás haría, Emma. Me enviaron para... algo así, pero no pienso ni quiero hacerlo. Nunca querría hacerte daño alguno.

—¿«Algo así»? —repito esas dos palabras que hacen invisible todo lo que resta de frase. De pronto siento miedo. No por Owen, pero...

—No te preocupes por eso. Ven aquí. —Me tira contra él, me hace girar para verle la cara y estar ahora frente a él. No tengo fuerza para resistir y cualquier movimiento me duele, así que me dejo llevar. Ojalá pudiese correrlo de una patada.

—No te conozco; no podemos estar así, en mi cama. —Listo. Lo dije. Mis mejillas se sonrojan.

—No hacemos nada malo, Emma. Además, me conoces más de lo que crees y yo, a ti.

—¿Qué, Owen? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que me conoces? ¿Por qué yo? ¡No entiendo! —Sí, lo sé. Mi reacción no es del todo madura, pero cuando dicen que alguien que no es humano tenía que hacerte no sé qué, tampoco se puede reaccionar demasiado bien. No es como que te digan «hoy comí pan con queso... y, ¡ah!, vi un ángel. Ya sabes, lo típico».

Llevo mis manos para tapar mis ojos, mierda, estoy llorando.

Owen me abraza fuerte, pero cuidadoso de no tocar alguna herida. Sin pensarlo, apoyo mi rostro en su pecho con mis manos puestas en su estómago de músculos perfectamente definidos. Sus brazos me rodean aún más y me empuja para que esté sobre él, casi por completo. En una situación normal le diría que se vaya o me iría yo. No permitiría que esto pasase. Pero no puedo explicar cuánto lo necesito a Owen. Tomo un respiro e inhalo su aroma dulce, a árboles y a libertad. Su camiseta se moja de lágrimas saladas, pero no dice nada. Está perdido en sus pensamientos. ¿Qué pensará?

Tengo que decir algo. Ahora.

—Me salvaste. —Comienzo con lentitud para analizar su expresión: nada—. Gracias, Owen. Sin ti... yo hubiese...

—Te equivocas. Tú me has salvado. Desde la primera vez que te vi —dice sin dejarme terminar mi frase.

Algo me hace ruido en su respuesta.

—¿Desde «la primera vez»? —pregunto.

—Desde esa vez, decidí hacer lo correcto, gracias a ti. —Ahí supe que él no quería seguir la conversación.

—Entonces nos hemos salvado los dos. —Determino finalmente. No resisto no preguntárselo—. ¿Me darás más respuestas que esas?

—Es complicado, tienes que mantener tu mente despejada, Honey. Todavía no entras en shock. Debes procesar primero esto. Luego procesar lo otro y entrar en otro shock. —En su voz hay diversión y preocupación, ¿pueden coexistir esos sentimientos? Parece que en él sí.

—¿Honey? —pregunto.

¿Qué me pasa? ¿Acaso repito todo lo que dice? ¡Qué forma de ligar, Emma...! Espera, ¿estoy ligando? ¿Está ligando?

—Sí. Tu apodo es Honey. Eres dulce como la miel, suave y algo empalagosa. — Su boca se tuerce en una sonrisa—. Y quiero más de ti hasta empacharme, e incluso entonces. Tus ojos son de ese color. Eres mi Honey.

—La miel es pegajosa. —Arrugo mi nariz.

—Con más razón. No vas a poder separarte de mí por más que lo intentes.

Me encuentro con sus ojos. Arden en un azul irreal, aun en la oscuridad. Siento su respiración en mi cara y me doy cuenta de lo cerca que estamos.

Lo deseo más cerca aún. Y él a mí.

Lentos sus dedos comienzan a rozar mis labios. El fuego se extiende reclamando su boca sobre la mía. Su toque manda sacudidas a mi cuerpo y él suspira. Su mirada celeste azulada es intensa, expresiva, como si atravesase mi cuerpo para ver directo a mi alma, como si el tiempo, aquí y ahora, no fuera relevante para él o para mí; se detiene por nosotros. Con timidez posa sus labios en los míos; sentir su aliento, su aroma en mí enturbia todos mis sentidos. Solo quiero más de él. Por siempre así. El

suave roce es la culminación de todos los sentimientos guardados. El dolor de mi cuerpo no me impide disfrutar de este momento.

La dulzura se convierte en pasión; tiro de él hacia adelante para profundizar el beso y Owen muerde mi labio. Sus manos se aferran a mi espalda y lo tomo desde atrás del cuello, jugando con su pelo naciente en esa zona. Mi corazón late apresurado, sintiendo que explotará de éxtasis.

Me alejo un segundo de él para tomar aire y luego sus labios van hacia mi cuello, succionando y dejando besos en mí. Un gemido se me escapa y mi mundo se convierte en Owen. Sus besos y caricias dulces son más fuertes que mi autocontrol. No importa que no sea un humano, no importa realmente. Ahora es el turno suyo de soltar un gruñido, que espero que no haya despertado a mis padres. Suspiro, me aferro más a él y empujo su cara hacia mis labios una vez más. Nos besamos más lentamente, recuperando el aliento.

—Definitivamente, podría hacer esto todos los días y sería lo mejor del mundo. Sabes a miel, Emma. —Susurra suave en mis labios. Con lo siguiente, se me encoje el corazón—. Te quiero.

Por más que luche contra mis sentimientos, sé que hay algo que no puedo evitar: yo también lo quiero.



Al despertar mi visión tarda en acostumbrarse a la luz del día. Me remuevo con lentitud entre las sábanas. Hoy no tuve sueños raros. Dormí con una sensación de flotar, volar por el cielo. Y Owen aún sigue allí. Sus ojos están cerrados y su respiración es profunda. Su pelo está totalmente despeinado y tiene un par de marcas en la piel producto de la pelea con Oracle. Es hermoso. No puedo creer que sienta algo por mí, ¡o sea, joder! Sin dudas, podría ser un modelo. Además de su belleza... es un ángel.

Sí, un ángel, ¿y me quiere?

Parpadeo otra vez, atontada, preguntándome si estoy realmente segura de que esto no sea parte de un gran y profundo sueño.

Observarlo mientras duerme hace que parezca... ¿un ángel? ¡Ya lo es! No me creo que lo sea. Los ángeles son solo historias, no existen... bueno, o eso creía antes. Como sea, su rostro está relajado y sus labios se mueven

cada tanto. Esa boca hermosa, delicada y ruda a la vez. ¡Ahora pienso en el beso! Mis mejillas se sonrojan al recordarlo...

—Buenos días —murmura Owen mirándome.

Mierda, me encontró observándolo. Su mirada es serena, líquida. Hoy sus ojos son más azules. Su mano somnolienta roza mi mandíbula.

—Buenos dí... —Owen se apresura hacia mí y me da un gran beso, riéndose por mi sorpresa. Sus labios se juntan con los míos en un acto de ternura—. ¿...as? —termino la frase y se ríe aún más.

—Ahora sí son buenos. —Se sienta ágil en mi cama. «¿No le dolerá algo por la pelea?» me pregunto—. ¿Qué piensas hacer hoy, Honey?

—No lo sé. ¿Qué tienes en mente?

—Preséntame a tu familia —me dice con rapidez.

—¿Qué? ¡No! Es... eso...

—¿Por qué no? ¿Quieres ocultar a tu sexy novio?

Novio. ¿Es mi novio? ¿Soy su novia? ¿Desde cuándo? Esa palabra quiere decir que vamos en serio y eso es extraño. No pensé que tendría un novio. No pensé que me enamoraría de alguien como él. Mucho menos pensé que me enamoraría de un ángel... que no sea un personaje literario, claro.

—No puedo ser tu novia si no sabes si quiero serlo —susurro, aunque en realidad tampoco estoy demasiado negada a la idea. De hecho, me gusta cómo suena.

Owen se acomoda sobre su codo sin problemas y me sonrío con frescura.

—Emma Cusnier, ¿te gustaría ser mi novia? —me pregunta y frunzo el ceño, conteniendo una risotada. Al parecer, toma eso como un «sí» y me tira contra él de una forma juguetona—. Sabes... no beso a todas las chicas guapas que se me aparecen. A lo que vamos...

—¿Y la castaña? —pregunto ahora seria.

—*Mmm*, ¿sigues pensando que te haría eso, Emma?

Su pregunta me deja perpleja. ¿Debería dudar de Owen, realmente ahora que sé su verdad bastante... turbia y fantasiosa?

—No, yo...

—No entregaría mis labios a cualquiera.

Eso es arrogante, pero tierno a la vez. La verdad es que... Bueno, su arrogancia se volvió algo típico.

—Eres arrogante, lo sabes, ¿verdad?

—Y te gusta que lo sea —dice él, besando la punta de mi nariz—. Desde que apareciste en mi vida, solo llevo ojos para ti.

—Eso no explica el porqué había alguien exactamente igual a ti que se comía la boca de una castaña.

—Alguien te engañó, Emma. Es probable que hayan usado un truco mental en ti. —Su cara toma una forma molesta—. Hay criaturas que van detrás de ti... por distintos motivos. Y de mí también.

—¿Quiénes y por qué?

Sé que no me va a contestar, así que no insisto. Me abraza, haciéndome estremecer de dolor, y luego recuerda que mi cuerpo duele como el infierno después de la pelea. Se tensa. Tomo su mano y comienzo a trazarle círculos. No quiero que se sienta mal por aquello. No es su culpa que mi cuerpo esté demolido por un malvado ángel caído... ¿o sí lo es?

—Está bien... no pasa nada, Owen. Ya se me pasará. Pero quiero respuestas... no puedes simplemente pasar por alto mis preguntas.

—No quiero pensar en todas esas cosas, Honey —me interrumpe—. No me gusta que tengas miedo de que alguien te haga daño a cada instante, quiero que tengas las típicas preocupaciones de chicas de tu edad. No me interesa que me veas como un ángel o que me temas, juro que nunca te lastimaría, quiero que me veas como Owen, el estúpido y sexy compañero de curso. —«Arrogante» formulo con mis labios sin hablar y él ríe.

Continúa hablando: —Quiero ser tu novio. Con eso de las citas y las presentaciones formales. Con salidas al cine y besos en la lluvia. Busco que tu vida sea normal, por un rato al menos. No quiero que penda de un hilo.

—Mi vida no es normal ahora, Owen. No sé por qué mi vida corre riesgo ni qué quería Oraclel y, definitivamente, no sé qué tengo de especial. ¿Pero sabes? Tampoco quiero ser normal, porque si lo fuera, tú...

—Querrás que lo sea. —Me corta—. Deseo hacer esto bien... así que, ¿me presentarás ante tu familia o debo hacerlo yo?

Se pone de pie y comienza a caminar hacia la puerta para salir del dormitorio.

—¡Owen! —musito mientras él toca el picaporte—. Bueno, te presentaré. Pero luego. —Me levanto, doy pasos hacia él y le quito con cuidado la mano del picaporte—. No sería lindo que un chico saliera de mi cuarto de la nada.

—Corrección, Emma: De la nada, no. De tu cama —dice acariciando con suavidad una comisura de mi boca. Mi sangre reacciona ante su toque, hirviendo.

—Ya... sí. Capto la idea. —Mi voz sale tímida. No puedo creer lo que pasó. Dormimos juntos y no le dije nada. ¡Mis padres me matarían!—. Luego podemos ir al club. —Cambio de tema. Basta de hablar de presentar al ángel arrogante con mis padres.

Owen me estudia críticamente.

—¿Quieres ir al club? ¿Lo dices en serio?

Recuerdos de la pelea comienzan a invadir mi mente. Sé que es algo loco que vuelva a ese lugar, pero tiene privacidad. De alguna manera, mi historia con Owen comenzó allí. Y salimos vivos. Owen sabe muchas más cosas, lo veo en su mirada. Necesito que me diga todo.

—Sí. —Trago saliva—. Quiero ir porque... bueno, tengo unas cuantas preguntas que tal vez me puedas ayudar a contestar y este no es el mejor sitio para hacerlas.

¿Nerviosa? Eso es quedarse corto. Me va a dar un ataque. Owen está afuera esperando que les cuente a mis padres de él para aparecer en escena y presentarse. ¿Un poco dramática la situación? Mucho. Solo Owen haría algo así.

¡Solo él sabe cómo hacer una situación incomodísima aún más incómoda!

Mis padres hablan en la cocina. Discuten. ¡Buen momento para lo que se viene!

Interrumpo en el cuarto temblando. ¿Qué harán? ¿Qué dirán? ¿Qué haré yo?

Necesito buscar las palabras adecuadas, un paso en falso y todo se va por la borda. De cualquier forma, será un golpe fuerte para ellos (sobre todo para papá), ya que nunca presenté a nadie. Nunca debieron preocuparse por

eso, pero ¡ups!, ahora sí. Y no es humano... bueno, eso no lo diré. Temo que mi voz me falle y no pueda hablar.

¿Me gritarán? ¿Reaccionarán mal? ¿Bien?

¡Basta, Emma! Ya, concéntrate.

—Mamá, papá... —Tomo un largo respiro—. ¿Puedo comentarles algo... importante?

—Estábamos hablando, Emma. ¿No puedes decirlo después? — cuestiona papá, restándole importancia a mi asunto.

—Es que... —Solo dilo. Soy una cobarde—. Yo... yo... tengo...

«Vamos, Honey. Tú puedes. Todo estará bien»; la voz de Owen invade mi mente para tranquilizarla y hacerme sentir más fuerte y decidida. Pero ver la cara de papá impaciente... eso me quita un poco de serenidad.

—¿Tienes qué, cariño? —pregunta mamá con suavidad.

Ahora o nunca. Vamos.

—Voy a empezar a salir con alguien. Está en la puerta, quiere presentarse.

¡Victoria! Lo he dicho.

Los ojos de mamá comienzan a brillar mientras papá palidece.

«¿Quién es? ¿Cómo lo conocí? ¿De dónde salió?» Esas y más preguntas salen de ambas bocas, y luego son silenciadas por el timbre de casa.

Aquí vamos.

Que salga bien, por favor.

CAPÍTULO



Con timidez abro la puerta para que Owen entre a casa para presentarse como mi novio oficial, algo que me resulta muy extraño si tengo en cuenta todo lo que pasó desde que lo conocí. Comienzo a pensar que él realmente es un ángel que pasa por el portal para entrar a mi casa y para que mis padres lo conozcan. Un ángel con unas alas impresionantes que no sé cómo las oculta. Un ser que pensé que no existía, pero que está aquí, sonriéndonos como si le hubieran dado el mejor de los regalos.

Cuesta hacerme a la idea de que alguien que parece ser una persona más o menos normal no es humano, pero a pesar de eso, le estoy agradecida por haberme salvado de las manos del ángel caído. Espero que Owen reconozca que también lo salvé, aunque no sé muy bien cómo lo hice.

Puedo jurar que la vista de mamá no deja de posarse en Owen, embelesada por su apariencia y educación, y los ojos de papá, en nuestras manos entrelazadas que fueron producto del ángel, claro.

Me sorprende ver que Owen ha cambiado su ropa tan veloz. ¿Se habrá ido volando a buscar nuevas prendas? ¡Cielos, solo pensarlo me parece irreal! Aunque, por cierto, le agradezco haber estado en el detalle de no ingresar a mi casa con una camiseta manchada de tierra, algo de sangre (seguro que mía) y, para colmo, desgarrada.

Tiemblo demasiado y el ángel a mi lado tiene mi mano tomada con fuerza para que yo pueda con la situación y no salga corriendo. Seguro que, por sobre todas las cosas, es para que yo no huya.

—Mamá, papá —digo cautelosa—. Este es Owen.

—Encantado de conocerlos, señor y señora Cusnier. —Parece relajado, como si supiera con exactitud qué movimiento hacer. Ojalá pudiese estar igual—. Soy Owen Liv.

—Dime Eliana —dice mamá, regalándole una amplia sonrisa de aprobación a Owen—. Él es Daniel, estamos sorprendidos de conocer...

—¿Eres el que hizo llorar a mi hija el otro día? —corta mi padre el hilo de la conversación amistosa.

Oh, cierto que había hablado de él en la cena.

Bueno, seguro que me escuchó llorar cuando fui a mi cuarto.

Mierda. Mierda. Más mierda. Owen me mira ahora y sí, claro. Él no sabe cuánto me afectó ese truco mental de quién sabe quién haya sido.

—No, papá —hablo rápido antes de que alguien diga algo. Pero tengo la mirada de Owen clavada en mí. Bingo. Ahora no seré la única con preguntas.

Es sencillo igual hablar del tema, porque Owen no es culpable: creí verlo con otra chica el día que nos besamos y me enojé. Estuve mal por eso. Al final no fue él.

Pero Owen no lo dejará acá, lo puedo notar con claridad en la mirada que me da.

«Ya hablaremos de eso», argumenta, demostrando que mis pensamientos van por el lado correcto.

«Hay que hablar de muchas cosas, menos de eso. Ya está dicho». No tengo muy entendido cómo es todo eso de hablar en la cabeza de alguien, pero sé que le llega el mensaje, porque su mirada se intensifica.

«Lloraste por ello. Estuviste mal por mí. No me agrada hacerte sufrir», susurra con un atisbo de culpa.

«Owen, no eras tú», espeto.

—Lo cierto es que... —prosigo hablando— ...yo estaba mal por otra cosa, sí, pero Owen no tenía nada que ver.

Papá no parece creerme demasiado, pero por suerte lo deja pasar a pesar de que continúa observando a Owen de pies a cabeza, con desconfianza. Al final, nos lleva hacia la mesa del comedor, donde los cuatro nos sentamos expectantes.

—¿Acudes al club también?

Mamá está, por más raro que parezca, callada. Me mira de reojo con complicidad, luego guiña un ojo. «¡Ay, mamá, ahora no!». Muevo los labios formulando para ella la palabra «ayuda», pero no lo nota. Su mirada ahora recorre los sorprendentes ojos de Owen. No es que esté celosa de que mi madre observe al chico, pero me incomoda y papá no ayuda demasiado con su interrogatorio.

—Sí, señor —contesta Owen de una manera especialmente educada—. Me gusta nadar y correr allí.

El aire es sofocante. Las paredes parecen achicarse con lentitud para aprisionarnos. La mano de Owen sigue tomada de la mía con fuerza, aunque esta vez por debajo de la mesa. Debe ser algo nuevo para él, seguro, salvo que, bueno... no sé nada de él, ¿se habrá presentado ante los padres de alguien alguna vez? ¿Habrá tenido una novia ángel? Seguro, sí. Pero su confianza de siempre no está tampoco o se encuentra flaqueando, sobre todo con mi padre que continúa acosándolo con preguntas. Se lo puede ver un poco sigiloso. Por ahí es parte de la actuación de chico normal; si es eso, debo decir que lo hace demasiado bien. En una de esas, papá de veras le da miedo.

—¿Podemos hablar un minuto a solas? —pregunta papá y el terror toma mi cuerpo. Por un momento pienso en decir que no, en tomar la mano de Owen y salir corriendo de casa, pero así solo me voy a ver como una lunática frente a todos. ¿Qué hay de malo con una charla entre suegro y yerno? Oh, bueno, sacando los celos de papá y los poderes del chico ángel.

Quiero decirle a Owen que no acepte o hacer que papá cambie de opinión sobre el diálogo a solas, pero ya es muy tarde, ambos caminan hacia la cocina y me quedo con mi mamá.

—Cuando dijiste «saliendo con alguien» nunca imaginé eso —murmura mamá—. *Wow*, hija. Ten cuidado con él, puede ser un encantador de serpientes.

—¿Soy una serpiente, mamá? —le pregunto, con ironía en la voz.

—No, para nada. —Cuando mamá ríe y la preocupación se va de su cuerpo, puedo ver a la adolescente que era cuando conoció a papá—. Pero tienes un alma muy soñadora y romántica, hija. Si en verdad quieres a este

chico, te puede romper en mil pedazos si no es lo que esperabas, como si el corazón fuera hecho de cristal.

«Bueno, Owen Liv definitivamente, de entrada, no es lo que esperaba», pienso. «Pero eso fue lo que me salvó la vida ayer. A veces es bueno dejarse sorprender».

—Soy fuerte, mamá —indico con una sonrisa para tranquilizarla—. Incluso si tengo un corazón de cristal, como dices, puedo defenderme de las caídas. Además, hasta la pieza más delicada de cristal puede cortar como el filo del cuchillo más letal.



Al cabo de unos minutos, Owen y papá salen de la habitación, alegres, riendo. Sí. Juntos. ¿Qué habrá dicho Owen? La curiosidad avanza a través de mi miedo. No puede ser que se lleven bien, ¿O sí? Él capta mi vista y, sonriendo, habla a mi mente. «Está todo perfecto. Vamos, Honey, deja de preocuparte, ¿bien?». Suelto un suspiro. Supongo que la prueba está pasada.

—Owen cenará con nosotros hoy —comenta papá a mamá; ella está igual de sorprendida que yo—. Ahora irán al club a pasar el rato.

¿A qué viene todo esto? ¿Y los celos de mi padre? ¡Carajos! ¿Me dejará así sin más con un extraño?

«No soy un extraño, Emma. A tu padre le he caído bien. ¿Tan difícil es de entender eso?». Sin duda, Owen se burla de mí.

«Solo cállate. ¿Qué le has hecho?». ¡He visto la cara de papá antes! ¡Y ahora Owen le cae de maravilla! Seguro que le hizo algo de esas cosas mentales... seguro fue...

«Emma, estás paranoica. Le he caído bien. Eso es todo. No puedo confundir las mentes de las personas... eso es para los caídos o sus descendencias, pero me imagino que preguntarás por eso en cuanto estemos en el club».

¿Owen puede leerme la mente? *Ups*. ¿Escuchará lo que digo? ¿Todo? Él comienza a reírse. Oh, no, ¡eso es trampa! ¿Puede escuchar realmente? Si soy sincera, empiezo a odiar ese poder. «Honey, te contaré cómo funciona al llegar, porque tus padres te hicieron una pregunta. Ya comienzan a preocuparse...».

Vuelvo a la realidad sonrojándome. Mamá y papá están con los ojos clavados en mí. Tomo aire. Estoy muerta de vergüenza.

—¿Qué preguntaron?

—Oh, ¡al fin una señal de vida! —exclama papá—. Preguntamos si comerás allá.

—Eh... —Me doy vuelta hacia Owen; su rostro es impenetrable. «Decide tú, no me preguntes, porque sabes que quiero», dice en mi mente —. Sí. Comeré allí.

Luego de despedirme de mis padres, caminamos hacia el club en silencio. Él sabe lo que le espera. Debe haber escuchado mis pensamientos o lo que sea. Sé que me puede llegar a dar respuestas que lo cambien todo.

¿No es así?

Respuestas que me abran los ojos o me generen miedo. Aún no sé qué le preguntaré primero: ¿Por qué está aquí? ¿Por qué puedo ver sus alas? ¿Por qué soy diferente? ¿Quiénes quieren seguirme? ¿Quién me hizo creer que Owen besó a una mujer castaña? ¿Qué pasó con Oraclel?

Y así la lista continúa.

Owen tiene la mandíbula apretada; debe estar nervioso. Más que eso, podría decir. El aire se siente cargado, como si el cielo estuviera por caernos encima. Pienso que es mejor, antes de empezar con el interrogatorio, que hagamos algo distinto, pero en verdad, una vez que consigo que Owen me dé respuestas, no puedo atrasar el momento. Además, podría decidir dar marcha atrás y no quiero eso.

Mostramos nuestras credenciales de socios en la puerta del club y entramos. Un estremecimiento recorre mi cuerpo y el aire húmedo me sofoca.

No quiero ser débil, tengo que conocer la verdad.

Toma mi brazo y me ayuda a caminar. Imágenes recorren mi mente, como una especie de máquina del tiempo. Fui atacada aquí, casi muero. Sangré, grité, pero no pude escapar, hasta que apareció Owen, que casi resulta mal también: Oraclel le arrancaba las alas. Lo ayudé, pero podría haber muerto al hacerlo y pasó algo que no entendí ni entiendo, pero el cuerpo de Oraclel desapareció con mi toque.

¿Qué estoy pensando?! ¿Qué hago aquí? Tenemos que irnos. Volver a un lugar seguro. Pero ¿dónde es seguro? ¿De qué corro? Ni siquiera sé quién es el enemigo aquí, quiénes me acechan.

«¡Basta, Emma!», me digo.

Tengo que hacerles frente a mis miedos. Owen aprieta fuerte mi mano, debe escuchar.

—¿Segura que quieres hacer esto, Honey? No hay prisa...

Pongo un dedo en sus labios y lo callo.

—Estoy segura... solo prométeme que no me dejarás sola, ¿bien? Tengo miedo —digo, sin que me importe mucho mi orgullo—. Pero quiero saber qué pasa realmente. Sería una cobarde si doy un paso atrás ahora.

Su cara toma una mueca muy dulce y el hoyuelo aparece en su sonrisa.

—Esa promesa la hice hace tiempo, Honey. Y volvería a prometerlo; siempre estaré a tu lado. —Sus labios se posan en los míos lenta y suavemente—. Siempre —susurra—. No eres una cobarde, nunca lo fuiste ni lo serás. Es normal tener miedo de lo desconocido. Sería normal incluso que me temieses. —Sus labios rozan los míos otra vez, pero ahora con más intensidad, saboreando el momento—. ¿Quieres empezar?

—Sí —respondo.

No hay marcha atrás.

No volveré a ser la misma luego de esto.

Owen habla cauteloso, observándome con dulzura y serenidad; su intensa mirada brilla al pronunciar las siguientes palabras:

—Empecemos con las preguntas.

CAPÍTULO



Si antes pensé que el terror me atormentaba, ahora sé que ya terminó de invadir mi mente y espacio. Mi cuerpo. Estoy congelada, literalmente me siento así, pero no porque el día esté frío, que de hecho no lo está. La verdadera razón es que con total seguridad estoy a punto de recibir respuestas; respuestas que Owen trató de ocultarme y muchas de las cuales no me van a gustar. Lo aseguro.

Hay algo que quedó pendiente desde el día de la carrera con Owen, el día del primer beso: mi poesía robada. Parte de mí intentó olvidar ese poema. Pero en verdad, es una cuestión que no puedo dejar así, permitir que pase como si nada. Quiero mi poema de vuelta, sobre todo porque no sé cómo desapareció.

¿Él lo habrá tomado?

Hago una lista mental de todas las preguntas que le haré. ¿Podría no tener miedo de que me conteste? No. Sé que, si oculta algo, debe ser algo gordo.

Como algo gordo, quiero decir a algo muy escalofriante.

Owen me observa; seguro sabe qué digo... o, mejor dicho, pienso. Sus ojos reflejan comprensión y ¿compasión? No quiero que me compadezca. Soy fuerte y puedo luchar con lo que sea. No tengo miedo alguno y no necesito su lástima, porque yo puedo...

¿A quién engaño? ¿A mí? Claro que no, sé que no es verdad. Sé que estoy a punto de echarme a correr de los nervios que tengo, que estoy tiritando, que quiero gritar y llorar. Por horas. Aún no sé qué es lo que me contestará. Entonces... ¿pretendo engañar a Owen? ¡Por supuesto que

tampoco! Sabe con exactitud lo que pienso y eso lo lleva a saber cómo me siento.

Caminamos hasta el lugar del bosque, donde nos dimos nuestro primer beso. Un escalofrío pasa por mi cuerpo y hace que mis piernas tiemblen. Escucho a Owen reírse mientras intento mantenerme de pie sin éxito. Me toma del brazo y me ayuda a estar firme para no caerme.

Es imposible leer su expresión y puedo darme cuenta de que, de alguna manera, lee la mía. Bueno... mi mente. Mis pensamientos. Me pregunto cómo será.

Estar a su lado me produce una sensación que nunca experimenté antes: es como si me sintiera protegida, pero al mismo tiempo totalmente vulnerable.

Irónico, ¿verdad?

Tiene algo de... lógica. Owen me salvó de Oracel... pero casi pierde sus alas. Y las hubiera perdido si yo no lo hubiese rescatado. Entonces, estoy a salvo con él, pero no del todo, porque también puedo salvarme... y salvarlo. Como sea, lo necesito y él, a mí.

Fin de la historia.

Owen se arroja al césped y ríe al golpear el suelo. Luego comienza a sacarse las hojas del pasto pegadas a su cuerpo y a su pelo. «Torpe», pienso.

En un movimiento rápido, toma mi mano y me tira también... hacia él. Caigo encima de Owen, mirándolo, y mi cara se torna rubí. Sus piernas se entrelazan con las mías y aferra sus brazos contra mi espalda, por lo que no puedo moverme; por lo tanto, no logro escapar. Su carcajada resuena fuerte en mi oído y no puedo evitar unirme también.

—¿Quién es «torpe» ahora? —suelta él.

Nuestras risas se juntan y forman una armonía sonora. El sonido que sale del conjunto es magnífico, alegre, vivo. De pronto, no me siento rara, ni diferente a los demás; mis problemas no son más que pequeñas manchas y respirar se hace más fácil. Reír es más sencillo. De repente, pertenezco a un lugar y es al lado de Owen. La unión con él es muy fuerte, marcada y notoria.

Debo de estar loca, pero si la locura es así: sentirse tan viva y armoniosa, ¡bienvenida sea!

Nos quedamos recostados de esa forma. Él convertido en una especie de jaula angelical para mí. Lucho varias veces con sus brazos, pero no lo logro. A decir verdad, tampoco me quiero salir.

Ups.

Escucha lo que pienso. Cierto.

«Por pensar eso, nunca te dejaré marchar». Sus brazos se presionan más contra mí; me abraza ahora dulce y protector. Su calidez... ¡Oh! Se me ha olvidado. No estoy acá para jugar a la cárcel humana. No vine por esto, sino que... ¡Las preguntas!

«Buen intento de distracción, Owen».

Peleo otra vez por mi libertad, pero no. No hay forma.

El vértigo y la vacilación ahora son mis «no tan queridos» aliados.

—¡Ey, Emma! No hace falta que sea ahora. ¡Vamos! Intenta zafarte de mi agarre.

—No, Owen. Debo enterarme.

Sus ojos se entrecierran y frunce el ceño. ¿Eso es mala señal, cierto?

—Honey, hay preguntas que no podré contestarte, te lo advierto. Quiero responderlas, pero no puedo.

Sus brazos se relajan y permiten que me mueva hasta verlo a los ojos. Se encuentra tranquilo y su mirada de cielo parece estar en otro lado.

—Contesta las que puedas. ¿Por qué hay algunas que no me puedes contar? ¿Desconfías de mí?

—¿Eh? ¡No! —dice sobresaltado—. Te diría todo, pero es peligroso, y créeme, no sé qué efecto tendría en ti que supieras algunas verdades; no te quiero meter en un lío.

—¿Y si quisiera estar metida en ese lío?

Ahora es mi turno de fruncir el ceño.

—No digas eso, Honey —susurra—. Jamás. Ni lo pienses. Ya es demasiado... Tú...

—Yo, ¿qué?

Suspira: —Tú debes mantenerte alejada de los problemas lo más que puedas. —Mira hacia ambos lados y vuelve luego su mirada hacia mí, derritiéndome—. Empecemos con las preguntas.

Ahí otra vez el impulso de salir corriendo. Lo reprimo con dificultad. Necesito ordenar mis pensamientos; tener a Owen que respira a centímetros de mi cara no ayuda, menos seguir arriba de él y con sus brazos que me rodean.

«Preguntas, preguntas, preguntas, ¡vengan a mí!».

—¿Así piensas, Emma? Es divertido —habla Owen con ironía. «Estúpido arrogante escuchamientos»—. Beso de Emma. Beso de Emma. Beso de Emma. ¡Ven a mí! —dice con la misma entonación que yo usaba en mi mente.

No puedo encubrir mis ganas de besarlo también, así que acerco un poco más mi cara hacia él y mis labios tocan los suyos. Owen suelta una mano de mi espalda y sujeta mi cabeza para profundizar el beso. Luego de unos segundos, nos separamos, antes de que aquel beso se vaya de nuestras manos.

—Veo que funciona —musita contra mis labios, vacilando.

—Owen, ¡no me distraigas! Debo empezar con las preguntas.

Resopla y gira los ojos. Un gesto bastante infantil, como un niño que no tiene su paleta de caramelo.

—Bueno...

¡Lo que falta! ¡Owen hace un puchero!

Respiro fuerte, tomando todo el aire posible para intentar reunir valor. Y a mi pesar, comienzo.

—¿Cómo y por qué puedes leer las mentes?

Owen me regala una media sonrisa: —Error. No puedo leer las mentes.

Debo admitir que eso es algo decepcionante. ¿No lee mentes? ¿Qué? ¿Y cómo sabe lo que pienso? Creí... debí suponer mal. ¿Qué hace entonces para escucharme? ¿Pensaré en voz alta? Porque si es así, Owen debe pensar que estoy loca.

Mierda. ¿Y si estoy loca y Owen no existe? ¿Si nada es real?

—Eh. —Me tranquiliza—. Para, Emma, no he terminado de responder. — Exhala—. Todo esto es real. Y no, no pienso que estés loca... bueno, quizá algo, pero me encanta que seas así. —Acaricia mi mejilla—. No puedo leer las mentes, como dije antes; puedo leer solo una. —Su mirada encuentra la mía y lee cada una de mis expresiones—. Y esa es la tuya.

Me quedo sin aire, atónita, sin comprender cómo es que solo eso sucede conmigo. ¿Por qué solo lee mi mente? ¡Qué locura y maldición!

—¡Por todos los cielos! —grito con miedo, a punto de estallar, y la frase me sale como una pregunta. Owen me mira sorprendido, seguro no se esperaba mi grito—. ¿Pero por qué pasa eso?

—Calla, Honey. —Sonríe un poco—. Solo para aclarar desde entrada, no ocurre nada malo. Bueno, quizás sí es malo el hecho de que pueda oír hasta los pensamientos que tienes sobre mis abdominales, porque realmente me distraen. —Se arrima más a mí, con un destello cómplice en su mirada—. No quieres que nos echen de aquí por creernos locos, ¿no?

Ambos comenzamos a reír. ¿En serio? ¿A reír? ¿En un momento así? Oh, sí que estamos locos. Los dos.

—¿Por qué puedes leer mi mente?

Parece pensarlo un poco, pero luego de otros segundos responde confiado.

—Digamos que hay una especie de vínculo o algo así, como si una conexión telepática se hubiera establecido entre nosotros dos; algo que no suele suceder de manera normal.

—¿Es solo telepático o hace que también nos sintamos conectados?

—Solo telepático, Emma. No dudes de lo otro. Mis sentimientos por ti son tan verdaderos, como el sol ilumina la Tierra. Estoy en un desierto, Emma, y tú eres el oasis.

Sus manos me rodean, sus labios chocan con los míos, sedientos, pidiendo más. Acaricia mi cara, mi cuello, mi espalda, mis caderas. Su boca reclama la mía, una y otra vez. La gente si pasase por aquí (si este fuera un lugar concurrido) pensaría cualquier cosa de nosotros. Ante la idea, se ríe y su aliento golpea mi cara, tan suave y delicioso. Inspiro de él. Huele a colonia masculina y a algo más.

Su aroma me resulta vagamente familiar, pero sus labios interrumpen mis pensamientos y no me queda nada más que la sensación de volar. Y vuelo con él en este beso. Su lengua se desliza y comienza a rozar mis labios, para luego entrar a mi boca y degustarla milímetro a milímetro; luego comienza a danzar con la mía a un ritmo lento, asesino. La pasión se

incrementa con cada segundo recorrido, a la vez que el fuego entre nosotros aumenta.

Nos movemos lento, atrapados por el encantamiento. ¡Mierda! ¡Estoy realmente perdida en él!

Owen suelta un gemido y se vuelve aún más fuerte. Es el momento de parar, pero no quiero. ¡Ay, vamos, Emma! Escucha lo que pienso, porque otra vez la suavidad vuelve a su boca, pero hace caso omiso a lo de frenar.

—Owen... —Mi voz es débil, baja y algo ronca—. Tengo que seguir preguntando.

Gruñe: —Oh, Emma...

—Ahora —le ordeno.

—¡Qué autoritaria! —dice levantando sus manos en el aire y mirando para arriba en un gesto vencido que me hace reír; me da un pequeño beso más—. ¿Otra pregunta?

—Otra pregunta —digo, intentando sonar misteriosa, pero apenas logro hablar; me aclaro la garganta—. ¿No puedes hacer trucos mentales entonces?

—No, eso es algo que aparece en algunos ángeles cuando caen, como si el poder de las alas fuera a otra parte de su cuerpo —explica, gesticulando con las manos. Me quedo absorta, intentando procesar la información que recibo de un mundo que jamás pensé que existiría junto con el nuestro—. También pueden hacerlo los *nefilim*, la descendencia entre un ángel caído y un humano; son muy buenos cuando se trata de controlar a la gente.

—¿Pero tú no controlaste a Celina? ¡O los lentos! —recuerdo—. ¿Cómo los hiciste aparecer en la cabeza?

—Pedí ayuda a un amigo que me debía un favor —comenta, mirándome a los ojos para evaluar mis reacciones—. Se introdujo en la mente de Celina para pautarle lo que debía hacer cuando llegara el momento e hizo que pudieras escuchar la música ahí.

—¡Tiene que ser la última vez que hagas algo así, Owen! No quiero que manipulen a la gente que quiero —le exijo con el ceño algo fruncido—. Por favor, prométeme que no se lo pedirás otra vez, salvo que sea muy necesario.

—Lo prometo, Honey. No volverá a pasar, ¿sí?

—Está bien, gracias —digo, un poco más tranquila—. Asumo que también fue un truco mental lo que vi en la discoteca. ¿Fue de tu amigo también?

—No, ese no, Emma —responde a secas—. Hay criaturas que viven entre las personas y muchas de ellas no tienen buena referencia de mí, sobre todo quien te hizo eso.

Una punzada de terror golpea con fuerza mi cabeza.

—¿Quién?

—Respuesta censurada. Pero es alguien que está detrás de ti, no literalmente, claro... —aclara, cuando vuelvo la mirada hacia el lugar señalado; Owen me sonrío, a pesar de que a mí no me gusta ni un poco lo que me cuenta—. Aunque sus razones no son malas, en cierto punto.

Parpadeo: —¿Por qué?

—Quería que me odieras; por eso lo hizo.

¡Detesto que me diga las cosas a medias! Necesito saber quién lo odia a Owen tanto como para hacer algo así. Recuerdo algunos rostros que me topé en la disco, como por ejemplo el de Steven. Pero no puede ser él, si bien al chico no le gusta el ángel de ojos de zafiro, cuando nos vimos me alentó a ir con Owen. ¡Si lo odiase, no haría algo así! ¿Verdad? Además que Owen resulte ser un ángel, no significa que todos a mi alrededor terminen teniendo sangre sobrenatural en sus venas.

Observo a Owen a ver si puede aclararme alguna de mis dudas, pero no me dice nada. Debo rendirme; a otra pregunta.

—¿Por qué puedo ver tus alas y otras veces no? —suelto.

—¿Viste qué hermosas son? —pregunta y se ríe—. Porque podemos elegir cuándo usarlas y cuándo no, ocultándolas y eso. No es cómodo fingir ser un humano y tener las alas. Es como si las hiciéramos desaparecer o algo. —Hace un gesto pensativo, achicando un ojo y curvando su boca—. A los caídos se les ve las marcas; no las pueden ocultar.

—¿Qué ángel eres? O sea, me refiero, en la escala.

—Digamos que iba a ser arcángel, pero preferí vigilar a los ángeles que vinieran a la Tierra de forma ilegal y quisieran volver, ya sabes...

—¿Les sacas las alas?

—Sí, así es. Por eso me gané bastantes enemigos, a decir verdad. Soy como un ángel de la venganza. Nos llamamos ángeles vengadores.

La curiosidad me toca y me suplica más.

—¿Por qué quisiste eso?

—Es... complicado, Emma —suspira con fuerza, formulando una mueca de dolor—. Digamos que asuntos personales. Mi hermano sí quiso ser arcángel.

¿Hermano? ¿Tiene un hermano? *Wow*.

—Nunca lo has mencionado.

—Y no lo haré demasiado, Honey; no me gusta hablar de él. Pregúntame otra cosa.

Mi mente trabaja arduamente, procesando toda la información adquirida.

Comienza a dolerme la cabeza. ¿Me estaré enfermando otra vez? Ay, espero que no.

—¿Quiénes me buscan? ¿Quién era Oraclel? ¿Cómo hice para...? *Uhm*, ¿desaparecerlo? ¿Quién era ese que mencionó Oraclel cuando te llamó «traidor»?

OK, las preguntas me salen apresuradas y atropelladas, pero Owen parece entenderlas a pesar de eso. Espera unos cuantos segundos; es probable que sea para organizarse cómo responder. Mientras tanto, mi mirada recorre el lugar donde ayer viví una pesadilla completamente real. Ahora el club parece sereno, como lo es siempre, pero ya no volveré a sentirme tan tranquila aquí.

—Te buscan tipos muy malos, tipos buenos y curiosos mirones —explica con sencillez—. Oraclel era un tipo malo. Siento que no pueda responder a cómo lo desapareciste, porque la verdad no tengo ni la menor idea, pero fue increíble. El hombre que mencionó Oraclel es el jefe de mi mundo, llamémosle «Cielo», como los humanos suelen decirle. Con que sepas eso basta. —Mi cabeza comienza a molestar. Empiezo a sentir algo pesado en ella, que escarba mi cerebro, mucho peor que la sensación de sueño. Hago una mueca y eso alarma a Owen—. ¿Te duele mucho la cabeza, Emma?

Asiento con lentitud, pero el dolor me azota.

—¡*Auch!* —gimo—. Sí, duele... bastante.

—Basta de preguntas por hoy, Emma —dice tomándome de la barbilla y haciendo que lo mire—. Es peligroso para ti, te lo dije; puede que sea mucha información y... — Me abraza—. Todo lo que tienes que saber, por ahora, lo sabes. Te diría todo, pero es demasiado arriesgado...

—¿Por qué? —pregunto medio sollozando.

Otra puntada. ¡Ay!

—No más preguntas...

No puedo dejarlo así. ¿Un dolor de cabeza arruina todo?

—Una sola, por favor... —Mi voz ya está quebrada, quejosa—. ¿Tomaste mi poema?

Owen me mira confundido: —¿Tu poema?

—El que escribí... el día... —Intento ignorar el dolor que siento—. El día de nuestro primer beso. Lo tenía en mi mochila, en casa, pero ya no está. Quiero saber si entraste ahí o...

Su expresión cambia a enfado. Sin embargo, me toma con suavidad de mis dos mejillas para que haga contacto directo con sus ojos.

—No, no lo he tomado, Emma —comenta, tratando de mantener su voz serena—. Ojalá que nadie lo haya hecho, menos quien pienso, porque te juro que lo sabré y se las verá conmigo.



¿Un día largo? Claro que sí. El dolor de cabeza persiste en mí, aunque ahora es menor, porque he tomado un *ibuprofeno*. Owen está muy preocupado por ese tema y no deja de preguntarme cómo estoy, incluso aunque le diga que me encuentro bien. La verdad no soy de tener ese tipo de jaquecas ¡y tan fuertes!, pero tampoco es como si me muriese. Por suerte, ahora la tormenta de piedras y agujas en mi cabeza se va esfumando al pasar los minutos.

Vamos a comer unas pizzas caseras en mi casa. A decir verdad, eso me preocupa. No sé cómo será esa reunión; digo, a mis padres les gustó Owen, solo espero que no cambien de opinión después de esta noche.

Y que Owen no haga ninguna estupidez.

—Eh, Honey, ¿tan poco confías en mí? —dice Owen soltando una carcajada.

Claro, el angelito a mi lado lee mentes. Corrección: mi mente. Puede escuchar todo lo que piense y juro que eso me vuelve paranoica. ¡Tengo que purificar todo lo que pienso... y eso es... imposible! Menos con él cerca, besándolo, tocándolo... ¡Agh! Es simplemente imposible.

—No hace falta que purifiques tus pensamientos. Me das ideas, muchas ideas. Puedes ser muy imaginativa... ¿En serio querías quitarme la camiseta? Pues, hazlo. — Sonríe vencedor—. Quieres ver mi perfecto cuerpo, ¡oh! y tocarlo. Soy irresistible.

¡Muy gracioso, estúpido ángel arrogante, leementes de mier...!

—Me amas, lo sé. Lo veo en tu mente.

—Solo cállate —le hablo entre molesta y divertida—. No puedes estar todo el tiempo fijándote qué pienso. No es justo. —Me cruzo de brazos y frunzo el entrecejo al notar su risa.

—¿Tienes algo que no deba saber? —La arrogancia que desprende su voz es descomunal—. ¿Un novio secreto? ¿Un exnovio acosador? —Ahí parece sonar más serio.

—No, no y no. —Resoplo dando vuelta mis ojos—. Pero sí, hay algo, no sé muchas cosas que debería saber... como, por ejemplo, quién me quiere hacer daño.

Owen queda en silencio. Ni siquiera respira, ¡claro, como si lo necesitase! El momento se torna algo incómodo. Sé que no le gusta hablar de esos temas, pero es necesario que me entere. ¡Me buscan y no tengo idea qué hice de malo! Debería abrirse y contarme una parte de lo que quiero saber. No es justo que mi vida dependa de algo que no puedo controlar, mucho menos de algo que no sé qué es.

Estamos en mi cuarto, mi padre salió a comprar y desde aquí puedo escuchar a mamá en la cocina que habla con Mati. Papá dijo que la noche, como no hace frío, está para cenar fuera de casa, en el fondo, al lado de la piscina.

Mmm, eso último me huele a problemas, más ahora que sé que Owen sabe qué pienso. El ángel a mi lado esboza una sonrisa lobuna. Sí, mierda. Lo sabe. «Tranquila, hoy no te zambulliré. Juramento de ángel».

«Debes controlarte, Owen», proyecto esas palabras en su mente, sin esperar que me haga algún tipo de caso.

«¿Qué dices, Emma? Si sabes que soy un ángel».

«Que seas, no quiere decir que te comportes como uno, exactamente».

«Hay algunos que se portan muy mal, pero siguen siendo ángeles, ¿sabes? Ser un ángel no es signo de ser bueno». De pronto, su voz se ensombrece, pierde la calidez y se vuelve dolida al hablar.

Sé que detrás de esas palabras, me quiere decir algo, aunque no entiendo demasiado su código cifrado cuando solo conozco la punta del iceberg y casi no sé ni una décima parte de lo demás.

Es gracioso que el término «ángel» siempre lo usamos para el bien, para describir algo bueno. La verdad, nunca pensé que podría ser algo también malo. ¡Vaya! Owen destroza mis creencias. Una por una.

¡Y yo que quería una aventura!

—¿Entonces eres el novio de Emma? —Mati devora su segunda porción de pizza y, en lo que va del rato, ya le ha preguntado eso tres veces —. Te admiro, debes tenerle paciencia. Emma es muy irritante la mayor parte del tiempo. —Mi hermano pequeño sonrío con suficiencia y me entran ganas de matarlo—. Últimamente está rara. Tiene muchos sueños y se despierta a la noche a tomar agua.

—¡Basta, Mat! Tenía fiebre. Nada más. —Mamá y papá tienen que premiarme el esfuerzo por no patearle el trasero. Enano entrometido.

—¿Qué tipos de sueños, Honey?

—No importa —le respondo a Owen. No voy a hablar de mis sueños raros, menos con mis padres que miran cada movimiento.

—¿Honey? —pregunta mamá curiosa.

—¿A qué va ese apodo?

El rubor sube por mi cara. Ay, no.

¿Tenía que llamarme así frente a ellos?

—Es una historia curiosa... y graciosa —contesta Owen—. Resulta que yo estaba tranquilo comiendo panes cubiertos de miel en el club y unas palomas se acercaron. Las alimenté y dejé la miel a mi lado. Entonces, su hija —«¿de qué rayos habla?»— tomó mi frasco y lo volcó en toda mi cara,

mi pelo y mi cuerpo. ¡Y no me pidió disculpas! Desde ahí la llamo Honey. —Le doy una mirada asesina; él me ignora—. Pero ya no hay rencor.

—Oh... —Comienzo—. Yo no... —«Owen, te mataré o te haré pagar por eso. Ya».

«Quiero el pago y que sea dulce. Para ser sincero, ahora tengo ganas de comer miel». Su voz suena muy entretenida en mi mente. Tramposo, mentiroso, arrogante...

—¿Emma, has hecho eso? ¡No te criamos así! —comenta papá interrumpiendo mis pensamientos con un tono que no puedo descifrar. No sé si sabe que es una broma de Owen... o si le cree—. Discúlpate con él.

—Emma, ¿desde cuándo actúas de esa forma? —Mamá tiene la voz cargada de humor, una risa escondida detrás de sus labios apretados. Ella, al menos, bromea.

De pronto, todos se echan a reír, menos yo. Veo que al final mis padres aceptaron a Owen, más temprano de lo que pensé, ¡hasta mi hermano!

La cena pasa tranquila. Mis padres le hacen preguntas sobre el colegio, sus estudios y su familia. Es obvio que él miente y responde increíblemente creíble cada una de ellas; parece que ya estaba preparado para situaciones similares. Se siente cómodo, seguro. Y hace bromas. Todo el tiempo. De hecho, no sé cuántas porciones de pizza habrá comido Owen. ¿Diez quizás? No pensé que los ángeles comieran tanto.

Cuando nos despedimos, lo acompaño a la entrada de casa y me da un profundo beso, asegurándose de que nadie nos vea. Mis piernas tiemblan ante su toque, en ese momento donde la infinitud del cielo parece ser testigo del final de un día que jamás pensé vivir.

Mañana no lo podré ver, me voy con mi familia a la casa de mi tía y pasaremos allí el día. Tengo miedo de quedarme sin él un momento y que algo suceda. Algo malo, porque ahora todo mi panorama cambió: hay seres de otro mundo que me buscan y ni siquiera sé por qué.

—No dejaré que pase nada, Honey, estarás bien. Nos vemos el lunes en clase — promete, mientras me deja un beso en la frente y se marcha.

Volando por el cielo azul.

Y me quedo sola ahí, por unos segundos en el marco de la puerta, observando la oscuridad.

CAPÍTULO



Querido diario:

Perdona que no haya escrito en tanto tiempo. Ha pasado mucho... y todo tan veloz. Tengo miedo, pero también estoy feliz. Es una mezcla de adrenalina y nostalgia. Quiero reír y a la vez llorar a más no poder.

Pensaba que los ángeles solo estaban en pinturas, esculturas y escritos. Tal vez en sueños. Pero ahora sé la verdad: son reales. Tanto como los humanos. Reales y letales. De carne y hueso.

No me acostumbro por completo a la idea de que mi novio es uno de ellos. No sé casi nada de su vida. Me ha dicho que es un ángel de la venganza (eso quiere decir que se encarga de quitarles las alas a los ángeles que incumplan las reglas, entre otras cosas, como que vigilan la puerta de entrada a su mundo, el cielo supongo). Me ha contado que su familia está rota: sus padres murieron y tiene un hermano muy distinto de él. Pero a la vez, es igual. Un gemelo. No me ha dicho su nombre, pero tampoco era el momento de preguntarle.

Quise disculparme por el hecho de haberle recordado a sus padres, ya que debió ser... horrible, ¿los ángeles mueren? Parece que sí. Pero me dijo que estaba bien, que no debía compadecerlo o sentirme mal por ello. Dijo que no me disculpara por algo de lo que ni siquiera tuve la culpa. No compartí (ni comparto) la idea de ello. En ese momento lo abracé fuerte por un largo tiempo. Odio que sufra. Odio que sea tan arrogante como para no aceptar las clemencias de otros. Y odio que no me conteste sin censurar la mayoría de las cosas.

Owen se esfuerza por hacer que todo sea normal para nuestra relación, por nosotros. Por mí. Claro, a excepción de cuando se va volando, o cuando lee mis pensamientos, o cuando siento que alguien nos observa, constantemente. Obvio, ahí la normalidad que logramos tener se va al carajo.

¿Cosas extrañas? Sí, pasan todo el tiempo. E incluso Owen actúa, de vez en cuando, de una forma demasiado misteriosa. Le he preguntado en varias oportunidades por ello, pero obvio, no me responde nada. En absoluto. Eso me exaspera.

Pero no importa cuán enojada esté: puede sacarme una sonrisa. ¿Será por qué lee mi mente y sabe qué me hará bien en el momento justo? No tengo idea. Pero me encanta que sea así de dulce. Hasta me acostumbré a su estúpida máscara de arrogancia.

Y sus besos. ¡Oh, sus besos! Haría un poema con cada uno de ellos.

Ya han pasado cuatro semanas del ataque. Hoy cumplimos un mes de estar juntos.

¡Un mes! ¡Sí!

Owen prepara algo hace días y dijo que pasaría por mí a las 18:30 en un taxi.

Estoy tan ansiosa que casi me como las uñas, un mal hábito que nunca tengo.

Me pregunto qué es lo que vio en mí o qué tengo de especial... o diferente. O lo que sea. Mas no tengo ni una pequeña, pequeñísima respuesta de ello.

Steven también ha estado raro. El lunes siguiente al ataque se me acercó en el colegio a preguntarme qué había pasado que no había ido el viernes al club, como había prometido que haría. Estaba a punto de contestarle con una excusa, porque es obvio que no me creería que un caído me había atacado, pero Owen se interpuso entre nosotros dos y le ordenó que se marchara.

Sí, le ordenó, como si Steven fuera un perro, y este último se fue a rastras.

Ha intentado hablar conmigo, pero Owen se pone imposible cuando Steven está cerca. ¿Qué le pasará? Hay veces que juro que me da un poco

de miedo. No me gusta que sea tan protector conmigo. Me puedo valer por mí misma. Tal vez no cuando un ser sobrenatural me ataca a muerte, pero sí puedo cuando me tengo que excusar con un chico sobre algo tan simple, ¡cielos! Solo espero que Owen no haya sido el motivo por el cual Steven faltó a la muestra de canto. Lo dudo, porque también cantaba su prima, aunque nunca supe quién era ella. Quizás estuvo y no lo vi; había muchísima gente ese día.

De todas formas, Owen sabe lo que siento por él. Sabe más de lo que debería saber; entonces, ¿qué le preocupa? Puede ser realmente molesto, bromista y dulce. Y eso... hacerme enojar o reír... o ambas cosas al mismo tiempo. Pero lo que hay entre nosotros es más fuerte que todo.

Las chicas en el colegio lo miran babeando en sus ropas, y cuando corren la vista de su lado y me ven, sus rostros son completa confusión o enojo. Al parecer piensan que el chico es demasiado bueno para mí. Debo decir que me molesta y que mi autoestima se ve algo afectada por aquellas miradas atónitas.

El colegio es lo mismo: pruebas, trabajos, notas. Estoy bien en eso. Owen me distrae algo, pero no lo suficiente cuando estamos en clase.

Carla es la misma idiota de siempre. Agrandada, presumida y ahora orgullosa de sus recientes tetas operadas. Sin ofender, ella luce como un sapo. Un batracio que está a punto de estallar. Un sapo de silicona.

Sin embargo, ya no se ríen tanto de sus chistes hacia mí, en parte porque me defendí la vez pasada y en parte porque Owen se sienta cerca de mí, aunque no sea en el mismo banco, y no se ve amable cuando intentan molestarme con algo.

¿Mis amigas? Es complicado decirlo. Lo quieren, pero tampoco demasiado. Odian que tenga que repartir mis tiempos. Notan algo extraño en él. Advierten el misterio que desprende. Pero Owen no da motivos para desconfiar. A pesar de ello les agrada.

Hemos salido una vez todos juntos. Celina con su novio (sí, es una larga historia también, pero son felices y yo, con el mío). Belén y Gala invitaron a unos chicos que van a su gimnasio, pero terminó en desastre: resultaron ser gays.

Sí, Gala tiene suerte. Es como la tercera o cuarta vez que le pasa, ¡y luego termina siendo amiga de todos esos chicos! De hecho, se ha convertido en la casanova de un par. En cambio, Belén estaba toda ruborizada.

Fue gracioso ver la cara de ellas cuando ellos les dijeron. Pero no debió de serlo para Gala o para Belén. Estaban locas por ese par. Los chicos, Álex y Federico, fueron muy simpáticos, divertidos y buena gente, aunque miraban de más a Owen y se daban patadas entre ellos. Me reí mucho esa noche. Quedamos en reunirnos otra vez, aunque las chicas no estuviesen muy entusiasmadas como antes.

Ellas siempre dicen que les pase el número de la fábrica de chicos como Owen, que es imposible que sea humano. Yo me río, pero por dentro sé que no es gracioso. Owen no es humano.

Mis padres lo adoran; no dejan de hablar de Owen. A veces me pregunto quién estará más enamorado, ellos o yo. Él viene mucho a casa, y mi hermano aprovecha y juegan videojuegos juntos. Mati lo trata mejor de lo que me trata a mí. ¡No sé cómo debo sentirme con eso!

No digo que mi familia no piense que Owen tiene algo extraño, pero le tomaron cariño. Y eso importa.

Mi vida ahora es una novela adolescente paranormal... ¡Ey! ¿Y si la escribo? No estaría nada mal.

Hasta ahora, y toco madera, nunca más tuvimos que enfrentarnos con alguien. Pero no estoy tranquila, no sé cuándo puede pasar algo. Tal vez en un año o en el próximo minuto. El siguiente segundo.

En serio, tengo que dejar de torturarme pensando así. ¡Agh!

Debo prepararme para la cita. No sé qué ponerme, porque no me quiso decir adónde vamos. Pensaba usar una camiseta negra con una falda que empieza en la cintura. Eso será adecuado, supongo.

Ya me maquillé con un poco de rímel y delineador de ojos. Debo vestirme, querido Diario, así que te despido por ahora.

Nos leemos.

Te quiere,

Emma. **y**

CAPÍTULO



—Hola, Honey —dice Owen cuando abro la puerta de casa con mis manos envueltas de sudor; lleva puesta una camisa y unos jeans negros; su cabello está prolijamente despeinado y sus ojos me observan con detenimiento. Trato de resistir la mirada de Owen y devolverle la mía con la misma intensidad, a ver si logro hacer temblar sus piernas tanto como él lo hace conmigo. Sonríe, aprobatorio—. Estás demasiado hermosa.

No sé cómo hace para que cada palabra suya sea tan especial para mí. Lo más probable es que ocurra eso porque estoy enamorada de él. *Ugh*, sí. Y mucho. A veces me pregunto desde cuándo empecé a quererlo de esta forma, pero lo cierto es que las líneas del tiempo se están borrando, como si hubiese sido desde antes, de hace años. Un *déjà vu*.

Sí, así de enamorada. Hasta el tope.

—Tú igual —se me escapa—. Digo... te ves bien. Genial, quiero decir. —Hago una pausa. No veo ningún automóvil cuando logro desviar la vista de Owen—. ¿Quieres pasar?

—Bueno, el auto tiene un poco de... demora. Además, quiero contarte un par de cosas antes de irnos.

¿Quiere contarme cosas? ¿Me dirá la verdad de todo? ¿Contestará mis preguntas al fin? ¿Y si es algo malo? ¡Ay, Emma! No dejes que tus pensamientos corran por donde quieran. Además, seguro está oyendo mi mente, y por ahí, revisa la situación de contarme o no. ¿Cierto? Tonta. Tonta. Tonta.

Pero si...

—Ey, Emma, no te tortures. Todo lo que necesitas saber, lo sabes.

—Eso no es verdad. Tú y yo sabemos que no es cierto, Owen. Quiero saber...

—Poco a poco, tigresa —contesta, luciendo sus resplandecientes dientes blancos.

Mamá y papá salieron hace rato con Mati para ver una película de su saga preferida, una que yo crítico y mi hermano se enoja: entre la primera y la segunda hay puntos que no quedan claros, ni hablar de la tercera. No vi la última que salió, pero tampoco me muero por verla.

¿Qué hago pensando en películas de acción cuando Owen entra a mi habitación?

¡Mi diario! ¡Está abierto! No es que haya algo de lo que Owen no deba enterarse, pero... es el único lugar donde puedo plasmar mis pensamientos en su totalidad. Sin filtros.

Y más.

Mucho más.

Tengo muchas etapas de mi vida en mi diario; no las vuelvo a leer una vez escritas, aunque cuando perdí la memoria, quise ver si ahí había algo, pero me encontré con páginas arrancadas. Nada más.

Al entrar a mi dormitorio, encuentro a Owen que observa mis libros. Unos en particular, donde el personaje principal es un ángel. No me sorprende que le llame la atención.

Owen deja de mirar mi estantería, camina hacia mí y, al llegar, posa sus labios en los míos de manera lenta. Son suaves y cálidos al tacto, dulces y familiares. Un mundo propio. Coloca un mechón suelto de pelo detrás de mi oreja y comienza a trazar pequeñas circunferencias en mis mejillas ya sonrosadas.

—Emma, ¿qué haremos?

Parpadeo unos segundos. ¿Qué? Esa pregunta puede abarcar mucho. Muchísimo. ¿A qué se refiere? ¿Qué haremos con la cita, con nuestra relación, con nuestras vidas? ¿Qué haremos con lo que sentimos? ¿Qué haremos en el día? ¿Qué haremos el fin de semana? ¡Me va a volver loca!

—¿Qué haremos con qué?

Me examina.

—Busca un abrigo, Emma. Ponte un pantalón, no querrás ir con una falda, te lo aseguro. No vamos a un lugar especialmente caluroso.

Rebusco rápido entre mi ropa y voy al baño a cambiarme. ¿Qué le pasa a Owen? ¿Qué me quiere decir? Antes de salir contemplo mi reflejo y arreglo mi pelo. El espejo no demuestra una mala imagen de mí. Estoy arreglada y el maquillaje está bien. Parezco segura... pero, por dentro soy un torbellino. Sí, un remolino de arena en un desierto.

Una vez que me decido a entrar al cuarto, encuentro a Owen que ojea un libro con fotos más de pequeña. No me enfurezco, porque haya tocado mis cosas; me quedo mirándolo, observo su reacción al ser pillado con las manos en mi álbum. Sonríe a lo que sea que viese y luego sus orbes azules se dirigen hacia mí, brillantes.

Entonces me guiña un ojo.

—Esa ropa es genial para la ocasión —dice dejando el cuaderno sobre mi almohada, mientras lo cierra con cuidado. Camina directo hacia mí, y cuando estoy a punto de cuestionarle qué hacía mirándolo, si sabe que es intimidad, Owen me interrumpe: —¿Quieres volar? —me pregunta—. ¿Eres de tener náuseas o miedo a las alturas?

Bueno, esa pregunta me toma desprevenida. ¿Si quiero volar? ¿Si me dan miedo las alturas? La verdad es que no, mientras no me caiga. Pero... ¿volar dónde? ¿En avión o...?

¡Oh!

Justo en ese momento, me levanta y me coloca boca abajo en su espalda, mis piernas en su estómago y mis brazos que intentan resistirse. Comienza a caminar para el fondo de mi casa, se asegura de apagar las luces antes de irse y cierra la puerta trasera. Mierda. Sí, Owen está loco si cree lo que pienso.

Una vez afuera, y después de intentar forcejear en vano para luego rendirme, sus alas aparecen ante mi vista, tan cerca que puedo tocarlas y sentir su roce contra la piel de mi cara. Tan hermosas y blancas. Tan inhumanas y perfectas. A pesar de quedarme embobada, puedo, de alguna manera, encontrar mi voz y hablarle. O gritarle.

—¿Qué intentas hacer, Owen? ¡Bájame! —Pero lo único que logro es que suelte una carcajada—. ¡Vamos! ¡No es gracioso! Owen, no me

divierto. ¡Owen! ¡Bájame!

—Honey, Honey, dijiste que no tenías miedo a las alturas.

—¿Yo? No... ¡No! No dije nada de eso, ¡lo pensé! No tengo miedo a las alturas. —Le doy una patada en su abdomen y una palmada en su espalda, pero él no se retuerce. No hace nada más que reír otra vez—. ¡Tengo miedo de caerme, Owen! — Tiro de las plumas de sus alas y suelta un gemido.

—¡*Auch!* No hagas eso, Emma, ¡duele! —se queja—. No dejaría que te cayeras nunca. No me lo perdonaría jamás. Y no te caerás, lo juro —dice más suave—. Volaremos a un lugar.

—¿Dónde?

—Ya verás. Te encantará —susurra a mi oído—. Ahora prométeme que no intentarás escapar cuando te suelte para que te aferres mejor.

Quiero decirle que nunca dejaría de intentar escaparme de él e irme corriendo, pero no soy estúpida y sé que me atraparía una y otra vez. Además, la curiosidad pica y mucho. ¿Cuántos habrán volado con un ángel? ¿Cómo se sentirá? Así que solo asiento despacio mientras tomo un buen respiro. Owen hace un movimiento para poner sus manos en mi cintura, lo agarro de los hombros para sostenerme, mientras acomoda mis piernas a cada lado de sus caderas. Quedo cara a cara con Owen, observando sus ojos claros.

—No tengas miedo, Honey.

Con esas palabras, sus alas comienzan a moverse y hacen un fuerte sonido, que provoca que nos elevemos cada vez más alto. El vértigo me invade, pero pronto también la emoción y la adrenalina; ambas terminan superando todos mis temores.

«Owen me protege; con él estoy a salvo. Owen es seguridad», me digo, intentando tranquilizarme.

«Pero también soy peligro», dice en mi mente.

«No me dejarás caer. Lo has dicho».

«Sí, pero tampoco pienses que estás segura conmigo. Hay muchas cosas de las cuales jamás podría protegerte, aunque quisiera. Pero lo intentaré. Prometo que lo intentaré».

Luego todo se hace tan diminuto. Las luces se transforman en hileras y puntos lejanos, como si volara en un aeroplano. El viento desordena mi pelo

y azota mi cuerpo, que, por cierto, está junto al de Owen. El sol está en el horizonte y me regala una imagen que jamás vi: se oculta entre las casas y edificios más lejanos. El cielo, de muchos colores. El rojo de alrededor de la esfera de fuego parece tan suave como un vestido de seda, combinado con un naranja hermoso que está en el centro; un violeta aparece mezclado con un azul muy oscuro en los puntos más lejanos y las nubes se tiñen de un rosado grumoso.

Abrazo a Owen fuerte, aún maravillada por ese increíble paisaje.

—Es bello, ¿cierto? —pregunta dulce en un pequeño susurro.

—Es increíble, Owen. Gracias, yo... Nunca imaginé esto. Nunca creí que volaría jamás con un ángel. Es de cuento, de película, es...

—Déjame decirte que seré el único ángel con quien volarás. —Besa mi cuello; sus labios están fríos gracias al viento y hacen que me estremezca. El color del cielo hace que su rostro se vea irreal y sus ojos brillen iluminados de mil matices. —Quiero ser el único, Emma. —Busca mi mirada y, al encontrarla, puedo ver cómo brillan y se vuelven más suaves, más líquidos—. Nunca comprendí cuán solo estaba hasta que te conocí. Nunca entendí el amor hasta que empecé a acercarme a ti. Nunca quise cuidar tanto una vida, ni siquiera la mía, tanto como la tuya. —Sus labios rozan los míos con delicadeza—. Quiero ser parte de ti, de tu historia, para siempre, si es que me lo permites y me quieras en ella.

—Owen...

—Espera. No termino —suspira—. Sé que hay un montón de cosas que no te cuento y quiero, Emma, realmente quiero darte cada una de esas respuestas. Deseo hacerte feliz de todas las maneras posibles. Pero no puedo contarte nada sin herirte de forma indirecta y no quiero hacerte daño.

Proceso cada una de sus palabras, pero no entiendo. ¿Herirme? ¿Me debería hacer daño si me contase? ¿Quiere decirme? Y si quiere decirme, ¿por qué me haría daño?

—Hay cosas que ni te imaginas, Emma. Pero te diré algo, poco a poco te enterarás y voy a hacer lo posible para contarte, no sé cómo, pero estoy en ello.

—Si digo que entendí lo que has dicho, miento. Owen, no comprendo nada y lo sabes. Quieres decir que... ¿me lastimarías si me contaras la

verdad?

—Nunca, Honey. ¡Nunca te haría daño! Yo no...

—Pero alguien sí —termino por él.

Owen asiente. Ahora entiendo por qué me oculta tantas cosas. No es por querer ser interesante... o misterioso ni mucho menos, es porque hay alguien que me quiere dañar si me entero... Entonces recuerdo... —¡El dolor de cabeza!

—¿Te duele la cabeza?! —pregunta sobresaltado Owen y, sin querer, eso nos hace caer unos metros en el aire. Me sostengo fuerte de él, mientras oculto mi cabeza en su pecho hasta que regula el vuelo.

—No, no me duele, estoy bien. Pero, ¿eso tiene que ver con la persona que me quiere herir?

Hace una pausa bastante larga, donde solo puedo escuchar el sonido de sus alas que rompen contra el viento.

—Sí —responde al fin—. Pero en realidad, no te dañaría hasta la muerte, te daría un dolor tan insoportable durante unos días que haría que te desmayaras y perdieras la conciencia, un daño mental. Él lo que quiere es dañarme a mí al verte sufrir. Si te cuento esas cosas... te daño.

—¿Él? ¿Quién es él? ¿Por qué?

Sus brazos me aferran aún más, y la realidad y las respuestas, algunas de ellas, entran a mí. Un escalofrío horripilante recorre todo mi ser. Alguien le hizo algo a mi mente. Alguien quiere verlo mal a Owen. Alguien quiere ocultarme una verdad. Owen quiere decirme, pero no puede, porque sino mi mente reacciona consumiendo todo de mí, durmiéndome de dolor.

¿Por qué? ¿Qué pasa en realidad?

—Owen...

—Emma, no. No esas preguntas que no podré responder. Créeme, sería una solución que te las contara. Para ti y para mí, pero...

—¡Owen! Escucha. Cuéntame —respiro—, cuéntame todo. Quiero saber. Aunque me duela o termine dormida, al menos cuando despierte sabré la verdad. Si es una solución... vale la pena. Solo dime, por favor. No importa el dolor.

—No. Honey, no podremos hacer eso y terminar bien —musita. La ventisca de aire juega con su pelo y sus alas hacen ruido cada vez que se

baten—. Si te cuento todo y te desmayas de dolor... —Hace un gesto arrugando la nariz y frunciendo el ceño—. Cuando podríamos tener graves consecuencias... —Ahora su voz es baja, tanto que casi ni se oye—. No haremos eso. Me niego a perderte, a que pases tanto dolor y luego ocurran cosas que no quiero que vivamos.

Las palabras que iba a decir se hacen nulas. El silencio y el vacío se toman de la mano dentro de mí. ¿Qué cosas malas pueden suceder, además del dolor? Se acumulan más preguntas e inquietudes en mí, pero prefiero obviarlas y hacerle caso. Me intenta proteger al no contarme nada y aunque no quiera que sea así, entonces es mejor que no me entere.

Por los dos, es mejor que no pregunte más.

Voy a creer en Owen. Dijo que algún día me enteraría y le creo. Solo espero que ese día llegue.

—Honey, hoy es nuestra cita. Nuestra cita, ¿sí? —dice rozando sus labios en mi oído. Su aliento cálido llega a mi rostro y aleja el frío—. No quiero hablar de esas cosas. Quiero hablar de temas mundanos. Quiero conocerte hasta en lo que te resulte insignificante.

—Puedes leer mi mente. Seguro ya sabes muchas cosas.

—*Nop*. Sé cosas, pero escucharlas en tu mente no es lo mismo que me las cuentes. Quiero que tú las digas. Además, no conozco todo. Sé que piensas que soy hermoso, eso sí.

—Y arrogante. Muy arrogante —murmuro.

Mi cabello luce dorado a la luz del crepúsculo; mis ondulaciones se mueven al son del viento. El aire golpea mi nuca, pero ahora ya no molesta ni tengo frío, porque estoy sumergida en el abrazo de Owen. Estoy frente a él, observando sus ojos. Su mirada... su boca.

Pensar así no ayuda.

Owen esboza una sonrisa y su hoyuelo se ríe con él.

—Ya hemos llegado —anuncia Owen con emoción, mientras descendemos con cuidado sobre el suelo.

No sé cuánto ha durado el viaje; debo decir que no me pareció mucho, a lo sumo media hora. Me siento algo atontada por el viaje, como si acabase de salir de un sueño demasiado real y precioso. Al tocar el piso mis piernas tiemblan amenazando con dejar de sostenerme. Mi pelo está enredado y

terriblemente despeinado, seguro luzco como un desastre personificado. Ahora encuentro la explicación por la cual Owen dijo que me pusiera unos jeans y buscara un abrigo: hace frío, tengo la piel de gallina. Veo un lago grande, teñido de un azul oscuro gracias al cielo nocturno, mientras unas sierras lo enmarcan desde el fondo, formando sombras vigilantes y enormes en las aguas cristalinas, serenas. Estrellas pintan la noche: algunas parpadean, otras quedan quietas y parecen frenar el tiempo con ellas.

Música se escucha lejana, casi imperceptible. Sigo el camino de donde proviene y veo un restaurante vagamente familiar. Owen tiene puesta su mirada en mí para estudiar mi reacción, pero no logro entender qué busca al mostrarme ese paraje.

Me recuerda al lugar que conozco... en Córdoba. Al sitio donde vamos todas las vacaciones de verano. ¿Será posible que...?

—Sí, lo es —contesta despreocupado.

—¿En serio?! ¡Es a ocho... nueve horas de distancia en auto!

Me observa divertido.

—Las horas de distancia en auto no cuentan cuando un ángel te lleva volando. — El hoyuelo se burla de mí.

¡Por todos los cielos!

—Fui rápido, Honey —sigue hablando él—. Llegamos en menos de sesenta minutos.

—¿Solo eso? ¿Es posible?

—Podría haber sido más de prisa aún, pero tenía miedo de hacerte daño por la velocidad.

—Mis padres se preocuparán —suelto, sin pensar, en mi repentino susto.

—Volveremos temprano —dice tomándome de las mejillas para hacer conexión directa con sus ojos; intento evitarlos, trato de no caer en el hechizo de su mirar, pero al final, Owen gana—, confía en mí.

Estoy perpleja. No me culpen, ¿Córdoba? ¿En serio? De todas formas, ¿por qué Córdoba? Me encanta este lugar, pero... podríamos haber ido a un sitio muchísimo más cerca e igual habría sido hermoso. ¿Qué tan importante es para él?

—¿No quieres tener una cita conmigo aquí, Emma? Pensé que te gustaría la sorpresa... —En su cara aparece un puchero de niño pequeño—. Lo siento.

—Oh, no es eso. ¡Acá es hermoso! Me encanta y nunca me hubiese esperado algo como esto, pero... no entiendo algo... —Una corriente de frío llega a mí y hace que tirité, Owen me abraza para protegerme de la corriente.

Sus manos cálidas tocan mi cintura en su abrazo protector, lo que hace que las palabras que iba a decir desaparezcan de mi mente, ¿qué le iba a preguntar? No, mejor... ¿le iba a preguntar algo? ¿De qué hablaba antes? Owen me regala una sonrisa de superioridad, arrogante; su sonrisa hoyuelo. Toca con delicadeza mi mejilla sonrosada que se pone aún más carmesí que antes. Por un momento, mientras lo observo, se me olvida respirar. Repito, ¿qué hice para que él se enamorara de mí, aun sin conocerme? ¿Tiene sentido? No. Entonces...

—Emma, ¿qué es lo que no entiendes? —Su aliento roza mi rostro y lo calienta aún más. Su perfume que llega a mí hace que salga de mi órbita, más de lo que ya estoy.

¿Cómo es posible que pudiese pensar con esos ojos, ahora intensos como lapislázuli, que brillan en la oscuridad y me observan? Me devoran, mejor dicho.

¿Qué dije antes? ¿Qué dijo él? ¿Qué es lo que no entiendo de qué? ¡Vamos, Emma! Piensa. ¡Recuerda! Me devano los sesos para intentar acordarme qué estaba a punto de decirle. Owen tiene un gesto divertido en su cara. Se ríe de mi confusión provocada por él mismo. Maldito ángel idiota del que me enamoré. Si tan solo pudiera acordarme qué le iba a decir... ¿Por qué estamos aquí? ¡Oh, sí!

—¿Por qué aquí, Owen? —Las palabras salen de mí como una descarga que las libera—. ¿Por qué en Córdoba? —pregunto otra vez.

Seguro ya ha oído eso en mi mente, pero por algún motivo quiere que yo lo diga en voz alta o no quiere responder la pregunta y hace retardar su respuesta. La verdad, no sé.

Parece pensar qué contestar, pero al cabo de unos escasos segundos habla despreocupado.

—Es importante este lugar para mí.

¿Importante? ¿Para él? ¿Cómo? Miro a Owen que parece estar abstraído en otra parte. Otro mundo, por completo diferente al mío. ¿Qué le habrá pasado aquí para que este lugar sea especial? «¡Vamos, Owen! Sé que escuchas mis pensamientos», pienso intentando que me escuche al gritar en mi mente. Aun en su abrazo siento frío y, claro, Owen se saca su abrigo para ponérmelo.

—Gracias... —digo algo molesta y levanta una ceja—. Escuchas que tengo frío, pero no la pregunta que hago de forma directa para ti. —Sé que tengo que decirle algo mejor, algo más educado... digo, me dio su abrigo y le reprocho por qué no me contesta algo que pienso. Me mira frunciendo las cejas. Debo cambiar de ánimos, rápido—. Además, no quiero que te enfermes... —«¿Soy estúpida o qué? ¡Es un ángel!»—. B- bueno... si es que te puedes agarrar un resfriado, cosa que dudo, pero...

Suelta una carcajada y quiero que de una vez la tierra me coma. Owen me escucha, literalmente lee mi mente, sabe lo que pienso. Eso quiere decir que también sabe cuántas veces recapitulo una hilera de pensamientos y me peleo conmigo misma. La vergüenza se apodera de mi cara. Sabe lo que pienso de él y lo sexy que me parece... sabe... todo. No es que antes no me haya dado cuenta de cuán bajo caigo al estar a su lado, de hecho, lo sé, pero intento olvidarlo. No quiero estar perseguida, porque es incómodo, por ejemplo, pensar en sus calzones que puedo ver sobresalir en este momento por fuera de su pantalón y que él me escuche. Mierda. ¿En serio pensé en su calzón? Doble mierda. Owen está partido a la mitad en risas, hasta llora. ¡Ay! ¿Justo mi mente era la que tenía que leer? ¿Habrá alguna manera de romper ese lazo?

Antes de venir prometí no preguntar sobre eso, pero tendré en cuenta esa pregunta... la pondré en la lista donde hay otras mil quinientas que esperan su respuesta.

Entonces su risa me contagia y hace que quiera seguir riendo con él. Con un poco de malicia me lo imagino disfrazado de conejo y bailando una canción de *Barney, el dinosaurio* con muñecos alrededor y una paleta de chocolate en su mano. ¿Por qué? Ni idea, quería hacerlo ver ridículo. ¡Oye! No quiero ser el único objetivo por el cual reírse.

Cumpliendo mi misión, eso nos hace estallar en la carcajada que jamás tuvimos.

—¿Pero qué rayos?! —dice Owen con un gesto realmente divertido en su faceta—. ¡Joder Emma! ¿Tu mente está bien? —Casi no puedo distinguir lo que dice. Ha dejado de abrazarme para sostener con dos manos su abdomen, como si se le fuese a salir—. Creo que estás algo loca. Digo, primero ves ángeles, luego crees que estás en Córdoba y después me imaginas... ¿disfrazado de conejo con una paleta en la mano? ¡Wow! ¡Hasta así soy sexy! Sé que lo crees, así que no intentes contradecirme.

—¡Owen! No has contestado a mi pregunta.

—Ah, sí —habla—. No me enfermo, Honey. Tampoco tengo mucho frío.

Ruedo mis ojos: —Owen... sabes que no me refería a eso.

—Vale. Este lugar es importante para mí, porque acá conocí a alguien hace algún tiempo y cambié de opinión en muchas cosas.

¿Conoció a alguien? ¿Una chica? ¿Por qué me siento celosa?

No parece estar prestando atención a mi mente... o a mí. Está perdido en las constelaciones lejanas, en los astros luminosos que espían la noche sin cautela.

¿Desde cuándo no presta atención a qué pienso? ¿Por qué le brilla la mirada? Mis celos se convierten en cólera y quiero marcharme ya de aquí.

¿Esa persona importante será un «ella»?

—Vamos a comer, ¿bien? Luego te cuento —dice, dejándome en un nubarrón de rabia.

Entonces siento que todas las estrellas quieren caer sobre mí, mi mundo comienza a dar vueltas sin parar y caigo en unos brazos que me sostienen.



En los brazos de Owen el mareo va disminuyendo poco a poco. Su semblante es de total preocupación y no lo culpo, el mundo no deja de bailar a mi alrededor. Tengo ganas de cerrar los ojos, pero Owen me implora que no me rinda, que lo mire. Al cabo de unos minutos ya todo vuelve a la normalidad. ¿Será porque no fue tanta información como antes para marearme por demasiado tiempo?

Intento ponerme de pie, pero Owen no me suelta. Su abrazo es tan protector que hace imposible dejar de pensar en él. Luego de insistir por décima vez, me permite ponerme de pie, pero me toma de la mano, y cada una de las palabras dichas golpean mi mente.

No me puede decir muchos detalles, porque podrían pasar cosas malas. Alguien quiere que yo no me entere.

Owen conoció a alguien importante aquí; algo que no sé si me gusta mucho cómo suena. Jamás mencionó a nadie significativo en su vida antes de conocerme, y saber que estoy en un lugar donde compartió algo con otra persona...

—¿Qué ocurre, Emma? —pregunta con el entrecejo fruncido.

—Como si no escucharas lo que pienso...

—Eh... —dice—. Yo... de hecho no estaba atento. No lo oí.

¿No puede oírme? ¿En serio? ¿No me oyó? Me quedo boquiabierta.

—No, Emma. Sí, te oigo, pero ya lo dije antes: quiero que sea normal, quiero que sientas lo nuestro como algo natural. Nada complicado. Nada de amor sobrenatural o lo que sea. Simplemente nosotros.

—Entonces... ¿Intentarás no oírme?

—*Sip*. Por hoy.

—¿Eso suena grandioso! ¡Puedo ser libre! —digo soltando un grito dramático y levantando las manos en el aire.

Ríe, pero no le llega a los ojos la felicidad.

—¿Qué ocurre, Honey? Sabes que puedes contarme lo que quieras.

Ups.

—Yo... Nada. —Mi voz tiembla, espero que lo acredite al hecho de que tengo frío y no que estoy hipernerviosa—. Estoy feliz de estar aquí... contigo —miento, pero me muerdo el labio y, rayos, se da cuenta.

—Emma, podría escuchar tu mente y saber qué pasa, pero quiero que me lo digas tú. ¿No querías estar aquí?

—Sí, quiero, Owen. Siempre si es a tu lado.

Tengo que dejar de ser cobarde. ¿Por qué no le pregunto? ¿Qué me puede llegar a decir? *Ugh*, bueno, mejor dejar de idear respuestas pocos probables...

—*Ehm...* Esto... —tiritito— estaba pensando si... bueno, ¿la persona importante que conociste aquí? ¿Quién era? ¿Qué le pasó?

Frunce el ceño. Oh, eso no es una buena señal.

—Es una historia larga, pero sí, fue importante, porque me enseñó a valorar cosas que antes pasaban de largo para mí. Ella... —Su voz flaquea por un momento, toma un profundo respiro y continúa—. Ella se fue.

—¿Sabes dónde está? —pregunto sin muchas ganas luego de escuchar finalmente el «ella».

—Sí.

—¿No la quieres ver? ¿Hablar con ella? ¿Algo?

Levanta una comisura de sus labios.

—No necesito buscarla; hablo con ella, Honey. ¿Estás celosa?

Arrugo la nariz.

—No.

Owen aferra sus manos a mi cintura y en un rápido movimiento estamos cara a cara, muy cerca. Peligrosamente cerca. Esos labios me invitan a besarlos, tan dulces y...

¿Por qué siempre me hace lo mismo? Corro la vista de su boca hacia sus ojos y él mira la mía. Bueno, esto complica un poquito la charla.

—¿Te sientes bien? ¿Sigues mareada?

—No, ya ha pasado. Ahora puedo pensar y no veo dos tú en lugar de uno.

—¡Ey! Ya te gustaría que hubiese dos como yo.

Eso hace que recuerde otra cosa. Su hermano gemelo. Nunca me ha dicho nada más de él. No se llevan bien, son diferentes; ¿su hermano será malo? ¿Por qué no me cuenta sobre él? O sobre su familia. Su niñez. Su vida. Todo lo que no me cuenta.

Mejor concentro mi atención en otro tema. ¡Qué suerte que evita escuchar mi mente hoy!

Alrededor está todo oscurecido y cualquier mancha en el cielo gracias al aporte del sol se esfumó hace un buen rato. El muelle en el lago está iluminado con farolas antiguas y en sus flancos hay varias lanchas.

—¿Paseaste en una alguna vez? —pregunta Owen.

—Sí, de pequeña. Me encantaba —contesto, mientras el recuerdo me lleva a otra época de mi vida, donde todo era más sencillo de lo que es ahora, donde no había problemas mayores o, al menos, no me daba cuenta.

Sonríe con su hoyuelo expuesto y comienza a caminar hacia el restaurante que se encuentra a varios (muchos) metros de nosotros. La música se hace cada vez más fuerte a medida que nos acercamos. Al entrar, una ráfaga de aire caliente golpea mi semblante, lo que hace que me estremezca por el cambio de temperatura. Dentro es cálido, las sillas están adornadas con fundas y cada mesa tiene una vela encendida. La luz es algo tenue, muy romántica. El aroma a deliciosa comida está en el aire, como si me invitara a probar un plato. Hay gente, pero no está lleno. En los muros puedo ver algunas fotografías del lugar hace años, y las camareras caminan todo el tiempo de un lado para el otro.

—Siéntate, Honey. Espera que acuerdo algo.

—Bueno.

Busco una mesa y me fijo que no esté reservada antes de sentarme. La silla mullida es cómoda. ¡Venir aquí era todo un detalle! En vacaciones, siempre pasaba por la puerta del lugar, pero es demasiado caro para permitírmelo, a mí o a mi familia.

¿Podrá pagar esto? No es justo que gaste tanto... Owen se encamina a la recepción y ordena algo que no logro escuchar. El recepcionista, un poco regordete con su camisa negra, le tiende un ejemplar de llaves y llama a una camarera. Mi estómago da una punzada cuando la veo: es muy guapa. Demasiado. Podría jurar que su uniforme está algo más corto que el de las demás. Por la manera en que observa a Owen debo decir que no piensa nada inocente. Coloca un mechón de cabello oscuro detrás de su oreja y le regala una sonrisa demasiado afectuosa a mi novio.

Mi novio.

Se vuelve hacia mí y me señala; ella me examina de arriba abajo con una mirada crítica. Puede ser que lo siguiente que hago es algo típico de una novia celosa, pero no importa. Camino hacia él y lo tomo de las caderas en un abrazo cariñoso. Owen me sonríe de esa forma tan irresistible y la chica gira sus ojos.

—Ella es Julie, Honey.

La chica suelta una carcajada estruendosa, que llama la atención de algunas personas que cenan y comienzan a mirarnos para adivinar qué pasa. Ella levanta una ceja.

—¿Honey? ¿En serio tu nombre es «miel» en inglés?

Definitivamente, no me cae bien Jodie.

«Julie, Emma».

«Uf, se suponía que no escucharías mis pensamientos. Tramposo».

«¿Cómo voy a poder no escucharlos sin salen de tu mente como gritos? Calma».

—Mi nombre es Emma —contesto con pesadez.

—Mi perro se llama Emma. —Me contempla con su genuina malicia una vez más—. Babea mucho. Y apesta.

Su nombre comienza con «J» de «JODIDA», así, en mayúscula. Pueden dos personas jugar el mismo juego.

—Oh, ¿sí? Te debe gustar mi nombre. ¿Cómo era el tuyo? ¿Josefa? —remato.

—Es nombre de perro.

—¿Y July no?

—Me llamo Julie. Ya quisieras tener mi nombre.

¡*Agh!* ¿Por qué tan irritante? Sus ojos verdes oscuros me miran desafiantes y yo quiero gritarle, tomarla del pelo y patearla. Eso no es lo que suelo pensar. Debo hacerle caso a Owen y calmarme.

Dejo pasar los segundos, pero no logro tranquilizarme. Cierro los ojos y, al abrirlos, ella sigue mirándome, con cara de «yo gané, tú no». Juega con su pelo de forma coqueta y le lanza pequeños vistazos a Owen.

—No. Ni hablar —le digo—. Espero que dejes de ser así de molesta.

—Espero que dejes de ser tan horriblemente insoportable, cara de niñaata. ¿Cuántos tienes? ¿Once? —replica.

¿Por qué me molesto en hablar con ella? ¿De dónde conoce a Owen? ¡Es una maldita perr...!

—Uh, bueno, chicas —interrumpe Owen algo incómodo—. Eh... ¿Julie? ¿Puedes armar lo que te había pedido?

—Sí, corazón. —Su voz suena seductora, como un ronroneo. Se marcha contoneando sus caderas en un caminar sensual, que marca sus curvas. Pero

antes de irse por completo y desaparecer tras la puerta de donde queda, asumo, la cocina, gira otra vez sobre sí misma para encararnos, mientras mantiene su vista fija en mí—. Un placer conocerte, Emily. Odio que seas un manojito de problemas viviente. Suerte que tienes a Owen. —Y con eso, se va.

Eso fue extraño, infeccioso y exasperante. ¿Qué le pasa a esa chica? Espero nunca más dirigirle la palabra. Ni una.

Le voy a preguntar a Owen de dónde la conoce, si es que la conocía antes, pero algo llama mi atención. Muchas camareras comienzan a salir del local con platos, cubiertos, manteles. Utensilios para cenar. ¿Qué pasa aquí? Owen hace un gesto como para sentarnos en la mesa donde antes estaba yo. Me corre la silla en un gesto caballeroso y luego se sienta en la suya sin dejar de observarme. ¿Por qué me observa?

—Es tentador saber qué piensas, Honey.

—Ah —digo simplemente. ¿Qué podría responder a eso? Aún sigo cabreada gracias a la despampanante y malvada Judith. ¿Cómo se atreve a...?

—Me gusta cuando te pones en plan de celosa.

—¡No estoy celosa! —digo algo histérica.

—Ajá y yo me llamo Pedro —murmura soltando una risita y me dan ganas de estamparle un puño en su cara de ángel—. Claro que no.

¿Desde cuándo pienso en dar puñetazos? ¡Odio estar celosa!

—¿Lo ves? ¡Ce-lo-saaaaaa! Hasta que lo admites, ¡estás celosa, estás celosa! —canta en forma de burla.

¡Ah! Es un niño. Un ángel con la madurez de un niño de preescolar. Puedo estar celosa y obvio que está bien eso si le coquetean así abiertamente a mi novio. Seguro que si hablo con Steven, él no se comportaría como un pequeño dulce.

Escucho a Owen soltar un bajo gruñido. «Ah, eso también lo escuchaste. Bien. ¿Ahora quién tiene celos, ángel?».

Se acerca una camarera de baja estatura, no mucho más grande que yo. Tiene su oscuro cabello atado en un moño del que salen muchos rulos. Su piel es blanquísima y contrasta con sus pestañas kilométricas que enmarcan sus brillantes ojos cafés en su diminuto rostro, que tiene forma de corazón.

Nos regala una sonrisa tímida y se asegura de no mirar de más a Owen. Le agradezco con un asentimiento por la consideración.

Cuando habla, tiene un acento cordobés marcado y una voz bastante grave, como de seda: —Ya está todo listo. —Se sonroja y agacha su cabeza muy leve.

—Gracias —dice él.

La chica, cuyo cartel en el uniforme dice Elizabeth, sonrío plena. Su oscura mirada va directa hacia mí, sus ojos se le achinan a los costados en un gesto dulce, lo que levanta aún más las comisuras de su boca y me desea «suerte».

—Bueno, cualquier cosa nos avisan. Esperamos que disfruten de la comida.

Elizabeth nos da una última mirada y se dirige a otra mesa para anotar un pedido.

Owen comienza a caminar hacia la puerta de salida.

—¿Owen? ¿Qué haces?

—Una sorpresa. Ven —responde, marcando un «sígueme» con la cabeza; me paro con rapidez y pierdo el equilibrio por los nervios. Al llegar a su lado, pone una venda en mis ojos para taparme la visión y con un bajo susurro, me dice «no espíes». En un suave toque, toma mi mano y empieza a guiarme. Tengo una idea de hacia dónde.

Camino intentando usar al máximo mis otros sentidos sensoriales. Bueno, es obvio que salimos por el frío repentino en mis mejillas. Aún conservo puesta la campera de Owen.

—¿Quieres que te dé tu abrigo? —le recuerdo. A pesar de que no se enferma, no quiero que tome frío. Algo tonto, lo sé.

—Honey, no hace falta. Todo está bien —musita en mi oído—. Solo sigue caminando.

Oigo el sonido del agua que chapotea contra las maderas del muelle. El aire es fresco, tan natural que relaja cada una de mis células y las hace puré al instante. Siento las manos de Owen en mi rostro y luego sus labios sobre los míos, que me reclaman y me hacen sentir en las nubes, flotando en un cielo dulce de algodón. El beso es lento, exquisito, plácido. Primero lame mi labio inferior; transcurre una eternidad allí. Sus manos están en mis frías

mejillas y acarician mi lóbulo. Me empujo más contra él para profundizar el beso, pero Owen sigue con su ritmo tortuoso, hasta que, desenfrenado, toma mis caderas, y el choque entre su boca y la mía se vuelve pasional y excitante. Mis brazos están enredados detrás de su cuello, en su espalda. No puedo ver sus inverosímiles ojos, pero siento su mirada sobre mí. Él gruñe y suelta un suspiro, lo que hace que mis piernas tiemblen y dejen de sostenerme, el efecto Owen Liv.

—Me matas —suelta entre respiraciones desbocadas que se unen a las mías. Me da pequeños besos mientras me quita la venda.

Mis ojos se acostumbran a la luz.

Un bote, que antes ha llamado mi atención, ahora está iluminado en su totalidad y, al lado, en el muelle, hay una pequeña mesa con una vela encendida. Un elegante mantel, flores, cubiertos y comida bajo unas tapas para protegerlas. ¡Todo tan hermoso y organizado, hasta el mínimo detalle y adorno!

¿Owen hizo esto para mí?

Salto para envolver mis brazos en su cuello y poner mis piernas entre sus caderas en un gran abrazo. Él queda pasmado un segundo y luego me corresponde, apretándome bien fuerte sin soltarme.

Lágrimas empiezan a caer: «¿Qué hice para merecerlo?». Es lo más lindo que jamás imaginé que recibiría.

Owen observa mis mejillas, ahora húmedas, intranquilo.

—Honey, estás llorando. ¿Qué ocurre? ¿He hecho algo malo?

¿En serio me pregunta eso? Oh, dulce Owen. Mi Owen.

—¿Algo malo? —digo con la voz bien débil, casi con la intensidad de un pequeño suspiro—. Owen, esto es increíble. Es más de lo que hubiese imaginado. Más de lo que hubiera merecido. Es mucho... es... —Sus ojos se topan directo con los míos—. Es perfecto. Realmente perfecto.

Mariposas comienzan a revolotear por mi estómago, queriendo salir. Deseo que el momento pudiese durar por siempre.

CAPÍTULO



¿En serio cree que hizo algo malo? Vaya, ¿cómo algo así... podría lastimarme? ¡Es todo tan hermoso! La luz de la vela tan tenue, envuelta en una esfera de cristal, la brisa que acaricia mi cabello...

Owen camina hacia el bote y de allí saca un abrigo. A pesar de que no se enferma jamás, seguro es molesto helarse, incluso para un ángel. Todavía llevo puesto el saco que Owen me prestó, ya que el mío no sirve de mucho. Repito: qué suerte que Owen me hizo cambiar de ropa, aunque tendría que haber buscado algo más cálido en mi armario. Su campera tiene el típico aroma a una exquisita colonia masculina que parece ser su marca registrada; nunca antes la había sentido. Inhalo un poco de esa maravillosa fragancia y mis piernas, mi cuerpo... todo en mí tiritita.

Solo Owen causa ese efecto en mí. ¡Oye! Se trata solo de su abrigo.

Me toma de la mano y caminamos hasta el muelle. Mi estómago está lleno de mariposas y me siento como si viera una película, como si viviese todo en tercera persona.

¿Alguna vez pensaste que algo era tan irreal que podía llegar a ser un producto de la imaginación? Bueno, nada de lo que pasa es real para mí. Quiero decir: es real, pero imposible de una manera posible, ¿me explico? Cada segundo que corre veloz, me mantengo alerta. Temo despertarme de un buen y único sueño para descubrir que todo fue un juego de la mente y deseos improbables de una adolescente.

Al llegar a la mesa, corre la silla de forma educada para que me siente. Un rubor toca mis mejillas ya sonrosadas por el frío. Cuando se sienta en frente mío, su mirada me contempla con anhelo. La sonrisa de Owen se

extiende y, a la luz de las velas, luce tierno e increíblemente fuera de este mundo. Realmente tierno. Se ruboriza.

«Un momento».

¿Owen ruborizado? ¿Qué sigue? ¿Cerdos que vuelan?

Luego, para cortar el momento que ya empieza a convertirse en algo demasiado carmesí, Owen se aclara la garganta y comienza a hablar.

—Creí que aquí te gustaría. Pero... no pensé en el frío, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que pida entrar al restaurante?

La luna se filtra por los oscuros cabellos de Owen y hace que se unan a la noche estrellada. Debo decir que, al lado de las velas, con ese mínimo calor que irradian, se está bien. Además, no quiero entrar al restaurante y ver a ¿Judie? Como sea. Frío no tengo ya. No mucho. Casi ni lo siento, a decir verdad. El viento sopla, pero con menos intensidad, por lo que el ambiente se torna más cálido y armonioso.

—Estoy bien, ya casi no hay viento.

Puedo ver las largas pestañas de sus ojos azules. Su boca curvada, que me incita. Ay. ¿En verdad estará cumpliendo su promesa de «no leer la mente de Emma por hoy»?

No me fiaría demasiado en ello, pero por ahora, parece cumplirla.

—¿Cuál es una de las cosas que más deseas? —pregunta de repente.

Vacilo. ¿Algo que deseo mucho? La pregunta me toma por sorpresa, ya que pensé que no diría nada. Una pequeña risa se escapa de mis labios, lo que me recuerda la línea de una de mis novelas preferidas, pero sé que va en serio y que espera una buena respuesta para ello.

—Eh, cuando termine el instituto empezaré a estudiar la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires.

—Sabes que no me refería a eso. Tu sueño. Tu deseo en la vida, lo que a ti te gustaría ser más allá de lo real.

—*Uhm...* —murmuro pensativa—. Me gustaría recorrer el mundo, ¿sabes? También escribir algún libro, no solo poesía.

—¡A eso iba! ¿Y... lo notas? Te doy buen material de escritura, ¿eh? —Apoya sus dos codos sobre el mantel de la mesa y hace que el contenido de la botella de Coca-Cola se mueva con rapidez por unos segundos—. Eso sí, debes contar en detalle lo perfecto que soy.

Y sí, no podía no decir algo como aquello.

—¡Owen! —le digo—. ¿Puedes...?

—¿Ser más arrogante?

—¿Estás leyendo mi mente? —le espeto.

Sacude la cabeza: —Pero me gusta hacerte enojar. Eres divertida cuando te enojas... y cuando te pones celosa.

¡*Aish!*

—¡No estaba celosa! —«sí, estaba celosa»—. ¿Quién es Jodie?

—Se llama Julie, Emma. Y sí. —Se inclina más hacia mí—. Lo noto en tu mirada. Celos.

—¡Que no lo estoy, Owen! ¡Y no me importa cómo se llame Julia!

A carcajada tendida, Owen comienza a exasperarme. No se dará por vencido.

—¡Estás jodidamente celosa! ¿Quién es Julie preguntaste? Es una vieja amiga. —Le frunzo el ceño—. Eh... ella es... algo amarga con los humanos... —dice—. Pero en el fondo le agradas —agrega aprisa.

—En el fondo le agrado —repito irónicamente—. Le agrado mucho, tanto que, si hubiese podido, me habría asesinado con tan solo echarme un vistazo.

—Emma...

—¿Entonces ella no es humana? —pregunto algo aturdida.

—No —contesta—. Ella es una caída.

Mi sangre se hace hielo y me paraliza por completo. ¿Una caída? ¿Un ángel caído? La única vez que me topé de manera consciente con un caído me quiso matar y no digo que ella no quisiera cuando estaba dentro del restaurante.

—Me has dicho que es amiga tuya, ¿pero no peleas contra caídos?

—Sí, lo es. No me gustan los caídos, pero con ella me llevo bien. Hay veces en las cuales le quiero cerrar esa gran boca, como hoy. —Resopla pensativo—. Ella ha sido mi amiga desde hace tiempo y me ayudó mucho cuando llegué aquí. Julie está enamorada de un caído y le hice un favor cuando vino al mundo humano.

Por algún motivo el alivio me invade. Al menos sé que ella no me trató mal, porque también le gustara Owen. Quizás es como dice él: tiene una

boca demasiado grande. Niego con la cabeza y pienso que es mejor cambiar de tema, no quiero que se centre nuestra cita en esa chica.

Así que decido aligerar el ambiente y miro hacia la comida, que está tapada con un platillo metálico para conservar el calor.

—¿Qué es? Puedo oler... ¿salsa? —Mantengo la vista en un punto fijo, deseando no sentir los ojos de Owen en mí. Ahora mi cuerpo entero arde en llamas: vergüenza. Nunca experimenté celos por nadie, ¡qué horror! Ni siquiera los pude ocultar y, para colmo, ahora él sale victorioso al saber que no estaba equivocado.

—Destápalo y verás. —Habla, pero en su voz puedo descubrir un atisbo de incomodidad.

Como mi estómago ruge, destapo el plato y coloco el cobertor a un lado de la mesa. El aroma de la pasta llega a mi sistema: sorrentinos. Son como ravioles, pero más grandes.

—Espero que te gusten, Honey —dice Owen.

Alzo la vista y mis ojos chocan con los suyos. Parece relajado, aunque en verdad no noto que lo esté...

—¿Te encuentras bien? —pregunto—. Yo... no quería incomodarte...

Owen levanta una ceja, incrédulo.

—¿Incomodarme? —El hoyuelo reaparece y la tensión entre nosotros se levanta como sol al amanecer, como marea que baja. Sonríe mientras el suave murmullo de la pequeña ventisca alborota sus cabellos y los hace bailar. El sonido del agua parece provenir de su mirar azul zafiro—. Lo siento, Emma.

Parpadeo por el cambio de conversación.

—¿Qué? —pregunto torpe—. ¿Por qué?

—He roto la promesa —responde arrepentido—. Dos veces.

Un silencio viene tras ello. ¿La promesa? Espero a que siga, pero no habla. Coloco mi mano, en un intento de darle valor, sobre la de él que se encuentra muy cálida. Owen salta ante mi toque, pero luego aferra sus dedos y los engancha con los míos.

—La de una cita normal. Primero leo tu mente, luego te hablo de ángeles caídos. —Junta las cejas, culposo y apenado—. Lo siento —susurra otra vez.

La falta de sonido vuelve a reinar en el ambiente y siento cómo una muralla se forma entre Owen y yo. Él se preocupa por tener una cita normal, pero nada va a ser normal para nosotros. Nunca. Aunque lo intentemos. ¿Por qué se empeña tanto? Bueno, entiendo que debe pensar que me quita la humanidad o lo que sea de mi vida, pero no necesito que finja ser algo que no es.

—Owen —le digo—, no pasa nada. No estoy enojada y no tienes que disculparte. Bien, has roto la promesa, pero no dejaremos que eso arruine todo esto, ¿de acuerdo?

—Quiero darte norma...

—¿Normalidad, Owen? ¿Algo normal? ¡Nada es normal y tampoco lo será para nosotros! Pero está bien, nuestra situación es así y debemos afrontarla. —Mi voz sale demasiado fuerte ya, tomo un pequeño respiro y sigo más lento por lo bajo—. No vale la pena actuar como si nada pasara cuando, en realidad, pasa todo.

—Emma...

—¡Ya has hablado! Pues ahora quiero que me escuches a mí. Debo decirte algo. —Hago fuerza por dentro, estoy a punto de hacer explotar todos mis sentimientos en su cara—. Te amo, Owen. Con todo lo que eres y la poca normalidad de lo nuestro, ¿entiendes? Es extraño para mí, no diré que no, pero no importa lo diferentes que seamos: te quiero. Y sí, estoy celosa, porque no sé casi nada sobre ti e intuyo que no me dices muchas cosas. Demasiadas. Tampoco sabía si esa Julie fue tu novia y ¿sabes? Te quiero solo para mí. —Ignoro mi rubor—. Eso no te libra de que quiera descubrir qué ocultas. Para nada. ¡Pero basta con eso de intentar hacer todo más normal! No es necesario. Desearía, realmente desearía, que todo fuese más fácil, pero enfrentaremos cualquier cosa. Juntos.

—Emma... —dice en casi un susurro mientras se levanta de su silla y se arrodilla a mi lado—. Me haces muy feliz. Yo...

—¿Entonces cuál es el problema? —lo interrumpo, temiendo que me diga algo malo. Lo sé, es idiota de mi parte, pero puedo poner a mi favor que prefiero que la cita vaya bien y no en picada constante.

—El problema es que no me haces caso, Emma. —¿Eh?! Me enderezo rápido en mi asiento. ¿Qué significa eso?—. No comes cuando te digo que

lo hagas. Escucho tu estómago retorcerse desde aquí, ¿por qué no lo alimentas, Cusnier?

Ambos estallamos en carcajadas; él, más fuerte, después de que ese momento tenso terminara. Gracias a ello, al fin Owen recupera su brillo y su sonrisa arrogante, me regala un pequeño beso en los labios y se sienta otra vez en su silla. Toma el primer bocado de sus sorrentinos y lo mastica con un gesto placentero. Por un momento parece no notar mi presencia. La luna custodia está por completo visible, acompañada de todos los astros en el cielo.

—¡Oh, Emma! Son geniales, ¿por qué no comes?

—¿Por qué eres tan mandón? —le replico.

Empiezo a reírme de nuevo, pero esta vez, Owen no me acompaña, sino que me mira fijo, sin descanso. Comenzamos una batalla de miradas y él frunce el ceño, mientras yo apoyo un codo en la mesa, observándolo escéptica.

Mis ojos comienzan a escocer luego de los veinte segundos y a los treinta se me empiezan a cerrar.

Claramente estoy a punto de perder, pero Owen termina apartando la vista. Pincho un sorrentino y sonrío mientras lo mastico triunfante.

—¿Cuál es tu color favorito? —pregunta de repente.

Al recordar sus ojos y la intensidad que tienen, respondo: —El azul. — Luego quiero que la tierra me trague.

Owen sonrío pícaro: —No me has dejado terminar lo que te iba a decir, Honey, con tu pregunta de «¿cuál es el problema?». —Suspira—. Te necesito. Ese es el asunto. Y quiero que estés bien. Vivas bien. Te sientas cómoda. No soy la definición de novio cómodo. Hay historias que cambian todo. Hay personas que, por meterse con otras, la historia se adelanta y todo corre más rápido, más peligroso. Créeme, necesitas vivir lo más posible ahora.

—Yo, Owen...

—Mira, sé que es complicado de entender, pero quiero que sepas algo: esté donde esté, siempre te voy a querer, voy a estar a tu lado, acompañándote. No tienes idea del efecto que has causado en mí. No imaginarás jamás nada de lo que puedes lograr. Nadie lo imagina. —Estoy a

punto de hablarle, pero no me lo permite—. Sí, sé que no tienes ni idea de por qué digo esto, pero, cuando sea el momento de entender... ya lo verás. Te amo, Emma; te amo con todo lo que soy.

Sus manos se aferran a la mía con fuerza. ¿Qué es lo que me dijo? Bueno, de hecho, tiene razón, no entendí pero... suena complejo. Y asusta. Mis palmas están frías y Owen se pone de pie otra vez, me alcanza, me rodea con su característico abrazo protector y me deja plantado un beso en la frente.

—Entonces, ¿no tuviste novio? —pregunta, fingiendo una exagerada sorpresa por ello. Mal actor.

—No.

—¿Beso antes de mí?

Sonrío: —Sí. Mala experiencia con ello. —Owen frunce el ceño y me hace sentir intimidada.

—Oh, ya veo —dice—. Es que, Emma, no lo culpes. Cualquiera que me bese jamás podrá compararme con otro. Opaco a todos.

Aish. Es irritantemente arrogante. Inclusive idiota.

Y hermoso.

Y gracioso.

Y de alguna forma me encanta.

—Eh... Lo que digas —canturreo. Tomo una cucharada de mi postre: un delicioso volcán de chocolate bañando con *marroc*^[4], y espero su próxima pregunta. La cita va así: él pregunta, yo respondo. Me pregunta sobre mi familia, mis actividades extracurriculares, los lugares a los que he ido de vacaciones y a cuáles no, mis amigos... y yo no le he podido preguntar nada acerca de él.

Debo decir que me cansa hablar de mí y su actitud de que «por protegerme» no me dice absolutamente nada. Ni algo mínimo. Sigue siendo tan frustrante como antes...

—A ver, dime algo más que no sepa de ti. ¿Película favorita?

—Oh, eh... ¿*Los Juegos del Hambre*? —Odio responder cuando pregunta algo—. Las películas están bien adaptadas de los libros. Faltan

cosas, pero están buenas. También amo *Star Wars*, mi papá es fanático y me crié con las películas.

Sonríe.

—¿Gale o Peeta? —Su voz suena seria.

—Peeta. ¿A qué vas con esto?

—A conocerte mejor, Honey. Cada detalle. ¿Qué personaje de *Star Wars* te gusta?

—Anakin Skywalker, me encanta.

Alza una ceja: —Es el malo.

—Pero es el personaje que más crece a lo largo de la historia, que más cambia, que se equivoca mucho, pero, luego, cuando se da cuenta de que su hijo corre riesgo, da la vida por él. No sé por qué, pero me fascina. —Sonríe al recordar una pelea que tuve con mi hermano por una carpeta de *Star Wars*—. ¿Cuándo voy a poder conocerte a ti? —le pregunto.

—Algún día.

¿Algún día? *Wow*, es la respuesta más prometedora que me ha dado. La ventisca regresa y el frío se vuelve a sentir. Owen promete que no se termina aquí la cita, que habrá más y mejores, y que aún falta la mejor parte.

Owen ha pensado en todo.

Al terminar el platillo de volcán de chocolate, Owen me tiende una mano y nos dirigimos hacia el pequeño bote. Siento una punzada en el estómago. Será... ¿buen piloto? ¿Tendré frío? Por milésima novena vez, ¿por qué no me abrigué aún más?

El motor hace un sonido fuerte, pero similar a un ronroneo. Owen ayuda a sentarme a su lado y miro los controles con respeto y desconfianza mientras empieza a tocar los botones y palancas. —¿Estás lista?

—Sí.

En realidad, no.

Luego, ese ronroneo se hace constante. Una adrenalina precipitada invade mi cuerpo, junto a las emociones; ¡todo ese conjunto se mezcla en mi pecho! Las sierras a la distancia parecen monstruos imponentes que son bañados por la sincera luz de la luna. El viento arremolina mis cabellos y los tira hacia atrás.

Siento la inestabilidad del vehículo y me entra el miedo. Parece que mi ángel se da cuenta de ello, ya que toca mi barbilla para que le mire.

—No temas. —Me tranquiliza.

Su voz, ¡ay!, suena como una dulce melodía que amansa mis dudas y tengo el deseo de pararme, pero no para salir corriendo. Voy a la punta delantera del bote y abro mis brazos, como lo hacen en la película *Titanic*. La corriente de ventisca presiona mis brazos, y me regala una sensación gloriosa y única.

Echo un vistazo para atrás y Owen me mira, sonriendo. Suelto una pequeña risa y cierro mis ojos para perderme en cada sonido y sensación.

Unas manos recorren mis brazos, y siento un abrazo fuerte y cálido, que me acurruca en esa increíble noche. Al principio salto ante su roce, ¿no debería pilotear? Pero luego sus caricias causan efecto en mí; me hacen olvidar todo lo que nos rodea, salvo nosotros mismos.

El momento se vuelve mágico y me giro hacia él para poder verlo. Sus labios llegan a los míos con suavidad, algo tímidos pero cariñosos. Su fresco aroma hace que lo atraiga más hacia mí y que no quiera soltarlo. Muerde levemente mi labio y murmura: —Eres mi Honey. Solo mía —y agrega—: Es mi turno de responder y contar algunas cosas.

Luego vuelve a besarme, esta vez reclamándome. Hace que cada una de sus palabras tenga un sello en mí. Una marca eterna.

Me doy cuenta de que el bote está varado, flotando en el agua lejos de la orilla. Sin escapatoria. El aroma a río, noche y montañas está impregnado en el aire, y puedo escuchar cada pequeñísima ola golpear contra nosotros.

—Antes de conocerte estaba dañado, Honey; destruido por el odio. Te odiaba a ti también, como me odiaba a mí: eras demasiado buena para ser tú. Detestaba todo lo que tuviera que ver con humanos, *nefilims* y caídos. Cualquier cosa. Hay tanto que contarte, pero no sé cómo.

¿Demasiado buena para ser yo? ¿Qué quiere decir?

—¿Me odiabas?

—No solo a ti. Pero no te conocía lo suficiente y estaba ciego. — Suspira y maldice. ¿Los ángeles pueden maldecir? Vaya...

—Pero, Owen... no parecía que me odiabas cuando nos conocimos.

—Como dije, muchas cosas que debo y quiero contarte. Me exaspera no poder sacarlas de mí cada vez que... Honey, quiero que sepas que te amo con todo lo que soy y poseo, que eres la razón por la que estoy vivo, verdaderamente vivo. Gracias a ti. Te amo y no debes estar celosa, solo tengo ojos para ti. Julie es una vieja amiga, como una hermana.

—Owen, ella no importa ya...

Parece no escucharme: —Yo... yo estuve durante todo este tiempo pensando cómo decirte las cosas. Sé que no fui el mejor...

Tomo con mis dos manos su rostro y lo atraigo hacia mí.

—Fue perfecto. —Le doy un pequeño beso—. En verdad, fue increíble... ¿Puedo preguntarte algo? Se supone que es mi turno...

—Depende de qué... —dice sonriendo, pero su sonrisa no le es fiel a sus ojos—. Dispara.

—¿Cuál es tu color preferido?

De pronto, su mirada comienza a brillar. Abre la boca para hablar, pero luego la cierra tembloroso. Mira hacia las estrellas; luego regresa hacia mí.

—El color miel.

Mi semblante cambia de forma automática a colorado cuando entiendo la indirecta (directa) de su respuesta. ¡Oh!

—Oh —consigo decir, sonrojándome aún más.

—¿Quieres saber de mi familia, cierto? —pregunta.

Lo cierto es que sí. Es una gran incógnita que nunca he podido cerrar.

—Sí. Si quieres...

—Mi gemelo es, por unos minutos, más grande que yo. —Empieza—. Mi familia era una muy importante en mi mundo. Ambos padres eran arcángeles respetados. Pero papá tenía una obsesión: los humanos. —Cierra fuerte sus ojos—. Mamá decía que se le pasaría, pero él continuaba así. Nos hablaba a mi hermano y a mí de ello, de cuánto quería ser humano. Explorar toda la tierra. Tener otra vida. Creía que estaba loco. Mamá era incondicional a él. El amor en mi mundo es algo muy extraño, que pocas veces puede suceder entre los ángeles, como también los sentimientos. En general, somos más pensantes que emocionales, aunque hay casos que no: nunca fui ajeno a los sentimientos y me odiaba por eso. Mi madre también

era más sentimental y papá quería serlo como ella, que era lo más parecido a un humano en mi mundo. Por eso mismo yo me odiaba.

Me mira, estudiando mi reacción. Estoy atenta a cada palabra y cuando Owen se da cuenta de eso, sigue.

—Un día simplemente se fue. Se marchó cuando éramos adolescentes y nos dejó solos, a nuestra madre y a nosotros. ¿Sabes qué? Mi hermano sabía que se iba. Nunca hizo nada para evitar que sucediera. Era el hijo preferido de mi padre, que fue capturado por ángeles de la venganza: le quitaron las alas mientras intentaba escapar del Cielo. Pero eso no lo desmotivó y, al poco tiempo, comenzó a formar una vida aquí, con una humana. Y tuvieron un hijo.

Puedo ver el dolor en Owen, cómo aprieta sus manos en puños, el modo en que frunce el ceño y su voz se quiebra. Finalmente, descubro algo de él y ese algo es horrible.

—Si te hace daño, no sigas... —No quiero verlo mal, triste. Pero Owen sacude la cabeza y me regala una sonrisa forzada, dispuesto a continuar. ¿En serio tiene otro hermano? Sería un... ¿*nefilim*? ¿El hijo entre humano y ángel caído? ¡Oh!

—Mi gemelo y yo nos criamos de formas muy, muy diferentes. Él se parece mucho a mi padre, adora los humanos, pero es más racional que él y más frío. Yo... yo odiaba ver a mamá que se consumía por la oscuridad, por los sentimientos que la acosaban y el rechazo que sentía. Ella... no resistió lo suficiente, amaba a papá y no soportó perderlo. Se fue del mundo sin poder aguantar el dolor... falleció al poco tiempo. Yo... por eso soy un ángel vengador, esperé por muchos años encontrarme cara a cara con mi padre y hacer o decirle... el Cielo sabe qué. Mi hermano, en cambio, es un arcángel. Es mucho mejor que yo. Todos lo prefieren a él desde el principio de nuestras vidas; siempre hace lo correcto, siempre sabe qué decir, siempre fue más ángel, con todas las letras, que yo. Mi hermano sabe exactamente cuándo actuar; en cambio, yo voy a mi aire y siempre estuve perdido. —Su mirada azul quema, incluso arde en mí—. Eso hasta que te conocí. Eres el primer mundo en el que me sentí como en casa. Eres mi brújula. No hablo con mi hermano. Estábamos en bandos diferentes. A mi padre jamás lo vi hasta hace un tiempo atrás y a mi medio hermano, pues, desde que me

enteré de que existía, lo odio. Él tuvo una familia feliz. Mi padre lo ama y tiene a su madre. —Una lágrima cae por mis pómulos y un sollozo suena desde lo profundo de mi pecho—. No le he contado a nadie sobre esto, Emma.

—No le diré a nadie —prometo mientras recorre con sus manos mis húmedas mejillas—. Siento todo lo que ha pasado, Owen... De veras, yo...

—No lo sientas. Duele recordarlo, pero me hizo bien contártelo después de todo. Además —una de sus laderas de la boca se corre para un costado para formar su típica media sonrisa, hoyuelo incluido—, si eso no hubiese pasado, no te habría conocido. Me gustaría que la historia fuese otra; recuerdo cuando todo era más fácil...

—Te quiero —le digo, entregándole mi corazón.

—Te amo —responde, pero su rostro cambia y vuelve a su estado triste; acaricia mi barbilla, se acerca cuando se recupera para susurrar en mis labios—. Emma, me debo ir por unos días. Tengo que hacer un informe para asegurarme de que estemos bien.

Ahí es cuando me quedo paralizada. ¿Se irá? ¿Por cuánto? ¿Qué son con exactitud «unos días»? ¿Informe de qué? ¿Por qué me deja de esta forma? ¡No! Mi sistema parece colapsar ante la mención de «irse». De pronto, siento que me falta el aire. ¡Me falta el aire! Busco sentarme de manera penosa, ya que tropiezo y Owen me sostiene; pongo mi cabeza entre las piernas respirando de forma entrecortada.

—¡Honey! ¿Emma? ¿Estás bien? —No logro concentrarme en sus palabras, solo una frase revolotea por mi mente: «Se irá. Se irá lejos».

—¡Honey! Escucha, serán unos días. Volveré. Regresaré, lo prometo. ¿Cómo podría no volver?

—¿Será como la vez que te fuiste, cuando faltaste la semana de clases? —pregunto torpe al encontrar mi voz.

—Sí. Pero estarás bien. ¿De acuerdo?

—Owen. ¿Está todo bien? ¿Es común que te llamen de allí? —Mi voz sale temblando, baja, temerosa.

En cambio, la suya suena tranquila, pero sé que en realidad no lo está por dentro.

—Sí, cada tanto debo ir para presentar informes, es común. Debo hablar de... algunas cosas de la Tierra. —Chasquea la lengua mirando al horizonte, pero sin ver nada en realidad—. Prométeme algo, ¿bien?

—¿Qué?

—Yo prometo volver con respuestas de allí. Tú promete que no hablarás con Steven, ni con nadie raro. Ni contestes notas como la vez anterior.

—¿Por qué no puedo hablar con Steven? —Mi voz sale cansada, pero tajante.

—Solo... no hables con él. No confío en él. De veras, no es de fiar.

Artículo un «bueno» silencioso. Eso mismo dijo Steven de Owen.

—¿Qué clase de informe debes dar?

«¡No es justo! —pienso—. ¿Estará en problemas por mi culpa? Justo cuando empezaba a conocerlo mejor, más de lo que...».

Habla severo: —No es necesario conocer todo de mí; temo que te asustarías con lo que tengo para contarte. Hay más, mucho más.

—No me darías nunca miedo —le digo, temblando ante la idea de que tenga algo demasiado oscuro para atemorizarme.

—Emma, es normal sentir miedo. Incluso yo estoy asustado por lo que se viene.

[4] Es un gusto que combina praliné blanco y leche; el nombre hace referencia a la marca del chocolate.

CAPÍTULO



Al volver, los dos estamos envueltos en nubes, flotando en nuestros pensamientos. Es la primera vez que él se ha abierto a mí y, sinceramente, deseo que no se arrepienta de ello. No me esperé jamás una historia como la que Owen me contó. ¿Por qué nunca me habló de ello, en detalle?

Tal vez, le duele mucho su pasado. Por razones, muchas razones, evita dialogar sobre ello; vivió momentos súper duros: su padre que lo abandona por una obsesión y se marcha al mundo humano, en tanto deja que su esposa muera de angustia y a sus dos hijos, Owen y su hermano, solos; crea otra vida, con otra mujer, tiene un hijo con el que sí estuvo y no abandonó.

Tan solo pensarlo es doloroso, no me imagino vivirlo. Owen es muy fuerte.

Vaya. Me siento muy apenada por todo aquello. Uno, cuando se imagina a los ángeles, los piensa como pequeños felices y dulces niños de cabellos dorados, algo gordinflones y con pequeñas alas blancas. Bueno, eso si no has leído ningún libro sobre ellos.

Ahora, me doy cuenta de que no es así. ¿El mundo de los ángeles tendrá problemas parecidos al humano? ¡Eso es tan triste! Me gustaría viajar en el tiempo e ir a abrazar al miniOwen, darle el amor que no recibió; no cambiaría la situación dolorosa, pero amortiguaría el golpe.

A Owen no le debe gustar estar allí; seguro que por eso no quiso ser arcángel...

Ahora lo han llamado para ir.

Se irá por unos días y me dejará sola.

No dependo de él, eso está claro, pero lo necesito, lo amo demasiado. Ha sido un misterio desde que entró a mi vida, pero se ha convertido en parte importante de ella. Owen sabe cómo moverse y estar alerta. Yo... yo ni siquiera sé quién me busca o qué pasa. ¡Tampoco pude descubrir quién ha robado mi poesía hace un mes atrás! ¿Cómo podría luchar con un caído o lo que sea y salvarme? Defenderme sí, pero de ahí a salir ilesa o viva, hay un largo trecho.

¿Quién dijo que tener a un ángel de novio era fácil? Eh, bueno. Nadie nunca dijo eso. Todos sabemos lo complicado que es.

Sus alas, tan poderosas, aguantan nuestro peso; sus brazos están protectoramente aferrados a mi cuerpo y los míos, en el de él. El viento ya no importa, tampoco la altura, los celos, los secretos o el miedo. Nada. Solo es importante nuestro amor, que nos une y fortalece. Mientras podamos tenerlo con nosotros, podremos hacer todo.

Mi boca arde, sus besos están marcados en ella. Besos pasionales. Besos finales... porque, no quiero ser negativa, pero tampoco tengo idea de cuándo volverá Owen del informe. ¿Días? Eso no es ser justamente específico. ¿Serán semanas? ¿Le darán buenas noticias? Porque, a decir verdad, Owen ya no cumple, como antes, su trabajo de ángel vengativo.

Oh, mierda. ¿Si le ordenan irse? ¿Si no vuelve?

Pero volverá. Sé que lo hará. Su mirada lo dice, sus labios lo han prometido. Volverá por mí. Y esperaré los días que deba. No es una despedida, es un «hasta luego».

—Emma —dice él—, no podría ser capaz de dejarte. Jamás lo haría. De ningún modo me podría perdonar aquello.

Sus palabras son suaves caricias que alimentan mi ritmo cardíaco y hacen que galope a tal punto que se sienta en mi pecho animoso, energético, valiente y decidido a ser escuchado.

¿¡Por qué tan exhibicionista!?

«Porque me amas», contesta a mi mente, para luego agregar: «Y yo a ti».



Llegamos a casa; mis padres están dormidos, al igual que Mati. Rápido nos dirigimos a mi cuarto, cierro en silencio la puerta, arrojo la ropa de abrigo en la silla de mi escritorio, para luego saltar, literalmente, a los brazos de Owen y besarlo. ¡Oh! Besarlo como jamás lo había hecho, con el más ferviente deseo puesto en cada una de mis células. El aire no avanza hacia mis pulmones, pero no le hago caso; en lugar de eso, deslizo con suavidad mi lengua para tocar su labio inferior. Él profundiza el beso con la misma ansiedad que yo. ¿Cuándo nos volveremos a besar de aquel modo?

Owen me acorrala contra la pared, colocando cada brazo a mis costados, sin dejarme escapatoria. Enredo mis manos en su cabello ya revuelto, me levanta y aprieto sus caderas con mis piernas. Él suelta un gemido. Escuchar aquello me hace sentir poder sobre él, lo puedo volver vulnerable, como si yo fuese su *kriptonita*. Es mío y yo de él.

Entre beso y beso, caricia y caricia, chocamos con los muebles hasta terminar en la cama; caemos sobre ella, yo arriba de Owen; suelto una pequeña risa, pero sin despegarnos el uno del otro. Sus labios se vuelven más dulces, menos salvajes, pero con un anhelo increíble puesto en ellos.

Yo quiero más de él. Mucho más. Y él también.

Tratando de no romper el beso, me saco la camiseta para quedar en sostén. De repente, mi mente comienza a funcionar por encima de esa ola de hormonas y me hace sentir intimidada, ya que me observa y tonta por reaccionar por impulsos, pero la acallo.

Owen murmura algo, pero no le hago caso al asunto; en cambio, me pego más a él. Pero esta vez Owen no reacciona de la misma forma e intensidad, sino que me sonrío y murmura en mis labios: —No, Honey. No ahora ni tampoco de esta manera.

La vergüenza amenaza por aparecer dentro de mí. Genial, Emma.

—Lo siento —consigo decir.

—No tienes que lamentarlo, Honey. Solo que ahora se me hará más dificultoso controlarme. —Su vista baja sin disimulación alguna hacia mi pecho. ¡Oh, cielos!—. Emma, puedo ser un ángel... pero eso no quiere decir que no sea un hombre también.

¡*Agh!* ¡Necesito mi playera! Mi cara arde en rubor ¡y me siento tan expuesta! Intento buscar alguna camisa, pero antes de siquiera moverme

Owen se quita su playera y me la entrega.

«Oh, ángeles en el Cielo y más allá».

Su estómago está definido a la perfección, de una forma natural e increíble; cada músculo se relaja y se contrae al inclinarse hacia mí, y de su cuerpo larga un poderoso calor adormecedor. Toco su piel, sorprendentemente suave y él tiritita. Paso mi mano por su brazo, sus hombros, su pecho, su estómago.

¿Cómo es que alguien así puede ser mi novio? ¿Cómo? Me resulta un poco imposible de creer. Es mío. Owen es verdaderamente mío.

Se acuesta cómodo en la cama y cierra los ojos. Aprovecho a que no me observa para mirar más. ¡Mieeeeeer...! Owen escucha mi mente.

—Es justo, Honey —dice—, ya que yo te he visto a ti. Y mucho.

Sonríe para sí mismo, sabiendo que eso me hace sonrojar más. El hoyuelo aparece y abre un ojo esperando una respuesta. Caigo en que aún lo observo y corro la vista con brusquedad para alejarla de su sexy cuerpo.

—Owen —le digo—, es una mala apuesta para ti. Yo salgo ganando.

—Te equivocas —remata—. El haberte visto entre mis brazos ha sido el mejor regalo que pudiste regalarme jamás. Pero... debo irme, Emma. No quiero dejarte, pero...

—No me dejes —digo bajo; sé que eso no depende de él.

—No quiero irme de tu lado. Quiero esto siempre, pero debo...

«¡No digas debo irme!», pienso.

—Quédate esta noche. Conmigo. Hasta que me duerma... por favor, Owen.

Sin pensarlo demasiado, Owen me toma despacio y me deposita contra él en un tierno abrazo. Comienza a cantarme una melodía que hace que mis párpados se cierren a pesar de que lucho contra aquello.

Poco a poco me duermo, con Owen a mi lado toda la noche, mientras vigila mis sueños.

CAPÍTULO



El agua está quieta y el frío de aquella mañana pellizca mi piel, ya bronceada por el verano, lo que me hace tiritar. No pude dormir mucho esa noche. Todo porque estaba pensando en él.

¿Por qué es así conmigo? ¿Qué es lo que le hice? ¡Ni siquiera lo conocía antes!

¿Por qué rayos tiene que ser así de desgarradoramente hermoso? Al menos, hasta que abre su gran bocota.

Salgo a caminar para pensar. Según vi en mi celular, son las 5:50 de la mañana; amanece. Llevo unos jeans azules comunes, una playera larga, de mangas largas, con un escrito de alguna marca y una camisa, también de mangas largas, cuadrillé. Tengo unas zapatillas negras y mi agenda de poemas en la mano.

El muelle del lago está sereno, me siento en sus viejos tablones y comienzo a escribir mientras veo el sol salir hacia la cima.

*«Si el atardecer fuera
el reflejo de algo,
pues sería el de tu mirada.
Mirada brillante y a la vez opaca,
que tanto ha de ocultar.
¿Cómo saber si estoy bien parada?
¿Cómo saber si es esto normal?
¿Por qué me tiene que gustar tanto*

alguien que me odia de más?»

—¿Qué haces, Honey?

Como sombras que huyen de la luz solar para mezclarse en la oscuridad de su naturaleza, salgo rápido de mi ensoñación. Esa voz. Esa maldita y armónica voz. ¿Por qué de todos tenía que ser él? ¿Simplemente el destino me quiere destruir uno de los pocos momentos de paz que puedo llegar a tener? No quiero verlo, no quiero mirar su estúpida sonrisa burlona de «yo me sé todo», ni ese irritante hoyuelo salir para hacerme sentir más pequeña. ¿Por qué posee ese efecto en mí?

¿Por qué él?

—¿Acaso eres muda, Emily?

Estúpido. No le pienso contestar ni una sola palabra. Nada.

—Bueno, entonces si ese es el juego que quieres jugar... —Me sobresalto de lo cercana que resulta su voz y, al girarme, ahí lo descubro, casi sobre mí y sacándose la camiseta. ¿Qué mier...? Me guiña un ojo cuando mi vista se posa en él y, sin titubear, me arrebató la agenda de la mano y comienza a leer mi poema. Vaya vergüenza.

—Así que... te gusta alguien, ¿eh? Veamos, debe ser abrasadoramente sexy. —Lo fulmino con la mirada. Ahora no, por favor. Basta de torturas—.

¿Qué pasa, Honey, estás muy acalorada? ¿Tienes fiebre?

—Solo cállate, ¿quieres? Dame eso —le digo.

—Ven por él, Emil... —comienza a decir.

—Mi nombre es Emma. Emma. ¿Entiendes?

—Como digas, Honey.

—¡No me digas más Honey! Basta ya con eso. ¿A qué va? ¿«Miel»?

Emmanuel sonríe, malicioso: —¿Qué ocurre, Emma? ¿No estás dulce hoy?

Su postura es relajada y eso me enoja aún más. Puedo ver cada músculo tensarse en su piel descubierta. ¿Lo peor de todo? Me es difícil apartar la vista. Su camisa blanca, tirada en una tabla de madera del muelle, me da una mala señal, pero no me importa. Salto hacia él con toda mi fuerza para arrebatárselo de sus manos mi cuadernillo, pero en lugar de ello ambos caemos. Lo empujo y caigo encima de él. Juntos, al agua que se

encuentra helada. Yo, con ropa. Con el mismo chico que me quita el sueño, el mismo chico que odio.

El agua me succiona hacia abajo y comienzo a nadar hacia la superficie, pero antes de llegar, unas manos me toman y empujan contra un cuerpo cálido.

—¡Mi cuaderno! —le grito echándole agua en la cara con rabia—. ¡Vaya idiota eres tú!

—¡Ey! ¡Que yo no he empezado esta vez la discusión! Tu cuaderno... —apunta con sus dedos hacia el muelle, sacando el brazo fuera del agua— está allí. ¿Más tranquila? —Sus ojos azules destellan. Aparta, veloz, la vista de mí para mirar hacia el horizonte.

—Eres un idiota.

—Bueno. Soy algo idiota, ¿feliz? Ahora que aclaramos todo, ¿jugamos una carrera?

—No —respondo cortante mientras me escapo de la mano de Emmanuel que me sujeta. Ya fuera del agua comienzo a estremecerme del frío; al menos el cuadernillo sí está en el muelle.

Emmanuel sale también, me pone cara de cachorro mojado y pasa de largo a mi lado, sin siquiera mirarme.

¿Qué le pasa a este lunático?

Me dirijo a buscar mi cuaderno para encaminarme a la habitación antes de enfermar, pero un toallón es lanzado hacia mí, con tal precisión que termina cubriéndome.

Sorprendida, me giro en dirección del idiota, que también tiene una toalla.

—¿Por qué eres bueno conmigo si no te agrado? —espeto.

—Sí, me agradas, Emma —dice sin mirarme.

—¿Entonces por qué me odias?

—¡Eh! —Se rasca la cabeza, pensativo—. Basta con esta mierda. Te diré. —Toma aire nervioso. ¿El imbécil, nervioso por algo? ¿Tiene sentimientos?—. Te odio, porque no soy capaz de odiarte. Me haces sentir cosas que jamás había sentido. Y te odio por despertar eso en mí. Te odio tanto que creo que no te odio. Me parece que empiezo a... —Traga otra vez. Mira hacia todos lados, luego a mis ojos y a sus pies. Sí, nervioso—. A...

quererte, Emma. Me gustas. Ya lo dije. Me gustas. Siento algo por ti. ¿Sí? Ya...

—¿Qué? —suelto aturdida. Eso no me lo esperaba.

—¡Que me gustas! —grita.

—¿Y me molestas por ello? —logro preguntar.

—Sí, ¡no! Es decir... es complicado. Pensé que intentando odiarte, todo sería más fácil. Pero no, todo es tan genial a tu lado que me olvido del mundo. —Chasquea la lengua—. Vaya, debería dejar de complicar las cosas...

—¿Qué es complicado, Emmanuel?

—Todo lo que me rodea.

—Pues, cuéntame. Tal vez lo entienda.

—Entonces... ¿empezamos por el principio? —Sonríe mientras yo asiento—. Vamos dentro, no quiero que te enfermes, ¿sí? Ah, y para empezar, mi nombre no es Emmanuel. Es Owen. Owen Liv, Honey.



Ese sueño... era tan real. Parecía como que Owen estaba ahí, realmente. Solo que... fue diferente. Un sueño muy real y un... ¿recuerdo? De seguro, lo he soñado por lo que hablé con Owen en la cita. Tengo demasiadas cosas en mente, ideas y nuevos conocimientos mezclados.

Al despertar, Owen ya no está a mi lado; me siento vacía sin su abrazo, sin su piel tersa que toca la mía con suavidad, sin su boca tan cercana a mis labios. Hubiese querido despedirme de él, pero los dos sabemos que sería complicado; no es que hemos hablado sobre ello con antelación, pero, según la situación, parece como si pensáramos lo mismo.

Tal vez me equivoqué. Nos equivocamos con respecto a nuestra decisión. Ahora quiero mirarlo a los ojos y observar el amor en ellos, ver aparecer su hoyuelo irónico, su sonrisa curvada...

Bien. ¿Antes de Owen tenía vida? Oh, claro que sí. Solo debo retomarla. Simple.

¿Verdad?

Él volverá. Lo sé.

«¿Normalidad desde ahora?»

«Normalidad desde ahora.»

Me levanto, luego de quedarme leyendo por dos horas en la cama, a las 10:00 am. Me revuelvo entre las sábanas para salir. Un suspiro escapa desde mi pecho: mi colcha aún conserva su aroma y tengo todavía su camiseta. Me imagino cómo quedaba en su cuerpo marcado y acerco mi rostro para inspirar el perfume.

Realmente no ayuda. Siento el cuerpo pesado, apagado. Aún tengo sueño. ¿Podré dormir un poco más? No. No lo creo.

Me dirijo hacia el baño y el espejo me da la bienvenida, ¡*agh!* El cansancio es notorio, tengo ojeras bajo los ojos y partes de mi cara parecen no despertarse incluso ahora... Y mi pelo... bueno, sin comentarios sobre ello.

Decido bañarme, y así poder terminar de despertar y despejarme del sueño. Siento cada gota colisionar contra mi piel desnuda. Me estremezco cuando el agua llega hacia mí en picada, hasta que al final me adapto al cambio de temperatura y cada célula de mi cuerpo comienza a despertarse y relajarse.

Almuerzo con mi familia y hablamos de temas cotidianos. Lo natural, lo ordinario, lo lógico me invade. Todo es mundano, común y corriente.

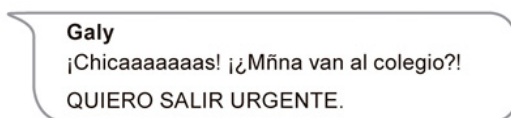
No ángeles, no *nefilims*, no peligro. Simple tranquilidad humana, con miedos humanos típicos.

Abro mi cuadernillo del instituto y hago los deberes de Matemáticas que tanto amo —¡ja, ni en sueños!— y los de Química, que nos dejó un trabajo para entregar.

Luego de unas benditas tres horas de escribir a mano sobre el petróleo y sus usos, comienzo a guardar los útiles de manera cansina en mi mochila: mañana es lunes.

Un lunes sin Owen.

Mi móvil, en eso, vibra. Es un mensaje en el grupo de WhatsApp con mis amigas. Sonrío al ver lo que ha escrito Gala.



Galy
¡Chicaaaaaaas! ¡¿Mñna van al colegio?!
QUIERO SALIR URGENTE.

Me río y vuelve a sonar.

Cel
¡Siiiiiiii! ¿Dnd podemos ir? Podríamos salir dsps del Insti.

Tú
Holaaaaa, ¿y si vamos a ver una película?

Galy
¿BEL, STÁS?

Cel
...EEEEEEEEÉEEEEEN!

Tú
¡BEEEEEEEEEEEEEEEEEL...

Galy: JAJAJAJAJAJA

Tú
¡APAREEEEE!

Cel
Vuelve. que sin ti la vida se me va... 🍷 Uhuh, uhuh 🍷

Bel
hola chicas, mañana salimos?

Tú
Sí, sí. Llevemos mañana todas algo de plata, así vamos a comer y ver una peli juntas. Una salida de chicas

Galy
Tu sexy novic no está?

Tú
Nop. Se fue por unos días

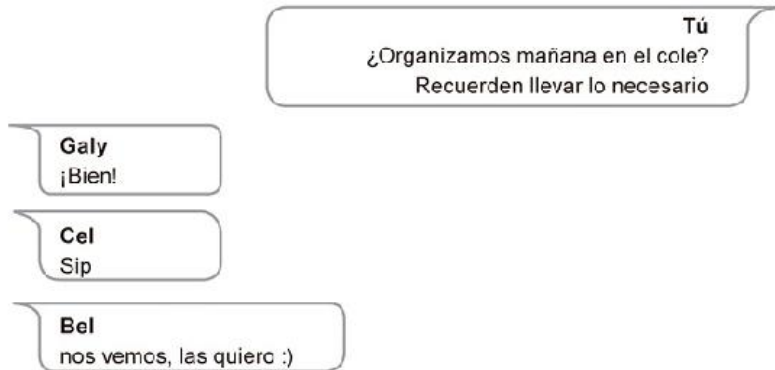
Galy
¡VAMOOOOOOOOOS!

Cel
JAJAJAJAJAJA

Bel
jajajaja

Tú
Jajajaja. Ay :(Pobre

Galy
JAJAJAJAJA pobre nada, siempre stá pegado a ti, al fin stamos solas



Que me mencionen a Owen mucho no funciona para mis emociones, me hacen acordar de aquel sueño que tuve esta mañana, ¿qué significa?

Recuerdos comienzan a llegar a mi mente: La cita de la noche anterior. Nuestro primer beso. Sus confesiones. Cuando me salvó de Oraclel...

Eh, mejor no pensar más en ello.

Dejo mi móvil cargando y busco el cuaderno de notas que llevo al instituto, un papel se cae de él y cuando me agacho para recogerlo, mi cuerpo se paraliza por completo. La sangre deja de correr por mis venas y mi corazón frena de golpe, mientras mis ojos buscan señales de peligro por doquier, a la espera de que algo salte encima de mí y me ataque.

Todos mis sentidos gritan «¡cuidado!».

Pronto descubro que no puedo respirar al saber qué es lo que tengo entre mis manos. ¿Cómo es que llegó ahí? ¿Quién me la quitó? ¿Por qué me la devuelven así? ¿Por qué ahora que no está Owen para ayudarme? Eso... eso es...

«Mi poesía perdida»...

Mis manos comienzan a temblar mientras leo cada línea escrita hace ya varias semanas atrás, cuando todo comenzó y las cosas eran más fáciles. También cuando se empezaban a complicar, creciendo más y más.

Descubro que alguien ha marcado la hoja, ya que se nota el relieve de un apretado pulso de lapicera negra. Al dar vuelta ese papel, encuentro lo siguiente escrito en una letra desconocida para mí:

No te asustes, no soy una amenaza.

La siguiente noche iré por ti. Hay muchas cosas que debes saber y hay poco tiempo a nuestro favor.

¿Siguiente noche? ¿Vendrá por mí? ¿Que no es una amenaza? ¡¿Qué rayos?! ¿Será Owen? No... Él no. ¿Entonces...? ¡¿Y si es alguien como Oracle?!
Oracle?!

No. No. No. No.

En una actitud tonta escondo el papel detrás de un mueble —como si eso ayudase en algo— y cierro las ventanas de mi habitación. El miedo me toma por sorpresa una vez más y no debo dejar que ocurra eso.

Gano coraje y pienso: «sea lo que sea, sobrenatural o no, debo enfrentarlo, porque sé que, aunque hoy me esconda, mañana deberé luchar. No puedo vivir esperando que alguien salga de entre las sombras».

¿Cómo es que me he metido en este raro y misterioso mundo?

¿Por qué se me ha complicado la existencia? ¿Por Owen?

¿Cómo confiar en que no es una amenaza quien escribió la carta?

¿Cómo acciono si no está Owen para ayudarme?

Un paso en falso y puede ser mi fin.

Ya nada, nada, es normal para mí.

El sueño, la carta, acaso... ¿serán una señal?

CAPÍTULO



Esta mañana antes de ir al instituto me encuentro en el piso, tirada y con arcadas de los nervios. No he dormido en toda la noche. Esa nota, esa maldita nota. ¿Qué hice para que sucediera todo esto? ¿Salir con Owen? No creo, sinceramente, que haya sido por tal hazaña.

Entonces, vuelvo a recordar que no estoy bajo su protección y que poco me puedo defender con mi naturaleza de simple humana en ese mundo hostil donde él vive.

Ahora su universo consume el mío. Lo carcome y lo hace cenizas.

Bueno, sé que ese pensamiento es exagerado, pero ¿dónde quedó la normalidad? Ah, sí. En el pasado. Pisada como chicle en el pavimento.

No me arrepiento de Owen, ¡por supuesto que no! Pero aún no entiendo por qué me quieren a mí. ¿Qué buscan? ¿Será algún ángel caído que se quiere vengar de Owen porque le sacó las alas y se intenta desquitar con él a través de mí?

Eso sería un ángel caído psicópata.

Sin querer pensar más sobre el tema, recojo mi cabello en una coleta que luego desarmo desganada. El reflejo me devuelve una Emma ojerosa, con un miedo notable en su mirada, con la piel más pálida de lo normal y el cabello hecho una maraña.

Rayos, sí que me veo terriblemente mal.

«Debo prepararme —pienso—. Hoy iré con las chicas a ver una película. A pasarla bien. A ser una adolescente ordinaria, de un mundo ordinario y con sueños ordinarios. —Tomo mi peine nuevamente y comienzo a pasarlo con fuerza sobre mi cabellera miel—. ¿Chica ordinaria?»

¡Ja! Claro —río internamente de una forma irónica. Humor negro, bienvenido sea—. Ni yo me lo creo».

Hoy será un día contradictorio: estará todo tan normal que esperaré que algo salte para atacar. ¿Tiene sentido? Pues, luego de lo ocurrido, creo que muchas cosas carecen de él.

Luego de esperar veinte minutos en la parada, el bus llega cargado. Viajaré parada todo el recorrido. Tomo mis auriculares y me adentro en otro mundo donde un cantante lamenta un amor perdido, recuerda el pasado y descubre que todo puede cambiar por una mirada.

Canciones cursis. Justo lo que uno necesita. Uf.

¿Soy la única persona que se divierte mirando a la gente en el bus? Pues bien, al menos de mis amigas, sí. Salvo que se trate de algún chico lindo para ellas, pueden hablar de alguien que justo se encuentra a su lado y no se dan ni la más remota cuenta de quién es.

Una niña cabecea en los brazos de su mamá, tiene rostro de angustia. Atrás de ellas, un anciano lee un periódico mientras un adolescente escucha música y se mueve al ritmo.

Veo lo que uno puede imaginarse a las mañanas: ojos caídos, sueño, personas que tienen tos.

Eso hasta que me topo con alguien que no parece mucho más grande que yo... incluso podría decirse que tiene mi edad, tal vez unos años mayor. Su cabello es negro azabache y sus ojos, verdes. Tan verdes y despiertos que parecen irreales y fuera de lugar. No solo eso, están fijos en mí; me examinan al tiempo que aumenta mi miedo y ganas de bajar del vehículo público. Un golpe de pavor me asalta cuando descubro que es el mismo tipo que vi hace meses observándome en la calle.

Corro la vista rápido y, al echar otro vistazo, ya no está.

Mierda. No tengo que pensar demasiado para advertir que ese sujeto no es humano y que no luce demasiado amigable conmigo. Es definitivamente una señal de que no puedo dormirme hoy, que debo estar alerta, porque ahora la gente ya no es quien parece.

El enemigo puede estar a media manzana de distancia.



Las horas en el colegio pasan, como aviones por el océano; un toque de suerte a mi favor supongo, ya que quiero terminar con este día. O tal vez... demasiado rápido y hacen que llegue la noche más de prisa y me encuentre sola en mi dormitorio.

Y vengan por mí.

Pienso en ir a lo de alguna amiga o invitar a alguien a casa; solo que luego me contradigo, porque esa sería una mala decisión. ¿Ir a lo de otro y dejar en peligro a mi familia? ¿Poner en peligro a una amiga?

Ninguna de esas dos posibilidades es una opción.

Es irónico como una sola cosa puede perjudicar u obstruir todo.

—Ey, Emms. ¿Qué te pasa? —pregunta Celina—. No parece estar aquí.

—Eh... Nada, Cel. —Suspiro y me froto los ojos; tengo sueño—. Solo estoy cansada...

—¿Has estado escribiendo?

Oh, ojalá fuese así. Estoy a punto de mentirle, pero una delatora e intrépida lágrima sale de mis ojos, y luego otra, y otra. Y cinco más. Comienzo a llorar delante de toda la clase. Intento cubrirme, pero ya es demasiado tarde; curiosos observan con o sin disimulo hacia nuestro asiento.

—¿Qué ocurre, Emmita? —grita Carla, burlándose de mí—. ¿Owen te dejó y ahora te encuentras sola? ¿O te viste al espejo hoy y te arrepientes de haber nacido?

—Para mí que lo segundo, Carlu —exclama alguien malicioso—. ¡Te ves terrible, «Raremma»!

—¿Qué pasa? ¿La llorona volvió? —oigo una voz irritante y aguda, sin querer escuchar nada más.

—¡Ey, métanse en sus asuntos! Puede ser grave —me defiende alguien.

—¡Déjenla en paz! ¿Acaso no tienen vida?

—¡Ella no tiene vida!

—¡Basta ya! —grita el profesor—. Señorita Cusnier, vaya al baño a lavarse la cara. Acompañela, Casas.

—¿Ves, Emma? Dice que te limpies la cara para no decirte que te la quites. —Carla habla con su tono de superioridad arrogante.

—Y tú —continúa el señor Correa—, Carla Ponce, acompáñeme a dirección o pídale perdón a su compañera. ¡Ya hemos hablado sobre las burlas en el acuerdo áulico!

—¡No le diré perdón a esa *friki*! ¡Nunca en mi vida haré ello!

—Entonces la espera la directora y una notificación en su cuadernillo.

—¡Como sea! —protesta Carla, se levanta del banco y sale enfurecida por la puerta.

Espero unos segundos para salir de mi banco para intentar secar todas mis lágrimas y rastros de que he llorado, aunque sé que eso es inevitable. Salgo del aula antes de que alguien más diga algo, bueno o malo, y Celina me sigue el paso.

—¿Estás bien? —susurra sacando un pañuelo descartable.

—Sí —digo—. Quiero decir, estoy...

—Mal, triste... ¡vamos, Emma! ¿Intentas mentirme? Es razonablemente obvio que te pasa algo.

—¿Entonces para qué me preguntas si ya lo sabes? —le digo un poco dura, a la defensiva.

—Porque no voy a obligarte a que me digas qué te pasa, nena. ¡Y cuida ese tono conmigo! Acuérdate que no soy «Carla boba».

Guiña un ojo y me hace reír. No puedo contarle qué pasa, no debo decirle nada de ello, pero muero por hablar, porque alguien sepa. ¿Y si le digo sin que nadie sepa? ¿Cómo hago para ocultárselo a Owen luego? De tan solo pensarlo, me siento enferma. No puedo, ¿tan difícil es no hablar?

Pedimos las llaves del baño y cuando llegamos Celina cierra la puerta.

—¿No quieres decirme?

—Quiero, Cel. Juro que quiero decirte, pero no puedo. Yo...

—¡Espera! —me acalla—. ¿Owen y tú tuvieron sexo, cierto?

—¡Celina Casas, por supuesto que no! ¿Qué dices?

Se encoje de hombros: —No sé. Solo decía que si no me quieres contar...

Arrugo mi nariz.

—Bueno, pues no. No hemos tenido... eso.

—¡Perfecto! Porque estaba a punto de darte un sermón, cariño.

Ambas soltamos unas pequeñas risas. Voy hacia el lavado sin verme la cara y la enjuago. Me siento expuesta por haber llorado delante de todos.

No lo resisto más.

—Owen es un ángel, Celina. Es un ángel.

—Sí, sé que es muy bueno... y que ahora que se fue lo extrañas. Pero, ¡ey!, sonríe, ¡estamos nosotras! ¿O nos has olvidado?

—No, no. Es que él... Sí —me rindo—. Lo extraño.

—¡Ya no lo extrañes! —Me empuja.

—Celina, pero él es... —comienzo a decir otra vez. Ella no me piensa escuchar.

—¡Nada de excusas! —me interrumpe—. Ahora la pasaremos genial, ¿bien? ¡Así que olvídate de todo lo demás y no seas tan dependiente de alguien!

—Bien...

Si tan solo supiera qué ocurre en realidad.



Con Celina decidimos saltarnos las próximas horas de clase y quedarnos en la sala de docentes, que, en este momento, se encuentra vacía, ya que no puedo volver al aula con todos los ojos llorosos y rojos.

Maravillosamente, nos dejan la mañana libre.

Los directivos del instituto toman el hecho de burla de Carla como una falta grave por ser una situación reiterativa, la multan con unos días de inasistencia, un llamado a sus padres y bajar puntos de su concepto. La directora seguro piensa que con eso frenará, pero sé que cuando vuelva, en cambio, será una tortura mucho, mucho peor, aunque igual no tan horrible como el conflicto que se desata más allá de la humanidad, en el que ahora me veo metida.

Recordar aquello hace que unas lágrimas comiencen a soltarse. Celina no entendió lo que quería contarle, a pesar de que en realidad estuviese prohibido. Piensa que soy una llorica, una niña que llora porque su novio se marchó lejos de ella, que lo llamé «ángel», como sinónimo de dulce o bueno, no porque realmente lo sea. Aunque tan errada no está, porque sí lo extraño; lo cierto es que lloro porque alguien, quizás no humano, me quiere

matar; algo razonable el llorar por eso sabiendo que no hay escapatoria si estoy sola, supongo... Pero descabellado para el que lo ve desde afuera.

De seguro que, si le cuento a alguien sobre esto, inclusive a mis padres, me tomarán de loca y me encerrarán en un manicomio; y eso no es exactamente lo que alguien quiere, menos cuando dice una verdad... aunque sea un tanto extraña.

—En verdad, Emms, estás... ¿en otro mundo?

«De hecho, sí». —Ya se me pasará.

—Y decías que soy muy apegada a mi novio. ¡Vamos, Emma! Me ganas y con creces.

Me palmea por detrás de la espalda en símbolo de broma, pero no le sigo el juego; en su lugar medio sonrío y pienso.

Pienso en Owen, en qué le estarán diciendo esos ángeles, en quién me quiere hallar. Seamos lógicos, pudieron ponerme una nota, eso significa que habrían podido raptarme con facilidad. ¿Quién es tan tonto para querer herirme, tener la posibilidad de llegar hasta mí, pero solo poner una estúpida nota? Salvo que no me quiera herir, pero en ese caso, ¿qué quiere de mí? ¿El de ojos verdes tendrá que ver?

Ese rostro... he visto ese rostro y no solo la vez que lo encontré en la calle. Sacudo mi cabeza. «¡Basta!», me digo.

¿Es necesario? Me doy cuenta de que Celina tiene los ojos puestos en mí; me estudia. Aclaro mi garganta y me pongo recta.

—Así que... hoy salimos con las chicas. ¿Qué película quieres ver? —digo.

—¿Segura que quieres salir? Podríamos...

—¡Oh! Segura. Sí, quiero salir, despejar ideas... ya sabes.

—¡Entonces prepárate para poner tu mejor sonrisa, porque será la salida del año! La pasaremos increíble, Emma. Olvida lo que la descerebrada de Carla te ha dicho.

—Seguro.



—¡Ey! Tienes helado en la nariz —dice Celina a Belén.

—¿Cómo es que me llegó helado a la nariz?! —pregunta, limpiándose de prisa.

Gala rueda sus ojos celestes: —Esos chicos miraron para aquí y se están riendo... de ti.

—¡Aaaaaaaaaaaaay! ¡¿Por qué no me avisaste antes?! Justo cuando un chico me presta atención, tengo helado en mi nariz, ¡gracias destino! —grita Belén dramática.

—Nos dejas muy mal paradas —se burla Gala—. Ahora seremos «la chica-helado y su amiga con rulos».

—Chicas, son solo chicos. Calma —dice Celina.

—Claro, lo dices porque tienes novio. Nosotras, en cambio no, cariño —canturrea Gala, moviendo su cabeza, lo que provoca que los rulos se muevan como resortes—. ¡Yo quiero un novio!

—¡Además, están muy buenos! ¿Justo tenía que tener manchada la nariz? Ay, Dios mío —argumenta Belén.

—Pervertidas —digo—. Esos chicos deben tener, al menos, dos o tres años menos que ustedes.

—¿Y? —cuestiona Gala alzando una ceja.

—Pues... —Miro la hora de mi móvil, ¡oh, es casi hora de la película! —. Me parece que hay que ponernos en marcha a comprar las palomitas, casi empieza la película ¡y no me la pienso perder!

—¡Me muero por ver a Nicholas James en acción!

—¿Solo a Nicholas? Con lo buenos que están todos los chicos del reparto, espero que se quiten la camisa muchos, muchos, ¡muuuuuuchos!

—Eh, bueno. Ya. Emma tiene razón, son unas pervertidas a nivel escandaloso.

—¡Qué va! Hay peores.

—Y tú eres una de ellas, Belén —digo riendo, mientras todas se suman.

—¿Quién me acompaña a buscar las palomitas? Que las otras dos entren a la sala de cine por las dudas y si comienza, nos envían un mensaje de texto.

—Voy contigo, Gal, que las chicas entren —digo.

—Gracias, Emmy. Ya han oído, chicas.

—¡Que sean dulces y con mucho caramelo! —pide Celina.

Comenzamos a caminar. El lugar está invadido por personas, pero, de alguna manera, siento como si allí no hubiese realmente nadie. Gala parlotea sobre los avances que vio de la película y contesto con el mismo entusiasmo; se ve buena y tiene comentarios positivos. Debo decir que hace calor ahí, el aire huele dulce y los oídos me zumban por las voces de tanta gente acumulada en un mismo sitio.

—Nicholas James es hermoso. Actúa muy bien.

—¡Oh, sí! Canta también.

—¿En serio canta? —pregunta Gala, parpadeando. Luego fija su mirada más allá—. ¡Oh, un chico sexy te mira!

Parpadeo, perpleja por el cambio de tema.

—¿Quién?

—El chico «tengo ojos perfectos», que habíamos visto con Belén antes, te come con la vista.

—Mira quién habla de ojos perfectos. ¿Dónde está? —digo, con una punzada en el estómago. No me imagino nada bueno; la idea de que alguien me observe no me agrada en absoluto.

—Sigue con disimulo mi mirada; haré que me fijo en otra cosa ni bien lo encuentres, parece ser un poco más grande que nosotras y no quiero quedar como una cría. ¿Bien?

Cuando al fin me topo con esos fríos ojos verdes, dejo de sentir mis músculos. Él está aquí. Me sigue. ¿Por qué lo hace? ¿Qué quiere de mí?

Sonríe mostrando sus blancos dientes. Obvio que es consciente de que lo observo. Hace un gesto para que vaya hacia él; todo mi ser dice que no lo haga, que es peligroso. Sin embargo, avanzo.

Avanzo hacia mi perseguidor, como presa sin lógica que busca a su depredador.

CAPÍTULO



—¿Qué haces? —grita Gala, tomándome del codo, preocupada.

Me encuentro mareada, él estaba ahí y luego solo... solo desapareció entre la multitud. No recuerdo cómo pude caerme, pero aquí estoy, total y completamente confundida... rodeada de personas que me miran como si estuviese loca.

Cielos, ¿por qué en el último tiempo se me da ser la reina del drama?

—¡El de los ojos verdes se ha ido! —logro decir.

Tonta, Emma.

Algunos hombres y señoras mueven la cabeza en forma de disgusto, tuercen el gesto en una mueca horrorosa y dejan de mirarme. Algunos también se ríen.

—¡Crías! Se piensan que la vida es una juerga. ¡Así estamos en el mundo! — comenta un hombre.

—¡Qué va! Lo que haría por volver a tener esa edad —le discute una mujer.

—Adolescentes hormonales... ¡Ugh! —dice otro.

Todas esas frases que llegan a mis oídos hacen que me sonroje de la vergüenza, aunque no sé si lo rojizo llegó a mi cara; esta ardía en llamas. No quiero mirar a mi alrededor, así que solo bajo la cabeza y le susurro a Gala que iré al baño para refrescarme y despejar mi mente. Le tiendo el tique que nos dieron al comprar las entradas de cine para retirar las palomitas.

—Que sean dulces —digo escapando.

—¡Espera! ¡Te acompaño! Definitivamente, no estás en tu mejor día.

Esas palabras ayudan a que más curiosos vuelvan a prestarme atención. Agito mi cabeza de izquierda a derecha y me voy.

Estoy colorada, y mis ojos escuecen con lágrimas que prometen salirse y montar otro numerito. Mi reflejo me devuelve una chica con los globos oculares hinchados por llorar, la nariz rojiza al igual que las mejillas. ¿Cómo puedo salir del baño en estas condiciones? Simplemente no se puede. Y... ¿cómo es que no hay ninguna mujer aquí? Digo, los baños de chicas siempre están atestados de señoras, adolescentes y niñas chillonas. Qué extraño...

—Oye, Emma. ¿Te encuentras bien?

Me sobresalto; esa voz la reconozco... no es de Gala y mucho menos de mujer... ¡Qué mier...!

Me doy vuelta con rapidez. Él.

Su boca está curvada, parece nervioso, sus ojos verdes están atravesados por una pared que impide que mire dentro ellos, y su pelo castaño se encuentra revuelto de una forma que lo hace ver extremadamente mono... y atractivo.

¡Rayos! ¿Realmente pensé eso?

«Piensa en Owen, Emma», repito como un mantra.

—¡Steven! ¿¡Qué haces en el baño de mujeres!? ¡Me has dejado con el corazón en la boca!

—Yo... Uh. Lo siento, Emma. En verdad... te vi allá afuera y pensé que... Bueno, no había nadie en el baño... y pareces estar... extraña.

—Stev...

—Hacía la cola cuando te vi y pensé que tal vez podría saludarte. Pero ahí te desmayas y... Bien, ya conoces el resto de la historia.

Giro mis ojos. Sí, con lo que quiero volver a pensar en el papelón que cometí cuando compraba las palomitas. Intento probar cambiando de tema con él, no quiero hablar de mi torpeza y mucho menos de qué me pasó.

—¿Has venido con alguna de tus chicas? —pregunto.

Steven bufa por lo bajo. Se remueve incómodo: —No. En realidad... vine por ti.

—¿Por mí? —«Bien, ¿todo lo raro me pasa a mí? ¡¿Qué tiene la suerte y lo extraño en mi contra?!»

—Sabía que vendrías, vi el estado de Facebook de Belén y corrí para encontrarte. ¡Hace mucho que no hablamos! Desde que tienes a... ese —vuelve a bufar— como novio, tú... —Achica sus ojos, una expresión que le hace parecer adorable. Pobre Steven, hace mucho que no hablo con él. Es cierto, le debo una por la charla de la otra vez, aunque por otro lado Owen me advirtió que tuviera cuidado con lo que hiciera...—. Me hubiese gustado seguir hablando contigo luego de la charla de las otras semanas.

—¡Lo sé! Lo siento. Owen puede comportarse muy celoso y ser algo extraño... Pero... no es malo. Prometo hablar más contigo desde ahora.

La mirada de Steven reluce y sube las comisuras de sus labios en una sonrisa... ¿amarga? ¿Qué?

Entonces me doy cuenta de que Steven está muy cerca, de hecho, cada vez más, mientras da pequeños pasos hacia mí, inclinándose. Estoy casi contra la pared... y él...

—¿Qué tan extraño es Owen, Emma? ¿Demasiado?

¡Cielos! ¿Ahora qué pasa? Su pregunta es extraña. Sus ojos verdes me consumen, pero no puedo ver nada en ellos. ¡Claro que tenían que ser verdes! ¡¿Cómo no?!

Sigue perforándome con la mirada mientras intento huir. Imposible.

¿Cómo salgo de esta? Trago fuerte. Él es el extraño. ¿Podría tener algo que ver con el chico que me acecha?

—Emma...

—N-no entiendo tu pregunta, tengo que irme. Llegaré tarde a la película. En... en serio. ¡Gracias por la charla, Stev!

—¡Emma! ¡Puedes estar en riesgo! Tienes que venir conmigo.

—¿Q-qué...?

—Necesito hablar contigo, es importante.

—¿Podemos hablar en el colegio? En serio, Stev. Vendrán los de seguridad y habrá un problema aquí. Además, realmente tengo que entrar a la sala de cine.

Mueve la cabeza, está todavía más contra mí, con sus brazos que me rodean a los costados de mi cuerpo, con las manos apoyadas contra la pared blanquecina. Mierda.

—Voy contigo, ya que hoy no tienes a tu ángel custodio que dé vueltas alrededor de ti.

—¿«Ángel c-custodio»? ¿D-de qué hablas?

Me regaño a mí misma por trabarme. Estúpida.

—Sí. A tu sombra. A Owen, o como se llame. ¿Estás segura de que él es bueno contigo, Emma? No es algo normal que sea tan apegado a ti.

—Steven. Aquí lo que no es normal es que te encuentres en el baño de mujeres, aprisionándome contra la pared y preguntándome por mi novio —contesto tomando fuerzas.

El rostro de Steven se torna colorado como un tomate y tengo miedo de haber herido sus sentimientos, después de todo nunca ha sido malo conmigo. Mueve su cabeza y se aleja dos pasos de mí.

—Lo siento. Supongo que me voy; nos vemos luego.

Comienza a darse vuelta y respiro vacilante.

—Una cosa más —dice—; no me daré por vencido.

Da medio giro y sale corriendo del baño; intento seguirlo, pero no hay caso. Fuera es un mundo de gente y ya no alcanzo a verlo. Mi mente palpita.

¿Steven tampoco será normal? Lo que viví recién, más las anteriores sospechas, me hacen creer que no.

Los ruidos del centro comercial y las voces de las personas hacen que tambalee, demasiadas luces, demasiada gente, demasiada información mezclada en mi cerebro.

—¡Oh, Emma, maldición! ¿Cómo es que estabas en el baño y no me dijiste ni me he dado cuenta? ¡¿En qué demonios piensas?!

Gala me mira con furia, prácticamente saca chispas de los ojos, tiene las palomitas en una mano y hace equilibrio con un refresco en la otra.

Estoy atónita. ¿Ahora qué le pasa a esta?

—¿A qué te refieres? No has entrado al baño... he estado ahí y ¡estaba sola, Gal!

—Ya... No estoy para juegos. El baño estuvo todo el tiempo lleno, grité tu nombre cincuenta veces ahí adentro y no te he visto. ¡Abrí todos los cubículos! —Tiene sus fosas nasales dilatadas, sus cejas fruncidas y sus labios en una línea recta—. Y tú, tan tranquila. ¿Sabes qué? ¡Olvídalo! ¡Me

has asustado como la mismísima mierda! Vayámonos con las chicas antes de que te agarre la locura otra vez.

—¡Gala! ¡Que no salí del baño!

—Vamos, chica. Estás muy estresada y ahora yo también lo estoy. La película está por comenzar. De veras, no estabas en el baño. No te vi y tampoco contestaste mis llamados a tu móvil.

Fijo la mirada en mi teléfono. ¡Mierda! Es verdad. Tengo siete llamadas perdidas... ¡Nunca me sonó!

¿El baño estaba lleno? ¿Qué...? ¡Si no había nadie mientras estaba con Steven!

Necesito hablar con él, pero lo mejor será que por ahora me mantenga alejada.



—¿Lo viste? —pregunto a Gala un momento antes de llegar a la sala de cine.

—¿A quién? —entrecierra los ojos, inclina la cabeza hacia un lado y me observa cautelosa.

Vaya, en verdad cree que estoy loca... Pero bueno, poniéndome en su lugar, también me asustaría de mí misma.

—¡A Steven! Entró al baño de mujeres, hablé con él.

Gala ahora no solo tiene la cabeza inclinada, sino también la boca abierta y... ¿un ojo más chico que el otro? Eh... sí. Mejor, antes de que me mande a un psiquiátrico, dejo de hablar, y acepto que lo que viví no es normal y que Steven tampoco lo debe ser, que estoy metida dentro de una historia fantástica.

Ella no entendería (o mejor dicho, no creería) en qué lío irracional me encuentro.

Pero por otro lado... si no me hubiese metido en este asunto, ¿no habría conocido a Owen? De ser así no habría visto sus ojos azules e hipnóticos, ni contemplado sus hoyuelos que se asoman por alguna broma. Tal vez hasta ni siquiera habría creído en los ángeles.

Pensar en él hace que un nudo se forme en mi estómago. No sé cuánto tiempo estaré sin verlo o qué le estará pasando. No creo que Owen sepa qué

me pasa.

Lo necesito. Sin él, y con hechos extraños a mi alrededor, no sé cómo arreglarme. Digo, es su mundo el que me acosa de muerte...

Y el de ojos verdes. ¿Y Steven, tal vez? Y Oraclel.

Mierda, recordar ese nombre me hace revivir el miedo que sentí cuando, sin saberlo con anticipación, estuve a punto de morir en manos de lo desconocido y lo hice desaparecer con un simple toque. Ese mismo día supe la verdad de Owen...

¿Dónde estará?

—¿Steven, el caliente? ¡Cusnier! ¿Me escuchas? —Salgo de mi nube de pensamientos y bajo a tierra, donde hay una amiga de ojos celestes extremadamente afligida...—. ¿Cuándo estuvo aquí? Emma, te estoy hablando. En verdad, me preocupas...

—Yo, eh... Lo siento, Gal. Hoy no es mi día, estoy... preocupada por varias cosas que me pasan. —Frente de nosotras se encuentra la sala donde darán nuestra película; de ella salen ruidos de publicidades.

—Aún no ha comenzado la película, hablemos. ¿Me puedes decir dónde estaba Steven y qué rayos te sucede?

Freno en seco con rapidez, tomo una palomita antes de entrar y miro fijo a Gala.

—Estaba en... —sacudo mi cabeza. «Basta, Emma. Sabes que es imposible, nada racional ha pasado en ese momento y solo quedarás como una loca, maniática, obsesionada con lo que no existe», me digo—. Olvídalo. Mejor hagamos silencio al entrar. No te preocupes por mí.

—Bueno, sí. Mejor. Pero hablaremos más tarde, soy tu amiga, ¿cómo crees que no me preocuparía?

Asiento, deberé hacer algo para sacar de la mente de Gala nuestra conversación. No le podría responder nada de lo que me pregunte acerca de esto. Fuerzo una sonrisa y le abro la puerta para que entre.

Las chicas nos esperan impacientes en los asientos. Al llegar, atacan las palomitas sin decir ni una sola palabra.



Luego de la película y hastiada de comentarios cachondos hacia Nicholas de mis amigas (en serio, ¿no le dolerán las orejas al pobre actor?), volvemos a nuestras respectivas casas. No puedo decir que todo está igual con Gala, porque aún sigue mirándome de forma extraña, pensativa, hasta que nos despedimos.

No tocamos el tema de mi caída, la desesperación y mi supuesta locura trastornada, con alucinaciones llenas de Steven.

Ya en mi hogar, mis padres me esperan con empanadas caseras y flan de postre.

—¿Cómo te ha ido, cielo? —pregunta mamá, mordiendo una empanada de carne.

—Bien... la película estuvo buena.

—¿Y tus amigas, cariño?

—¡Re bien! Bromean todo el tiempo, ya las conocen —contesto sonriendo, pero pienso en Gala.

Nos quedamos en silencio por un rato observando el televisor donde pasan un programa de canto que vemos habitualmente. Mis preferidos siguen estando, pero falta poco para la final y eso me pone algo nerviosa, un poco fuera de tono de mi situación actual, pero... Está bien sentirse humana cada tanto.

Veo a mis papás removerse incómodos en el asiento mientras que Mateo come su cuarta empanada. Se miran entre ellos y asienten. ¿Pero qué...?

—Emma, sé que lo hemos hablado antes y por años pero... —dice mi mamá con voz vacilante—. Vamos, dile, Daniel.

—Esto... —observa para abajo retorciendo sus manos—. Sabemos que la relación que tienes con Owen va en serio y queríamos saber... Mira, no queremos que pierdas tus estudios... Ya sabes, ser madre es...

Oh, por favor, no «la charla» otra vez. Abro bien grandes mis ojos y llevo mis manos a los oídos para empezar a cantar «lalalalalala».

—¡Emma, compórtate! ¡Necesitamos hablar sobre esto, no seas infantil! —grita papá.

El rubor se sube a mis mejillas y quiero comenzar a chillar como una cría. Mi padre tiene los ojos como platos y mamá una mano en el puente de

la nariz como si pensase. Mi hermano, por su parte, deja de ver la tele y masticar para observar nuestro lindo momento familiar.

—¿Hablan de sexo? —Mati pregunta con voz infantil, tapándose la boca. Lo que faltaba. Está bien que mi hermano es pequeño, que está creciendo, pero que diga eso... ¡*duh!* ¡Si apenas era un bebé hace casi nada!

—¡Cállate, Mat! Esa palabra está prohibida para ti hasta que tengas unos 27 años —le digo sacando la lengua— o incluso más.

También me saca la lengua y deja de prestar atención hacia nosotros para volver a escuchar el televisor antes de que replique algo más. ¡Qué enano!

—Emma... —dice papá reprendiéndome.

—Ya sé, ya sé. Sé que debo cuidarme, pero no es necesario que me lo digan, porque no está entre mis planes tener ninguna relación... sexual. Ni ser madre, nada de eso... —pienso en la noche que volvimos de la cita y lo cerca que estuvo de pasar algo y me agarra un escalofrío, sobre todo por el hecho de no saber si podría haber sido capaz de parar... o él. Niego con mi cabeza intentando borrar ese recuerdo y mi rubor creciente—. ¡Ay! Mamá, papá, esto es muy incómodo.

—Es algo natural, hija. Pero debes estar preparada mentalmente también para ello, ¿entiendes? —Mi madre toma mi mano y comienza a acariciarla.

—¡Entiendo a la perfección! —contesto casi gritando. Salto de mi silla y me dirijo rápido a mi habitación.

—¡Tienes turno con la ginecóloga! —exclama mamá a los cuatro vientos.

—¡Bien! ¡¿Los vecinos están invitados también?! ¡Mamá! —refunfuño; al menos si me lo dice... ¡que sea más privado!

Mis padres se ríen a carcajadas y estoy como un tomate.

—No, pero Owen también podría ir. Hacer una consulta de pareja no les vendría mal.

Ah, genial. Estupendamente genial.

Pego un portazo al cerrar la puerta y escucho una queja de mi madre sobre estar castigada por esa actitud mía. Como si no fuese demasiado la charla.

Cambio mis ropas por un viejo, pero abrigado pijama, mientras resoplo; aún siento mis mejillas arder.

Tomo mis auriculares del escritorio y apago la luz para dejar todo en penumbras, salvo por la luz que entra de la luna. Busco en mi móvil canciones de Imagine Dragons y pongo la música lo más fuerte que puedo.

¿Cómo es posible que sus melodías sean tan mágicas como para transportarme a otro lugar y sacarme de todos mis pensamientos? Cierro los ojos y sonrío para mis adentros; respiro y adquiero tranquilidad mientras escucho los últimos toques de la guitarra eléctrica y la batería. Sí, bueno, eso no suena muy tranquilo... Pero lo es cuando todos mis temores comienzan a desaparecer en la estrofa final.

Me pierdo entre los brazos de Morfeo y las sábanas cálidas que me arropan.



De pronto, como alguien que pincha un globo y este explota sin previo aviso, me despierto inquieta, con sed y nerviosa. Me cuesta abrir los ojos y siento el cuerpo pesado, lo que me obliga a seguir soñando. Me cuesta respirar, ¿estoy muriendo? ¿Qué me pasa? Estiro una pierna y luego la otra, noto que aún tengo la ropa puesta y no me he puesto la muda para dormir. Suelto un suspiro adormilado y muevo las manos en busca de mi móvil que debió haberse perdido entre las mantas; encuentro primero mis auriculares enredados y los dejo en la mesa de luz; al tirar de ellos siento que algo se cae al suelo.

Perfecto, acabo de hallarlo.

Intento mover mi brazo, en una prueba de extender mi mano y tocar el suelo en uno de esos milagros. Pero claro, en lugar de eso y como toda torpe que soy, termino en el piso. Arriba de mi móvil. Abro los ojos y me levanto, enciendo la pantalla para ver que no haya sufrido daños.

Cuando se enciende, el aire vuelve a entrar en mí al saber que todo va bien; la habitación se ilumina con el resplandor del móvil.

Me paralizó como niña que se asusta con el monstruo de sus pesadillas.

Veo dos siluetas paradas frente a mí, un par de miradas verdes resplandecientes, como ojos de gato, en el medio de la semioscuridad, que

me observan con atención.

Críticamente.

Estoy a punto de chillar.

CAPÍTULO



Owen

La gente sí que está mal con el concepto que tiene sobre los ángeles. Nos describen como seres armoniosos, llenos de paz, vigías de los sueños y cultivadores de esperanza. Tal vez fuimos así, no lo sé, pero eso fue hace tiempo ya.

Decir que un ángel es una criatura perfecta es meter a todos en la misma bolsa; puede que haya muchos muy malos y crueles: vanidosos, egocéntricos y sin piedad alguna por la raza humana o inclusive su misma especie. También hay otros ángeles buenos, que solo hacen lo que creen que es correcto, pero, como nuestro mundo está desequilibrado, la mayoría de las veces esas certezas están mal o son mal vistas.

Salgo lo más apresurado que puedo de esa junta llena de ángeles conservadores. Mi odio hacia esos bastardos comenzó a crecer cuando conocí a Emma y ahora se incrementa de una forma impresionante.

No piensan escuchar, solo destruir. Quieren que todo siga siendo una jodida mierda como lo es ahora y lo fue desde que tengo memoria, no pueden aceptar que un cambio sería mejor: que ella es la llave desconocida.

Lo peor de todo es que yo, por un momento, opinaba lo mismo que ellos.

No es fácil enfrentar a mis superiores, mentirles en la cara, no cuando he prometido algo que no pude cumplir (ni cumpliría jamás), salvo que esa última información debería ocultarla para hacer algo primero: crear una coartada. Escapar con ella cuando tengamos una oportunidad, porque los conservadores no van a esperar demasiado, no son pacientes.

Les he dicho una y otra vez que aún no la encuentro, que está oculta entre tantos humanos, que todo lo que avisé con anterioridad sobre su hallazgo fue una falsa alarma. Me siguen creyendo, lo que me da ventaja, aunque no sé por cuánto tiempo.

Sé que en cualquier momento mi mundo será mil veces peor que un infierno y que ella estará en el centro de todo.

Deseo hacer cualquier cosa para que salga de su mira.

Les dije que es probable que ella no sepa lo que en verdad es, que no sabe de sus orígenes, que no tiene idea de lo que es capaz de hacer, de crear. Es cierto, ella desconoce (ellos también) todos esos datos que Emmanuel quiso ocultar para protegerla, a todo su plan y a él mismo.

Yo me le opuse en su momento.

Mi estómago cruje. Emmanuel. El simple hecho de escuchar su nombre produce que todos mis sentimientos enterrados salgan a la luz y saquen mucho más de lo que querría dejar escapar. Ni hablar de verlo ahí, en la reunión, fingiendo lealtad.

Es tan bueno en ello.

Siempre me ha parecido tan retorcido, tan iluso. Ahora veo su objetivo con total claridad. Desde un principio, ha sido implacable, el predilecto de todos, incluso en esto. Pero claro, pude haberlo denunciado ante la Corte Celestial para que lo encerraran en el infierno por rebeldía, pero no iba a hacer eso.

Suerte que no lo hice.

Ahora yo mismo me hubiese matado, porque eso, mi actitud egoísta, habría perjudicado a Honey. A todos. Solo por mi orgullo.

Estoy entre la espada y la pared, y Emma también, porque decidí en un comienzo estar en el lado incorrecto y ella... simplemente por ser un alma pura.

Es tan injusto... Desde que nació estuvo en el precipicio y ni siquiera lo supo. Ni lo sabe. La pregunta es: ¿lo debe descubrir? ¿Cómo? No puedo decirle nada de lo que quisiera explicarle, porque puede perder la conciencia. Solo puedo contar con alguien: que Emmanuel dé la señal.

De todos los ángeles, ¿por qué mierda tenía que ser él quien guardara la memoria de Emma? Ah, cierto, porque es su protector. Estúpido ángel con

ego supermasivo...

Necesito verla, pronto. Pensar tanto en ella y en el peligro que corre al estar sola me hace querer ir de prisa a buscarla y tenerla entre mis brazos, segura, amada. Tocar sus labios, poder oler su perfume dulce a vainilla... No sé cómo llegué a depender tanto de una chica y, además, la chica que siempre me ha causado problemas desde su llegada a la tierra.

Pero me hace sentir mejor... ¿Cómo puedo decirlo? ¿Ángel? ¿Persona? ¿«Personángel»?

Vaya, crear palabras como esas no es lo mío.

Me hace feliz, me hace sentir como hace tiempo no me pasaba: amado, querido, en casa. Pienso y hago cosas que nunca pensé que haría y si tengo que arriesgarme para salvarla, no lo dudaría, incluso si eso incluye mi muerte o la de mi raza. No importa.

¿Ella puede ser una amenaza? ¡Me importa un carajo! Sé que no será así cuando llegue el momento de su elección.

Lo mío es una sentencia a muerte. O la entrego y sigo con mi miserable vida sin ella, como un jodido infeliz, o me quedo a su lado y corro el riesgo de morir.

¿Qué digo? Prefiero no vivir en un mundo en el que ella no se encuentre.

No importa si el infierno se me desata encima o si el cielo se cae en pedazos. No podría hacerle daño a Emma, jamás.



Al cabo de unas horas, me dirijo hacia el lugar recóndito indicado. Se supone que será seguro hablar allí, preferiría no arriesgarme, pero no queda mucha opción. Tampoco creo que él quiera arriesgarse a ser atrapado.

Como debe ser, ya está aquí.

Me espera sentado, oculto en la sombra. Puedo distinguir sus ojos azules que me observan expectantes. Trago sonoramente vacilando. «Tal vez no debí haber venido... Tal vez no me vio... ¿Tal vez pueda irme?».

No debo exponerme de esta forma, ¡qué estúpido! ¿Y si me siguieron los del consejo? ¿Si ahora van tras de Emma? ¿Si la matan?

Estoy a punto de girarme para emprender la vuelta, pero mi acción es cortada por una voz conocida.

—Owen, ¿a qué debo que me llamas para este maravilloso encuentro?

Lo miro directo a los ojos frunciendo el ceño. Él hace lo mismo.

Nos vemos como en un espejo.

—Hola, Emmanuel.

CAPÍTULO



Quiero chillar, necesito gritar para salir de la pesadilla. Pero en lugar de cometer esa acción, enmudezco y me estremezco. Siento cómo mi corazón late con fuerza, corriendo como quien se escapa de la mismísima muerte.

Así que me quedo inmóvil, en contra de mis instintos que gritan: «Huye, reacciona, escapa. ¡Haz algo!».

Pero mis músculos y todo mi sistema completo parecen no responder a mis demandas. Tampoco mi sangre helada sirve para movilizarme. «¿Seguiré soñando? Necesito despertar de esta situación horrible». Pestañeo para borrar a esas dos figuras, pero fracaso. Sé la verdad, aunque no quiera aceptarlo: como todo lo extraño que me pasa últimamente, esto no es un sueño.

Sus ojos resplandecen en el medio de la oscuridad mientras la luz de mi móvil los golpea y los hacen brillar aún más. ¿Qué hacen aquí? ¿Qué quieren de mí? ¡Mi familia está a paredes de distancia! «Mierda, mierda, mierda».

La pantalla de mi móvil se oscurece y nos deja en penumbras, lo que hace borrosos sus cuerpos. Pero incluso sus verdes miradas fulminantes brillan a oscuras y les dan un aspecto más severo, siniestro e imponente. Llevan ropa negra, incluso algo que les cubre las caras dejando solo a la vista sus ojos y sus labios.

¿Por qué no acaban conmigo y se marchan? ¡Pero que se alejen de mi familia! ¿Cómo podría hacer para mantenerlos alejados?

—¿Quiénes son? —logro hablar, pero bajo por los nervios. Mi voz tiembla, es algo inevitable; digo... ¿quién no estaría aterrado si se despierta

de golpe y hay dos sombras que lo acechan con la mirada? Creo que cualquier persona cuerda se pegaría un buen susto.

Nunca me había preguntado cómo sería mi vida más allá de lo cotidiano. Sabía que estudiaría Letras, era probable que conociera a alguien estudiando en la universidad, con quien tal vez ¿me casaría? luego de varios años y tendríamos dos hijos, una niña y un niño; imaginaba ser feliz de una forma simple. No negaré que también me había hecho una lista de cosas que quería que me pasaran, pero con poca probabilidad (los sueños, para ser precisa) pensaba en... ¿Tal vez ser una poeta reconocida? ¿Una cantante? Algo irreal, fantasioso también. Pero definitivamente no estaba en la lista ser atacada por seres que no son humanos o saber que es real que existen los ángeles.

Es extraña la forma en la que todo cambia, lo diferente que puede ser la manera de ver el mundo luego de varios sucesos que te marcan por siempre.

Noto la tensión en el aire, en sus ojos. Sus bocas no se mueven para hablarme, contestarme. Ellos no hacen un paso hacia mí, pero tampoco hacen nada para irse. ¿Cuánto tendrá que durar este sufrimiento? ¡Necesito respuestas!

—¿Quieren matarme? —exijo con rabia—. ¡Contesten! —grito cuando no hay respuesta de parte de ese par.

Pero me equivoco. He cometido el peor error. ¡Eso despertará a mis padres! Me tapo la boca como un acto reflejo e imploro que no hayan escuchado nada. Ya es tarde, siento una voz en la otra habitación. Corro la vista hacia las estatuas inertes de miradas verdes gato que se encuentran frente de mí con ojos abiertos como platos.

Ahora es cuando uno de ellos se anima a hablarme. Su voz es ronca, suave.

«¡Claro! ¡Es así de atractivo, porque no es humano!» Me regaño por ese último pensamiento; no puedo dejar que mis hormonas salgan en una situación como esta. El chico más musculoso de los dos es quien se aproxima hacia mí, acerca sus labios a mi cuello y hace que su aliento choque contra mi piel sensible.

—No debiste haber hablado —murmura con cierta rabia e impaciencia—. Sabes eso a la perfección. ¿Quieres poner en riesgo a tu familia

también? —Me toma del brazo y lo aprieta con fuerza. Me duele, es como si la zona donde me apretuja se volviese toda fría; hago una mueca agazapando la cabeza para evitar que note mi debilidad, pero se da cuenta y libera un poco la presión que pone sobre mí.

En mi interior se lo agradezco, hasta que recuerdo que no tiene buenas intenciones. Lo observo intentando parecer imponente.

—¡Debiste haberme contestado! —le respondo con un grito susurrado. Sí, es tonto, pero si van a ser mis últimas palabras, prefiero que sean con actitud y luchando por la verdad—. De todas formas, ¿qué hacen aquí? ¿Qué quieren? ¡¿Por qué yo?!

Se miran entre los dos y lo que veo hace que mi cabeza palpite, sintiendo una patada de incertidumbre. Sé que lo que me respondan no será nada bonito.

No espero que sea lindo. Espero que pase rápido.

Antes de pensar otra cosa, me inclino hacia el brazo del chico que me sostiene y lo muerdo con todas mis fuerzas para intentar herirlo y zafarme de alguna forma. Mala idea.

Veó cómo una mano emprende su camino directo hacia mi rostro y me preparo para el impacto, pero es detenida por el chico al que mordí.

—No lo hagas. Sabes que solo complicaría todo.

—Son unos jodidos. ¡Owen vendrá...!

Unos dedos cierran mi boca antes de que hable. Quiero morderlo otra vez, pero no me lo permite. Mis lagrimales comienzan a escocer. No, no quiero llorar.

—¡*Shh!* ¡Cállate, Cusnier! Nunca digas su nombre. No digas el nombre de ninguno, no sabes cuándo pueden comenzar a escucharte.

¿Qué? ¿Qué no mencione a Owen?

—¿Cómo diablos sabes mi apellido?

—No seas insolente —dice el segundo.

Es más alto y delgado, y su voz, más gruesa que la del otro. Por la postura que muestra es el líder: —Ahora tendremos que recurrir a la forma que no queríamos.

—¡Suéltame! ¡Quita tus manos de encima!

El que me tiene del brazo busca mis ojos de forma directa y por un momento creo reconocerlo. Su verde es cálido, hermoso.

—Lo siento —me dice y eso hace que salga de mis pensamientos. Esa calidez que había encontrado en sus pupilas desaparece, como luego todo a mi alrededor.

Antes de perder todo mi conocimiento, escucho a mis padres gritar. Quiero responderles, quiero advertirles que se vayan, pero ya no puedo moverme. No puedo hablar.

No puedo hacer nada más que dejarme llevar.



Imágenes vienen a mí como rayos que irrumpen en la noche y convierten las aguas serenas en agitados torbellinos que tragan todo lo que está a su alcance. Son desconocidas... como si fuese espectadora de alguna película con escenas mal grabadas, sin sentido cronológico, que parecen repetirse, una y otra vez; cada ocasión con más definición. Más reales. Más reconocibles.

“Toda persona tiene sus demonios internos; algunos atados con cadenas de hierro y espinas. Otros, sueltos, esperando provocar una catástrofe”, dice alguien en mi oído. Siento su aliento en mi cuello y eso hace que me estremezca. Quiero encontrar al propietario de aquella voz, así que estiro mis brazos, pero no alcanzo a sentir nada, tocar nada, como algo que ya viví, que ocurrió con anterioridad. Solo sigo viendo imágenes; imágenes de mí misma, pero en tercera persona.

Yo caminando.

Yo nadando.

Yo con mis padres en vacaciones.

Yo llorando. Luego riendo.

¿Acaso estaré muerta? Lo sé, no dejo de ser dramática. ¡Pero vamos! ¿No es que acaso se dice que las personas tienen imágenes cuando mueren? Bueno, mis últimos recuerdos son sobre esos dos ojos verdes y listo, cero, chau, todo negro. ¿Quién me afirma que no he muerto? ¿Quién me dice si mi familia está bien?

¡Mi familia! ¡Ay, Dios! Mamá, papá, Mati...

Siento una respiración ajena que aumenta junto a un latido veloz, agitado, doloroso. Todas esas sensaciones comienzan a cobrar vida y me doy cuenta de que no son de otra persona: son mías. ¿Qué me pasa? No puedo abrir los jodidos ojos, me cuesta respirar. Sin embargo, las imágenes siguen y siguen sin frenar.

Mi cabeza duele; primero hay hielo que congela todo, luego fuego que arde como llamas que queman todo a su paso.

Fuego y hielo. Llamas y paz. Como si una guerra entre el bien y el mal pasara dentro de mí.

Escucho un alarido. Soy yo que grita, pero sin siquiera quererlo. ¿Moveré mis brazos? ¿Frunciendo el ceño? ¿Atada?

¿Estaré en mi habitación? ¿Con los de ojos verdes cerca?

¿Internada?

No siento frío sobre mi piel, no percibo calor en el ambiente. ¡No noto nada más que mi corazón vacilante y el sonido de la respiración!

Cuando dejo de ver esas imágenes, que empezaron a pasar a milésimas de segundo, casi imposibles de reconocer, salvo cosas que no sean montones de colores y figuras humanas aparecer y esfumarse, todo se vuelve oscuro. Otra vez.

Pienso que todo habrá pasado ya, que solo me despertaré de un mal sueño, pero una voz interrumpe mi esperanza.

«—Ey, Honey. ¿Se te ha caído un poco de tierra en el pelo?»

¿Owen? ¿Owen está aquí? Espera... ¿tierra? ¿Qué?

«—¿Qué ocurre, princesita?»

¿En verdad es Owen? Intento llamarlo, exclamar su nombre con tanta fuerza que mi cuerpo se desgarre. ¿Princesita? ¿En serio? ¡Vamos! Eso es muy soso, al menos para él, aunque su voz no fue dulce... fue sarcástica. ¿Por qué sería sarcástico? ¿Por qué no puedo hablarle? Siento mis músculos moverse para emitir sonido, pero no hay nada... ¿o sí?

—¡Deja de llamarme así, idiota!

¿Qué rayos ha sido eso? Suena como mi voz... pero no dije jamás algo así.

«—Di todo lo que quieras, pequeña Honey. El apodo va completamente contigo, eres algo de lo que es difícil liberarse.»

Pero... ¿qué? Esa era como su voz, pero no sus palabras o sentimientos. Quiero interrumpir esas voces en mi cabeza, pero en lugar de ello me quedo callada para escuchar el resto de la conversación.

«—¡Que no me digas Honey! ¿Eres sordo? Tu aspecto de niño bonito te afecta el cerebro.»

Sí, esa definitivamente soy yo.

—*Mi aspecto ayuda, y mucho. Pero no son cosas que querría hablar contigo. Y... soy sordo, pero para lo que tú dices... Eh, no pongas esa cara.*

—*¡Vete a la...!*

—*Shh, ese no es lenguaje apropiado.*

—*Imbécil. Que te den.*

—*Oh, pequeña Emma. Eso es pasarse de la raya... ¿debo enseñarte a usar la boca?*

—*Ugh, no gracias. ¡Eres irritante!*

—*Mientes.*

Puedo observar por un pequeño instante a Owen, con una sonrisa radiante en la orilla de un río, lleno de barro en su cara y ropa, que ríe, con ese hoyuelo suyo que se asoma. Me mira y, en ese instante en que sus ojos conectan con los míos, siento una punzada, algo que nunca había sentido antes; sus ojos no parecen ser los suyos, digo... lo son, pero... diferentes. Puedo ver que brillan con un atisbo de culpa, de deseo que jamás había visto. No lo entiendo. Quiero decirle que todo está bien, aunque en realidad no sea así, preguntarle qué le pasa, dónde estamos, pero luego todo cambia.

Otra vez está él, pero me mira con la luz de la luna que impacta en sus ojos azules, está serio, no sonrío. Estoy... ¿llorando? Al menos, escucho como si lo estuviera. No entiendo lo qué pasa, los sentimientos de esa yo del mundo paralelo me invaden: comienzo a sentir como ella.

Sus ojos, mis ojos arden. Me es dificultoso respirar normal. La angustia pincha mi garganta, lo que me impide hablar. Puedo percibir la confusión que siente Emma, mi confusión. ¿Por qué? La mirada de Owen nunca se aparta de mi cara, pero no lo miro, tengo miedo de saber qué hay allí, en sus ojos cristalinos.

«—Emma, ¡necesito que me escuches! Es algo mucho mayor que todo lo que te intento decir.»

«—¡Ya he escuchado demasiado! ¡Déjame hacer mi duelo en paz, Owen! Arruinaste todo. ¡No quería saber nada de eso! ¿Lo sabes?». —Esas palabras salen de mi boca, su boca. Pero no sé qué quieren decir, qué significan. Son palabras sin sentido. Es como si hablaran en un idioma desconocido; seguro dicen cosas importantes, pero para mí no lo son.

«—Era necesario que te enteraras. De otra forma, tendría que ocultártelo y esperar a que seas carnada. Y no es lo que quiero, no podría protegerte de nada si...

—¡De todas formas, ya estoy condenada! ¿Cierto?

¿¡Condenada!? ¿¡Qué mierda, Emma!?

«—¡No! Escucha...».

Comienza a hablar nuevamente. Está dolido, lo sé. Yo también. O mejor dicho, ella —mi otro yo—. Mi visión se empaña otra vez y antes de que diga algo más, comienzo a correr lejos de él.

Lejos y a prisa, de quien me causó dolor por no sé qué motivo. Corro, mis pulmones arden, alguien grita mi nombre. No me doy vuelta. Respiro agitada. En mi mente aparece de nuevo la imagen del fuego atacado por el hielo y viceversa, solo que esta vez va acompañada por ángeles y demonios.

Luchan una guerra entre ellos. Algunos mueren y se desvanecen.

Grito, me arrojo en el piso. Aguardo a que el dolor pase. Los seres me miran y sonríen, como si yo tuviese algo que ellos quisieran.

Entonces comprendo que no son sueños deformados: quizás son recuerdos.



Al final, siento que puedo mover una mano, luego la otra. Las piernas. Los ojos. Se alejan cada voz de mi cabeza, cada sonido que hubiese quedado resonando en mi interior. Recobro el sentido de la realidad, percibo un aire húmedo, fuerzo la vista para ver entre la oscuridad y siento una mirada fija en mí. Otra vez.

No reconozco dónde estoy. Primero porque está oscuro. Segundo porque... ¡es obvio que no es mi cuarto! Me doy cuenta de otra cosa: tiemblo envuelta en un asqueroso sudor. ¡Sí! *Ugh*. Tengo la frente empapada.

Por reflejo llevo una mano hacia allí y toco un paño frío y mojado.

—¡Ay! —exclamo cuando mi tacto somnoliento roza aquella tela. Me mareo terriblemente y unos brazos me sostienen. Ahí debe estar quien me miraba. No me molesto en intentar reconocerlo, porque no creo que se deje ver; es mi captor; yo, su presa, ¿cierto? ¿Por qué querría ayudarme? No podría luchar contra él en mi estado. Mi cabeza está en otro lado; además, ¿qué fue todo eso? Las voces, los diálogos, los sentimientos, las imágenes...

—Lo siento —escucho decir a una voz ronca, pero suave.

Por primera vez me doy cuenta de que su perfil, con la poca luz que recibe y a primera vista, se parece a la de alguien: se parece a Owen.

Extraño. Sacudo mi cabeza, pero el hacer eso hace que duela.

Recorro con la mirada el trazo desde sus brazos que me sostienen, sus labios carnosos, su nariz recta y sus ojos... verdes. Distingo mechones que le caen despeinados en la frente, su mirada brilla... pero no del color irreal, como lo hacía en mi habitación. Busco con la mirada en vano entre las penumbras del cuarto donde ambos estamos, pero no hay señal del otro chico. Suspiro resignada.

Vaya.

Él no es Owen, pero me debe tantas e incluso más explicaciones que él.

—Steven, ¿qué?

Steven me da espacio y se hace un metro más atrás, lejos de mí, pero cauteloso. Puedo ver en la forma de su mirar que también tiene cosas para decirme y que quiere hablar.

—Te contaré todo, aunque termine muerto por eso, asesinado o algo.

CAPÍTULO



—Dime lo que debas decir —le espeto—. No puedes prometerme que me contarás algo y que ahora no lo hagas.

—Emma...

—¡Emma nada! Si no tienes algo para decir, entonces déjame ir, maldita sea —lo callo. Puede estar medio de cabeza la situación, pero lo cierto es que hablo con Steven... me refiero, el Steven de siempre, aunque en términos distintos.

Sé que no me lastimará, lo presiento... Además, se ve pequeño, indefenso ante mis palabras. Mira para todos lados, como a la espera de que alguien aparezca o quizás temiéndolo.

Me paro de improviso ante su silencio y comienzo a caminar en el medio de la penumbra, solo por el simple hecho de querer hacerlo hablar, ya que no podría encontrar salida alguna de este sitio con la mirada, todo está a oscuras.

Me toma del brazo desesperado: —Emma...

—¡Sé que me llamo Emma!

—No te hagas la que puedes salir de aquí.

Frunzo el ceño, segura de que me ve: debe tener mejor vista que yo.

Puedo verlo, pero cuando está cerca; hay solo una pequeña luz de la vela en el suelo, al lado de donde estaba dormida; sin embargo, alumbraba tenue alrededor de ella. El ambiente está cargado de un fuerte olor a encierro, hace que me maree, también tiene una mezcla de humedad y hace calor dentro.

—¿Disculpa, Steven?

—Emma —vuelve a decir y giro mis ojos—. Cuanto peor te pongas, menos podré contarte, ¿lo entiendes?

—¡No! ¡No comprendo nada! —le grito y él me suelta.

«¡Al fin!» —pienso—. No entiendo nada de ti, primero eras... normal. O lo aparentabas, ¿no es así? ¿Fingías... para luego secuestrarme? ¿Quién eres? ¡¿Qué hago aquí?! Dime por favor que mi familia está bien. —Al decir esa frase, mi voz se quiebra—. T-te mataré si ellos fueron d-dañados. Yo...

Me vuelve a tomar, pero esta vez de los dos brazos y me empuja para atrás. Choco con algo duro: una pared. Su respiración llega a mi cara y me pongo alerta al instante. Estamos demasiado cerca.

—¿Puedes calmarte? No tenemos mucho tiempo si quieres que te cuente. —Vuelve a deshacer el agarre sobre mí, pero no impone distancia y no tengo mucha posibilidad de moverme—. Vaya, no quería que esto fuera así...

—Bueno. Pero deja de decir que me contarás algo y luego no lo haces —le digo mirando hacia abajo, temerosa de que se acerque los pocos centímetros que nos separan—. Necesito espacio, Steven. ¿Puedes...?

—Ah, lo siento. Claro.

Con eso último, se mueve hacia un lado y voy hacia donde está la luz en el centro, en un extremo del colchón. Hace lo mismo y va hacia el otro lado. Sus ojos verdes se mezclan con la llama de la vela que baila a su propio ritmo, ajena a la situación.

Espero que comience a hablar, aunque tengo dudas... y miedo. No sé qué dirá, si será algo malo, cierto. ¡Tal vez no cuente nada! ¿Por qué contar algo que ponga en riesgo su vida, como dijo? ¡Si hasta ahora no habló en absoluto! Mis manos tiemblan; no, corrección: toda yo tiemblo. Él, en cambio, parece una estatua inerte, firme, salvo por sus ojos que reflejan expresiones demasiado confusas como para descifrar.

—No soy humano —comienza. «Vaya, qué detalle».

—Eso ya lo sabía desde que te reconocí en mi habitación o desde el baño en el centro comercial —lo interrumpo.

—Tampoco soy un ángel —me mira suspicaz.

—Eres un *nefilim* —adivino—. Entonces tienes el poder de confundir mentes.

Suspira: —Sí.

Con ello, recuerdo hechos que pasaron hace un mes; sucesos que no tenían explicación: Owen no había sido. ¿Steven...?

—Eso quiere decir... ¿Tú has hecho lo del beso con la castaña? Digo, cuando pasó eso... ¿fuiste tú con un truco mental?

—Sí —susurra rendido. Su voz no posee ningún tipo de emoción, nada.

—También... ¿has sido el del poema? ¿La carta junto a él? Oh, sí. La carta has sido definitivamente tú. —No sé de dónde sale mi comportamiento tan frontal en un momento como este, pero me gusta y parece tomarlo desprevenido.

Genial.

—Supongo... ¿Estás enojada?

—¡Estoy furiosa! ¡¿Por qué lo has hecho, Steven?!

—Te quise advertir que las cosas se pondrían feas; por eso aparecí en el baño... por eso la carta... Emma, yo...

—¿Por qué lo de Owen? —Steven tuerce el gesto como con desagrado. Está incómodo y con torpeza se intenta levantar, pero antes de que llegue a moverse unos centímetros, lo tomo como ha hecho conmigo. Está nervioso, veo cómo su nuez de Adán se mueve. No me inmuto, ¿por qué hacerlo? De todas formas, me tiene cautiva... así que, ¿no es mejor sacar toda la información posible?—. ¿Por qué, Steven? —presiono.

—¿Celos? Estaba celoso, Emma —dice por fin—. Siempre te fui claro con mis sentimientos.

Silencio.

Ambos nos quedamos callados. Proceso sus palabras con tanto cuidado como si fuesen bombas a punto de explotar; cada vez me siento más ahogada. Celos, celos, celos, celos. Steven está celoso.

Es un *nefilim*. Te tiene secuestrada junto a otro. Owen... Owen no está.

«¡Owen! —pienso—. ¿Por qué te fuiste?»

Steven parece rendido, está cálido al tacto. Al notar que aún ejerzo presión sobre su brazo, lo suelto al instante.

—Luego de eso, fuiste a hablarme —le digo—. Hablarme sobre Owen, sobre el beso... ¡Y tú habías hecho eso! Además, luego me dijiste que Owen me quería. ¡Rayos! Steven, no te entiendo... —Recordar todo aquello, todas esas contradicciones, hace que me duela la cabeza...

—¿Se lo que dije! ¿Sí?

Agacho la cabeza incapaz de ver el ardor de sus ojos. En lugar de eso, observo con atención la vela, como si fuese la respuesta a la existencia. La cera se consume rápido, la llama se encuentra más débil.

Muevo mis manos, tiro de mi ropa que, al fin y al cabo, es mi pijama, todo lo que llevo. Los segundos se convierten en minutos, los minutos parecen horas. Estamos los dos callados, solo se oyen las respiraciones. El lugar se me hace chico, también grande. Ya no sé qué hacer, qué pensar. Steven antes era, al menos para mí, un chico normal. Pero me equivoqué sobre él.

Es un jodido *nefilim*.

—Lo siento, Emma. Siento todo esto...

No contesto, me quedo callada y haciendo el menor ruido posible, me recuesto otra vez en el colchón y hago el mayor esfuerzo para dormirme. ¿Locura? Sí, es una locura. Pero tal vez de esta manera todo pase más rápido.

Cierro mis ojos.



No creo que haya dormido demasiado, porque unos ruidos me despiertan, haciéndome sobresaltar. La vela está apenas un poco más derretida que antes.

Pasos, pasos hacia mí. Debe ser el otro.

—¿Está dormida?

—L-lo está —dice la voz temblorosa de Steven.

—¿Crees que es peligroso intentar llevarla con él ahora?

Alguno de ellos dos exhala, no sé quién.

Steven es el que vuelve a hablar: —Sí, padre. —¿¡Padre!?! ¿Ese hombre... es... el padre de Steven?

Oh, por todos los cielos. Oh, por todos los cielos... ¡eso quiere decir que es un caído! Siento mi pulso aumentar y ruego que se calme para seguir escuchando lo siguiente:

—Los conservadores están cerca, la buscan por todas partes. Es muy peligroso. Además, Emmanuel está cada vez más en la mira, así que es mejor actuar. Es ahora o nunca.

«Emmanuel. Emmanuel. Emmanuel. Emmanuel».

Ese nombre.

«Emmanuel».

—Owen está cerca... —comenta más baja la voz del otro... El caído. El padre de Steven—. Emmanuel ha hablado con él en secreto, le ha dicho lo que hemos hecho y dónde estamos. Viene como una furia.

—¡¿Qué rayos?! ¡Joshua! ¿Qué haremos? ¿Permitirás que Owen se te acerque? ¡Puede arruinar todo otra vez! ¡Siempre ha sido así!

Oigo dudas. Una maldición. Otro bufido.

—Lo sé. Pero creo que realmente la quiere. Además, a pesar de todo, él es mi hijo; tengo varias cosas que aclararle. Así que si nos encuentra... estaré listo.

CAPÍTULO



Owen, Steven... Ellos...

Ellos son hermanos. Medio hermanos.

—Él es su padre —susurro sin pensar; luego quiero que el suelo me trague; ahora sabrán que los escuché. Estúpida Emma.

Estoy inmóvil, creo que he dejado de respirar, culpa del miedo, porque pronto unas manos fuertes me toman de los brazos y me paro con brusquedad, casi con un traspie. Ahí es cuando veo directo a Josha, con sus ojos claros y verdosos; los mismos ojos de Steven, pero las facciones de Owen. La misma nariz, los mismos labios rellenos. ¿Cómo no pude haberme dado cuenta de ello? Busco con la mirada a Steven, que se encuentra detrás de Josha; está preocupado, puedo ver un brillo de comprensión en sus ojos. En cambio, su padre no demuestra nada; su mirada es fría, peligrosa.

Estoy completamente rígida, levanto la vista hacia él y lo miro fijo, sin inmutarme. Hacerle frente no creo que sea mi mejor opción, pero necesito que crea que no le tengo miedo, tal vez de esa forma logre algo. Aparento ser valiente e intento, de algún modo, luchar con él, eso es lo que me queda.

Además, hago tiempo para que Owen llegue...

Owen, oh. ¿Sabrá que Steven es su hermano? Seguro que sí. Steven también que Owen lo es. Seguro que no era agradable para Owen. Para nadie. Con respecto a Josha... Pues, no puedo entenderlo. ¡Dejó a sus hijos, a su esposa, todo por egoísmo! Para rematarla, formó una familia aquí y se olvidó de todo lo demás. ¡¿Qué clase de ser es ese?!

No entiendo cómo algunos no pueden ver lo que tienen, ni siquiera cuando lo pierden. Se obsesionan con algo y todo lo demás pierde brillo, se queda sin sentido. Así ellos quedan engeguados en su avaricia.

—Hola —dice él finalmente.

No contesto. Bufo por lo bajo, esperando que Josha lo oiga, entrecierro mis ojos y sigo intentando penetrar en su mirada, no quiero ser quien baje la vista. Quiero vencerlo, por mí, por Owen.

—Veo que tienes carácter, niña. Has heredado mucho de ambas partes de tu familia, eso es... interesante. Esperaba que fueras un torbellino de emociones.

No lo entiendo. Pestañeo confundida y Steven se aclara la garganta: —Padre...

—Lo sé. No te preocupes, pronto sabrá. Ahora niña...

—Me llamo Emma.

Sonríe, pero no solo eso: se le forma un hoyuelo igual que al de Owen. Es increíble el parecido que tienen, aun siendo personas tan distintas. Quiero escupirlo en la cara, borrar su arrogante sonrisa... Vaya, hasta en eso también se parece, solo que la arrogancia de Owen es simpática... en pocas cantidades, claro.

—¿Así tratas a tu ángel custodio? —dice, poniéndose una mano en el corazón y haciendo una cara de dolido, como si hubiese roto su estúpido ego.

¿Qué rayos dijo? Eso no tiene sentido: —Eres un caído.

—En teoría, sí. Lo soy. Y tú no eres quién crees.

—Ah, ¿no?

Lo cuestiono y frunzo aún más el ceño. Solo aumenta un poco su sonrisa y suelta mis brazos, para luego cruzar los suyos sobre su camisa blanca; eso hace que los músculos se hagan visibles. Oh, Dios. ¿Cuántos años tendrá físicamente? ¿Veinte? ¿Veintitrés? Apenas parece un poco más grande que Steven. Aparenta ser un crío universitario e incluso actúa como uno. Pensar que es el padre de mi novio me da escalofríos.

—No. Eres diferente. —Mi boca cae abierta, sorprendida. ¿Ese rollo de diferente otra vez?—. ¿Qué? ¿Te he sorprendido?

—¿Por qué dices eso? —pregunto tajante.

—¿Y tú por qué reaccionas así? Ah, ya me acuerdo. Owen te ha dicho lo mismo, ¿cierto?

Se divierte conmigo, lo sé, lo veo. Estoy incrédula: —¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo he dicho, Honey. —Levanta una comisura al decir eso y no puedo soportar más su mirada, así que pierdo la guerra—. Soy tu ángel custodio, no de forma legal, pero... te vigilo hace mucho tiempo. Eso implica el tiempo que estuviste con él.

Cierro los puños con fuerza, lo que provoca un dolor inmenso en mi palma.

—Padre... —interviene Steven, pero Josha lo silencia apenas levantando la mano.

—No. Ha llegado el momento de que lo sepa, solo la evalúo.

—¿Quién te ha mandado? —ignoro cualquier tipo de conversación que podrían tener ellos.

—Emmanuel.

—¿Quién es él?

La sonrisa de Josha se borra; por fin aparece su imagen adulta ante mí, y comienzo a desear que su lado estúpido y bromista no se hubiese ido: —Nadie que debas conocer aún, así que tampoco puedes preguntar sobre él.

—¿Dónde estamos?

—En mi escondite; cuando las cosas se ponen feas, es una zona marginada de la ciudad, un orfanato abandonado para ser preciso. No es el lugar más lujoso, pero pasa desapercibido. —Se da vuelta hacia Steven—. ¿Puedes buscar cuatro sillas, una vela nueva...? No, una lámpara mejor y un refresco, ¿por favor?

Steven solo asiente y se marcha sin decir nada; veo cómo empuja del piso una puerta que hace un sonido infernal y la habitación se ilumina; la luz llena mis retinas, molestándome: ahora puedo ver por un segundo. La sala tiene las paredes manchadas por la humedad, está casi desnuda, salvo por unos muebles viejos en una zona y cajas apiladas, hay un ventilador en el techo (un techo demasiado bajo), que parece tan débil que podría caerse en cualquier momento, está el colchón junto a mí, en el centro, y a nuestro lado la vela casi sin llama. Los pisos son de madera gastada y hay una

chimenea llena de polvo. Las diminutas ventanas están tapadas con maderas podridas. Cuando la puerta se cierra, todo se vuelve oscuro otra vez.

Es un ático.

—Siento que estuvieras aquí, dentro de este desván; es lo peor de la casa, pero debemos mantenernos lo más ocultos posible y es el mejor sitio para ello, porque la puerta está bien oculta, así que será mejor no movernos del lugar a pesar de que huele a zorrillo. —Hace una mueca. Estoy dentro de un desván; eso quiere decir que estoy en la zona más alta de un orfanato abandonado en quién sabe dónde—. Owen estará a punto de llegar y no será el reencuentro bonito que pintan las películas.

—Tú lo abandonaste —murmuro.

—Lo sé. No es contigo con quien tengo que hablar de mi vida privada. Ahora... como Steven aún no llega con las sillas, quieres sentarte allí —murmura señalando el colchón.

—No —digo mirando hacia un costado, el de la puerta—, prefiero estar de pie.

Tal vez así pueda escaparme.

Joshua se encoje de hombros.

—Debes saber que, si te escapas, te atraparé antes de que salgas. —«Mierda»—. Además, te conviene saber lo que te estoy a punto de decir. Y no era una pregunta, debes recostarte allí. Esto te puede doler un poco...

—Espera... ¿¡Qué!?

—Solo hazlo. Ni siquiera te tocaré, es para que sea más fácil. No preguntes aún.

Quejándome, hago lo que me dice, me recuesto temerosa. Aprieto mis manos, muevo mis piernas, abro y cierro los ojos. Se coloca en el lado de mi cabeza y pone las manos sobre mi frente, pero sin tocarla. Pronto me siento mareada, no me gusta. Miro hacia arriba y ahí están sus ojos verdes, lo que más lo diferencia físicamente de Owen...

Owen. Dijo que está por llegar. ¿Cuándo vendrá? Quiero salir de aquí, de este manicomio lleno de... Bueno, con un posible ángel caído demente y su hijo.

Una sacudida me saca de mis pensamientos, y luego otra, y otra, me deja con la mente en blanco, casi como metida dentro de ella. Escucho que

alguien me dice que me relaje y es eso lo que hago. Pronto todo está en calma. Mi mente, de estar ardida, pasa a sentirse libre, como cuando escuchas una canción que te gusta o comes chocolate, como cuando te sientes en una nube. Esa sensación que tienes en un día de calor, cuando te metes al agua. Refrescante.

En un instante, vuelvo a la realidad: ahí está Josha en el mismo lugar que antes, solo que sus manos ya no están encima de mi frente y tiene plantada una gran sonrisa.

—Listo —habla—, ya puedo empezar a contarte todo sin ningún tipo de problema ni mareo. Estás desbloqueada.

Estoy por preguntarle a qué se refiere, pero una lámpara ilumina mis ideas. ¡Alguien modificó mi mente para que no me pudieran decir ciertas cosas! Aparentemente, ya puedo saber quién es ese alguien: Josha. Tiene poder sobre la mente y, sin dudas, acaba de hacer algo. Me siento más... liviana.

—De tu inconsciente comenzarán a surgir varios recuerdos que tenías bloqueados a partir de ahora. Vendrán en sueños o imágenes, inclusive pensamientos.

—Eso ya me pasaba desde antes.

—Lo sé. Soy un genio, ¿cierto?

—No entiendo por qué lo serías, Josha.

Él ríe. Oh, genial.

—Fui el que te bloqueó la mente con ayuda de Steven. No nos culpes, fue una orden. —Lo miro seria, eso no es gracioso—. En los últimos tiempos, hice que tu memoria recupere algunos de los recuerdos perdidos. Ya sabes... a través de sueños. No les dabas importancia, porque te ordenaba que no les prestases atención, pero ahí estaban, a tu alcance.

—¿Mis sueños eran reales?

—Absolutamente reales. Pero, niña, no eran sueños, eran recuerdos. Cosas que pasaron.

—¿¡Cuándo!?! —grito, reincorporándome.

—*Ups*, ¿no me dirás «gracias»?

—¡No! ¡Modificaste mi mente!

Se aleja de mí, como si le fuese a hacer algo. Al hacer eso, solo puedo distinguir su figura en la oscuridad.

—Y te la devolví, pero es poco a poco. Cuidar qué supieras, qué no, con quién te juntabas o qué hacías, todo eso fue mi trabajo desde que naciste, Emma. Te conozco desde mucho antes que eso. —Suspira y vuelve a acercarse—. Tanto fue así que también Steven fue tu sombra por mucho tiempo; me ayudaba a custodiarte, así que lo enviaba a donde estuvieses, aunque no lo vieras la mayor parte del tiempo. —Me encuentro atónita. ¿Steven? Nunca había hablado con él antes del instituto, ni tampoco fui su compañera. O al menos que me acuerde—. También conociste a Owen, pero ese fue un error, la equivocación que hizo que te borrara la mente.

—Vas muy rápido. Espera... ¿Me dices que eres mi ángel guardián y mandabas a Steven a vigilarme? ¿Dices que conocí a Owen? ¡¿Cómo me has borrado todo eso?!

—Sí, lo soy. Por lo otro, sí, Steven era mi pequeño espía; varias veces hablaste con él, pero modificaba tu mente para que no lo tuvieras presente. Y Owen... Owen ha sido un problema.

—¡Deja de llamarlo «problema»! No sabes lo que él es.

—No puedo, lo ha sido. Te ha buscado desde hace años para entregarte a los conservadores, unos ángeles que dominan el Cielo. Luego de mucho tiempo, te encontró e hizo trizas nuestro plan, así que lo borré de tu mente, a él y a cada pensamiento que él hubiese infestado.

—¿Por qué haces todo esto? ¿Qué sacas de provecho de esta situación? ¿Qué plan?

—Estoy en una misión en la que debo protegerte, niña. Es mi prioridad.

Giro mis ojos, odio que me diga niña... me hace sentir inferior, pequeña. ¡Cielos! Es tan... *Ugh*.

—¿Protegerme? ¿Qué tengo de especial?

La calma y la liviandad que sentía desaparecieron hace rato. No logro entender nada... O no quiero entenderlo, es demasiado.

Él borró mi memoria.

Cosas que viví no logro recordarlas, cosas importantes. Me protege de algo que no entiendo.

Y conocí a Owen una vez. Pero no me acuerdo de eso.

¿Qué otra cosa estaré pasando de largo?

—No puedo creerte. Es demasiado... Quieres jugar con mi mente, confundirme... ¡nada de lo que dices es cierto! No puede serlo —digo sin siquiera escuchar mis propias palabras; sé que lo que dice es verdad y que no me puedo escapar de la realidad, aunque no la recuerde.

—Niña... Es mucho lo que debes pensar y muy rápido, pero estás en problemas y no...

—Dime en qué problemas estoy y por qué.

—No puedo, niña. Lo siento.

—No lo sentías cuando borraste mi mente —le digo, saliendo de su amarre—. No quiero tu compasión. Y no me digas niña, lo odio.

No me parece justo ni razonable que diga que estoy en unos jodidos problemas y que no me diga qué pasa. Sí, me corresponde saberlo. Me quedo callada procesando la información adquirida recientemente. Me cuesta pensar con claridad, porque mientras intento reflexionar se cuelan imágenes en mí; deben ser posibles recuerdos olvidados. La oscuridad del desván parece tragarme, mi vista se siente cansada, así que cierro mis ojos.

Joshua se da cuenta de mi estado y pone su mano en mi hombro. Lo miro sin mucho ánimo y sonrío, esta vez parece ser una sonrisa sincera. No se la devuelvo, sino que intento apartarme, pero Joshua me sujeta, quiere decir algo, está a punto de hablar, pero de repente ambos oímos un grito acompañado por una maldición...

Steven.

—¡Esas malditas sillas las partiré en tu jodida cara! ¡Sé que está aquí! Oigo su mente, está encerrada arriba. ¡Romperé el mugroso techo si es necesario!

Mi corazón comienza a palpitar, mis piernas tiemblan y casi no puedo respirar. Sé a quién pertenece aquella voz, casi pego un pequeño grito de emoción. Joshua, por su parte, se pone delante de mí con una última mirada severa dirigida hacia mí. No le presto atención, casi no quepo en mí misma. ¡Owen está aquí! Deseo salir por esa puerta, buscarlo, irme de aquí, con él. Juntos.

—Eh, ¡tranquilo! —lo calma Steven.

—¡No me pidas que me tranquilice, idiota! ¿Dónde la tienen? ¡¿Dónde se encuentra la puerta del ático?!

Agrega algo más, pero a mi mente.

«¡Honeeeeeeeey! ¿¿Dónde estás!?»

Sé que llegó, que Owen está aquí, que vino por mí.

También sé que me debe una buena charla...

Bueno, cuando salgamos de esta.

CAPÍTULO



—¡Apártate, niña!

El ruido de la madera que cruje y la puerta que es golpeada incesantemente no es nada agradable para los oídos, menos cuando una tiene la cabeza hecha pomada y un caído llamado Josha, que parece casi de mi edad, pero es el padre de tu novio, que también es un ángel y, para variar, dice que te quitó la memoria y recuerdos por un tiempo. Por otra parte, como frutilla del postre: eres la clave de un gran problema del cual no estás enterada.

Por esas razones, terminas encerrada con dos extraños maniáticos en un ático de un orfanato abandonado.

«¡Todo es tan hermoso y casual!»

Noto la tensión de Josha; con la rabia que tiene Owen podría matarlo, si eso fuese posible. No quiero que Owen salga lastimado. Quiero irme, ni bien aparezca, juntos, sanos y salvos.

Pero sé que, después de todo, no será así y que Owen querrá desquitarse.

—¡Abre la puerta o la partiré de todos modos! ¡Anda, sé que estás ahí y ella también! ¡Honey!

—¡Estoy aquí! —le contesto, intentando calmar los ruidos y su furia creciente—. Tranqui...

No puedo terminar la frase, porque justo la puerta se abre de una manera salvaje, acompañada de una gran claridad y un Owen con ojos feroces. Su mirada se dirige directo a su padre y luego hacia mí, que estoy detrás de él, como si me refugiara; algo en sus ojos azules cambia y sacudo

la cabeza, intento correr hacia Owen, avanzar, pero el inoportuno de Josha me detiene en el acto.

—No, niña. Mejor quédate detrás. Ya sabes, no es un saludo de películas.

Con eso, Owen se aproxima feroz hacia su padre, quien retrocede unos pasos, lo que me obliga a retroceder a mí también.

—Owen, podemos hablar, no es tarde —dice apresurado Josha.

—Te equivocas, desde el momento en que te fuiste fue tarde. Para mamá fue tarde, para mí. Te fuiste, dejaste de existir para nosotros. ¡Ni hablar de lo que le hicieron a Emma!

Dos cuerpos muy parecidos colisionan; veo cómo Owen lucha contra su padre, como si le fuera la vida en ello. Golpes, violencia, dolor, enojo, odio. Un montón de sentimientos, reproches, acciones salidas de una gran pena pasan adelante mío. Cada golpe retumba en la sala, cada alarido. Josha no se queda atrás con la pelea y le proporciona un gran puñetazo en la cara a Owen, que le parte su labio y hace que sangre.

—¡Owen! ¡Josha! ¡Paren! —grito, pero parecen no escucharme. Están absortos en su juego.

Owen le da fuerte golpe en la cara a Josha. Más sangre, más pena. Ambos caen al suelo, el hijo arriba del padre; raro decirlo así, porque en lugar de cumplir las edades que esos roles demandan, ambos parecen casi de la misma edad, como hermanos, dos adolescentes que se pelean. Pero no, esto es peor.

Mucho peor.

—¡Paren ya! —repito e intento ponerme en el medio, separarlos, correrlos, ¡algo!

Antes de alcanzarlos, alguien más me alcanza a mí.

Mierda.

Ahí están los ojos verdes pastizal de Steven: —No —habla—. Ellos no te escuchan, Emma. Puedes salir herida, ven conmigo fuera de aquí. No es necesario que veas esto.

—¡No! ¡Debes ayudarlos! ¡Se van a matar!

—Los frenaré cuando salgas.

Los vuelvo a mirar, no sin antes observar a Steven que está decidido, obstinado a sacarme de aquí; sus labios parecen casi una línea recta y sus cejas están fruncidas, está alterado por mi falta de respuesta. Veo cómo Owen le da golpes en la espalda, Josha grita de dolor y parece tomar algo invisible en el aire que pronto se convierten en las alas de Owen. ¡¿Qué mierda?!

Owen se estremece y Josha empieza a tirar de ellas hasta que Owen lo suelta e incluso entonces sigue. Plumas de sus hermosas alas blancas caen y me vuelvo loca:

—¡Steven, le está sacando las alas, maldita sea!

Steven me agarra del brazo y empieza a jalar de mí, lejos de la habitación. Lucho contra él con todas mis fuerzas para zafarme, para que me suelte y así poder ayudar a Owen. «¡Le arrancará las alas y se convertirá en un ángel caído! ¡¿Lo permitirá!?».

—¡Suéltame, idiota! —Mi voz suena temible o, al menos, es lo que creo. Eso solo atrae la atención de Owen, que deja de forzar por un momento para mirarme y soltar un quejido que, de seguro, atraviesa la corteza terrestre.

Dejo de forcejear y ahí estoy, me siento llevada fuera del cuarto por Steven, desanimada.

Entonces lo veo.

Una pluma blanca, manchada de sangre.

¡¿Josha está loco?!

—¡Detente! —Mis ojos ya contienen lágrimas, debo tener la cara colorada. No pienso dejar a Owen así, retorciéndose de dolor.

No sé qué pasa, tampoco planeo demasiado averiguarlo, pero me suelto de Steven, y en ese mismo segundo, tomo a Josha del cuello y lo levanto con una fuerza que no tengo idea de dónde sale, ni por qué, ni cómo. Comienza a dolerme el cuerpo, la cabeza, la espalda, pero sigo con el caído tomado del codo. Ahora mismo y allí quiero estrangularlo hasta dejarlo sin oxígeno, hacerlo pagar.

—¡Le arrancabas las alas! —le espeto con ira.

Josha no me mira con cara de miedo, sino con una gran sonrisa. Orgullosa sonrisa. Esperen, ¿por qué estaría orgulloso? Sí, sonrío, incluso

con la sangre en la cara parece guapo. Se lo nota cansado, tiene la ropa enmarañada y su pelo totalmente revuelto.

«Está pirado, loco, enfermo», pienso.

—¡Eres un demente!

—No, soy un maestro de las mentes. Mira a Owen.

Parpadeo confundida: —¿Qué?

—Que mires a Owen, Emma.

Entonces volteo a verlo, soltando a Josha y arrojándolo al suelo. Owen se encuentra tirado en la madera cerca del colchón, parece dormido, seguro está noqueado y bastante cubierto de sangre, con el pelo hecho un asco, pero con las alas intactas, sin rastros de plumas por ninguna parte. Steven se encuentra a mi lado y me mira extrañado, asustado, ¡como si fuese a hacerle daño!

Vuelvo a girarme hacia Josha para preguntarle qué rayos pasa ahí, pero algo llama mi atención, mis manos brillan. Sí, literalmente: brillan.

—¡Sabía que lo harías! —exclama emocionado Josha.

—Padre, su luz se verá a kilómetros de aquí. Vendrán por ella.

—Lo sé, pero valió la pena, demostró una pizca de su potencial y por una buena causa.

Sigo sin comprender nada y observo cómo el brillo de mis manos se desvanece en cuestión de segundos, como si nada hubiese pasado allí. Ellos hablan, pero ya no los escucho.

En un momento, y no sé cuándo, Owen se despierta; al principio parece estar desconectado de la situación; cuando por fin ve a su padre y a Steven, frunce el ceño y luego hace un gesto de dolor mientras se lleva una mano a la cara. Me preocupo por él, no quiero que pelee otra vez con un imbécil como lo es Josha. ¡Aún no entiendo qué pasó entre ellos!

Es ahí cuando me mira con ojos como platos y luego se despereza, se levanta del suelo para venir hacia donde estoy, no sin antes sacarse la camisa para limpiarse la sangre; eso hace que mis hormonas adolescentes salten y consiga tener por un instante la mente repleta del torso desnudo de Owen, sacudo la cabeza para eliminar todos esos pensamientos y lo veo curvar una de sus comisuras, claro que escucha lo que pienso.

Al alcanzar mi posición me aferro a él con mucha intensidad, tanto que lo hace temblar, no sé si por la situación o por el mal estado en el cual se encuentra. Hay algo que sé realmente: tenemos que irnos pronto y lejos, mientras Steven y Josha se encuentren hablando; no tenemos las posibilidades de nuestro lado, pero podemos intentarlo, así que antes de decir nada, lo tomo de la mano y lo llevo hacia la puerta para escapar juntos.

Estoy con él.

Cansada, adolorida y él, casi sin poder caminar, pero estamos unidos. Estoy con Owen y eso lo cambia todo.



Ahí estamos, los dos. Corremos lejos del ático, dejando todo atrás. Nuestras probabilidades de escapar de Josha y Steven son casi nulas, tortuosas, impensadas, de seguro que nos atraparán; esos y pensamientos parecidos hacen que quiera dejar de forzar mi cansado cuerpo, pero no puedo abandonarme, ni a él. Necesitamos correr.

Steven está muy ocupado escuchando a Josha cuando ve mi intención y tarda en reaccionar para ir tras nosotros; Owen es el primero en bajar del desván, abre los brazos para cogerme cuando me lanzo hacia él. En otro momento ese esfuerzo no representaría nada para Owen, pero sé que está herido y eso hace que se tambalee un poco mientras me coloca en el suelo. Antes de mirar atrás, me toma de la mano para seguir andando; tiro cosas en el camino para ponerles obstáculos.

Quiero ir hacia las escaleras, bajar los pisos que sean necesarios (ahora me doy cuenta de que no sé cuántos son, con suerte tal vez solo dos), pero él niega. ¿Cómo puede negarse cuando tenemos que salir? Escucho movimiento detrás de nosotros y, simultáneamente, las alas de Owen aparecen casi rozando mi nariz; pego un respingo del susto, pero él me toma de la cintura; como si fuese de peso pluma, comienza a caminar hacia la ventana conmigo, cargándome como un bebé. Al llegar hace lo que temía que hiciera: abre las alas y emprende vuelo.

No nos vamos tan lejos, pero volamos bastante por encima de la superficie; pasamos por arriba de muchas construcciones edificadas. Hace

frío y yo, que llevo solo mi pijama puesto, puedo sentirlo muy bien, así que me aprieto lo más fuerte posible contra él, que me sostiene entre sus brazos. De vez en cuando, algunas de sus plumas rozan mis piernas y me provocan cosquilleos. Estoy demasiado shockeada por toda la información recibida hace poco, así que solo me limito a permanecer en silencio y Owen parece aceptarlo.

No sé cuánto tiempo pasa, seguro no mucho (unos minutos supongo), pero ambos nos encontramos descendiendo hasta quedarnos parados en el techo de un edificio (no muy alto como los demás, pero lo suficiente para hacer papilla de Emma). Tiemblo al sentir el piso luego de estar en el aire, al saber a qué altura nos encontramos, al conocer de seguro nos buscan y que estoy con Owen.

Nuestros pies chocan y él todavía me tiene entre sus brazos; lo abrazo con todas mis fuerzas y él se estremece, estrechándome más aún; con mi tacto siento sus alas y las acaricio con suavidad; es raro tenerlo en esa forma, pero al mismo tiempo maravilloso. Estamos juntos. No hay aire que nos separe; me elevo un poco en puntas de pie, coloco mi mejilla en su hombro derecho y comienza a darme pequeños besos en la frente, en el pelo...

—Honey —susurra con sus labios sobre mi frente—. Mírame, Honey.

No estoy lista para verlo. Quiero, pero... ¿qué habrá pasado en este tiempo con él? ¿Veré sus mismos ojos? ¿Qué responderá a mis preguntas? Muevo mis labios para contestar, pero su boca atrapa la mía antes de que pueda decir algo.

Pienso en el golpe que recibió en esa zona, ¿no le dolerá besarme? Sin embargo, no deja que termine el pensamiento; me silencia con un *shh*.

Sus labios son gentiles contra los míos, se mueven despacio, dulces, con anhelo. Los movimientos con las manos también son lentos, acaricia mi pómulo con ternura, mientras que con la otra me mantiene de la cintura para apegarme a él. Trazo su mandíbula hasta llegar al cuello y juntar mis brazos detrás.

«Mírame, Emma» dice en mi mente, separándose de mí para cobrar aliento. Pero pronto ese espacio formado entre nosotros es sellado otra vez por mí. Profundizo el beso y él gruñe en mi boca.

—Tenemos —comienza—, tenemos que hablar—. Esas palabras no me gustan, siempre significan problemas, así que me aparto yo esta vez, sin dejar de tener la vista gacha.

—Lo sé —le digo.

—¿No me mirarás?

Intento forzar una sonrisa, poner una excusa, pero me da un pequeño beso en los labios.

—Emma... Soy el mismo, solo que ahora sabes más de mí, supongo.

Cobro fuerzas y lo veo; y ahí está. Owen con sus ojos azules zafiro. Owen con su sonrisa y su pequeño hoyuelo. Owen con el pelo un poco más crecido que antes y algo cansado. Su labio se encuentra un tanto hinchado, primero culpo al golpe que le dio Josha, pero... ¿habré sido yo? De todas formas, ahí está él. Acá, enfrente de mí, sonriéndome.

—¡Hasta que me miras! Joder, no es que fuera un extraño alienígena come Emmas...

Ese comentario provoca una pequeña risa en mí y me hace sonreír al fin; me olvido un poco el mal rato pasado (pero solo un instante). Es irónico... un ángel que critica la rareza que puede tener en nuestro mundo un alienígena. ¡Qué detalle!

—Eres un ángel, Owen. No tienes derecho a discutir qué es raro y qué no... Además, los extraterrestres de *Lux* son sexys. Daemon lo es.

Frunce el ceño y me aparta unos centímetros para verme mejor. Ladea un poco la cabeza haciendo un puchero. Parece un perro mojado. —¿Daemon? ¿Quién?

—*Daemon Black* es de una de mis sagas preferidas.

—¿Un alien... es más sexy que yo?

—Eh...

—¡Primero me comparas con el ángel ese de uno de tus libros! ¿Y luego con él? —Su puchero se hace más grande—. ¿Qué sigue? ¿Un mago? ¿O un hombre lobo?

Agradezco internamente el cambio de tema a Owen para aliviar la situación. Sus ojos son radiantes y tiene una media sonrisa pegada a la cara; siento unas lágrimas a punto de salir, pero esta vez no por dolor. No, claro que no. Levanto una comisura de mi boca para formar una media sonrisa.

—Te amo, Owen. —Mi voz tiembla, pero no le hago caso—. Yo...

Pone un dedo en mis labios para silenciarme.

—Nunca extrañé tanto a alguien en mi jodida existencia, Honey. Temía que te pasara algo... Ven, tenemos que buscar un lugar privado.

Sus alas desaparecen de mi visión. Con eso me toma de la mano y bajamos por unas escaleras que dan a la terraza del edificio. Solo descendemos un piso y nos detenemos en una de las puertas. ¿Es coincidencia haber bajado allí? Con Owen no lo creo; saca una llave y abre una de las habitaciones.

Me resulta raro, pero debido a que confío en él y que ya no tengo adónde ir y tampoco sé qué pasa, entro.

Él pasa luego y cierra la puerta.

Lo que se veía como una pequeña habitación desde fuera se parece más una casa; es lujosa, grande y espaciosa. Debe ser una de las más caras del edificio. Tiene una mesa familiar grande, incluso una cocina propia, un living con última tecnología, puedo ver un gran balcón que está tapado con gruesas y elegantes cortinas, y el baño que tiene la puerta abierta es más bonito que mi propio cuarto. ¿Aquí vive? Vaya, veo que la pasa muy mal...

—En realidad, mi estadía es móvil —explica—. Nunca estoy en el mismo lugar por mucho tiempo, pero eso no importa ahora... —Su mirada brilla cuando me mira—. Ven aquí.

Me quedo en mi lugar por un momento, pero luego corro hacia sus brazos. Me vuelve a agarrar, sosteniéndome contra su pecho; respiro su aroma. Lo extrañaba tanto. Owen traza con el dedo mi nariz, mis labios, mi quijada. Sus labios se encuentran con los míos otra vez en un diminuto y tierno beso. «Te extrañé, Honey; no sabes cuánto» habla en mi mente; suspiro al escucharlo.

—Pensé que no te vería, Owen...

—No dejé de pensar en ti en ningún momento.

—No vuelvas a dejarme... —Tomo una de sus mejillas y veo sus ojos azules líquidos. Hermosos.

Entonces comienza a caminar conmigo encima y me lleva hasta su habitación. Al entrar allí, me tenso al ver la cama matrimonial, pero luego, al verlo, se me pasa. Pienso en lo que fueron mis últimas horas; ese desván,

lo que aprendí, lo que vi. ¡Las cosas que debo preguntarle! Dios... ¿por dónde empezar? Él sonríe al saber qué pienso y sacude la cabeza.

—Necesitas descansar un poco, Emma... Has tenido demasiada información nueva que procesar...y muchas emociones las últimas horas. Hablar ahora sería equivalente a ser masoquista.

—¿Y si quiero ser masoquista ahora? Quiero hablar contigo...

—Honey, podremos hablar cuando despiertes, pero ahora debes descansar. Me quedaré aquí contigo y lo estaré cuando despiertes.

Me coloca suave en el sedoso colchón, me tapa con las sábanas y besa mi frente; tengo miedo de que se vaya otra vez, no quiero perder el tiempo que pueda tener con él. Pero es cierto, me siento cansada, como si mi cuerpo pesara plomo, y decido hacerle caso.

—¿Lo prometes?

—Con todo mi amor.

Cierro los ojos mientras formo una sonrisa: —Ven conmigo, Owen.

Lo siento titubear. Escucho ropa que cae al suelo y abro los ojos; ¿se meterá desnu...? Falsa alarma, era su camiseta. Owen comienza a reírse sin parar y quiero que me trague la tierra. ¿Desde cuándo mi mente me traiciona tanto?

—Me bañaré antes de entrar, mi ropa está asquerosa y necesito un buen baño. Además, quiero aclarar algunas ideas...

Pronuncio un «bueno» con mis labios y vuelvo a cerrar los ojos; escucho los pasos de Owen al salir del cuarto, luego abre una puerta más a lo lejos y al instante se oye el sonido relajante del agua que corre. Vuelvo a suspirar; mi mente está envuelta en Owen, pero también llena de dudas que aún no logro saldar.

La cama tiene su aroma también, así que aspiro, respiro mientras escucho el agua caer desde la regadera. Así, hasta quedarme dormida, acurrucada allí.



Luego de un pestañeo, Owen llega a la habitación y su colonia masculina perfuma aún más el ambiente. Las sábanas se corren un poco, entra frío y tiemblo, pero solo unos segundos, porque siento unos brazos

moldearse alrededor de mí, un aliento cálido que roza la parte trasera de mi cuello y un cuerpo que se amolda perfectamente al mío.

—Aquí estoy, Honey. Y estaré cuando despiertes.

CAPÍTULO



Owen cumple sus promesas.

Despierto en un lugar desconocido, pero lleno de paz. Debería estar sobresaltada, pero no es así. Las sábanas que me cubren son muy suaves y el colchón, tan cómodo que no dan ganas de levantarse a pesar de no tener más sueño; el techo del cuarto está pintado a la perfección de un color blanquecino y los muebles son de un fuerte color madera. Desde la ventana, que se encuentra tapada por unas cortinas de tonalidades beige, puedo distinguir que amanece... ¿o anochece? Quiero levantarme y explorar el lugar, pero unos fuertes brazos me tienen agarrada de la cintura, escucho un suspiro somnoliento. Pronto comienzo a recordar todo y sé donde estoy: en el lujoso departamento momentáneo de Owen.

Debe de estar dormido, abrazándome. Irradia calor y seguridad. Intento moverme, pero Owen me aferra y no puedo salir de entre sus brazos. Dejo de luchar y suspiro. Con cuidado y sin escapar de su agarre, giro sobre mí misma y quedo de frente ante ese rostro angelical que tanto añoré ver, del chico que más amo. El brazo de Owen me rodea aún más y me lleva contra él, de manera que quedo encima de su pecho; puedo escuchar su corazón latir, su respiración, incluso un pequeño murmullo.

Respiro con él, huelo a él. Estoy, literalmente, rodeada de él.

Su calor me abruma y vuelvo a dormirme, pero esta vez, siguiendo el ritmo de sus latidos, como si estos fueran una suave y constante canción de cuna, un abrazo de amor para sentirse segura.



Alguien toca mi mejilla; al principio quiero apartarme, ¿será un bicho? Abro los ojos y no, definitivamente los bichos no tienen esos ojos de cristal, ni tienen su sonrisa, ese hoyuelo y, mucho menos, el sonido de su risa. Owen me mira aún con sueño, pero su mirada brilla.

Y suspira.

Su mano se desliza por mi cuello, recorre mis labios y me hace sonrojar. No podemos besarnos ahora, ¡recién nos despertamos! Pero lo hace igual. Nuestros labios se juntan y ocurre un beso muy tierno.

—No quiero levantarme —dice en un susurro—. Mejor nos quedamos aquí. Con tus ronquidos no he podido pegar un ojo en toda la maldita noche, Emma. Si eso no es ser cruel...

Agarro mi almohada y le doy un buen golpe en su cara somnolienta.

—¡Cállate! ¡Si yo no ronco!

Quita la almohada de su rostro y me la lanza en la cara, pero la atajo en el acto.

—Duermes, no sabes qué haces o no... O qué dices...

—Owen, tampoco hablo dormida... —La verdad es que eso último lo pondría en duda. Digo, en realidad, no lo hago siempre, pero en ocasiones especiales puede que sí, aunque es raro, como aquella vez que me asusté en una pesadilla cuando estaba de vacaciones y me desperté gritando «¡perro!»; así sobresalté a mi abuela en el acto. Creo que jamás olvidaré eso. Owen me mira extrañado y sé que escucha mi discusión mental, así que muerdo mis labios y comienzo a imaginar finales alternativos de mis libros preferidos.

Comienza a reírse y se acerca aún un poco más; es lindo verlo al despertar; jamás hubiese pensado que fuera tan... mágico. En sus ojos veo reflejada tal intensidad que me hace temblar.

—Tu mente es rara, Honey. Diferente.

Quedo confundida por su presencia tan cerca de mí, pero al enfriar mi cerebro y calmar a mis estúpidas y atolondradas hormonas, analizo lo que dijo o bueno, mejor dicho, la última palabra.

—Oh, vaya. ¿Ha vuelto la lata de «diferente»?

Su semblante se vuelve totalmente serio y deja de mirarme; pronto noto una gran tensión en el ambiente y me arrepiento de haberle hablado así,

pero...

¡Ey, no! ¿Por qué debería arrepentirme?

Me refiero, me debe una explicación de todo y creo que es el momento; tengo derecho a preguntar, sobre todo si estoy en el medio de una situación de la que paso de largo ¿cierto? Entonces, ¿por qué rayos me disculpo? Sí, fui brusca, campeona en cortar momentos bellos, pero... ¡en verdad hay cosas de que hablar!

—Emma —dice; ¿desde cuándo se acercó tanto a mí?—, tienes razón, deja de darle vueltas a la situación. Ahora iré a conseguirte algo de ropa adecuada para ti, tienes un repuesto de cepillo de dientes en el baño; mi casa es tu casa. Cuando vuelva con los ingredientes para hacer el desayuno, nos pondremos a hablar y esta vez saldré tus preguntas. ¿Bien?

—Bien. —Vuelve a sonreír, deposita un beso en mi mejilla y se va caminando del cuarto. Aún sigo en la cama, pensando. ¿Pensando en qué? En todo.

Y... ¿qué es todo?

Bueno, principalmente, no sé qué cambie de mí al saber lo que debe decirme o qué cambie de él. Puede ser un gran comienzo o un final. ¿No?

¿Y si es un final?

Me tiro sobre la cama y cierro los ojos por un instante, pero eso no calla mis dudas.

Al final, la puerta de la casa se cierra y estoy a solas.

A rastras me levanto de la cómoda cama y la armo. Aún no me creo que Owen pueda vivir en un lugar como este; ¡es precioso! Uno de esos que ves en las películas... Bueno, aunque la situación no difiere demasiado de una película. O un libro. Camino fuera del cuarto luego de echarle una ojeada a la mesa de luz de Owen. Nada. ¿Es posible que no tenga nada en su... vivienda temporal? Si es temporal, ¿de cuánto tiempo habla? ¿Semanas, meses o años? Me llega una idea que me aterra; sé muy poco sobre él. Tal vez tenga más tiempo con él y así, aprender un poco más... seguramente. Espero.

En el baño el espejo me da la bienvenida. ¡Cielos! ¿Así me veo? El espejo me devuelve una imagen diferente de mí misma (¿en serio dije esa palabra?). Estoy cansada, lo noto por las ojeras, pero... No lo sé, debe ser

imaginación mía. Tomo el cepillo de dientes que está cerrado en su envase y le pongo pasta.

Habiéndome lavado la cara para despertarme, salgo del baño y comienzo el recorrido por la vivienda (repito, parece una casa). La cocina está bien, no es de lo más grande, pero está equipada hasta con las cosas más pequeñas... ¡Dios mío! ¿Quién necesita un tacho de residuos que se abre solo?

Busco en los cajones de la alacena de Owen algo que comer antes de que llegue, pero no encuentro nada, solo lo básico en cubiertos y esas cosas. ¿Es que acaso se ha mudado recién?

Entonces decido ir a bañarme, no sin antes fijarme que haya una toalla limpia y cometer un desastre.

La bañera es increíble, nunca había visto algo semejante... bueno, en la televisión o libros de decoración de hogares. Lo sé, antes de que se pregunten qué rayos hacía viendo ese tipo de cosas, estaba en el dentista y era lo único que había para leer, ¡ni siquiera tenía el móvil con carga para leer en Wattpad! De esa ocasión, aprendí cómo pintar mi cuarto para que quede bien la combinación de colores... De ahí a que lo haya usado hay un gran trecho, claro.

Extraño tanto mi vida, a mis padres, mis libros, ¡incluso a mi estúpido, irritante y molesto móvil con batería de corta duración! Claro que a Mati... ¿Ellos me extrañarán? ¿Me buscarán acaso? Los necesito tanto...

Quiero que Mati me moleste y mis padres me reten por acusarlo. Y mis amigas... ¿cuántos días llevaré desaparecida? ¿Dos? ¿Tres?

Lágrimas escuecen mis ojos, me meto en la tina rápido y abro una de las canillas sin haberla probado antes; es el agua fría y casi doy un respingo al sentir el contacto contra mi piel. Gotas comienzan a escaparse de mis ojos junto a un gran sollozo mientras busco la medida entre el agua caliente y la fría. Tomo el tapón para evitar que el agua se escape por la tubería y una vez que la tina está lo suficientemente cargada, me sumerjo en ella para intentar evitar los pensamientos que me hacen mal. Error, porque el pensar en eso hace que recuerde que algo me tiene mal. ¡Es todo tan irónico! Así que lloro más y más, y mis lágrimas saladas se mezclan con el agua dulce.

Tomo unos productos de champú y acondicionador, uno de esos que te dan de muestra, y suspiro.

Me quedo allí buen rato, pierdo la noción del tiempo, simplemente con la mente en blanco o cantando alguna canción que luego me hace volver a llorar, porque me recuerda a momentos con mis amigas o solo... momentos normales. El agua se encuentra a gusto y adormece cada poro de mi cuerpo, lo rejuvenece.

A mi alrededor hay un denso vapor que casi no me deja ver a través; el aire está cargado de calor y afloja mi respiración, mientras mis músculos se relajan y cierro mis ojos mientras tengo la cabeza apoyada contra el húmedo azulejo.



Escucho unos ruidos de llaves que provienen de la sala y me muevo rápido en el agua, casi resbalo en el intento.

Torpe.

—¿Emma? Llegué, pude conseguir varias cosas que... ¿Dónde estás?

¡Debo buscar la toalla! ¡No puede entrar, porque estoy...! Oh, Dios mío.

La puerta del baño se abre súbitamente, me meto hasta el cuello dentro del agua que ya está turbia por los productos que he usado y puedo esconder lo que no quiero que se vea. La espesa niebla de vapor corre lejos del cuarto para dejar ver a un Owen muy divertido, que arquea una ceja burlona, junto con su hoyuelo, justo para la situación.

—¿Dándote un baño, Honey?

Giro mis ojos y lo miro fijo: —No, Owen, hablo con unicornios.

Sonríe enseñando sus blancos y perfectos dientes, se apoya contra el marco de la puerta: —Ya, sí, lo veo desde acá. Pero estás muy sola... Deja que te acompañe. —Dicho eso, comienza a caminar hacia la tina, mientras se saca la camisa.

¡No, no, no, no!

—¡Vete, Owen! Tengo que salir...

—Anda —dice poniendo mirada desafiante—, ¡pero si acabo de llegar!

—No estoy para juegos...

—Yo quiero jugar —ronronea sacándose los pantalones.

¡Oh, cielo santo!

Y se mete con ropa interior a la bañera. Me hago hacia un costado, apoyándome contra la pared y asustada por cuál sería su siguiente movimiento.

¿Cuál es?

Romper a reír.

—¡Owen! —le grito, pegándole en el brazo, pero sin descuidarme de que se vea algo.

Su carcajada llena el eco del baño, incluso el rincón más oculto y apartado. Su semblante está rojo e incluso creo que ya le empiezan a salir algunas gotas. Pero no deja de soltar risotada tras otra y, cuando está por parar, vuelve a mirarme y empieza otra vez. ¡Será imbécil!

Necesito salir, pero claro que no puedo, porque el señor «tengo el hoyuelo más sexy del Cielo» no me deja. ¡No saldré desnuda delante de él!

—Escucho tus pensamientos, Honey —susurra acercándose y poniendo un beso en mi mejilla para luego levantarse de la tina con el agua que se desliza por su cuerpo moldeado. Me quedo hipnotizada viéndolo y me olvido de todo lo que está alrededor. No me culpen, o sea... ¡por favor! ¿Acaso es genética de ángel estar tan fuerte? ¿Acaso mi mente no puede calmarse cuando está cerca?—. En consecuencia, puedo escuchar eso —dice levantando una comisura de sus perfectos y carnosos labios, esos que conozco tan bien, y formula una sonrisa muy divertida, diversión para él claro, no para mí.

¿Es mi imaginación o está muy feliz hoy?

Sin secar su cuerpo, toma la toalla que había llevado para usar y me la tiende para que salga.

—No saldré ni en tu imaginación.

—Oh, Honey, en mi imaginación has salido y mucho más.

Le pongo mi peor cara de ceño fruncido, pero sé que no ayuda demasiado el sonrojado de última hora. Fuerza sus labios para volverse serio otra vez y habla con una voz muy sincera.

—Sabes que jamás haría algo que no quisieras, ¿no? No te lastimaría, Emma. Nunca.

—Pero...

—Sal.

—¡No!

—No veré nada, ¿sí?

Exhalo, inspiro; exhalo, inspiro.

«Hagas lo que hagas, Emma, no salgas de control».

—¿Por qué haces esto?

Se encoje de hombros.

—Es una historia larga, pero digamos que cuando nos conocimos, una de esas veces en las que me comporté como un idiota contigo... Bueno, un día que hacía frío te quité la toalla cuando salías del río y tuviste que caminar hasta tu cuarto que quedaba del otro lado en busca de una...

—¿Quééééé?!

Curva una comisura.

—Ahora no recuerdas esas cosas y no será rápida tu recuperación de la memoria, pero... me matarás cuando lo hagas, otra vez...

—¿Otra vez? —Lo miro perpleja. El cambio de conversación me atrapa. ¡Sabe qué pasó conmigo en esos meses en que perdí la memoria! Y muchas cosas más seguro. Me muerdo el labio pensando qué habrá pasado entre él y yo... si es que pasó algo, aunque por lo visto sí; su mirada está como... ¿cristalizada? Sí, su mirada es de cristal, como si se acordara de algo que no quiere compartir con nadie más y desea guardar consigo mismo.

—Sí... Ya he cobrado una buena cachetada tuya una vez... Y luego...

Estoy impaciente. Puedo saber algo más de lo que sabía y, además, ¡ya no tengo jaqueca! De paso, puedo conocer más de Owen. No es el mejor lugar para hablar de esto, teniendo en cuenta que el agua se enfría, que yo estoy desnuda y oculta en ella, y que él me mira con una ceja alzada y con una toalla lista y extendida para mí.

—¿Luego? —lo apuro... o ayudo, como quiera verse.

—Me llamaste imbécil.

Río, eso me lo hubiese imaginado, pero... ¿qué tan idiota era Owen?

—Y te besé.

Ahora todo tiene sentido, la atracción que sentía por él, la familiaridad... ¡Ya lo conocía y me había besado antes! ¿Será que un fragmento de mi inconsciente guardó parte de lo que sentía? ¿La atracción permanecía a

pesar de la memoria? ¡Me había besado con él y Owen jamás me dijo nada hasta ahora! Ya veo lo idiota que era...

—¿Me besaste? ¿Nos besamos? Oh, Dios... ¿entonces no recuerdo la primera vez que nos besamos? ¿Entonces no fue en el club? ¡No has dicho nada!

—*Nop.*

—¡Eres un idiota!

—Pero idiota te gusto también.

Toco el puente de mi nariz para fingir falsa irritación, a pesar de que me enoja que me haya ocultado algo tan... grande.

—¿Tú y yo qué éramos?

—Primero sal; te congelas.

—Soy lo suficiente mayor para salir sola.

—Te puedes caer...

—Soy lo suficiente mayor para no resbalarme.

—Podríamos estar así todo el día, pero solo ganarías un resfriado, lo sabes, ¿no? Oh, también puedes quitarme la toalla, pero ambos sabemos que no podrías.

Es cierto, el agua ya está helada; lo miro algo cabreada. «Owen me gana por cansancio», pienso.

—No miraré. Tienes que confiar en mí.

Entonces cierra los ojos y mira hacia otro lado; a regañadientes y con algo de pudor, me paro de la bañera y saco el tapón que estanca el agua. Quiero salir, muevo una pierna afuera, pero termino resbalándome, Owen me sujeta en el acto y nuestras miradas se chocan. Abre como platos los ojos y ve hacia otro lado al darse cuenta de su error.

Termino de salir mientras me sujeto del hombro musculoso de Owen y me envuelve con la toalla como prometió. La amarra haciendo un nudo de esos que parecen imposibles de desatar. Como era de esperarse, me cubre hasta las rodillas y me siento protegida... Bueno, no mucho en verdad, porque termino cayéndome sobre él.

¡Lo hizo a propósito! ¡Me tiró!

Tengo el corazón acelerado, y la sensación de estar tan cerca de él y literalmente casi desnudos pone los vellos de mi nuca erizados. De Owen

sale una gran fuerza, junto con un calor que calmaría cualquier situación de caos. Siento sus músculos, toco sus brazos tensos y, ¡cielos!, elige ese momento para darme pequeños besos en el cuello que luego pasan a mis labios. Su aliento sabe a menta y su boca es suave contra la mía; la trata como si fuese el objeto más preciado.

Llega un instante en el que me doy cuenta de que ya no estoy sobre él, ni tocando el frío piso del baño, sino que estoy siendo llevada. Mis piernas están alrededor de sus caderas, enlazadas. Él tiene los brazos en mi espalda aferrados, como si eso le llevara la vida. Camina besándome alocadamente y pierde sentido nuestro entorno. Creo que nos chocamos con una lámpara y tiramos un adorno. Sé que una puerta golpea su espalda y luego siento algo. Estoy sobre la cama. Tengo miedo, no de él, sino de mí misma. ¿Será mi primera vez? ¿Eso cambiará algo en mí? No quería que me viese desnuda en el baño, como si fuese uno de esos pobres animales que encuentras en el zoo, que están ahí parados mientras las personas ponen su vista en ellos, indiferentes, retándolos a que hagan algo.

Pero no me siento así. Estoy envuelta en emociones tan primitivas que creo que no existe ninguna palanca de freno. Además, no quiero frenar.

Las preguntas son acalladas por una voz dentro de mí. Sé que estaré bien. Confío en Owen, en mí misma.

Y quiero esto.

Owen cae con cuidado encima de mí. Ambos estamos mojados, aunque él, con su ropa interior puesta y yo, con la toalla que tanto estorba el tacto de nuestros cuerpos.

Lo tomo de las mejillas y junto nuestros labios... ¡Madre santa! Una explosión que no puedo explicar siquiera con todas las palabras del mundo ocurre en nuestras bocas; ya no sé si es ternura o pasión, ya no sé qué es lo suave o lo fuerte. Sus labios se mueven en total sincronía conmigo, al igual que su lengua. ¡Maldita toalla que estorba!

¡Y yo que pensaba que esto era feo de chica!

Él jadea mientras yo gimo y ambos buscamos algo de aire.

Tiene sus ojos cerrados con fuerza, pero eso no impide volver a encontrar mis labios, esta vez con una cierta distancia. Respondo

atrayéndolo más hacia mí, pero Owen para y hace fuerza con sus brazos para rodar y quedar justo a mi lado de la cama.

¡Por todos los *nefilims* y los libros del mundo! Estuvimos tan cerca...

Muevo su rostro y puedo observarlo. Veo, en sus ojos, definido el deseo, con ese peligroso brillo que lo distingue. Tal vez y quién sabe, si seguimos no podremos parar. Me doy cuenta de ello, además por su respiración, que está tan agitada como la mía.

Al fin, Owen gruñe.

—Vaya, qué momento...

No logro encontrar mi voz, así que me arreglo solo asintiendo, aunque eso no es lo más inteligente que he hecho. Cielos. Nos quedamos en silencio, mirándonos entre nosotros. ¿Qué tan cerca estuvimos realmente? ¿Cómo estaremos si pasa otra vez?

Luego de unos minutos callados, rompe el silencio.

—Ahora te muestro qué conseguí.

Asiento otra vez y se marcha deprisa del cuarto. Me tiro sobre la suave colcha e intento tranquilizarme; mis labios están hinchados y las zonas de mi cuerpo donde sus manos estuvieron pican, arden al recuerdo.

Owen vuelve a pasar por la puerta con bolsas y bolsas cargadas de cosas, me enderezo al verlo, sentándome y acomodándome el cabello, ¡lo tengo empapado! Escurre agua con un simple toque; paso las manos por la cama y compruebo que se ha mojado, y por mi culpa; lo miro apenada; no hace más que acercarse, darme un beso en la frente y dejar todas las cosas a mi lado.

«No es nada, Honey», dice en mis pensamientos. «Fue mi culpa. Te traje ropa para que pudieras vestirme».

Dicho eso, comienza a abrir bolsa por bolsa y sacar montones de ropa y accesorios que seguro le costaron una fortuna. Sale del cuarto para darme tiempo a probarme algo.

¡Nunca había visto tantas cosas juntas! Me pongo lo primero que encuentro, tomo unas bragas grises y un sostén que hacen conjunto, unos fantásticos jeans y una camiseta ajustada, con una inscripción en números. No agrego mucho más, porque toca la puerta pidiendo el paso y obvio, no puedo aguantar la pregunta.

—¿Cuánto te ha salido todo eso? ¿De dónde sacaste el dinero!?

—Vales más de lo que pude haber gastado. Descuida, es dinero que me dieron para la misión.

Parpadeo: —¿La misión?

Parece pensar la respuesta indicada, pero luego sacude la cabeza y contesta como si no fuese gran cosa: —Sí, la misión que me ordenaron que cumpliera aquí.

—¿Ser un ángel vengador?

—No. Localizarte, sacarte información, acercarme a ti y, si eras la indicada, pues entregarte a una posible e inminente muerte.

Suelto un grito ahogado.

¡¿Qué?! ¿Muerte inminente? ¿Localizarme? ¿La indicada?

—Me imagino que no has planeado terminar tu... —trago saliva— misión, ¿cierto?

—¿En serio, Honey? —comenta irónico. ¡Como si lo que me acaba de decir fuese cosa de todos los jodidos días para usar la ironía en este momento!

—¿Has hecho algunas de esas cosas?

—Bueno... Primero te encontré, mi idea era entregarte fácil, rápido y sencillo, porque no quería salir de mi trabajo por una chica... problemática. —Sonríe—. Estaba demasiado preocupado con toparme con mi padre y darle un merecido golpe o decirle algo hiriente. ¿Sabes cómo supe que realmente eras tú? Por culpa de él, de Josha. Te vigilaba siempre.

—Me dijo que es algo así como mi ángel guardián ilegal... Espera, ¿por qué aceptaste el trabajo si no querías?

Exhala.

—Soy un Liv, el linaje se supone que es algo serio allá arriba —señala al cielo—. Las familias destacadas somos de alta categoría, incluso a pesar de que mi padre haya desertado. Pero no fui quien ocupó el cargo importante; mi hermano, en cambio, sí. No tengo buena relación con él, pero mantenemos eso oculto; mi madre lo sabía y me hizo prometerle algo antes de su muerte: que protegería a mi hermano ante cualquier cosa. Él y yo, a pesar de las promesas, dejamos de hablar. Él se unió a una rebelión secreta y yo, a los que estaban en contra de esos ideales, no porque los

compartiera, sino porque me gustaba hacerle la contra. Mi hermano hace unos diecisiete años estuvo metido en un gran lío que podría haber sido incluso el causante de su ejecución si se descubría: había ayudado a unos fugitivos que habían cometido un acto prohibido al ocultarse. Luego, con los años, ese lío se convirtió en un mito y dejaron de buscar culpables, hasta que los rumores volvieron a sonar en los oídos de los conservadores... Ellos están desesperados, temen que una vieja leyenda se haga realidad...

—Entonces los conservadores son los que están en contra de los ideales de tu hermano. —Lo miro preocupada—. ¿Es seguro hablar de esto aquí?

—Ya me he asegurado de que no haya nadie escuchando; no te preocupes por esas cosas. Entonces, sí, los conservadores son esos. Mi hermano se vio más involucrado en ese entonces, ya que casi no asistía a sus reuniones y había objetado un par de veces, un acto que ellos consideran subversivo. No solo él cayó en la mira, también yo. ¡Todo por nuestro padre y su caída, culpa del amor que sentía hacia la humanidad!

—Vaya... —«¿Qué decirle? ¿Yo pensaba que tenía una familia rara por el hecho de que mi padre puede ponerle lo que sea a los fideos y comerlos como si fuesen el más rico platillo?».

—Acepté el trabajo para protegerlo y a mí también, aunque él no estuvo de acuerdo; prefería ser encerrado a que yo trabajara directamente para ellos y estropear todo. No le hice caso, sabía que lo molestaría, así que casi no pude resistirme; además, quería limpiar mi nombre por completo. Por un momento estuve muy involucrado con el caso y los conservadores, incluso creí en sus palabras... hasta que vi realmente quién eras, Emma. Te encontré, me acerqué a ti. Les dije dónde creía que estabas y me arrepiento tanto. Te odiaba, porque eras el problema de mi hermano e interferías en mi vida; te odiaba, porque al enterarme de lo de mi padre, supe que él te quería más a ti que a mí. Te odiaba por el simple hecho de que existía alguien como tú. Y tú también me odiaste un buen momento...

—Owen... —«¿Alguien como yo?».

—Pero luego algo de ti... Fuiste como un imán, encendiste algo que tenía apagado, bloqueado, como quieras llamarle... ¡Me comportaba como un idiota negándolo todo! Pero empecé a conocerte y me gustaba estar a tu lado, cerca de ti, hablarte. Sin darme cuenta, terminé protegiéndote más que

a mí mismo, nunca había sentido tantas emociones y tan fuertes. ¡Saber que corrías riesgo, estar del lado de los malos y no decirte nada! Así que una tarde te conté todo y recibí una bofetada. Pero luego quisiste aprender más y nos empezamos a ver todas las noches, dar caminatas... Fuimos atacados por un ángel que había empezado a desconfiar de mí... Mi padre nos salvó y asesinó al mensajero; Josha dijo que era peligroso que estuviera cerca de ti y que tú tuvieras el conocimiento de todo cuando aún no estabas lista, que podías llegar a activar por completo lo que hay dentro de ti. Te borró la memoria y mi hermano llamó a una reunión de los conservadores a la que tuve que asistir y, estando allí, me prohibió verte. No pude hacerle caso por mucho tiempo, no va con mi naturaleza obedecerlo... Y volví a empezar.

—Esto... ¡Cielos! No puedo creer que haya pasado de todo. No me di cuenta antes, ¡yo soy la chica de quien hablabas en nuestra cita! —Él asiente—. Ahora lo entiendo... Lo siento tanto, Owen. Que hayas pasado todo eso, que yo sea la causante de... —Mis ojos comienzan otra vez a llenarse de lágrimas y él las limpia con delicadeza.

—Te juro, Honey, juro por el amor del Cielo que jamás he vuelto a pasar información de ti y lo que les dije a partir de eso fue todo erróneo para que se durmiera su interés. No me arrepiento de haberte conocido, no me arrepiento de quererte y, si tienes que ser un problema —arqueo una ceja mientras me seco las lágrimas y sus ojos se vuelven intensos—, quiero que seas mi problema todos los días, y solo mía. ¿Sabes? Eras el proyecto de mi hermano, la peor pesadilla de muchos ángeles y el sueño de otros, pero por sobre todas las cosas, fuiste mi salvación, me diste algo por lo que luchar, alguien a quien amar. Te amo, Honey, con todo lo que soy y puedo ser.

Otras lágrimas se escapan de mis ojos y salto sobre él para abrazarlo y besarle sin parar. Sus labios saben salados gracias a mis lagrimales, pero tiernos y suaves. No hubiese imaginado todo aquello y aún no lo creo posible, pero le creo. ¡Vaya historia que me perdía! Él dijo que me amaba, con certeza y verdad. Yo también lo amo; amo al Owen divertido, al tierno ¡e incluso al arrogante! Suelto una pequeña y débil risa.

—Preferiría no ser un problema...

—No, Emma. En verdad eres una solución.

Dejo un poco de espacio entre nosotros solo para verlo a los ojos y preguntarle lo que he estado esperando. Me dijo muchas cosas sobre mí, que era diferente, que era un proyecto, un problema, una solución. Recuerdo lo del brillo que salía de mis manos y de qué forma derroté a Oraclel...

—Owen, ¿quién soy yo realmente?

CAPÍTULO



Owen

—Owen, ¿quién soy yo realmente?

Me quedo rígido. Esperaba el momento en el que hiciera esa pregunta, pensé que estaba preparado, pero me doy cuenta de que no, que no lo estoy, que temo a que ella lo sepa y que eso pueda dañarla. No es fácil digerir noticias como esas. De hecho, no lo fue la última vez, antes de que perdiera su memoria, antes de que se la arrebataran y la apartaran de mí, porque «arruinaría el plan de años» y «estropearía todo».

Recuerdo que, cuando le conté lo que ella era aquella vez, primero comenzó a reír, sin creermelo, y luego entró en desesperación, después vino la frustración, el enojo, la incertidumbre y los gritos: «¿Por qué me dices esto? ¡No juegues conmigo, Liv! ¡Dime que es mentira!», etcétera, etcétera, y por último las lágrimas.

No la culpo, creo que, en su lugar, estaría igual. Y no quiero verla así.

Jodida mierda, me mataría si ella sufre de esa manera otra vez.

Por eso no estoy listo para ello y creo que, de algún modo, ella tampoco lo está para saberlo.

Me maldigo de forma mental por ese pensamiento. Eso es lo que pensaron Josha y mi hermano en ese momento, no yo. ¿Por qué ahora me pasa?

Ella debe saberlo.

Tiene que saberlo.

Veo la desesperación de Emma en sus ojos. Me odiaré por contarle, como también si se lo oculto. Ha tenido demasiado los últimos días.

Demasiado que ahora sabe, demasiado que está procesando... Contestarle esa pregunta hará que su cerebro esté por explotar; bueno... no literalmente, pero le hará daño otra vez. No quiero verle la mirada sin ese brillo que la caracteriza, no quiero a mi Honey sin esa energía suya.

Tuvo suficiente.

Puedo sentir su mente, está hecha un torbellino de pensamientos, algunos positivos y muchos otros muy negativos, incluso peores de lo que estoy a punto de contarle.

«¿Y si me dice que soy una alienígena? ¿Qué pasa si me dice que soy su hermana? ¡Oh, Dios! ¡¿Habré besado a mi hermano?! No, no puede ser... ¡¿Por qué simplemente no me lo dice?! ¡Explotaré en cualquier momento!».

—Explotarás si te lo digo. Por cierto, no soy tu hermano, Honey.

—Dime, Owen. Por favor. Sabes cómo me siento, escuchas mi mente, puedes ver cómo estoy. ¡Dímelo de una jodida vez y terminemos con este augurio! —Sus ojos brillan con nerviosismo. Necesito abrazarla, decirle que todo irá bien y besarle esos labios carnosos y suaves que tanto anhelo. Protegerla, amarla y hacerla mía. Quiero cumplir sus deseos, prometerle que no será nada grave, que no cambiará nada en ella con lo que debo decirle.

Pero no puedo hacer promesas que sé que no serán.

No puedo besarla en un momento como este. Ni decirle que todo irá bien. Puedo prometer protegerla, puedo intentar hacer lo mejor por ella.

Pero soltarle la verdad será una bomba de tiempo.

¿Y ocultarle la verdad? No lo haría, eso sería peor. Es algo inevitable, algo que por más retraso que tenga, pasará; si no se entera por las buenas, lo hará por las malas. Eso último es a lo que no quiero llegar.

Emma tiene la vista clavada en mí, sus pensamientos van tan acelerados que me cuesta seguirla. Hace un pequeño puchero con los labios y frunce un poco el ceño.

—Oh, Emma, no me mires así...

—Dime, Owen. ¿Quién soy?

—Temo que pueda herirte...

—¡Sin preámbulos! Ya me hiere el hecho de no saber. ¿Qué tanto me hará...?

No puedo más con mi genio, así que la tomo de la cadera con una mano y levanto el mentón con la otra. Si pudiese hacer algo para cambiar su realidad...

—Dime que no modificaré quien eres, Emma, quien eres internamente, que no modificaré lo que sientas en tu corazón...

—Sabes que puedo soportarlo...

Niego con la cabeza: —No es fácil.

—¡No lo es para ti! ¿Te imaginas para mí? ¿No saber quién soy?

—Sabes quién eres, no quiero que dudes de eso, Honey. Eres Emma, la chica que se vuelve loca con los libros, que ama cantar, nadar, que tiene una familia que la ama y al novio más sexy del mundo...

—¡Owen!

Sonrío. Ella ríe un poco: —Lo sé, sí, soy yo.

Frunzo un poco el ceño. Es cierto. La tortura. Cuando una casa se incendia, ¿qué es mejor? Apagar el fuego poco a poco y dejar que muchas cosas se quemem o extinguir todo de una. Con seguridad, lo segundo.

—Necesito que te sientes, Emma. Es mucho para decir. Será mucho que procesar. —Ella hace lo que le digo; se sienta con cuidado en la cama, en mi cama, donde ayer dormimos juntos, donde hoy casi pasa algo por un descuido. ¡Por todos los cielos! ¡Deseaba que pasase!

Me fijo en sus pensamientos y ella piensa en lo mismo, un ligero rubor recorre sus mejillas. ¡Esta chica me mata! ¿Dónde está el Owen que una vez fui? ¿Desde cuándo me hace feliz un simple gesto, como un tierno rubor? ¿Desde cuándo digo «tierno»?

Desde que la conocí.

Aclaro mi garganta, entrometerme en su mente no es correcto, aunque en verdad poco me importa, hacerla enojar con eso me encanta, es una gran ventaja. Pero no puedo pensar en cosas tan... sosas cuando tengo el deber de decirle lo que probablemente sea la noticia más complicada que puedan darle... —No sé cómo empezar.

La expresión de Emma cambia a frustración. ¡Aplausos para mí, señores y señoras!

—Empieza por el comienzo, Owen. ¡Pero por el amor de Dios, comienza ya!

—No eres humana, Honey. O la mayor parte de ti no lo es.

Emma queda en blanco. Puedo sentir la confusión explotar dentro de su ser. Necesita espacio, necesita tiempo. Necesita encontrarse a sí misma.

—¿Qué? —susurra con la voz rota. Me arrodillo a su lado y coloco su frente sobre la mía. Ella cierra los ojos y comienza a llorar en silencio.

—Dime más —implora—. Cuéntame todo, Owen. —Me cuesta entender lo que dice, ya que intenta controlarse para no mostrar el dolor. Quiere verse fuerte.

Quiere sentirse fuerte.

No se imagina lo fuerte que es.

—Bien, te contaré. Pero Emma, no te contengas. Si debes llorar, llora; si quieres gritar, entonces grita, grítame. Nunca te guardes los sentimientos. ¿Lo prometes?

—Yo...

—Emma...

—Lo prometo.

Dichas esas palabras, la beso en los labios; están salados por las lágrimas.

—El amor entre ciertas... especies está prohibido. De hecho, es imposible que se amen. Y era imposible que...

—¿Soy una *nefilim*? ¿A eso va todo? —me interrumpe.

Ruedo mis ojos, suspiro y niego con la cabeza: —No lo eres.

—¿Entonces...?

—No sé lo que eres, Honey. Eso es lo que pasa. Nadie lo sabe. Pero sí sé una historia.

—Yo... Creo que estoy mareada... —Oh, mierda. ¡Pero eso no puede ser! En el arreglo con Emmanuel su mente quedaba liberada de cualquier bloqueo, salvo que... —Creo que es por el hambre. —¡Estúpido! ¡Me he olvidado de eso!

Salgo disparado del cuarto y entro a la cocina en búsqueda de las bolsas con comida. De inmediato me pongo a hacer un buen desayuno. ¿Cómo me pude haber olvidado de que comiera algo?

Ella camina detrás de mí, pregunta si puede ayudarme, pero me niego y le pido que se siente. Percibo sus ojos clavados en mí.

Sí, me come con la mirada aunque... Su mente está en otro lado...

«¿Una historia? ¿No soy humana? ¿No sabe qué soy? ¡No entiendo qué quiere decir! ¿Cómo no puedo ser humana si vi a mamá embarazada en fotografías? Digo, salvo que mis padres no sean humanos... ¿Eso nos convierte a mí y a Mat en... algo? ¡No entiendo cómo puede preocuparme la comida en un momento como este! Owen parece tan... tranquilo. ¿Será verdaderamente malo lo que debe decirme? Vaya, ese olor a tostados me mata...»

Me río. Su mente es extraña y nunca me cansaré de decirlo... ¿Luzco tranquilo? ¿En serio? Qué bien, porque me siento para la mierda.

Volteo a verla y sirvo su tostada en el plato. No hago una para mí, no la necesito... No ahora. Mi cuerpo en esta forma necesita comer, pero no es lo mismo que un humano. Estoy con mi estómago demasiado revolucionado como para picar algo.

Emma come algo avergonzada y no aparto la vista de ella. La hace sentir nerviosa que la miren comer. ¡Ja!

Pero no puedo hacerle una broma, ni algún comentario que la moleste.

—¿Qué pasa con la historia? —pregunta mordisqueando el tostado—. ¿Tiene que ver con el lío en el que estuvo metido tu hermano?

—De hecho, sí.

Espero a que ella dé una señal para seguir avanzando. Emma termina su comida, espera unos segundos mirando a la nada y, al final, enfoca hacia mí su mirada de miel solo para decirme: —Cuéntame.

La tomo de la mano: —Bien, pero déjame contarte todo... Es algo complicado.

—Bien, prometo no interrumpirte.

Hago una mueca de media sonrisa y ella mira hacia mi hoyuelo. Lo sé, es jodidamente irresistible para Emma y la hace sonrojar. Un punto débil.

¡Basta de irte por los mambos, Owen!

—Los ángeles tenemos prohibido conocer a los demonios. Lo mismo es para ellos con nosotros. Nos odiamos por naturaleza. Tenemos prohibido vernos... Según mi gente —sé que hago una mueca al decir eso; «mi gente», eso lo diría mi hermano, no yo; jamás me sentí parte de ellos—, los demonios son los causantes del mal y los ángeles caídos se convierten en

una especie de demonio, porque caen en él, suelen caer del cielo por un pecado. Pero ellos, los ángeles que caen nunca serán «demonios» por completo. La verdadera especie es algo... diferente a la de nosotros. Se dice que los humanos no pueden verlos, pero sí sentirlos, notar su presencia y ser cautivados por ellos. Son bellos por fuera, lujuriosos, pero por dentro son maldad pura. Tienen la capacidad de manejar algo así como la magia, pueden controlar cosas, cambiar otras... Son poderosos, pero ellos siempre quieren más. La desventaja de su especie es que son minoría en comparación con los ángeles; hemos tenido guerras que los han dejado desbastados y llenos de odio.

Emma pestañea.

—Se decía que los ángeles éramos puramente ¿buenos? Bueno, resulta que nadie nunca es bueno del todo... Al parecer, tampoco los demonios son tan malos... O al menos él no lo era, supongo.

—¿Él? —pregunta ella inconscientemente.

—Tu padre, Emma. Eres hija de un ángel y un demonio.

—¿Quieres decir que mis padres...?

Acá viene lo complicado.

—¿Eliana y Daniel? Tus padres, en cierto modo, no son tus padres...

—¿Pero mi madre estaba embarazada de mí! ¡Es imposible que no lo sean! ¡Vi fotos de eso!

Hago lo peor que puede ocurrírseme: reírme.

—¿Tienes de novio a un ángel y dices que algo es imposible?

Ella también ríe, pero con cierto dejo en su voz. Me aclaro la garganta y sigo con mi relato.

—Tu madre estuvo embarazada de ti.

Ladea un poco la cabeza: —No lo entiendo. Dices que mis padres no son mis padres, pero... ¿mi mamá que no es mi mamá estuvo embarazada de mí?

—Tus padres biológicos, por así decirlo, se enamoraron. Se veían a escondidas cuando podían, traicionaban las normas, sus propios principios y a sus respectivas comunidades. Lo pudieron ocultar por mucho tiempo, pero un día Aeraki quedó embarazada de ti y ya no pudieron ocultarlo, porque algunos de los ángeles pueden ver la energía y así saber que lo que se

formaba dentro de ella no era un ángel, poseía algo oscuro... Antes de que pudieran atraparlos, una de esas veces que se encontraban, ellos contactaron de alguna forma con mi hermano y obtuvieron su ayuda. Fueron enviados de forma encubierta a la Tierra con una misión: debían encontrar la forma de que su bebé sobreviviera, ya que sabían que significaba algo, un cambio; algo más justo, ya que no merecía morir antes de nacer.

Los ojos de Emma brillan, húmedos y preparados para desagotarse. Aprieto su mano con fuerza. Siento que algo debe presentir. Tal vez incluso le llegan recuerdos de aquella vez que le conté lo mismo frente al lago mientras llovía.

—Hunter, tu padre, había buscado una posible solución: encontrarían a una pareja humana que estuviera en búsqueda de algún hijo; con su magia, haría que el bebé del vientre de Aeraki pasara al de la mujer humana. Allí crecería como un humano, ya que también heredaría esas características por el agregado de la formación y eso ayudaría a ocultar los poderes hasta un determinado momento. Pondrían un ángel custodio durante todo el crecimiento y así se asegurarían de su supervivencia. Eligieron a tu madre sabiendo que te daría todo el amor necesario...

—¿Por qué no se quedaron conmigo?

—Porque luego de saber que tú estabas bien, mientras ellos buscaban algún lugar seguro, fueron capturados, Emma. Los mataron.

Un sollozo se escapa de su garganta, luego otro y otro. Grita, golpea la mesa, llora. Su semblante se vuelve rojo, pero no de rubor, sino de cólera, ira, impotencia. La entiendo. Me hace acordar a cómo me siento con lo de mi madre; es injusto. Es cruel. Pero ella ni siquiera pudo conocerlos, no pudo nunca obtener el amor de ellos, ni saber que existían hasta ahora.

En cambio, yo recibí su amor, la conocí, hablé con ella.

Tomo a Emma de la silla y la llevo hacia la cama otra vez. Sigue llorando, parece casi ajena a mis movimientos. Con suavidad la meto entre las sábanas con ropa y todo, luego limpio sus lágrimas.

—Yo... No los conocí como mi hermano lo hizo. Pero te amaban, Emma.

—¡Es una mierda!

—Lo sé, Honey.

—Yo no debería existir.

Pongo mis manos a los lados de su cara y la obligo a mirarme.

—Nunca jamás digas algo así. Nunca. ¿Me oíste? Existes por algo y yo no creía en esas cosas hasta que te vi; tienes la bondad y la capacidad de reflexionar de los ángeles, los poderes que poseen los demonios y los sentimientos de los humanos; eres diferente a todo lo que conocemos. Eres única. Tus padres estarían orgullosos de ti.

—No puedo creerlo... ¿Hija de demonio? ¿De un ángel?

—Nacida de una humana. Tienes cosas de cada uno. Esas tres naturalezas comenzarán a pelearse en ti. Si no aprendes a controlarlas, el resultado puede ser catastrófico. Ahora mismo puede sentirse tu energía en conflicto, los conservadores no tardarían en rastrearte, ni tampoco algún caído que quiera regresar a nuestro mundo, como Oraclel...

—No quiero escuchar más, Owen. —Intenta fingir ser fuerte, pero noto que se ha roto otra vez; está tan frágil... Llevo mis labios hacia Emma, pero antes de tocarla, mueve la cara, apartándola de mis manos y, a la vez, de mí —. No me malentiendas, pero necesito estar... sola por un momento.

Emma se gira sobre sí misma y se dirige a la habitación para esconderse dentro de las sábanas. En su mente desea desaparecer, se pregunta el porqué de su situación y quiere que me vaya del cuarto, porque se siente débil si la veo llorar.

A pesar de que no debe ser así, debo darle su tiempo. Odio admitirlo, porque quiero estar con ella cuanto pueda y sí, puedo sonar egoísta, pero también tengo que razonar. No es momento para actuar por impulsos.

—Bien, pero avísame si me necesitas. Estaré tras la puerta.

No contesta, suelta un pequeño quejido y lo tomo como un asentimiento. Salgo a regañadientes del cuarto y me siento en una silla mirando hacia la nada. Emma está quebrada en llanto y no puedo hacer nada... Da tanta impotencia...

Me recuerda mucho a cuando le conté por primera vez, pero allí las cosas eran más fáciles. Sin planes... O, tal vez ¿yo que destruía los planes?

Ahora estoy dentro de ellos.

Esperar a que den una señal para poder empezar con el próximo movimiento no me gusta. En realidad, no me gusta tener aliados, mucho

menos que sean ellos.

Comienzo a caminar por la casa, entro y salgo del baño, abro puertas, miro por la ventana. Ya deben estar por llegar.

Escucho a alguien tocar la puerta y la abro antes de darme cuenta. Pero no es quien esperaba. No.

Es Julie.

¿Qué hace aquí ella...?

Me quedo quieto en la puerta mirándola, pues no me queda otra. ¿Cómo sabe que vivo aquí? ¿A qué vino? Está vestida con su típica ropa ajustada y corta que casi no deja nada a la imaginación, un estilo con el que cualquier humano se haría un festín visual; lleva la melena despeinada, lo que le da un aspecto felino y tiene ese rojo en aquellos labios que una vez intentaron besarme en una época de confusión para ella.

Sus ojos verdes, como los que comparten todos los caídos y su descendencia directa, me escudriñan.

—¿No dirás nada? ¿Hola? ¿Acaso la... cosa te robó la posibilidad de hablar español? *Do you speak english? Hello?*

—Hola, Julie —fuerzo una sonrisa.

—¡Al fin! —Abre sus brazos y me encierra en uno de sus apretujones asfixiantes. Me invade su olor a perfume de rosas y llegan hacia mí un montón de recuerdos con ella.

Éramos buenos amigos, aunque hemos estado peleados un tiempo. Ella... ella estaba loca. Me corrijo: lo está ahora también. Estaba embelesada por un caído, según me contó. Julie quiso caer a la Tierra para estar junto a él. Me pidió que le arrancara las alas.

Nunca lo encontró.

—¿Qué haces aquí?

—Oh, me encontré con él, Owen. ¿Cómo puedes hacer equipo con tu padre? ¡Tú lo odias!

—¿Josha?

Ella asiente.

Sabe mi historia con él, con mi padre. Hubo un momento en el que de verdad fuimos cercanos; habíamos formado una amistad bastante peculiar: ella que era una recién desterrada y yo, un incomprendido. Ambos

sentíamos que nuestro mundo, en cierta forma, nos había dado la espalda. Incluso Julie varias veces insistió en decirme que dejara mi cargo de ángel vengador, que cayera al mundo humano, donde la vida tampoco era tan mala como nuestro pueblo creía, aunque la soledad, debido a los sentimientos, sí parecía calar profundo si no tenías a nadie.

Pero le dije que no. Me negué a caer.

Yo no quería repetir los pasos de mi padre al venir aquí, tentado por lo que este mundo podía ofrecerme. Además, ya me habían asignado la misión de rastrear a la híbrida. Cuando comencé a buscar a Emma, Julie y yo dejamos de estar en contacto.

—Vengo a ayudarlos con la cosa esa que tiene nombre de perro.

De hecho, Julie quizás la odia por eso...

—Ya lo hemos hablado; no es una cosa, es Emma. Y es mi chica. ¿Entiendes? — le comento con algo de tensión en la voz—. No hace falta que nos ayudes.

Probablemente, fue una amiga, pero me he dado cuenta de que Emma y ella no son muy ¿compatibles? Joder, se llevan terrible y ni siquiera se conocen. Le frunzo el ceño a Julie, mientras sonrío con esa típica falsa expresión inocente en su rostro; una mueca problemática y cargada de seducción enmascarada. Es imposible no decir que es algo mona, aunque no es mi tipo y no tengo intención de descubrir si lo es tampoco.

—¡Claro! Sí que lo entiendo, es la jodida algo que te metió en tantos problemas; también es la misión de tu padre y la protegida de Emmanuel. ¡Ah! Y a tu medio hermano... ¿cómo se llamaba? ¿Steven? A él le gusta ella. Es guapo, se parece más a tu padre y no está con esa cara de canino mojado todo el día como tú...

Voy a contestarle, pero en lugar de mi voz, escucho una aguda y acusadora.

—Ya, en serio. ¿Tienes un trauma con los perros? —Emma entra en escena con los ojos entrecerrados, mitad por el sueño, mitad por el enojo. Me mira con desaprobación y a ella, con asco. Me quedo pasmado, mirándola. Juro que nunca vi a alguien tan bella...

Y tan furiosa.

Lo que faltaba. Qué suerte la mía.

—Hola, mielcita.

—Hola, jodida.

Entran en una guerra de miradas. Julie la mira de arriba abajo; Emma simplemente le mantiene fija la vista, enfrentándola. No puedo dejar que comiencen a pelear, y menos ahora... Así que solo la tomo del codo, lo que hace que me gane un refunfuño y una pequeña exclamación de ella; no le hago caso y la atraigo más hacia mí.

—¡Suéltame! —dice. Tiene los ojos hinchados, la cara roja. Está cansada.

—Tenemos que hablar con ella. Ahora, Julie, ¿qué pasa? ¿Por qué has venido?

Emma emana ira; Julie permanece como triunfadora...

Una voz en mi interior grita: «¡Problemas! Alerta roja, alerta roja...»

—En realidad, debemos irnos. Ahora —ronronea Julie.

—¿Irnos? —me pregunta Emma, alzando las cejas.

Julie camina contoneándose hacia la puerta del departamento y abre la puerta con la energía de una persona que abre un telón de un teatro al principio de una función. Ahí está él. Sus ojos verdes me miran fijo. A mí y a Emma. Ella se tensa a mi lado y, de alguna forma, se prepara para luchar. Puedo sentir su miedo...

—Sí, irnos —repite Josha monótono y con gesto grave, mientras aparece en la escena con paso firme—. Juliettal dijo que nos ayudaría a escapar. Ella hará de distracción. Dijo que tenía sus contactos y que luego se marcharía. Ha hablado con Emmanuel, él la ha reclutado...

Steven aparece detrás de él. A diferencia de mí o de mi hermano, no tiene arrogancia al hablar o al caminar, en eso salió a su madre humana, pero sus acciones son como las de mi padre... Lo envidio. Solo yo sé cuánto, como también que él no me quiere.

—¿Por qué quieres ayudar? —le espeto. Ella y mi padre no son buena combinación.

—¡Te debo un favor!

—Tú no... Bien, pero no te metas en problemas. No es contigo esto.

—¿Y dejarte solo, «Owencito»? Olvídalo.

Emma choca sus dientes y gruñe por lo bajo, susurrando una maldición. Julie resopla aburrida y le sonríe ampliamente. Creo que Steven no puede sacar la mirada de ella... Al menos por unos segundos, antes de que otra vez se pose en mi Honey.

Lo odio tanto...

Recuerdo sus palabras: «si no te hubieses cruzado en el camino de Emma, yo estaría con ella, como todos pensaban que sería», «tú no eres bueno para ella».

Imbécil hijo de...

...de mi padre.

—Joshua, debes decirme adónde es que vamos —le hablo de mala gana a mi padre.

—Luego, ahora no. Debemos marcharnos.

El corazón de la chica con mirada de miel se acelera como nunca lo hizo. Me mira aterrada; no sé cómo ella puede seguir en pie... Tomo su mano fuerte, suspiro y digo las palabras que jamás pensé que diría.

—Somos un equipo. Joshua, Steven, tú, yo y, aparentemente, Julie. — Pongo los ojos en blanco y me acerco a su oído—. Iremos a algún lugar a escondernos y a que Joshua te enseñe a controlar tus poderes.

Emma arruga su nariz, solo para luego soltar un suspiro y decir a mi mente: «Vaya equipo el que tenemos. ¿Cuándo empieza la masacre?».

CAPÍTULO



Joshua, Steven, Jodida, Owen y yo. Un equipo.

«Sí, cómo no».

Si me hubiesen dicho eso hace unas horas, o incluso hace un par de minutos atrás, me hubiera reído como nunca. Lo cierto es que acá estamos, todos juntos, como si nuestra mutua supervivencia dependiera de ello. La verdad es que ya no entiendo qué sucede.

¿Owen está con Joshua y no se lanzan miradas furtivas? Está bien, eso es mejor y, aunque no se digan una palabra, es raro verlos juntos. Lo mismo con Steven.

¡Y la jodida de Jodie! ¿O era Yuli? Va... como sea.

Hay cosas mejores que pensar. ¿Ejemplo? Como que me conocía con Owen antes. O que mi mente fue borrada y ahora empezarán a aparecerme recuerdos más seguido que antes. También puedo indagar el hecho de que unos seres que no conozco quieren verme muerta y que no soy humana, que mis padres eran sobrenaturales.

Sí, algo que pasa todos los días.

¿Cómo seguir avanzando cuando ves que todo se desmorona? ¿Cómo saber que estás del lado correcto? Paso por un momento bastante movido. Ya no sé quién soy, digo... ¡literalmente! Ni Owen lo sabe.

No soy humana...

¿Cómo es que no puedo ser humana?

Me reprendo al instante por esa pregunta... ¿En serio pienso en que eso es un disparate cuando estoy rodeada de esos seres? Ahora resulta que yo soy uno. Ni soy un ángel, ni un demonio, inclusive tampoco un *nefilim*, sino

una extraña combinación de tres especies. ¿Eso en qué me convierte? ¿En una híbrida extraña?

De alguna manera, sé que estoy rodeada de seres extraños, criaturas paranormales, pero incluso ellos son menos insólitos que yo misma, que ni siquiera tengo una forma de llamar a lo que soy, que salí de un entrecruzamiento prohibido.

Es casi como si no me conociera realmente, crecí creyendo una mentira.

Son solo palabras, repite una voz dentro de mi cabeza; palabras que cuentan de donde verdaderamente vengo, supongo y sé que no define quién soy, pero, aun así, son pesadas, tienen carga, poder. Uno simplemente no puede tomar a la ligera que alguien le diga que su vida ha sido un engaño, ¿o sí?

Owen vuelve a apretar mi mano. Ya lo ha hecho muchas veces antes. Sus ojos me observan con detenimiento y me regala una hermosa media sonrisa, pero no le llega a la mirada. Puedo ver que está nervioso, que tiene un conflicto interior, que le preocupa algo... ¡Como para que nada le altere el ánimo!

No debe ser fácil para él estar rodeado de personas que odia... y de Jodida. Bueno, esa última es su amiga, pero da igual. Tampoco debe ser sencillo para Owen ver a Josha y Steven cerca de mí o respirando el mismo aire que él.

Para ellos, ¿será fácil estar cerca de Owen?

Salimos del departamento todos juntos, sin decir nada. Bajamos hacia el oscuro y espacioso pero ocupado estacionamiento del edificio. ¿Owen tiene auto? En efecto, porque saca de sus bolsillos unas llaves de coche y hace sonar un hermoso auto negro con vidrios polarizados. Josha, por su lado, camina hacia una camioneta blanca y se sube sin vacilar. Noto en él un aire tenso... ¿Qué es lo que hacemos realmente? ¿Adónde vamos?

Dejo a los chicos que se suben al auto y me acerco a Josha, que está arriba de su vehículo con la puerta todavía abierta, no sin antes recibir una mirada curiosa de sus hijos. Tiene sus labios fruncidos, está pensativo... Parece más adulto, más acorde a lo que imaginaba que él fuera antes de conocerlo.

—¿Qué te preocupa, Josha? ¿Qué haremos?

Se percata de mí.

—Oh, Emma. Tienes que huir a un sitio seguro. Eso haremos, te llevaremos allá.

—¿Dónde se supone que es eso?

—Er... es en Córdoba. En un sitio secreto que armamos cuando te fuiste de vacaciones este año.

Ladeo un poco mi cabeza: —¿No podemos ir... volando? Eso sería más fácil. Owen una vez me llevó de esa manera para allá. Fue rápido y...

—Yo no tengo alas, lo mismo que Julietta y Steven no vuela porque es *nefilim*. Podría Owen llevarte a ti, pero es muy riesgoso, sería muy fácil que los descubrieran y así, los atraparan.

Cierto. Ambos nos quedamos en silencio. Tengo que preguntarle algo, es peligroso hacerlo, pero lo necesito. Necesito verlos, decirles de alguna forma que estoy... bien, o algo parecido a eso.

—Mis padres, Josha. Ellos deben estar buscándome. Necesito verlos, hablar con ellos, al menos como para que se queden tranquilos... ¡Cielos! ¡Deben estar destruidos! ¡Mis amigas!

Hay comprensión en sus ojos, y creo que por un momento se posan en el auto negro; primero pienso en Steven, su fiel y seguidor hijo... ¿No será Owen a quien mira? En el fondo puedo ver que, de alguna forma, él lo quiere o, al menos, quiero creerlo. No puede ser que Josha esté desprendido emocionalmente de su hijo, que no sienta amor... ¿No?

—Ellos... Lo siento, Emma, pero les he modificado la mente. Piensan que estás en una excursión del colegio.

Estoy a punto de argumentar algo, de gritarle por cambiarles la mente, pero él hizo algo bien. Mis padres no pueden saber dónde estoy, sería peligroso para ellos... Es peligroso que yo esté cerca. Los convierte en una especie de debilidad. No les ha hecho daño, ni me ha borrado de su memoria. Sí, les ha mentado...

—Tienes que entender que era lo mejor que podía hacer —dice—. Barajé la idea de borrarte por completo de sus vidas, pero eso sería muy... complicado. E injusto... Ya estás pasando por mucho.

¿Ese... ese es Josha? ¿¿Dónde está el verdadero Josha y qué hicieron con él?!

—Gracias —digo—. ¿Crees que pueda verlos?

Joshua vuelve a fruncir el ceño y niega con la cabeza.

—No ahora, pero si todo resulta bien, podrás estar con ellos otra vez. Supongo que siempre algo puede intentarse...

Capto el doble sentido de sus palabras y muerdo mis labios. Lo dice por Owen, estoy segura. Por instinto pongo mi mano encima de su hombro y lo miro a los ojos. Su mirada verde pastizal demuestra todo lo que oculta y, entre esas cosas, la esperanza.

Joshua quiere tener la esperanza de arreglar las cosas.

Sabe lo complejo que sería ganarse el aprecio de Owen. Sí que lo sabe. Pero quiere intentarlo, porque realmente lo aprecia. ¿Será que admitió su error?

—Claro que se puede —susurro. Él me da una media sonrisa al mismo tiempo que Steven me llama para que vaya con ellos en su auto, mientras Joshua se acomoda en el primer vehículo.

Para mi sorpresa, el asiento del acompañante está ocupado por una despampanante chica de cabello castaño oscuro, casi negro. Julie se gira hacia mí y sus ojos claros brillan con malicia, mientras pone una mano en Owen, que está demasiado ocupado escribiendo algo con mucho afán.

—Eh, esto... ¿Por qué ella está ahí? —Hago mi pregunta para Owen, pero es Steven quien me contesta.

—Ella dice que es mejor que vayas en la parte de atrás, porque así estarás oculta. Creo que es por otra cosa. Uf.

Giro mis ojos y me siento al lado de Steven, que me da un toque en el brazo mientras ríe. Parece muy alegre, poco preocupado. No entona para nada en la situación donde nos encontramos; de hecho, desentona por completo.

Sin embargo, estar cerca de él me da calma. Tal vez se deba a ese algo que no recuerdo, digo, si lo conocía desde incluso antes, debí haber hablado con él más de una vez, ¿cierto? Steven pasa un brazo por mis hombros y me guiña un ojo señalando con su dedo índice a Owen y haciendo un gesto divertido. «Sígueme el juego» articula con la boca sin hablar; yo, riéndome por su ocurrencia y sin pensar demasiado, me reclino apenas un poco sobre

su hombro. Steven me mira sorprendido; ¿acaso no creía que yo siguiera la actuación? Por un instante me quedo mirándolo; sus ojos son tan intensos...

—Creo que es mejor que Emma venga aquí, adelante, conmigo — comenta Owen, mirando receloso por el espejo retrovisor.

Steven levanta las comisuras de sus labios, satisfecho, mientras que Owen rechina los dientes. ¡Sí! Eso es música para mis oídos. Me deshago del abrazo de Steven entre risas. Él podría ser un buen amigo.

—Julie tomó el asiento —le explica Steven—. Además, aunque no le gusta a Emma ni a ti, es cierto lo que ella dijo: es mejor que Emma esté algo... oculta aquí.

—¡Eso, Owen! Ni que yo tuviese rabia o algo... —exclama Julie ofendida.

¿Dijo «rabia»? ¿Eso no es común en los perros? *Sip*. Definitivamente, tiene un problema con los perros.

—No, Julie. Pero me ayudaría a concentrarme un poco mejor que Emma esté a mi lado y no atrás de mí con todos sus pensamientos...

—¿Ella piensa? —La voz de Jodida está llena de veneno.

—Cállate, Julietta! —le digo con toda la dulzura del universo y más allá... Mentira, mis palabras suenan igual de tajantes que las suyas. Por idiota. ¡Es tan irónico que discuta cuando en realidad mi vida depende de este maldito viaje!

Ella gira su rostro hacia mí, inclinándose en el asiento delantero y me pone cara de asco. No la quiero en este viaje. ¿Por qué ella, joder?

—Prometo cuidarla, hermanito —comenta con ironía Steven.

—Nunca más me digas «hermano» —espetea Owen, con voz asesina.

—Somos hermanos... bueno, de parte de nuestro padre. Acéptalo.

—Jamás. Josha no es mi padre, tú no eres mi hermano.

Un silencio incómodo se tiende como un manto oscuro y siniestro arriba de nosotros. Mi pie no deja de golpear el piso del coche con nerviosismo, Steven y Owen intercambian miradas tensas, y Jodida solo se mira en el espejo para acomodar su pelo; cuando ve que la observo, otra vez pone cara de asco.

Genial, un viaje con problemas familiares, de comunicación y con una Jodida loca por los caninos.

Creo que dormiré una buena siesta mientras ellos se matan...

Siento el auto ponerse en marcha. Salimos del estacionamiento y la luz invade al vehículo. Josha va adelante de nosotros, guiándonos. La mirada de Owen recae en mí, parece estar algo... ¿acongojado? Supongo que a él tampoco le gusta el clima que hay en el auto.

Una conversación monótona comienza otra vez entre Owen y Steven, pero es dada por terminada demasiado pronto.

Veo los edificios pasar, las casas. Entramos en la ruta y la urbanización se aleja de nosotros. No sé cuántos kilómetros hemos hecho, pero estamos en camino hacia... bueno, hacia donde Josha sabe.

Cierro mis ojos y me dejo llevar por el ronroneo del motor; siento como el sueño se apodera de mí.

«Emma, tienes que ser fuerte, ¿entiendes eso? Yo no podré estar siempre contigo. Alguien viene por nosotros, no tendremos mucho tiempo más», dice una voz entre sueños.

Despierto al oír esa voz en mi mente, tan real, tan nítida. Pero, así como abro mis ojos y miro hacia todos lados, como en busca de alguna amenaza de bomba, me doy cuenta de que, tal vez, puede que sea alguno de mis recuerdos perdidos.

Inhalo, exhalo.

El ronroneo del auto es más suave del que recuerdo, no hay mosca que vuele dentro, todo parece tan tranquilo que asusta...

Estoy apoyada contra algo fuerte, fornido, pero suave, que huele espectacular, aunque no tanto como Owen. Quizás no tendría que decir que estoy apoyada sobre algo... sino sobre alguien. Mi vista hace contacto con la mirada de Steven. ¡Mierda! ¡Estaba dormida sobre su hombro!

Instintivamente, volteo a ver hacia Owen, que conduce, pero tiene la vista clavada en nosotros. O en Steven. Escucho un gruñido salir de su garganta mientras, como si fuese eso posible, mata con los ojos a Stev.

—Owen —le reprocho con la voz algo ronca, pero él sigue atormentando la vida del chico a mi lado.

—Hola, Honey —dice, rompiendo la batalla de miradas con su medio hermano.

—¿Dormiste bien, Emms?

Steven de verdad tiene ganas de hacer rabiar a Owen, porque cuando me doy vuelta hacia él, la sonrisa no está dirigida a mí. Parece bastante divertido con la idea de tener a un ángel de la venganza con ganas de fulminarlo a un metro de distancia.

—¿Cuánto falta? —pregunto antes de que la situación sea tensa otra vez.

Silencio. ¡Que alguien diga algo! ¡Por todos los cielos!

—Aún faltan como... ¿cuatro horas? Te has dormido gran parte del recorrido sobre mí...

Le lanzo una mirada de «¡cállate!» a Steven.

—La mitad del recorrido —agrega Owen fingiendo no haber escuchado nada—. ¿Cómo te sientes, nena?

Sus ojos se encuentran con los míos gracias al espejo retrovisor; me enderezo tomando distancia del chico de mi lado y extendiendo mis brazos para masajear sus omóplatos.

—Bien... —suspiro—. ¿Cómo estás tú? ¿Necesitas descansar?

—Oh, no —responde él, utilizando ese tono arrogante suyo—. De hecho, tenía una charla silenciosa de miradas con el *nefilim*.

—Ya me he dado cuenta... Owen, deberías dejar de... ¡de querer asesinar a las personas con los ojos!

Owen ríe con sequedad, mientras que Steven se encoge de hombros y mira hacia fuera por la ventana.

—Emma, he descubierto algo: tú y Julie tienen un rasgo en común, ambas serían pésimas copilotos.

¿Eh?

Miro hacia donde debería estar Jodida y sí, ahí está. ¿Puede alguien dormir tan... estirada? Tiene la cara hacia mí, seguro se durmió lanzándome miradas de odio; su maquillaje está todo corrido y tiene un traumático hilo de baba que recorre su mentón. *Ugh*.

Ella comienza a moverse y susurrar algo como «¡Oh, hombre! Sí... ¡Dios! Eres tan...». No hace falta saber qué tipo de ensoñación tiene. Más

ugh. Ladea un poco su cabeza y observo cómo, desde mi ángulo de visión, una de sus manos se pone en sus pechos y comienza a bajar... «Soy tu perra». Mis ojos se abren como platos al escuchar eso. ¡*Ding, ding, ding!* ¡Sí, tiene problemas con los perros! Y va más allá de su subconsciente.

Creo que jamás me olvidaré de eso.

—Ella definitivamente es peor —le comento en un bajo susurro con voz inocente para no despertarla, lo que hace que el humor de Owen mejore, incluso Steven ladea las comisuras de su boca.

—Hasta en sueños habla de los perros —dice el chico de ojos verdes que está a mi lado.

—Eso es raro... —Owen se da vuelta hacia nosotros y me guiña un ojo—. Tienes razón, está obsesionada con los perros. Deberíamos comprarle uno...

Tal vez podrían llevarse bien ellos dos, tienen algunas cosas en común: un humor parecido, no son humanos y son malditamente guapos. ¿Será porque tienen genética compartida? ¡Cielos! De no ser por la historia que tienen en común, serían una bomba explosiva (y mojabragas) de amigos.

Ya me los imagino en la típica película adolescente de Hollywood, donde está ese grupo de «chicos supermodelos» que controlan todo el instituto; bueno, ellos encajarían en ese papel. Esa simple idea me desagradó. Owen es mío. Steven... es un buen chico, supongo.

Vuelvo a la tierra con mis pensamientos y a ver el hilo desagradable de fluidos bucales. ¡Asco! Quito mi mirada de ahí, antes de que las náuseas vengan hacia mí. Por delante de nosotros, Josha sigue su marcha algo distante.

¿Cómo estará él? Parecía algo nervioso antes. Estoy por preguntarle a Owen sobre él, por qué Steven viene con nosotros y la razón por la cual nunca me habló del complot. Pero, ¡ja!, no es necesario preguntar nada: escucha cada cosa que pienso. Creo...

Puedo utilizar eso a mi favor.

«¿Owen?».

Silencio.

«¡Owen!».

Más silencio.

«Vamos, Owen, ¡contesta!».

«Honey...».

«¿Sabías sobre todo esto? ¿Por qué luchaste... o algo parecido, con Josha cuando me tenía encerrada? ¡No entiendo! ¿Qué hace Stev aquí, y no con su padr... con Josha?».

«Es un plan, no mío, de ellos. Josha quería ver cómo reaccionabas, a cambio de que yo tuviera la posibilidad de hablarte de todo lo que no podía decirte durante este tiempo. Steven es un colado».

«OK... Nunca más lo hagas. No quiero ser un jodido experimento. Y Stev es simpático».

«No. Es un idiota. ¿No quieres experimentar... otras cosas, Honey?».

«¡No perviertas mi mente ni cambies de tema!».

«¿Pervertir? ¿Quién dijo eso? ¿Por qué solo piensas en sexo? En ese caso, tú eres la de mente pervertida, ¡pervertida!».

Es mi turno de reír fuerte, por lo que gano una mirada atónita de Steven y una Julie furiosa, porque la desperté de su húmedo sueño y seguro ahora quiere mandarme a ese mundo de perros suyo.

—¡Eres una perra! —Sí, ahí va. Mejor dicho, imposible; apenas la conozco y ya adivino sus acciones.

—Sin ofender, pero al parecer la perra eres tú —le dice con un tono muy normal Steven— o eso decías en tu sueño. Emma no es ninguna «perra», cielo. No permitiré que le digas eso.

—Julie, no te pases —agrega rápido Owen con la voz algo tensa. La mano que utilizaba Jodida para tocarse ahora reposa en el hombro de él.

«¡Sucia asquerosa, saca la mano de mi novio!».

—Deja el hombro de Owen en paz. Es más, déjanos en paz. No es tu obligación venir con nosotros.

—¡Serás cabrona! ¡Encima que estoy con ustedes solo porque debo protegerte! ¡Y tú me maltratas! ¡Toco a Owen cuando quiero, lo conozco antes que tú!

«Claro que sí, campeona. Claro que sí.»

—Jodida, tú y yo sabemos que no lo haces por eso, así que no te hagas la víctima.

—¡Deja de llamarme así! ¡Me frustras!

—Déjalo, Julie. Lo digo en serio —la corta Owen—. Deberías intentar controlar tu genio, porque no queremos más problemas de los que ya hay. Sí, te pido que me sueltes, necesito concentrarme. Ambas, por favor, dejen de discutir.

—¿Le harás caso a esa estúpida humana?!

—Técnicamente, no soy humana —le digo, como si eso no me afectara.

—¿Lo que seas! —farfulla.

—¿Dirás que soy una «perra»? —le espeto.

—Uh, esto se pone bueno, ¿dónde están las palomitas? —Steven aplaude—. No peleen por mí, chicas.

—¿No peleamos por ti! —decimos las dos al mismo tiempo.

—¿Silencio! —grita Owen—. ¡Joder!

Solo queda el sonido del auto sobre el pavimento. Steven está contra el asiento como si fuera un niño regañado por su padre. Julie se ve las uñas como si nada hubiese pasado y yo prometo asesinarla en algún momento... Bueno, no literalmente, pero sí planear una buena venganza.

Steven toca mi brazo con su dedo para que lo vea. En su mano tiene unos auriculares, de esos que son pequeños y vienen cuando compras un móvil. Me ofrece uno y lo acepto, necesito escuchar música para estar desconectada o algo. Al colocarlo en mi oído, puedo distinguir que está sonando una banda que reconozco enseguida: Coldplay. ¡Qué bueno!

Le dedico una sonrisa que él me corresponde y «Paradise» suena a todo volumen... al menos, en nuestras orejas.

Por la ventana no hay mucho que ver; es todo llanura y lugares con siembra de soja, cada tanto alguna vaca o caballo, como también pequeños pueblos con estaciones de servicio. El tiempo pasa rápido y, gracias a la música de Steven, puedo relajarme un poco.

El chico me cae bien: ¡en un momento del viaje me prestó su móvil para descargar algunos libros digitales! Lo gracioso es que en uno de ellos me topé con bastantes escenas subidas de tono que le provocaron alguna carcajada estruendosa, también Owen tuvo sus ataques, ya que podía saber cada línea de las historias que leía. La única afuera del grupo es Julie, ya que no se enteraba de nada y había que explicarle.

Joshua llamó a Owen una sola vez por teléfono, que atendió Stev. Nada fuera de lo normal.

Aún me pregunto adónde es que iremos. Joshua dijo Córdoba, pero ¡vamos! La provincia es grande y hay muchos lugares donde podría encontrarse el refugio. Calculo que por lógica debe encontrarse bastante cerca de donde me había hospedado.

No quiero que Jodida venga con nosotros; ojalá se aparte del grupo cuando lleguemos.

—Julie, ¿qué harás cuando lleguemos? —pregunta Owen.

—Oh, pues pensaba quedarme con ustedes. Al menos, eso dijo Emmanuel.

¡Mierda! ¡La suerte no está de mi lado!

—Gracias, pero en serio, no te preocupes. Estaremos bien y podemos mantenernos en contacto por cualquier cosa. Es mejor tener ojos fuera del perímetro.

—¡Además, no podrás hacer muchas cosas allí! No hay espacio suficiente, no tendrás para maquillarte ni duchas espectaculares para bañarte y, como remate, deberás ver la cara de Emma todos los días. No creo que eso te guste —dice bufando Steven.

—¡Oye! ¿Qué tiene mi cara de malo? —Golpeo con suavidad su costilla en broma; él sonrío.

—Buen punto, Steven —responde Julie—. No, no quiero verla. Nunca más. — Levanta una comisura en un gesto cínico, luego de darse vuelta en mi dirección. De pronto me da un poco de mal rollo, más de lo normal.

El móvil suena, cortando la canción de Evanescence en su mejor momento. ¡Rayos! Steven desconecta los auriculares y se lo lleva al oído.

—Sí... —dice Stev—. Bueno, bien. Ahora le digo. Claro. —Finaliza la llamada y me pasa el móvil junto a los auriculares—. Era Joshua.

—¡Wow! Pensé que sería Johnny Deep —comenta Julie.

Steven rueda los ojos.

—Dice que en un kilómetro encontraremos un pueblo; necesitamos cargar el tanque. También dijo que estamos a unas dos horas de llegar.

—¿Tan pronto? —cuestiono.

—¿Soy un buen conductor, Honey? Apuesto que no conocías esa faceta mía. Hago magia, no literalmente claro.

—Fue la magia de mi móvil; esas novelas tuyas hicieron que el tiempo pasara volando, Emms. ¡Jo! Comenzaré a leer más seguido, es como ver películas adultas, nada más que en palabras. Instructivo...

—¡Steven! Solo era una escena...

—Bueno, bueno, «chica de las novelas raras».

El auto entra en un pequeño pueblo con casas humildes. Frenamos ante una estación de servicio y salgo corriendo del vehículo por las ganas de ir al baño. Puedo no ser humana por completo, ¡pero oye! Tengo necesidades. Julie viene detrás de mí, solo para soltar un grito agudo al verse en el espejo y empezar a retocarse histérica el maquillaje.

—¡En los aviones esto no me pasa! ¡Ah, soy un desastre!

En lugar de contestarle con algo sarcástico, me voy del baño hacia la camioneta de Josha. Él se encuentra al lado de ella, mira al cielo con anhelo. ¿Extrañará algo de allá? Me acerco mirándolo con curiosidad y me pillan. Entonces una mano sostiene la mía y me encuentro con los ojos azules zafiro de Owen que atrapan todos mis pensamientos, solo para alterarlos más.

Sin previo aviso, pone sus labios sobre los míos. Están muy cálidos, muy amables. Lo atraigo más hacia mí, uno mis manos sobre su cuello mientras él me envuelve en un abrazo protector.

—Siento mi humor en el viaje. No me gusta esto de tener que compartir nuestro tiempo con otras personas, menos que eso incluya a Josha y su hijo—susurra en mi boca.

Josha es su padre y el hijo es su hermano, a pesar de que lo niegue, pero no se lo digo: sé que lo escucha. «Lo siento. Es cierto, Owen». Mira hacia abajo y muerde mis labios.

«Ni lo digas, lo sé».

—Cuando lleguemos, tendremos tiempo a solas. No sé cuánto estaremos, pero prometo que tú y yo...

—¡Mierda! —escucho un chillido. Seguro Julie se rompió una uña—. ¡Joder! ¡Josha! ¿Los sientes? ¡Hay ángeles vengadores cerca! ¡Owen, despierta!

—¡Maldición! —Joshua luce muy molesto—. ¡Owen, Steven! ¡Lleven a Emma lejos de aquí! Tú, Julietta!...

—¡Es Julie! Ya no me digas por ese nombre. ¡Soy Julie ahora!

—Lo siento, Julie. Necesito que te quedes conmigo, ¿bien? Tenemos que impedir que los sigan.

—Sabes que para eso estoy, señor Liv —responde ella, acercándose a Joshua.

Todos se mueven demasiado rápido: Owen en un veloz movimiento me alza en el aire y me lleva hacia la camioneta de su padre; Steven habla con su padre y este último lo abraza; Julie mira hacia todos lados en busca de amenaza. No entiendo qué pasa. ¿Vienen ángeles vengadores? ¿Son de los malos? ¡¿Cómo vamos a escapar si vienen volando tan ligero como Owen me enseñó?!

Steven sube conmigo a la parte trasera de la camioneta y Owen, por un momento, se marcha con Joshua.

—¡Owen! ¡¿Qué pasa?! —Quiero salir pero Steven me lo impide—. Steven, ¡suéltame!

—Se acercan ángeles de los malos aquí, no puedes salir.

—¡¿Qué dices?! ¡Tengo que ayudarlos! ¡Tengo que luchar! ¡Yo puedo...!

—Son muchos, Emma. Podemos sentir su energía; eso significa que son suficientes como para terminar con nosotros. Joshua y Julie se quedarán aquí, Owen, tú y yo escaparemos.

—¡No podemos dejarlos solos! ¡Es muy cruel hasta para Jodida!

—¡Soy Julie, joder! ¡Y salvo tu maldito culo semihumano! —grita ella a varios metros de nosotros, parada junto a Joshua, que palmea la espalda de Owen mientras le dice algo.

Joshua se aproxima hacia la camioneta, dejando a Owen atrás, y se pone al lado de mí.

—Emma, puedes pensar que soy un idiota y tendrás razón, pero tuve mis motivos para hacer lo que hice, aunque eso no es una excusa. —Me mira, sus ojos verdes parecen líquidos—. De todas formas, no supe valorar lo que tenía y perdí mucho por eso...

—Joshua...

—Sé que Owen no es perfecto, pero te ama y haría cualquier cosa por ti. Me alegra que hayas llegado al corazón de mi hijo como nadie lo ha hecho y que lo hayas salvado de sí mismo. Sobrevive y escoge bien quién quieres ser; será complicado, pero podrás.

¡No quiero una despedida! Esto suena completamente a despedida. Me estremezco, no conozco demasiado a Josha, pero no le temo. Saber que él estuvo conmigo, como mi ángel guardián desde que nací, y que ahora quiere arriesgarse por mí me hace sentir tan culpable. No puede hacer esto... ¡Dejará a sus dos hijos por mí! A Owen por segunda vez... ¡Dejará a Steven! Debe estar destrozado...

—Puedo ayudarte... ¡Puedo pelear, como lo hice antes! No sé cómo... uso mis poderes y...

—Cuando usabas tus poderes, era yo que te ayudaba a canalizarlos. Debes aprender a usarlos, no puedes arriesgar tu vida así. Además, ahora no podría luchar y ayudarte a controlar tu magia. —Eso explica el porqué no podía controlarme—. ¡Owen! Deben irse ya, sino va a ser todo en vano. —Se vuelve hacia mí—. Intentaré sobrevivir a ellos en la batalla, seguro puedo y... los buscaré a ustedes... ¿Bien?

Él comienza a retroceder y alejarse del vehículo.

—¡Josha!

Intento escapar de la camioneta, pero Steven me lo impide.

Se detiene y me mira con lágrimas en los ojos. Es el final, él lo sabe.

—Puedes ser un idiota, pero no eres malo. Todos cometemos errores, debes perdonarlos tú para que te perdonen y saber disculparte.

—Lo sé.

—¡Espera, Josha! —Me retuerzo en el agarre de Steven y lo miro—. Puedes soltarme, Stev, solo saldré y volveré enseguida.

Para mi sorpresa, me deja libre y abro la puerta blanca; corro hacia los brazos de Josha para darle un abrazo. Él enmarca una ceja mientras una gota recorre su mejilla.

—Gracias.

—Emma...

—¿No puedo hacer nada para ayudarte?

—Sí, puedes hacer algo. —Sus labios van hacia mi oído y susurra en ellos: —Sé siempre diferente, intenta conseguir un mundo del que yo esté orgulloso y cuida de Owen.

Con eso, da media vuelta y se dirige hacia donde está Julie, que parece ausente de la situación. Owen, que ahora entra en mi marco de visión, me ayuda a entrar al vehículo y cuando él consigue estar dentro, arranca a toda velocidad por la calle, dejando atrás a un Josha que jamás he visto y nunca olvidaré.

CAPÍTULO



Ya no somos Josha, Jodida, Steven, Owen y yo.

El saber eso hace que sienta pequeñas piezas que se desarman dentro de mí, como si quitasen la estructura que sostiene un edificio y, por ello, se viniera completamente abajo, por no tener el soporte necesario. Quiero llorar al recordar la expresión de Josha.

Me siento una cobarde que huye de los conflictos en lugar de solucionarlos, a pesar de que ahora no puedo hacer nada. En otras palabras: se sacrificaron por nosotros. ¡Jodida se sacrificó por mí!

A mí, Josha no me engañaba, él sabía que no podría salir de esa, lo notaba en su mirada llena de lágrimas que no dejó huir. ¿Por qué tuvo que ser así? ¿Cómo pudieron saber dónde estábamos? ¿No estarán tras nosotros ahora?

Tengo miedo. Temo por nosotros, por ellos. Por nuestro futuro.

Owen conduce más deprisa que nunca, Steven ya no sostiene su típica sonrisa. ¿Y yo? Estoy hecha un bollo con los pies en el asiento, los brazos que rodean mis piernas y los ojos cerrados. No quiero abrirlos.

Aun así, no puedo dejar de llorar. La mano de Steven toca suave mi espalda y me doy vuelta hacia él para darle un gran abrazo, como el que le di a Josha y este me devolvió.

—Lo siento —le digo—. Lo siento tanto...

—*Shh*, todo estará bien —dice él.

«Eso es mentira» estoy por decirle, pero mejor me callo. Tal vez las palabras que dice no solo son para mí, sino también para él mismo. Steven

era muy apegado a Josha. Lo notaba por cómo lo miraba, por cómo lo quería y respetaba.

«Tranquila, Honey. Josha y Julie estarán bien, pasaron por tiempos peores. ¿Sabes cuánto daría por ser en este momento el idiota de Steven y poder abrazarte como él lo hace?».

«Stev no es idiota... bueno, un poco. Yo también te quiero abrazar...».

Steven carraspea.

—Owen —dice—, déjame conducir a mí y tú ven aquí con tu chica; te necesita.

Miro el rostro de Steven y me guiña el ojo. Owen sin vacilar detiene la camioneta, abre la puerta y se sube atrás, mientras que su hermano pasa por entre medio de los asientos para colocarse como conductor y arranca antes de un pestañeo.

—Gracias —le habla Owen—. ¿Cómo te has dado cuenta de que yo...?

—Oh, muy fácil. Solo vi cómo nos mirabas por el espejo y pensé «me va a matar».

—*Auch.*

Sorprende, pero Owen se ríe del chiste, me rodea con sus fuertes brazos y comienza a darme pequeños besos en mi cuello.

—¡Cosas cochinas no!

—¡Ey, arruinas el momento!

En realidad, la risa y la broma no hacen más que distraernos de la angustia y el temor por unos segundos. Sabemos que estamos en peligro aún. Hundo mi cabeza en el cuello de Owen y me quedo ahí, respirando su aroma y él, el mío.

Somos llevados por la mismísima suerte.



Steven detiene la camioneta en el medio de la nada. Literalmente, no hay nada cerca de nosotros más que una enorme sierra. Le señala algo a Owen, que baja para correr una roca y dejar a la vista una gran cueva.

¿Viviremos en una cueva? ¡¿Qué?! Al parecer, es así, porque Steven comienza a adentrar el vehículo en ella.

Todo se hace oscuro para nosotros y escucho un ruido de algo que se arrastra. Me giro en dirección al sonido y descubro que Owen ha tapado la entrada. Alguien toma mi mano mientras que otro alumbra con una linterna.

De pronto, todo se esclarece. *Wow*.

Estamos en un lugar muy espacioso, con las comodidades más que suficientes que podía esperar de un sitio tan rústico. Es un refugio bien preparado, tal vez no muy grande, pero sí lo suficiente como para vivir. Descubro que hay un refrigerador (no sé cómo se mantiene por la electricidad; de hecho, ¿cómo es posible que haya luces?), hay un pequeño sillón y un estanque diminuto que luego se cuele entre las piedras y sale como un lago al exterior, pero Owen me lleva más allá de aquel sitio y entramos a una especie de casa subterránea. Es todo muy campestre y bonito, como una cabaña —con todo incluido—, pero debajo de una sierra, en el medio de la nada.

Repito: *wow*.

—Este lugar pertenece a nuestro padre —enfatisa Steven—; lo armó para ti, para cuando llegara el momento indicado. La roca de la sierra disminuye la visibilidad de tus poderes y, al estar tan alejados de alguna urbanización, es una gran ayuda para tener menos visitas.

—En el techo —señala Owen—, hay paneles solares que están camuflados con magia de demonio para que no sea fácil verlos; de ahí se obtiene la energía, ¿no es así?

—Cierto. También podemos ocultarlos; moviendo una palanca, se pone como una capa de roca que simula ser la de la sierra. Es a prueba de bobos. Y de intelectuales.

—Oh... —Es todo lo que digo. ¡Qué inteligente!

—Estarás a salvo —dice Owen, se me acerca a mí y besa mi frente.

Me aproximo más a él, pero mi mente está en otro lado. Primero, pienso en cómo cambió de forma tan drástica mi vida; era una chica normal, que se sentía algo extraña en este mundo, altura promedio, buenas calificaciones en el colegio, con la mejor familia (pequeña pero amorosa) que jamás pude haber pedido; con un padre sensible, una madre que parecía más mi mejor amiga y un hermano que se la pasaba en mi cuarto jugando con sus

videojuegos. Con un pequeño grupo de mejores amigas y con una pasión por los libros y la música...

Ahora soy fugitiva de una especie ajena a los humanos; maníacos que quieren asesinarme por razones de las cuales yo no soy culpable. ¿Qué hice? ¿Nacer? No entiendo cuál es su problema. Pero, sí, creen que soy una amenaza.

Tengo a un ángel hermoso que me cuida, que casualmente es mi novio, y a su medio hermano que también me protege desde pequeño sin que yo tuviera idea. Estaba el padre de ellos, pero se sacrificó por mí; eso, sacando que dedicó sus últimos años en mi seguridad. ¡Cielos! Incluso Julie me puso antes que ella misma. Ahora ya no soy una humana normal (bueno, en realidad, nunca lo fui... pero la diferencia es que no lo sabía); ya no tengo a mi familia ni a mis amigas, ya no podré quejarme de mi hermano. Quedaré libre en el colegio... ¡Y ahora viviré dentro de una sierra!

Owen tiene la mirada fija en mí; obviamente él conoce el conflicto que tiene lugar en mi mente. Su brazo rodea mi cintura y con la otra mano toma mi barbilla para tener un buen ángulo de mi cara, para verme a los ojos con tal intensidad que parece desnudarme en el acto.

—Eh... Bueno, yo... —Steven carraspea—. Me iré a sacar las cosas de la camioneta...

Steven se va vacilando y nos deja solos.

—Ven —dice Owen tomándome de la mano. Lo acompaño hasta llegar a una puerta de madera, igual a todas las que están en ese sector. Al abrirla, mi duda desaparece; es el sector de dormitorios.

La habitación es pintoresca, cubierta por paneles de madera, una gran cama amplia y un ropero enorme. Parece cuarto para dos más que nada... Entonces entiendo: será nuestra. ¡Viviré junto a Owen y Steven por tiempo indeterminado! ¿Podremos sobrevivir todos juntos? Digo, vivir con Owen no me parece que esté mal y con Steven... pues me cae bien.

Pero ellos dos juntos... Quizás sea interesante de ver, siempre y cuando no terminen matándose entre ellos.

—Intentaré hacer lo posible, Emma... Pero él no me agrada.

—Es simpático. Me parece que podría ser un buen amigo.

—Te quiere, Emma, y su sentimiento va más allá de la amistad. Eso no me gusta...

—Creo que me quiere lo suficiente como para saber que soy feliz contigo.

A Owen se le iluminan los ojos.

—Más le vale, porque me encargaré de hacerte feliz.

Sus labios llegan hacia los míos con fervor y calidez, y me derrito en sentimiento.

—Sé que estás asustada, Honey. Odio que debas pasar por todo esto...

—Me sostiene colocando las manos en mis caderas—. Mi padre era quien te entrenaría, pero me ha dado el deber a mí. Espero ser un buen instructor —agrega con tono seductor.

Me río por su insinuación.

—Oh, sí, lo serás... —Veo hacia la cama y me da una punzada en el estómago.

Estamos los dos solos en el cuarto, estaremos por mucho tiempo juntos. Recuerdo esas escenas de las novelas que leí en el viaje y muerdo mis labios.

—Eres una mente sucia —dice Owen riendo a carcajadas—. ¡Oh, Honey! ¿Cómo podré sobrevivir a ti? Me matas... ¿Sabes que haría cualquier cosa por ti, cierto?

—Odio que por mi culpa estés atrapado, que todos la pasen mal por mi culpa. Y yo... ya no sé quién soy, qué haré... —Mi voz se quiebra—. ¿Qué pasará con nosotros? ¿Estaremos destinados a vivir acá hasta qué? ¿Hasta que nos encuentren? Yo...

Owen pone un dedo en mis labios para hacerme callar. Una lágrima comienza a escurrirse de mis ojos, pero la seca antes de que caiga de mis mejillas. Me regala una sonrisa tierna, mientras que su mirada hace mis piernas temblar.

—Pase lo que pase, Honey, estaremos juntos. Siempre.

—Te amo —le susurro.

—Yo te amo a ti, mi corazón de cristal —contesta.

Eso es cierto: yo lo amo, él me ama y lucharemos juntos, pasaremos obstáculos, creceremos a pesar de las caídas.

Le he prometido ser fuerte a Josha y me he jurado a mí misma encontrarme ahora, en esta nueva vida. Debo aceptar esta nueva yo que ignoré durante años, aprender a sacar el potencial que supuestamente llevo dentro de mí y ver cómo puedo ayudar. Deseo que sea así por mi familia, por todo lo que alguna vez creí y creo.

Lo que sí sé es quién soy: soy Emma y escribo mi historia con cada paso que doy, con cada decisión que tomo día a día, solo espero poder escoger las correctas.

Puede que no sepa si tengo más de humana, de ángel o de demonio. También puede que no tenga idea sobre cómo se llame la combinación de esos tres. Puede que el miedo me paralice o me haga andar en las dificultades inciertas que se presenten. Puede que lllore en momentos difíciles, que parezca débil e incluso que me pierda gracias a la bruma de emociones que siento ahora, en este abismo al que debo saltar.

Pero eso no me define y espero que jamás lo haga.

Supongo que es cierto que todos tenemos demonios internos, como también un ángel oculto. Es momento de que encuentre los míos.

De que salgan a la luz.

Fin.

EXTRA



Ya su mansión, la que perteneció a toda su familia durante siglos, ha quedado vacía. Está agotado. La reunión fue terrible, monótona, como todas en general. No le gustan estas cosas; no le gusta estar encerrado mientras sabe qué pasa allá fuera, en el mundo humano.

Se está decidiendo el futuro de los tres mundos y él no puede hacer otra cosa más que ser un simple espectador.

La única ventaja de participar en las reuniones y por la cual sigue en ellas es poder estar al tanto de las internas, que, al fin y al cabo, tampoco cambian muy seguido. Salvo una. Una que lleva consigo un tema complicado que todos prefieren ignorar, idolatrar o dar a caza.

Los conservadores fueron claros cuando hablaron de ella: «Un tema que está en boca de todos, pero no puede estar en ninguna» dijeron, y es sabido que harán lo posible para exterminar cada fragmento de idea sobre ella que quede en el aire. Ellos dicen que todo fue por la culpa de esa niña, que ha despertado un conflicto milenario, por el cual una guerra podría desprenderse y conseguir la total destrucción al alterar el balance de todos.

El problema es que el balance ya está alterado.

Los pensamientos de aquel arcángel son una corriente de ideas. No deja de idear planes, posibles soluciones a los problemas que enfrentan sus aliados y él. ¿Hasta dónde llegarán con esto? ¿Cuándo saldrá la verdad a la luz?

Se sienta sobre el sofá de luz, agotado. Necesita desconectarse de todo, pero eso es imposible. No puede bajar la guardia. Jamás puede bajarla.

Observa el techo repleto de energía, como si ahí hallase una respuesta, aunque claramente sabe que no es cierto.

Comprende, pronto, que la respuesta deriva de su reflexión, de cómo encare la nueva situación. Ella ya sabe todo y esta vez es definitivo.

Según los conservadores está dado por hecho que el blanco es blanco y que también el negro, negro. Para ellos no existen grises, no le dan ni una sola oportunidad a los colores. Es un pensamiento limitado, simple, cuadrado, donde nunca puede haber algo positivo en algo negativo o viceversa.

«Se creen muy buenos», piensa. «Se creen tan buenos que son malos. ¿Por qué no pueden aceptar que no hay pureza entre nosotros? Que no somos criaturas perfectas, como tampoco ellos son indiscriminadamente malvados. ¿Y los humanos? ¿No son una combinación entre estos tantos? Sí, por supuesto que lo son; una mezcla de emociones: bien y mal que conviven dentro de un cuerpo, en cada mente. Está en cada ser en qué decide convertirse. Alguien que se cría en una mala situación tiene muchas posibilidades de quedarse allí, pero también de aprender y salir, seguir adelante. Alguien que vive en las nubes y se cree la perfección andante, en cambio, puede caer en lo más hondo de la oscuridad».

Pero no todos piensan así, como él.

«Ese tema... Ese tema es sobre ella».

Aprieta con fuerza el papel entre sus manos y lo destroza sin darse cuenta. Es casi imposible descifrar qué es lo que pasa por su cabeza en ese momento, cuando la menciona sin pronunciarla en sus labios, pero sintiéndola como sombras que observan desde la oscuridad, cuando la menciona en silencio, callado, fingiendo que no le interesa el tema; en parte porque nadie puede saberlo, pero también porque todo se ha vuelto tan complejo que ni él mismo tiene certeza de qué ocurrirá y quiere protegerla incluso de los ecos curiosos de ese gran lugar.

«Todos la tildan de amenaza solo porque tiene la posibilidad de modificar las cosas, de volverlas hacia donde una vez se encontraban. Ella es el equilibrio que aún sigue equilibrándose».

Sin embargo, este no era el comienzo que él tenía planeado para ella, tan brusco e inesperado que deja el destino a la merced de alguien que

jamás creyó que se involucraría de esa forma con la chica.

Ese nunca fue su plan.

Cierra los ojos con fuerza, recordando la promesa que él y Owen hicieron a su madre, que se cuidarían mutuamente. Pero Owen jamás debió involucrarse en esto. Ahora todo está complicado, ahora la vida de ella pende de un hilo junto a la de su hermano, que lo que menos pensó él era que se enamoraría justo de ella. Owen la odiaba, odiaba todo lo que tuviera que ver con su padre, con los humanos, con las reglas incumplidas y terminó enamorándose de lo que él consideraba el enemigo.

Cuando Josha le contó sobre esto a través de los mensajeros, él no podía creerle... No podía aceptar que Owen sintiera algo más que odio y rabia luego de tanto tiempo. Luego de su madre.

Owen siempre fue peculiar, siempre tuvo algo particular que muchos ángeles no pueden poseer: emociones, como el amor, el odio. A Owen nunca le gustó e intentó hacer lo posible para librarse de ellas, para ser normal.

«Yo, a diferencia de él, siempre quise saber qué se siente, siendo un ángel tan común y corriente», piensa mientras sigue observando la energía que flota sobre él. «Si Emma pudo conquistar y llenar de luz el corazón y los ojos de Owen, entonces podrá equilibrar los tres mundos».

Se sabe que todavía no tienen sospechas sobre Owen ni tampoco sobre él, que actúa activamente en esa causa que le parece despreciable y, por aquellas ironías de la vida, ahora es uno de los líderes por «su interés en la causa».

Si supieran...

Antes de que pueda seguir con la hilera de pensamientos, alguien llama a la puerta. Recupera la compostura que siempre lleva con el trato hacia los demás y camina hasta allí para recibir a unos ángeles vengadores, con su típico ropaje oscuro y aire prepotente.

«Seguro eran del grupo al que Owen una vez perteneció», piensa alzando una ceja mientras los mira. Luego mil ideas cubren su mente. «¿Y si se enteraron? ¿Y si la tienen? ¿Y si lo tienen a él? ¿Si saben cuál es mi juego?».

Pronto todo es silenciado ante las palabras pronunciadas por uno de los ángeles.

—Tenemos a un prisionero. Han dicho que te encargarás de sacarle información. Creemos que iba con ella.

Entonces ve pasar al prisionero en cuestión seguido de otros guardias y nota el dolor en sus ojos. Verlo tan lastimado y atado de manos, con excesiva agresividad, le repugna. Ya mismo quisiera poder ir hacia esos ángeles y ordenar su liberación, pero debe mantener las apariencias.

«Haz lo que tengas que hacer», le susurra el prisionero a su mente.

«Todo está comenzando. Prepárate», contesta Emmanuel, haciendo un gesto para que los ángeles vengadores con el prisionero lo sigan hasta una celda especial.

Y sabe así, de esa forma, que debe estar preparado, que todos deben estarlo.

Es hora de poner en marcha el plan B.



Agradecimientos

La aventura de la Saga «Cristal» comenzó en el verano del 2015, exactamente un 16 de enero. *Corazón de cristal* es la primera novela que escribí en mi vida. Esta historia fue escrita con muchísimo amor y esmero; recibí también el apoyo de muchas personas a las que quiero agradecer, quienes alentaron el sueño que ahora se cumple en las páginas de este libro.

Quiero empezar agradeciendo a mi familia, a esas personas que me vieron crecer junto al arte y permitieron que me desarrollara en tantísimos ámbitos sin ponerme obstáculos en el camino, alentándome a encontrarme a mí misma, rodeada de afecto y luz. Estoy muy agradecida de que estén en mi vida, de que cada uno de ustedes me haya enseñado algo, que hayan alentado esta pasión por la escritura. A mis papás, mis hermanitos, mis abuelos, tíos, padrinos y primos. Ustedes saben cuánto los quiero.

A mis amigos, por estar ahí, tanto de forma física como digitalmente. Son muy especiales para mí y les agradezco todas las veces que me animaron a seguir, a no darme por vencida y a enviar el manuscrito a la editorial, diciéndome que algún día podríamos tener el libro con nosotros y confiando plenamente en ello sin ningún tipo de titubeo. A Luci y Aye, mis amigas de toda la vida, por escucharme cada vez que les conté sobre la historia, por estar ahí. A Dayron, por ser tan atento y detallista, gracias por tu amistad. A Dariagne y a Elly, por toda su dulzura y buenos deseos, por las veces que me escucharon y aconsejaron desde el corazón, ¡saben cuánto las aprecio! A Edu, por desafiarme y alentarme. También quiero agradecer a Marlenis, Francy y a Mikaela por creer. Darles las gracias Lu, Ann, Lelu y Chime, mis compañeras de editorial, por apoyarme desde un comienzo e incluso antes, alentándome a no tener miedo de emprender este precioso recorrido. Y podría seguir nombrando, pero ustedes saben de quienes hablo.

A Nova Casa Editorial y su equipo por la oportunidad que le dio a la novela, por creer en ella y en sus personajes.

Finalmente, quiero darle las gracias a mi segunda familia, los Birreihoneys, por haberme acompañado en este camino, por haber hecho suya la historia al llevarla en su alma. Juntos soñamos tan fuerte que ese deseo se cumplió, demostramos que nada es imposible si se sueña con el corazón y se lucha para ello. Gracias por compartir tantos momentos bonitos conmigo, por ser personas tan bellas y dulces como la miel. ¡Los adoro a todos y a cada uno!

Desde mi lugarcito en el mundo, muchísimas gracias a ti, lector, por darles un espacio en tu vida a los personajes de esta historia.

Brisa Novas Passo.